



Mi
jefe
o **travez**

WHITNEY G.

Phoebe

D.J.57

WHITNEY
G.

Mi
jefe
otra vez

Traducción de María José Losada



Phoebé

Título original: *Loving the Boss*

Primera edición: septiembre de 2019

Copyright © 2013 by Whitney G.

Published by arrangement with Brower Literary & Management

© de la traducción: María José Losada Rey, 2019

© de esta edición: 2019, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-17683-41-2

BIC: FRD

Ilustración y diseño de cubierta: CalderónSTUDIO

Fotografía: Kuikson/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA

INTRODUCCIÓN

1

1,5

2

2,5

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

Para los lectores que querían más...

NOTA DE LA AUTORA

Antes de que empecéis a leer este libro, quisiera daros las gracias en primer lugar por haber leído la novela que la precede, que no es otra que *Mi jefe*.

Cuando estaba editando el libro anterior con mi equipo, tomamos la decisión colectiva de reservar un largo epílogo final para más adelante.

Sé que muchas personas no estarán de acuerdo con esa decisión, y por eso avanzamos un fragmento en el blog «Two Crazy Girls with a Passion for Books» poco después de la publicación.

Me gustaría anunciaros que al principio de este volumen he incluido la versión pulida y editada de ese extracto para cualquier persona que no lo haya leído allí. Dicho esto, espero que realmente disfrutéis con la lectura de *Mi jefe otra vez* tanto como de *Mi jefe*.

Gracias por ser los mejores lectores del mundo.

Whit

INTRODUCCIÓN

MI JEFE OTRA VEZ...

CLAIRE

OCHO MESES DESPUÉS...

—Necesito trescientas losas de granito aquí mañana por la tarde. ¿Sería posible? Ah, y también deberíais comprobar que los pomos de las puertas que he diseñado para Mulholland han superado las pruebas. Vale... Muchas gracias. —Colgué el teléfono e hice girar la silla de oficina sobre su eje mientras miraba sonriente las rojas y blancas letras C entrelazadas que habían rotulado sobre mi puerta.

Estaba sentada en mi despacho en la empresa C&C's, mi propia empresa de diseño de interiores. Había dejado mi trabajo en la compañía de Jonathan algunas semanas después de que volviéramos a estar juntos, después de que me exigiera que aceptara su dinero para fundar mi propio negocio.

Al principio todo había ido extremadamente despacio, sobre todo porque él seguía apareciendo por allí a mitad del día, lo que me impedía terminar las tareas. Pero después de cuatro meses empecé a hacer clientes, y el boca-oreja consiguió que mi buen hacer comenzara a extenderse como la pólvora.

Ahora tenía una lista de espera de seis meses para los proyectos de diseño, y me había propuesto ampliar la tienda para incluir muebles pequeños para el hogar.

Recoloqué con orgullo las fotos que decoraban mi escritorio: Jonathan y yo sonrientes en su yate favorito; él saltando con mis hijas al mar. Y la más reciente, una en la que él me besaba en el escenario después de recibir otro prestigioso premio.

—¿Señorita Gracen? —dijo mi secretaria—. Me voy a comer. La cita de las doce ha llegado antes de tiempo y está esperando.

—Dile al cliente que enseguida lo recibo. —Me puse la chaqueta y salí al pasillo. Desde que tenía tantos clientes, no era capaz de disfrutar más de

cinco minutos a solas.

—¿Caroline? —Rodeé el mostrador de recepción—. Te he dicho ya que Ashley y tú no necesitáis tener una cita para verme. Podrías haber llamado.

—Ya, claro. —Mi hija puso los ojos en blanco—. Se podría decir que vives aquí.

Negué con la cabeza.

—¿Qué quieres?

—Necesito treinta dólares.

—¿Perdona?

—En realidad necesito cincuenta. Y también Ashley, pero con que nos des treinta a cada una llega.

—¿Os habéis puesto en el aeropuerto a repartir dinero? ¿Qué hacéis con lo que ganáis?

—¿Qué pasa? —Ashley entró por la puerta y se detuvo delante de ella, sin ni siquiera mirarme—. ¿Todavía no te ha dado el dinero?

—No. —Caroline suspiró—. Parece que piensa que somos capaces de ahorrar de lo que ganamos con nuestros trabajos.

—¿Cómo esperáis ir a la universidad en otoño si no sabéis ahorrar? —Estaba harta de hablar de ese tema con ellas—. ¿Acaso pensáis que crece en los árboles? ¿O que cae del cielo cuando lo necesitáis?

—¿No nos va a dar el dinero?

—Creo que es lo que quiere decir.

—¿Le has dicho ya que es para la madre de las fiestas del verano y que todo el mundo va a ir?

—No, solo le he pedido el dinero. No se me ha ocurrido que tuviera que explicarle el porqué.

Suspiré, preparada para empezar a soltar un sermón, pero Jonathan entró en ese momento con un enorme ramo de rosas de color amarillo brillante.

—Buenas tardes, señoritas. —Me miró y luego echó un vistazo a mis hijas.

—Buenas tardes —respondieron al unísono.

—¿Podemos pedirte cincuenta dólares cada una? —preguntó Ashley con una sonrisa.

—Claro. —Él sacó la cartera y les entregó un billete de cien dólares a cada una como si nada.

—¿Por qué no hacemos esto siempre? —preguntó una.

—Quizá nos gusten los desafíos —repuso la otra.

Se alejaron corriendo entre risas.

Las miré mientras se subían a los dos Range Rover blancos de gama ridículamente alta que Jonathan les había regalado por su cumpleaños.

—Tienes que dejar de hacer eso. —Cogí las flores.

—¿El qué?

—Darles dinero cada vez que lo piden.

—¿Por qué?

—Porque si tienen dinero cada vez que lo necesitan, jamás aprenderán a ahorrar.

—Ganan nueve dólares a la hora y trabajan quince horas a la semana. ¿Cuánto pretendes que ahorren con eso?

—Me rindo. —Puse los ojos en blanco—. Gracias por las flores, y también por las que me has enviado por la mañana, pero ya sabes que llevamos juntos un tiempo... No es necesario que me envíes un ramo cada día. Cuando estas cosas se institucionalizan, acaban convirtiéndose en una obligación, y no quiero eso.

—Shhh... —Me dio un beso que hizo que me olvidara de lo que iba a añadir—. ¿Qué tal te va el día?

—Bien. Un poco ocupado.

—No parece ocupada... —dijo él mirando a su alrededor, al espacio vacío.

—Lo estoy.

—¿Y tu secretaria?

—O almorzando o descansando. ¿Por qué?

Sonrió y me acercó más a él.

—Por nada...

Vi en sus ojos aquel familiar «Estoy a punto de saltar sobre ti» y, de inmediato, di un paso atrás, corriendo a ponerme a salvo detrás del mostrador de recepción.

Se rio mientras se acercaba para reunirse conmigo detrás del mueble, pero yo presioné un botón que hizo bajar del techo un panel transparente que le bloqueó el paso.

Arqueó una ceja.

—¿Qué cojones es esto?

—Esto es lo que instaló el de la empresa de seguridad la semana pasada, después de que me impidieras llegar a una reunión importante distrayéndome con sexo, que me costó dos valiosas horas de tiempo dedicado al diseño.

—¿Me consideras una distracción?

—Eres una distracción. Y lo último que supe era que tú tenías tu propio negocio que gestionar, y es uno que vale millones de dólares, por lo que te agradecería que...

—¿Te has visto obligada a montar esto para que no pase detrás del mostrador? —Apretó la mano contra el cristal—. ¿Para evitar que entre en tu despacho?

—Es evidente. Y parece que funciona.

—Muy bonito... —dijo, moviendo la cabeza—. Siempre me sorprende tu creatividad.

En ese momento sacó una llave del bolsillo, que introdujo en un orificio del panel para abrirlo.

«¿Qué coño...?».

—Eres consciente de que investigo a todos los hombres que tienen contacto contigo, ¿verdad?

Parpadeé.

—En el segundo que me dijiste que ibas a hacer una instalación en la tienda —continuó mientras cerraba la puerta y se acercaba a mí—, me aseguré de que la empresa y el operario supieran exactamente con quién estaban tratando. Y he exigido tener copias de las llaves por si hubiera algún problema.

—¿Por qué me haces siempre esto?

—¿Cuánto tiempo va a estar fuera la secretaria? —Me empujó contra la pared.

—Jonathan... —Traté de ignorar la mirada de sus ojos—. En serio, tengo que trabajar un poco. No puedes venir todos los días y...

—No vengo todos los días —apretó los labios contra los míos—, solo aparezco cuando no respondes a mis llamadas. Y estoy empezando a pensar que lo haces a propósito, ya que sabes muy bien lo que pasará si no lo haces.

—Estaba ocupada.

—¿Cuánto tiempo tienes de descanso?

—Una hora... —Gemí cuando se puso a besarme el cuello al tiempo que me apretaba el culo y me subía una pierna hasta su cintura—. Lo haremos por la noche.

—Eso me dijiste ayer.

—Es que... —Jadeé al notar sus dedos en el cierre del sujetador—. Bueno,

lo prometo.

—No vas a tener que cumplirlo, Claire. Ríndete —susurró antes de reírse—. No he venido aquí para echar un polvo en pleno día.

Puse los ojos en blanco.

—No, de verdad. —Me besó otra vez y dio un paso atrás—. Solo quería recordarte lo de este fin de semana para asegurarme de que no te olvidas.

No lo había olvidado, él había conseguido que fuera imposible.

A pesar de que me había mudado a vivir a su casa y que habíamos viajado a lugares alucinantes con las niñas, todavía no habíamos tenido un fin de semana para nosotros solos. Para él siempre había algún gran negocio que no podía esperar al lunes. Y, para mí, un proyecto que no podía dejar aparcado.

—No me he olvidado. —Sonreí—. ¿Sigue siendo sorpresa la localización?

—¿Acaso no lo es siempre?

Me sonrojé. Todavía era capaz de hacerme sentir como si fuera la primera vez que nos veíamos, como si fuera a demostrarme por primera vez lo mucho que le importaba.

—Trabajaré hasta tarde, así que Greg te recogerá en casa a las nueve. —Se apartó un mechón de pelo de la cara—. Y luego nos pondremos en marcha... No traigas trabajo, o acabarás arrepintiéndote.

—Aplicáte el cuento, querido.

—¿«Querido»? —Miró al techo y me besó una última vez antes de ir a la puerta. Al llegar allí, se dio la vuelta—. Y como se te ocurra ponerte unos putos pantalones, como en nuestra última cita, te los arrancaré antes de que te subas al coche.

JONATHAN

—Gracias por recibirme tan pronto, señor Statham. —La editora de la revista *Forbes* se levantó para estrecharme la mano.

—Un placer, señorita Evans.

—Es un honor para mí conocerlo por fin en persona. —Se mordió el labio mientras yo trataba de no poner los ojos en blanco ante aquella atención no buscada.

Ella había estado coqueteando conmigo durante toda la entrevista, aleteando la pestañas, cruzando y descruzando las piernas. Incluso había dejado caer de forma «accidental» un caramelo de menta en el interior de su reveladora blusa de seda, que había recuperando fingiendo estar pasando «mucha vergüenza» porque nunca «había sido tan torpe».

Le calculé más o menos mi edad, y lucía un radiante pelo rubio con reflejos rojizos. Sus ojos eran azules y espectaculares, por lo que, en honor a la verdad, debía admitir que era muy guapa. Pero no me hacía vibrar como Claire. Ni de lejos.

—Ha sido un placer, señorita Evans. Si puedo hacer algo más por usted, no tiene más que decírmelo.

Se le iluminaron los ojos mientras se volvía a morder el labio.

—¿Sería mucho pedir que me muestre la empresa?

—No, en absoluto. —Cogí el teléfono y llamé a Hayley—. ¿Hayley? ¿Te importaría hacer un recorrido por la empresa esta tarde? Vale, excelente. Gracias. —Colgué y la acompañé hasta la puerta—. Hayley la espera delante de los ascensores. Que pase un buen rato, señorita Evans.

—Gracias —dijo en tono burlón mientras se alejaba.

Me hundí en la silla, feliz de que aquella innecesaria entrevista hubiera finalizado ya. Abrí un cajón para apagar la grabadora y vi un álbum digital de fotos. Me desplazé por la pantalla y sonreí al ver algunas imágenes que Claire y yo habíamos hecho a Caroline y a Ashley el mes pasado.

A lo largo de los ocho últimos meses, me había dado cuenta de que por fin tenía todo lo que podía pedirle a la vida.

Claire y yo estábamos más unidos que nunca, y ella había aprendido finalmente a aceptar nuestra relación, y se sentía más cómoda. Por supuesto, seguía haciéndome sentir muy frustrado de vez en cuando, pero no por sus inseguridades ni por el miedo a ser vistos en público juntos: era sobre todo porque había accedido a vivir en mi casa, pero antes se había dedicado a centrarse en someterla a un proceso de renovación que no parecía terminar nunca. Siempre encontraba algo nuevo que modificar, alguna parte que podía «mejorar». Si no la amara tanto, habría puesto fin al proceso hacía mucho tiempo, cuando me destrozó el parabrisas del Bugatti al instalar unas nuevas luces en el garaje.

—¿Señor Statham? —La voz de Angela resonó en las paredes.

—¿Sí?

—Soy Corey. La señorita Gracen ha venido aquí para verte.

Miré el reloj. Era imposible que Claire hubiera salido ya para iniciar el fin de semana sorpresa. Siempre tenía que sacarla a rastras del local al final del día.

—Dile que pase, por favor. —Miré hacia la puerta y vi que Corey invitaba a pasar a... Ashley. Sonreí—. ¿Sí, Ashley?

—¿Puedes darme cincuenta dólares más? Se me han olvidado algunas cosillas...

—¿Un par de cosillas? ¿Es la única razón por la que has venido?

—No, en realidad no. Me preguntaba cuánto tiempo vais a estar fuera este fin de semana.

—¿Por qué?

—Por nada. —Puso cara de póquer, algo que, sin duda, había heredado de Claire—. Solo se me ocurrió preguntártelo. Eso es todo.

—Estaremos de vuelta el martes...

—¡Me alegro de saberlo! —Aplaudió—. Espero que tengáis un buen viaje.

—La casa va a estar vigilada todo el tiempo. —La miré con los ojos entrecerrados—. Solo vuestros coches poseen permiso para traspasar la verja, y ya he dado aviso al equipo de seguridad para que comprueben la propiedad cada hora para asegurarse de que no entra nadie extraño mientras estamos fuera.

Me miró con la boca abierta.

—Jonathan, pensaba que éramos amigos. —Negó con la cabeza—. Hemos forjado una buena amistad y...

Me reí.

—Sí, claro. Todavía no le he contado nada a tu madre sobre la última fiesta secreta que montaste en la piscina del yate, ni cuando estrellaste su Audi, ni que Caroline y tú llegasteis a casa a las cuatro de la mañana el último fin de semana. ¿Quieres que lo haga?

—No. —Miró al techo—. Hasta luego..., ha sido un placer verte, Corey. —Nos dio un abrazo a cada uno antes de salir.

—¿Cómo las distingues? —Corey se sentó ante mi mesa—. Hubiera jurado que era Caroline.

—Imagino que por instinto. ¿Está lista la cuenta de CS?

Asintió.

—El envío debería llegar dentro de una hora. Voy a firmarlo y lo dejo en

manos de Greg. He quedado con él, si puede decirse así.

—Mmm... —Miré la única foto que había en mi escritorio, de Claire y Hayley jugando al Scrabble—. Quiero que averigües con quién está saliendo Hayley.

—¿Qué?

—A Claire se le escapó antes algo al respecto... Hayley y ella son aparentemente uña y carne, y no me cuentan los secretos. Quiero saber quién es ese hombre, por si tengo que matarlo.

Corey parpadeó.

—¿Matarlo?

—Sí. —Apreté los puños—. No me refiero a matarlo de verdad, solo a intercambiar unas palabras con él.

—Ah... —Corey se aclaró la garganta y se ajustó la corbata—. Bueno..., mmm..., lo conoces.

—¡Genial! ¿Quién es?

Él suspiró.

—Mmm...

—¿Señor Statham? —dijo Angela de nuevo por el intercomunicador.

—¿Sí?

—La señorita Gracen por la línea uno.

—Espera un segundo, Corey. —Cogí el teléfono—. ¿Hola?

—Hola... —La voz de Claire era débil.

—¿Qué te pasa?

—Nada... Es que hoy he decidido salir antes del trabajo.

—¿Se ha declarado un incendio?

—No... —Se rio—. Hace un par de horas me han timado. Vino a verme un hombre y...

—¿Y qué?

—Se fue sin darme lo que yo quería. Y he pensado que, evitando responder a sus llamadas telefónicas durante todo el día, pillaría la indirecta. Por lo general se da cuenta rápido...

Sonreí.

—¿Estás ya en casa?

—Aún no. Salgo ahora del despacho. Pero en cuanto llegue, me voy a dar una ducha muy larga y agradable para estar preparada para el fin de semana.

—No vayas, iré a buscarte. —Colgué y apreté la línea directa con Angela

—. Angela, cancela el resto de citas del día. —Luego miré a Corey—. Recuérdame que te pregunte de nuevo sobre el capullo que sale con Hayley cuando vuelva.

—Oh, Diosssss... Oh, Dios mío... Jonathan... —gimió Claire mientras le agarraba las caderas para movérselas adelante y atrás—. Yo... yo... —Cerró los ojos y gritó cada vez más fuerte.

Noté que se corría a la vez que yo, y que contenía luego el aliento mientras se dejaba caer contra mi pecho.

—Creo que nunca me cansaré de decirle a Greg que vaya por el camino más largo... —Le froté la espalda desnuda con las manos—. ¿Estás bien?

—Sí —murmuró al tiempo que asentía con la cabeza, todavía con la respiración alterada.

Esperé hasta que recuperó el resuello por completo para tirar de ella y ayudarla a vestirse. Le pasé los dedos por el pelo suspirando mientras le ponía una horquilla en su lugar.

—Pareces tenso... —susurró—. ¿Pasa algo?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Que tienes la expresión de siempre que te molesta algo. ¿Es por algo de la cuenta CS?

Arqueé una ceja.

—Te oí hablar por teléfono hace unas noches. Te levantaste de la cama y no podía dormir.

—Mmm... Bueno, sí, se trata de la cuenta CS. ¿Te gustaría darme algún consejo sobre la mejor manera de conseguir un acuerdo más ventajoso?

—Claro. —Se sentó en mi regazo—. ¿Cuál es su valor?

—¿Por qué siempre me haces esa pregunta en primer lugar? —Me reí cuando arrugó la nariz, esperando una respuesta—. Pues vale más que mi compañía. Mucho más... De hecho, sería el doble de rico si la consigo.

Abrió los ojos como platos.

—¿Y qué pasaría si no la consigues?

—Creo que tendría que pensarlo... ¿Quieres trabajar de nuevo para Statham Industries y ayudarme a hacerlo si fuera necesario?

—Por favor. —Miró al techo—. ¿Me vas a dar por fin una pista de dónde vamos a ir este fin de semana?

—No. —La besé en los labios. Estaba tentado de decirle a Greg que

volviera a dar una vuelta larga, pero me contuve.

Durante el resto del trayecto se instaló entre nosotros el familiar silencio que nos habíamos acostumbrado a compartir, un silencio especial que nadie podía entender.

—¿Señor Statham? —La voz de Greg llegó a través del altavoz.

—¿Sí, Greg?

—Hemos llegado, señor.

El coche se detuvo, y yo ajusté los tirantes de Claire de nuevo.

Cuando Greg abrió la puerta, le ofreció una mano para ayudarla a salir. Luego se acercó a los hombres que iban a transportar las maletas al avión.

—¿Estás segura de que no te importa volar? —le pregunté poniéndole las manos en los hombros y mirándola a los ojos.

—¿Es la mejor manera de llegar allí? —susurró.

Asentí con la cabeza mientras levantaba las manos.

—Pero siempre tengo un plan b, ya lo sabes.

A pesar de que ella me había asegurado que tenía controlada su fobia a volar, no estaba seguro al cien por cien, así que siempre tomaba precauciones. Si la veía incómoda o indecisa al respecto, abortaría el viaje al instante. Ya había tenido que hacerlo cuatro veces en los últimos meses.

—Estoy bien —me aseguró—. Te lo prometo.

Estudí su mirada durante varios segundos más, en busca de signos de incertidumbre o miedo.

Al no ver ninguno, me acerqué a la escalerilla y la guie lentamente al interior del avión. Le indiqué que se sentara, y al instante sacó la chuleta con las frases motivadoras «prevuelo» que había anotado en la terapia.

—Tienes que leerlas en voz alta, Claire. —La cogí de la mano y esperé hasta que me recitó cada palabra, hasta que me lanzó una mirada con la que me garantizaba que estaba de acuerdo con todo lo escrito.

Le hice una seña al piloto con la cabeza y me senté al lado de Claire.

—Señorita Gracen, ¿le apetece un DeLille Chaleur Estate Blanc para beber? —preguntó la azafata mientras comprobaba nuestros cinturones de seguridad.

—Sería genial. —Claire se apoyó en mí.

Se había dormido antes de que la azafata regresara, y no se despertó hasta que nos detuvimos a recargar combustible.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó.

Negué con la cabeza y le ofrecí un poco de comida, pero ella se apoyó en

mi hombro y volvió a dormirse.

—Jonathan, ¿ayer pusiste algo en mi cena? —Claire se dio la vuelta en la cama hasta clavar los ojos en mí.

—¿Cómo?

—Nunca me había dormido en un avión..., y ni siquiera recuerdo el momento en el que aterrizamos. ¿Me diste algo?

—No, Claire. —Me acerqué y la besé—. Estabas cansada. Trabajas siete días a la semana las veinticuatro horas del día, y antes del vuelo hicimos el amor dos veces. Si tuviera que drogarte para que volaras, te aseguro que no volarías. Han sido solo diez horas de vuelo.

Parpadeó lentamente.

—Lo siento... ¿Dónde estamos?

—Compruébalo tú misma. —Descorrí las cortinas que cubrían las ventanas y la observé mientras abría del todo los ojos.

Estábamos justo en la orilla de un sitio de aguas cristalinas, en la casa más grande de la isla. A nuestra izquierda, había una playa de arena y palmeras que impedían que viéramos el cielo en toda su extensión. En la distancia, había filas de bungalós ocultos, escondidos entre la vegetación de una zona verde.

—¿Cómo se llama este sitio? —Deslizó la puerta de vidrio y salió al balcón.

—St. Kitts & Nevis.

—¿Podrías decírmelo en términos que una no millonaria que no ha viajado por todo el mundo pueda entender?

Le rodeé la cintura con los brazos, riéndome.

—Estamos en la zona sur del Caribe.

Ella abrió la boca como si fuera a decir algo, pero luego se puso de puntillas y me dio un beso, apretándose contra mi pecho como si quisiera ir más lejos.

—Espera... —Me aparté un poco—. Quiero llevarte a la otra parte de la playa. Coge los zapatos.

—¿Me puedo cambiar primero?

Asentí con la cabeza y la besé de nuevo antes de que volviera a entrar en la *suite*. Apoyado en la barandilla, miré el atardecer, y negué con la cabeza al ver a una pareja tratando de dominar un kayak sin remo.

Estaba intentando no pensar en la cuenta CS, pero parecía que solo eso

llenaba mi cabeza.

—Ya estoy lista. —La voz de Claire me hizo darme la vuelta. Entonces, me quedé paralizado...

Llevaba un vestido blanco corto que se ceñía a su cuerpo donde debía, un vestido que fluía con las ráfagas de brisa que nos envolvían. No tenía tirantes, y la tela era lo suficientemente fina como para que viera el bikini de color rojo intenso que se había puesto debajo.

—¿No te gusta?

—Claro que sí. —La cogí de la mano y la conduje a la orilla.

Nos detuvimos a menudo para disfrutar de las olas o para ver a otra pareja que corría al agua. Estábamos a mitad de camino cuando la guie a un pequeño claro oculto de todo lo demás.

Le rodeé la cintura con los brazos otra vez y suspiré.

—Me prometiste que no ibas a trabajar durante el viaje, Jonathan... —me recriminó, mirándome fijamente.

—Y no lo he hecho.

—¿Y tu promesa incluye los momentos en los que estoy durmiendo?

—¿Perdón?

—Cuando aterrizamos, me desperté medio segundo y te oí hablar de nuevo de la cuenta CS. Habíamos quedado en que este viaje era para que te relajaras y te olvidaras de ese contrato. Si tanto te preocupa, podíamos haber pospuesto la salida.

—Claire... —Le solté las caderas y negué con la cabeza—. No existe ninguna cuenta CS.

—¿Qué? Entonces, ¿en qué has estado trabajando durante las ocho últimas semanas? —Palideció—. Te he oído comentar que era tu mayor logro... ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Por qué me has mentado?

—¿Qué crees que significa «CS»? Claire..., es un sinónimo de lo que quiero, de lo que necesito que seas.

Ella arqueó una ceja, llena de confusión, y movió la cabeza como si no entendiera nada.

Le cogí la mano con ternura y me puse de rodillas.

—Claire... —Me interrumpí al ver que contenía el aliento—. Quiero que sepas que no hay nada que no haría por ti. Nada. Nunca. Y que nunca había sentido por nadie lo que siento por ti. —Resistí el impulso de levantarme y secarle las lágrimas—. Me enamoré de ti en el momento en que estuvimos en

las cabañas de vacaciones en San Francisco: en ese instante supe que lo que había entre nosotros era algo más que atracción física. Mucho más. Y yo... —me tembló la voz— me dije en ese instante que por mucho que me frustraras, y por mucho que trataras de negar que también estabas enamorada de mí, jamás te dejaría alejarte.

—Jonathan... —Claire estaba llorando.

—Tú eres lo más importante en mi vida, lo que valoro más que mi empresa o que cualquier contrato de miles de millones de dólares que se haya posado en mi escritorio. Y no puedo pasar otro día más sin saberlo... —Saqué un anillo con un brillante de dieciocho quilates del bolsillo—. Quiero que seas mía oficialmente. Quiero que seas Claire Statham. —Hice una larga pausa que duró varios segundos—. Claire..., ¿quieres casarte conmigo?

—Sí. ¡Sí! —Se arrodilló a mi lado en la arena y le puse el anillo en el dedo.

La besé en los labios una y otra vez, limpiándole las lágrimas con la punta de los dedos mientras ahogaba sus gritos con más besos.

Cuando por fin nos tomamos un respiro, nos miramos el uno al otro en silencio, sonriendo. Luego se lanzó encima de mí.

—¿En qué estás pensando? —La miré a los ojos.

—Mmm... ¿Cómo crees que sonaría Claire Gracen-Statham?

—Eso no va a ser. —Entrecerré los ojos—. Todo o nada.

—¿En el paquete también están incluidos tus celos?

—Es una de mis mejores partes.

—Mmm... —Sonrió—. ¿Cuántos días son necesarios para arreglar las negociaciones y los papeleos?

—¿Papeleos?

—Sí... —Bajó la voz—. No soy tan tonta como para creer que no vamos a firmar un acuerdo prenupcial. Es decir, te aseguro que no voy a volverme loca si lo nuestro no funciona, pero...

—Calla. —Le puse un dedo en los labios—. No va a haber ningún acuerdo prenupcial. No lo habrá. Nunca.

Jadeó.

—Claire, esto es para siempre. ¿Lo has entendido? Tú y yo juntos para siempre, hasta que la muerte nos separe. —La besé en los labios—. ¿Quieres una boda?

Asintió.

—¿Por todo lo alto?

Volvió a asentir con la cabeza.

—Vale. —Sonreí—. Pues puedes planificarla en el instante en que volvamos. Mientras tanto... —Le puse las manos debajo del vestido y le desaté la parte superior del bikini—. Me gustaría explorar a la futura señora Statham.

Puso los ojos en blanco.

—Ya te he dicho más de una vez que la arena y el sexo no son una buena combinación.

—Sí, recuerdo haberte oído algo al respecto... —Le arranqué la braguita del bikini—, pero me gustaría comprobarlo por mí mismo.

VIERNES, 15 DE AGOSTO

«Claire me está volviendo loco...».

Estoy sentado a su lado en «Timeless, todo para las bodas», una empresa que organiza eventos de ese tipo, escuchando cómo la gerente plantea a Claire una ristra interminable de preguntas.

—¿Cuántos invitados serán? ¿Por qué está tan segura de que somos la empresa adecuada para sus aspiraciones? ¿Qué presupuesto tenemos?

A pesar de que parece que estoy prestando atención a todo lo que dice la mujer, pues levanto la vista de vez en cuando y busco sus ojos, mi concentración está, sin duda, en otras cosas. Lo único en lo que puedo pensar es en la mujer que tengo a mi lado y en que, a pesar de que es sin duda el amor de mi vida y la mujer más increíble que haya conocido, nunca deja de encontrar formas diferentes para hacerme sentir frustrado.

Le he dado tres meses para que se case conmigo y, en los cinco últimos días, se las ha arreglado para programar veintitrés citas con diferentes empresas de *catering*, cuarenta y cinco pruebas de banquetes y dieciséis citas para ver la tarta de boda. Ha empapelado uno de los salones de casa con cientos de revistas de novia y muestras de tela, y cada día, cuando llego a casa, insiste en enseñarme las nuevas ideas para la boda que ha ido encontrando en Pinterest y YouTube.

—¿Qué opinas de eso, Jonathan? —Claire interrumpe mis pensamientos.

—¿Qué pienso sobre qué?

—Sobre que actúe un cantante célebre en la boda y la recepción. O quizá dos diferentes... ¿Será demasiado caro?

—Podemos pagar lo que quieras, Claire. —Suspiré, y ella sonrió.

Le he dicho una y otra vez que no necesito lujos en la boda, pero sé lo que va a hacerla feliz y estoy dispuesto a que lo tenga por mucho que cueste.

—Ha sido un placer recibirlos aquí, señor Statham, señorita Gracen. —La mujer se levanta y nos estrecha la mano—. Espero que celebren su boda con nosotros.

Claire le dice algo más, y luego salimos de la estancia de la mano.

—¿Es esta la última entrevista de hoy o debemos conocer a todas las empresas de la ciudad antes de tomar una decisión?

Pone los ojos en blanco.

—Quedan dos y luego terminamos. Ah, y no te olvides de que tenemos la sesión de asesoramiento prematrimonial. Estamos citados mañana a las nueve de la mañana.

Terapia de pareja. Otra ocurrencia a la que nos estamos sometiendo que es completamente innecesaria. Salvo lo nervioso que me pone de vez en cuando, no sufrimos ningún problema serio y no necesitamos ninguna clase de asesoramiento.

De hecho, pienso hacer que cancele las citas. La terapia de pareja es para gente con problemas de confianza, que carece de intimidad y que no logra una buena conexión. En cuanto nos metamos en el coche, voy a demostrarle lo bien que conectamos. Literalmente.

1

CLAIRE

—Claire, no necesitamos terapia prematrimonial. —Jonathan me miró fijamente cuando se cerraron las puertas del ascensor—. Es una pérdida de tiempo.

—No he dicho que la necesitáramos. Solo he sugerido que deberíamos asistir a una sesión para asegurarnos de que nuestras expectativas con respecto al matrimonio son similares.

—¿A qué expectativas te refieres?

—Te darás cuenta cuando lleguemos. —Sonreí y él miró al techo.

Le había propuesto asistir a algunas sesiones antes de casarnos, algo que no había hecho con Ryan, solo para estar seguros de que coincidíamos en lo básico. Él, por supuesto, estaba en contra de la idea, pero después de explicarle que me haría «feliz», cedió.

Habíamos concertado una sesión de dos horas con la empresa de asesoramiento de San Francisco Waldo Emerson & Asociados. Me habían dicho que sería un proceso fluido y ligero del que Jonathan y yo saldríamos más unidos todavía.

Cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron, vi que no había nada delante. Ni una recepción ni una secretaria, solo un cartel que anunciaba que estábamos en Waldo Emerson, y tampoco se podía observar nada que indicara que estábamos en una consulta de asesoramiento profesional. El suelo estaba cubierto de arena blanca, las escasas columnas estaban separadas entre sí más de tres metros y decoradas con peces de colores. Además, había tres bolsas de semillas calentándose alrededor de una improvisada fogata.

Antes de que pudiera acusar a Jonathan de haber manipulado la sesión, apareció ante nosotros un hombre vestido con una túnica blanca.

—Ohhh... —dijo sonriente—. El señor y la futura señora Statham... Bienvenidos a Waldo's, terapias prematrimoniales. Soy el doctor Choate, y los guiaré durante la primera sesión.

—Espere un minuto. Lo siento. —Negué con la cabeza—. Se supone que

debemos reunirnos con el doctor Clinton. ¿Nos hemos equivocado de piso?

—No. Están en el lugar correcto.

—Entonces, ¿dónde está el doctor Clinton?

—Se retiró la semana pasada, ¿no se lo comunicó por correo electrónico?

Negué de nuevo.

—Oh, bueno, lo siento. La empresa me contrató para ocupar su lugar el mismo día que se fue. Después del éxito que he tenido con los rituales zen en Statham Industries, han pensado que soy la mejor opción. —Alargó la mano hacia Jonathan—. Por eso es un honor sin precedentes aplicar mis nuevas prácticas zen exclusivas con el hombre que me ha dado a conocer.

«¡Oh, Dios mío...!».

Nos dio instrucciones para que nos quitáramos los zapatos y nos acompañó hasta las bolsas de semillas.

—Entonces... —Se puso las gafas para mirar un papel—. Señorita Gracen, observo que ha solicitado una sesión de dos horas. ¿Es correcto?

—Sí.

—Y cuando se le preguntó cuál era el tema que quería tratar... —dio la vuelta al papel—, usted mencionó los problemas que tienen en el tema «intimidad».

Jonathan se volvió hacia mí con rapidez, arqueando una ceja.

—No. Nunca he dicho eso. Lo que dije fue que...

—Vale, vale, vale... —Chasqueó la lengua—. Está aquí anotado. Mi secretaria no se equivoca nunca.

—Ni siquiera nos...

—Shhh... —Se inclinó hacia delante y me apretó el lápiz contra los labios—. No se avergüence de los problemas que pueda tener en la cama, señorita Gracen. Cada pareja tiene los suyos, es el pan nuestro de cada día.

Notaba que Jonathan me miraba, rogándome que le diera pie para decir algo, pero mantuve los ojos clavados en un punto fijo.

—Si están sufriendo por algo, por pequeño que sea, estas dos horas son el momento perfecto para dejarlo salir. —Respiró hondo y luego cerró los ojos y soltó el aire lentamente—. Desahóguense.

Se quedó sentado durante al menos dos minutos con los ojos cerrados, al estilo indio, con la cabeza alzada hacia el techo, y Jonathan me hizo una señal para que nos fuéramos y pusiéramos fin a esa charada de sesión, pero el doctor Choate abrió los ojos de repente.

—Ahora que estamos en sintonía —dijo—, vayamos al grano. Señor Statham, ¿por qué está aquí hoy?

—Para ayudar a solucionar a mi prometida los problemas de intimidad.

—¿Ve, señorita Gracen? —me dijo el doctor—. Él también quiere arreglar las cosas. Bien, en una escala del uno al diez, ¿qué grado de satisfacción tiene usted, señor Statham con su vida sexual?

—Veinte.

—Muy bien, eso es genial. ¿Y usted, señorita Gracen?

—Veinte —susurré.

—Mmm... Ya veo. —Escribió algo y nos tendió dos tarjetas—. Quiero que escriban las expectativas que tienen sinceramente para el sexo después del matrimonio. ¿Igual que ahora? ¿Más? ¿Menos? Bueno, definitivamente menos no, porque para la señorita Gracen no llega.

—Gracias, doctor Choate. —Cogí mi papel mientras seguía evitando la mirada de advertencia que me lanzaba Jonathan.

Escribí «Igual» en mi tarjeta y esperé a que volviera a hablar.

—Bien, ahora, arrojen sus papeles en el pozo de fuego.

«¿Qué?».

Los dos los arrugamos y los lanzamos a las pequeñas llamas.

—Bien —añadió el psicólogo mientras nos entregaba dos tarjetas más—, ahora quiero que respondan a la pregunta escrita en estas tarjetas y que sean lo más sinceros posible. Y, de hecho, deberían tratarse como «estimado futuro esposo» y «estimada futura esposa». Una vez terminen, las echaremos de nuevo al fuego, así que tómenselo lo más en serio posible.

Mientras tanto, él se estiró hacia atrás para encender un reproductor de música de ambiente que consistía en sonidos de las olas del mar, y cerró los ojos.

En la tarjeta solo había una pregunta: «¿Qué es lo que le gustaría cambiar en sus actuales intercambios sexuales?».

Miré a Jonathan y vi que escribía algo, pero a mí no se me ocurría nada. De repente, me sentí culpable por haber sugerido que realizáramos esta sesión. Quería creer en mi cuento de hadas, y no, no cambiaría nada. Ni una maldita coma.

Claro, Jonathan y yo discutíamos de vez en cuando, siempre que yo me quedaba trabajando hasta tarde —algo que hacía con demasiada frecuencia—, porque él fuera tan controlador, porque yo decorara una y otra vez cada

habitación de su casa... Pero, en general, todo estaba bien. Más que bien.

De hecho, la noche pasada me había abrazado mientras me decía todo lo que adoraba de mí, mientras me aseguraba que casarse conmigo iba a ser el mayor logro de su vida.

—¿Señorita Gracen? —El doctor me arrancó de mis pensamientos—. No está escribiendo nada. No tenga miedo de dar rienda suelta a la sinceridad. Tiene que hacer saber a su prometido cómo se siente en realidad. No puede esperar que la situación cambie si no hace nada por mejorar la intimidad. A menos que quiera seguir sin disfrutar del sexo durante el resto de su vida..., claro. Es evidente que ha dicho «Veinte» solo porque él ha hablado primero. —Me guiñó un ojo y se inclinó hacia mí—. Venga, lo vamos a solucionar —añadió.

«Dios...».

Puse los ojos en blanco antes de escribir algunas palabras para que pareciera que estaba esforzándome. Cuando miré de nuevo a Jonathan, me di cuenta de que seguía escribiendo.

«¿Tanto tiene que decir?».

—¡Se ha acabado el tiempo! —El doctor Choate sonrió—. Ahora, antes de alimentar el fuego, vamos a intercambiar las tarjetas y a leerlas en voz alta.

«¡¿Qué?!».

—No..., no puedo. —Empecé a arrugar la mía en la mano—. No sabía que era necesario leerla. Así que he escrito algo que...

—¿Qué te pasa, cariño? —Jonathan sonrió de nuevo mientras mantenía su tarjeta alejada de mí—. Pensaba que estábamos trabajando para tener expectativas reales de nuestro matrimonio.

Suspiré y le entregué mi papel arrugado, y luego cogí su tarjeta, aunque no me molesté en mirarla.

—Señor Statham, usted primero —dijo un sonriente doctor Choate—. ¿Qué es lo que su futura esposa cambiaría de su intimidad actual?

Jonathan miró la tarjeta y se volvió hacia mí, sonriendo, con una ceja arqueada.

«Por favor, que no la lea en voz alta..., que no la lea en voz alta...».

—Solo dice que quiere tener «una comunicación mejor». —Su sonrisa se hizo más amplia, y yo solté el aire, aliviada.

—¿Y usted, futura esposa? ¿Qué ha puesto su futuro esposo sobre usted?

Le di la vuelta a la tarjeta y me obligué a bajar la vista hacia las letras.

«Estimada futura esposa:

Lo único que me gustaría poder cambiar sería haberte dejado dormir hasta tarde esta mañana, porque te he despertado temprano para que te ducharas y acudiéramos a esta reunión estúpida. Sin embargo, ahora que estamos aquí, quiero que seas plenamente consciente de que justo después de que termine voy a asegurarme de que los conceptos “terapia de pareja” y “problemas de intimidad” no salen de tu boca nunca más... :-)».

Me sonrojé.

—Él dice lo mismo.

—De acuerdo, bien. Estamos en el buen camino. La comunicación es muy importante para que una relación íntima funcione. Pensemos en una semana normal: ¿cuántas veces mantienen relaciones sexuales, futura esposa? Y sea sincera, ¿son satisfactorias?

«¿En serio...?».

—Un par de veces... —solté, esperando que pasáramos a otra cosa.

—¿Un par de veces? —Jonathan me miró a los ojos—. ¿Estás siendo realmente sincera?

«¡Basta...!». Sabía que estaba leyéndome la mente en ese momento y que él era consciente de que quería que se callara, pero era evidente que disfrutaba con mi humillación.

—Doctor, ¿qué es para usted «un par de veces»? —Jonathan no apartó los ojos de los míos.

—Dos o tres veces a la semana, señor Statham.

—Mmm..., ¿y «muchas veces»?

—Bueno, supongo que unas ocho o diez a la semana.

—Qué interesante... —Se inclinó hacia delante y me puso los dedos en el collar dorado con el ancla—. Entonces, Claire, a la vista de eso, ¿crees que «un par de veces» describe con precisión lo que hacemos?

—Sí. —No quería que el psicólogo se metiera en nuestra vida sexual. No quería. Cuando había concertado la cita, estaba segura de que nos íbamos a centrar en las expectativas que teníamos para el futuro: nuestras metas a largo plazo y nuestros sueños. Nadie me había mencionado que íbamos a comentar lo que hacíamos en el dormitorio, y estaba muy segura de que no había dicho nada de «problemas de intimidad».

—Me siento herido por estas afirmaciones, doctor. —Jonathan se puso la

mano sobre el pecho—. Es decir, que el amor de mi vida diga que se siente como si tuviéramos relaciones sexuales solo un par de veces a la semana es, sencillamente... Llegados a este punto, ¿se me está permitido llorar?

—Sí, señor Statham. Deje salir su dolor.

Él sonrió.

—¿El sexo no es memorable para ti, Claire? No debe de serlo si piensas que solo mantenemos relaciones sexuales dos o tres veces a la semana. Quiero un matrimonio sincero, así que me parece que sí tenemos problemas de intimidad, ya que piensas algo tan terrible.

—Follamos todos los días —claudiqué—. Todos-los-días. A veces más de una vez, e incluso de dos. Y en cada ocasión resulta memorable. ¿Contento? —Entrecerré los ojos y me besó en la mejilla.

—Mmm... —El médico se ajustó las mangas de la túnica—. Bueno... Esto... Muy bien por los dos. A continuación, vamos a dejar un poco de lado la intimidad, ¿de acuerdo?

—Gracias —dijimos los dos a la vez.

Cuando la sesión de asesoramiento llegó finalmente a su fin, estrechamos la mano del doctor Choate con la promesa de que nos pondríamos «en contacto» con él para concretar la próxima cita. En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, me metí dentro y apreté el botón una y otra vez para cerrarlas, ansiosa por alejarme de aquel lugar de arena blanca y tarjetas invasivas.

—¿Tienes mucha prisa, futura esposa? —Jonathan se colocó justo delante de mí y me obligó a pegar la espalda contra la pared—. ¿Otra reunión que no puedes perderte? ¿Otro lugar al que ir a discutir «problemas de intimidad»?

—Nunca dije que tuviéramos problemas íntimos. Eso ha sido un error del doctor, y lo sabes.

—Mmm... —Pasó los dedos por mi collar.

—No me puedo creer que me hayas obligado a hablarle de nuestra vida sexual.

—Me preguntó.

—No tenías por qué decirle la verdad.

—Pensaba que se trataba de ser sinceros. —Se pasó las manos por el pelo—. Y ya te he dicho un montón de veces que yo no miento.

—Bueno, ¿entonces por qué no le has dicho lo que yo había escrito de

verdad?

Me deslizó la mano por debajo de la falda.

—Si quieres, podemos volver a subir y con mucho gusto le diremos que mi futura esposa deseaba tener mi cabeza entre sus piernas.

Me sonrojé al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Seguro? —Me tiró de la ropa interior—. No me parece mal lo que pone.

—Está bien...

Bajó la boca por mi cuello y se tomó su tiempo para besarme la piel mientras me rodeaba la cintura con los brazos.

Miré los números de los pisos, que brillaban sobre las puertas mientras íbamos bajando: ocho, siete, seis... Y lo empujé, apartándolo de mí.

—Casi hemos llegado al vestíbulo —le murmuré al tiempo que me movía.

—No. No es así. —Apretó el botón de parada y se acercó a mí para apretarme de nuevo contra la pared—. De hecho, creo que tienes un enorme problema de intimidad, Claire.

—¿Qué?

—¿Por qué solo puedes ser sincera conmigo con respecto al sexo en los mensajes de texto y en las fichas del psicólogo?

—¿De qué hablas?

—Sabes perfectamente a qué me refiero. —Me interrumpió con un beso al tiempo que me subía el vestido lentamente hasta el estómago—. Siempre tengo que andar leyéndote la mente, o sacar conclusiones de esos comentarios tan sabiondos tuyos para saber lo que quieres... ¿Por qué?

—Es que... —Cuando me miraba así, cuando clavaba los ojos en los míos y exigía respuestas que yo no tenía, no era capaz de concentrarme.

—Si te gusta que te folle con la boca, ¿por qué no me lo dices cuando estamos en casa?

Me mordí los labios mientras deslizaba un dedo en mi interior, sosteniéndome con el otro brazo.

—¿Mmm, Claire? Estoy aquí... Dime qué quieres.

—Jonathan... —gemí. Estaba apretando el pulgar contra mi clítoris, castigándome con círculos lentos y sensuales.

—¿No me puedes explicar ahora por qué no prefieres esperar a que llegue de trabajar que decírmelo en un mensaje de texto?

—No...

—Entonces, dime qué es lo que te gusta...

—Todo...

El escaso espacio que quedaba entre nosotros desapareció mientras él mantenía el pulgar ocupado, y acercó la boca a mi oreja.

—Dime que te encanta que te folle con la boca.

—Me encanta.

—Dilo.

Tragué saliva.

—Me encanta cuando bajas la cabeza hasta mi...

Suspiró y se alejó de mí lentamente, lo que me hizo pensar que iba a pasar de todo para pulsar el botón de puesta en marcha, pero me dio la vuelta para dejarme de frente a un rincón y me agarró por la cintura.

—Tienes razón... Necesitamos mejorar la comunicación entre nosotros.

—Jonathan, aquí hay oficinas federales. El departamento de bomberos... — Me interrumpí al notar lo a mi espalda, esforzándose por penetrarme cada vez más profundamente.

—Si crees que voy a considerarme feliz en mi matrimonio cuando ni mi propia esposa es capaz de decirme lo que quiere, estás muy equivocada, Claire. —Me mantuvo inmóvil una vez que estuvo dentro por completo. Entonces, me besó la nuca con parsimonia—. Dime-qué-te-gusta —susurró una vez más.

No podía pensar. Estaba demasiado preocupada con la idea de que el Cuerpo de bomberos necesitara usar el ascensor en ese momento y lo que podían flipar si me encontraran a mí de pie en una esquina con Jonathan profundamente enterrado en mi interior.

Antes de poder centrarme en la realidad y responderle, se retiró con rapidez y volvió a hundirse, repitiendo el ritmo una y otra vez, lo que me hizo gritar más fuerte que nunca.

—Claire, te he hecho una pregunta. —Me agarró los pechos y los apretó mientras chocaba contra mí, arrancándome un gemido en cada ocasión.

—M-me gus-s-s-ta... —tartamudeé—. Me gusta cuando...

—¿Sí? —Llevó una mano a mi clítoris y se puso a frotarlo con el ritmo que yo tan bien conocía.

—¿Cuándo qué...?

—Cuando me follas con la boca... —Se puso a acelerar sus embestidas, por lo que me resultó difícil acabar la frase.

—Ter-mi-na-lo-que-es-tás-di-ci-en-do —ordenó.

—Espera... Me encanta cuando tú...

—¡Piiii! ¡Piiii!

—Edificio de Waldo Emerson & Asociados, aquí la unidad 861 del Cuerpo de bomberos —dijo una voz por los altavoces—. Está al habla el jefe Brennan Marshall. Hemos notado que el ascensor se ha bloqueado hace más de seis minutos. ¿Hay alguien en el interior?

—¡Piiii! ¡Piiii!

—Sabes que me importa una mierda que nos vean así... —Jonathan se inclinó para cogerme las manos y me las puso por encima de la cabeza, apretadas contra la pared—. Y no voy a parar cuando se abran las puertas si tú no me has respondido.

—¿Hay gente dentro? —repitió el jefe de bomberos—. Mmm... Es posible que no me oigan... —añadió en voz baja.

—Hay gente dentro. —Jonathan respondió con calma, pero sus embestidas en mi interior no eran precisamente pausadas. Yo me esforzaba por contener la respiración y me mordía el labio para no gritar.

—Vale, no se pongan nerviosos. Ahora mismo enviaremos un equipo.

Hubo otra serie de pitidos que puso fin a la conversación, y luego todo se volvió borroso a mi alrededor. De repente, estaba gritando con toda la fuerza de mis pulmones mientras él me llevaba a un orgasmo infinito al tiempo que me exigía que le dijera lo que quería una vez más.

—Me encanta cuando... —Dejé caer la cabeza hacia atrás, contra su hombro, con el cuerpo laxo—. Que me folles con la boca. —Cerré los ojos mientras las rodillas me cedían. Lentamente, se retiró de mi interior y dejó que resbalara hasta el suelo.

Quería quedarme allí sentada para siempre, extasiada, rebotante de felicidad y satisfacción, pero Jonathan me hizo levantarme y me abrazó contra su costado al tiempo que apretaba el botón para reiniciar la marcha, presionando la planta que estaba encima del vestíbulo.

Cuando salimos del ascensor, mantuvo un brazo en mis hombros y me condujo al exterior por la escalera de emergencia. En cuanto me golpeó la cara una bocanada de aire fresco, respiré hondo.

—¿Por qué siempre me haces esto? ¿Tan difícil te resulta esperar?

—Es la única manera de conseguir que me digas la verdad... —soltó—. Y además, creo que te gusta...

Miré al techo mientras trataba de no sonreír.

—Te amo, Claire. —Me besó en la frente mientras tocaba mi collar—. No sé por qué eres tan reservada a la hora de hablar de sexo conmigo, pero no debería ser así. Deberías ser capaz de decirme lo que deseas siempre que quieras, y me aseguraré de que lo hagas. —Me besó de nuevo y me rodeó la cintura con los brazos mientras me llevaba al aparcamiento.

Según nos acercábamos a los coches —su Bugatti y el mío—, me hizo darme la vuelta para que lo mirara.

—¿Todavía crees que necesitamos terapia prematrimonial? ¿Debemos discutir otros problemas de intimidad?

—No...

—Mmm... —Apretó los labios contra los míos—. Tienes suerte de que tenga que coger un vuelo en este momento —aseguró cuando alejó su boca de la mía, apretando una tarjeta arrugada contra mi mano—. Nos veremos en casa a las seis.

Unos días después, fui al despacho y me quedé mirando las nuevas fotos familiares que había colgado en la pared; eran imágenes en las que aparecíamos mis hijas y yo con Jonathan, pasando el rato en un lago privado. En una de ellas, los cuatro construíamos un castillo de arena y nos reíamos de lo que nos había llevado levantarlo. En otra, remábamos en unos pequeños kayaks por el agua.

Desde que Ashley y Caroline se habían ido a la universidad, los días en casa eran mucho más tranquilos; en realidad, resultaban aburridos. Echaba de menos verlas en el sofá, hablando de cosas sin importancia, riéndose de mis chistes malos y, también, poniéndome de los nervios de vez en cuando. Las añoraba.

Ahora, en lugar de las cenas familiares de los domingos y los jueves por la noche, Jonathan y yo íbamos al apartamento de su hermana pequeña, Hayley, y cenábamos con ella. Aunque nunca lo había mencionado, Jonathan también echaba de menos todo eso; y estaba segura de ello porque ya se había puesto a planear las comidas para las vacaciones de Acción de Gracias y Navidad.

—¿Señorita Gracen? —Mi ayudante interrumpió mis pensamientos.

—¿Sí, Rita?

—Acaban de llegar las flores que le envía el señor Statham todos los días. ¿Le gustaría que se las trajera?

—Sí, por favor. —Me recliné y vi que llevaba un pequeño centro con

orquídeas, gisófilas y claveles blancos a mi despacho.

Como de costumbre, había una tarjeta plateada en la parte superior.

«Estimada futura esposa:

¿Es necesario que empiece a recogerte en el trabajo para que llegues a casa a tiempo de cenar conmigo? Llevas llegando tarde toda la semana.

Deja de ponerme a prueba.

Con amor.

Tu futuro esposo».

Me reí. estaba a punto de llamarlo por teléfono cuando Rita entró en mi despacho otra vez.

—La cita de las tres ya está aquí —dijo—. Si quiere, la hago pasar antes de irme a almorzar.

—Gracias, Rita. —Me levanté y me alisé el vestido, dispuesta a sellar otro acuerdo, y me olvidé de todo lo demás.

En cuanto mi clienta entró en mi despacho, mi mente se concentró en columnas blancas, armarios empotrados y paneles de madera necesarios para crear un nuevo espacio. Las dos hablamos durante horas, negociando los tiempos previstos, los materiales y, por supuesto, el presupuesto.

Cuando le entregué el contrato final, asintió con la cabeza y cogió una pluma para firmar el documento.

—Todo me parece correcto, señorita Gracen. Las fechas me van bien.

—Genial. Estoy deseando que llegue el momento de que pueda disfrutar de su nuevo salón, señora Klein. —Le estreché la mano y se puso en pie.

—Gracias. —Sonrió—. Estoy segura de que será tan magnífico como todos sus demás trabajos.

—Se lo garantizo. —La acompañé fuera de mi despacho, hasta la tienda, donde corrí todas las cortinas cuando ella salió.

«Por fin voy a llegar a tiempo a casa...».

Me puse a enderezar la pantalla de una lámpara junto al escaparate, asegurándome de que no se veía la etiqueta del precio. Tuve la tentación de ponerme a limpiar el polvo, algo que me relajaba, pero comenzó a sonarme el móvil.

Jonathan.

—¿Hola?

—Hola, Claire. —Su profunda voz seguía teniendo el poder de derretirme

—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy... cerrando la tienda. ¿Y tú?

—En el coche. ¿Estás cansada?

—¿Por qué?

—Responde a la pregunta.

—Sí. —Cerré los ojos—. Estoy demasiado cansada para follar contigo en este momento.

Se rio.

—Entonces, ¿te parece bien si programo la siguiente entrevista para planificar la boda?

—No. —Llevaba semanas esperando la reunión—. En absoluto.

—Bien. Ya que estoy de camino, te recojo en la puerta dentro de cinco minutos.

—Hasta ahora. —Colgué y me puse a limpiar el polvo de los estantes con un pequeño plumero.

Ya llevaba la mitad cuando oí la campanilla de la puerta.

—Ya voy. —Suspiré sin molestarme en darme la vuelta—. Espera a que pase el plumero por el último estante y...

—¿Claire?

La sangre me hirvió en las venas al oír esa voz.

Negué con la cabeza, consciente de que él no podía estar en la tienda. Estaba segura de que todo era un sueño y pronto me despertaría. O más bien una pesadilla.

—¿Claire? —preguntó de nuevo, y me pellizqué el brazo antes de girarme lentamente.

No estaba soñando. No era una pesadilla.

Era Ryan.

—¿Qué haces aquí? —susurré.

—Casi no te reconozco cuando he entrado. Tienes muy buen aspecto..., muy, muy bueno... —Me miró de arriba abajo—. La vida te está tratando bien.

—¿Qué-coño-haces-aquí? —pregunté con los ojos entrecerrados.

—Mira, ya sé que soy la última persona que quieres ver en este momento, pero estaba en la ciudad y he pensado que podría...

—¿Invitarme a cenar? ¿Enterarte de mi vida? No tengo nada que contarte.

—Lamento disentir, pero tenemos que hablar.

—No, gracias. No me interesa.

—Es importante. —Suspiró.

—No. Mi respuesta es no.

—Claire, han pasado ya cinco años. Al menos podríamos ser cordiales entre nosotros.

—¿Cordiales? ¿Cuán cordial crees que puedo ser con el impresentable capullo que dejó a mi ex mejor amiga embarazada? —Negué con la cabeza—. Ni siquiera quiero que me respondas, ya que he gastado los minutos de tonterías del día. Por favor, lárgate de mi tienda.

—Claire, vas a escucharme. —Dio un paso adelante y me miró a los ojos—. Te guste o no, vas a quedarte ahí y oír cada puta palabra que tengo que decirte.

Crucé los brazos.

—Si yo estuviera en tu lugar, me dejaría en paz en este instante. Mi prometido llegará en cualquier momento y no va a ser contigo tan agradable como yo.

Su expresión cambió de forma radical.

—¿Estás... estás comprometida? ¿Con quién?

—Por favor, lárgate, Ryan. —Sentía un intenso dolor en el pecho, un dolor indescriptible—. No quiero que estés aquí. No quiero verte.

Se me quedó mirando al tiempo que negaba con la cabeza mientras retrocedía lentamente.

Antes de abrir la puerta, me miró por encima del hombro.

—Solo me voy porque estás cerrando y soy educado. Lo cierto es que solo quería asegurarme de que era verdad que trabajas aquí. Créeme, volveré; y vamos a hablar.

Tuve que contenerme con todas mis fuerzas para no correr hacia él y clavarle el plumero, pero me quedé quieta. Paralizada. Lívida.

En cuanto se largó, me puse de nuevo en movimiento y lancé el plumero al suelo. Luego fui detrás del mostrador y pulsé el botón que hacía bajar el papel de vidrio, bloqueando la entrada a todo el mundo; no quería correr el riesgo de que regresara al cabo de unos minutos.

Me encerré en el cuarto de baño, abrí el grifo del agua fría y me salpiqué la cara una y otra vez. Por más que intentaba luchar contra ello, el recuerdo más vívido y amargo de nuestro matrimonio empezó a dar vueltas en mi mente...

Tomé un sorbo de vino mientras miraba las fotos incriminatorias que Barry me había enseñado.

—Le pregunté a Amanda dónde estuvo el viernes pasado. —Barry encendió un cigarrillo y negó con la cabeza—. Me dijo que había ido contigo de compras, que necesitaba un vestido nuevo. —Cogió una de las fotos y pasó los dedos por la fecha impresa—. Quizá quiso decir que llevaba un vestido nuevo mientras se tiraba a Ryan en su despacho...

Solté una risita nerviosa, pero no podía dejar de llorar. Por más que intentara reprimir los sollozos, las lágrimas caían cada vez más rápido y el pecho me subía y bajaba sin control.

Un camarero se detuvo a nuestro lado y se aclaró la garganta.

—Ejem, ¿señor? En esta cafetería no se permite fumar.

—Mi mujer está tirándose a su marido —escupió Barry—. Puedo fumar donde me salga de los huevos.

La cara del camarero adquirió un tono rojo y brillante, pero se alejó.

Me sequé otro torrente de lágrimas y me quedé mirando la fotografía que había caído en mi regazo, en la que Ryan colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja de Amanda mientras ella se ponía de puntillas para besarlo.

—¿Puedo quedarme con una? —Se me quebró la voz.

—Claro. He hecho cuatro copias, una para ti, otra para mí y dos juegos para mis abogados.

Asentí moviendo la cabeza y deslicé el montón de fotos en el sobre. Me sentía demasiado insensibilizada para decir nada. Necesitaba estar sola.

Ya de pie, abracé a Barry, pues sabía que tardaría mucho tiempo en volver a verlo.

Él me devolvió el abrazo y utilizó su pañuelo arrugado para limpiarme la cara.

—Claire, estarás bien. No dejes que lo que han hecho te destroce. Eres una persona increíble y podrás recuperarte de esto...

Dijo algunas cosas más, pero no pude distinguir las palabras, estaba demasiado concentrada pensando en volver a casa, demasiado ocupada preguntándome qué le iba a decir a Ryan cuando lo tuviera delante.

Salí casi arrastrándome del hotel, bajo la lluvia, sin molestarme en abrir el paraguas. Un aparcacoches me trajo el coche y me ofreció una toalla, pero yo me senté detrás del volante y salí a toda velocidad.

«Te amo, Claire... Eres el amor de mi vida... Voy a asegurarme de que este es nuestro mejor aniversario...».

Sollocé al recordar que me había dicho eso justo la noche anterior.

«Eres la única mujer que he amado y siempre serás...».

Tomé la salida de la autopista que llevaba a nuestro barrio moviendo la cabeza para hacer desaparecer todos los hermosos recuerdos que daban vueltas en mi cabeza, aun sabiendo que daba igual lo que él me dijera esa noche: lo que siempre había considerado nuestro cuento de hadas no era tal.

Conduje por el barrio hasta que el piloto del nivel de gasolina se encendió, tratando de pensar qué iba a decir al llegar, pero me sentía demasiado entumecida, demasiado

herida. Después de decidir que permitiría que fueran las fotos las que lo dijeran todo, conduje al garaje y me quedé sentada detrás del volante con la cabeza entre las manos.

La semana anterior habíamos ido a seleccionar una nueva encimera para la cocina, pues quería poner una de granito que sustituyera la de madera. Estábamos planeando lo que haríamos en nuestro decimoquinto aniversario, y a pesar de que él se había mostrado muy impreciso sobre los planes, estaba segura de que me llevaría a ver el canal de Panamá, un lugar que siempre había querido visitar.

Un trueno rugió en la distancia y la lluvia comenzó a caer con más fuerza, así que cerré la puerta del garaje y salí del coche.

Respiré hondo, giré el pomo de la puerta de comunicación con la casa y entré en mi hogar.

—¡Hola, mamá!

—¿Cómo llegas tan tarde?

Ni Caroline ni Ashley levantaron la vista de sus deberes.

—Hola, nena. —Ryan me abrazó y me besó en la frente—. ¿Estás bien? —Arqueó una ceja al tiempo que bajaba la voz para preguntarme por qué tenía la cara roja como si hubiera estado llorando...

No respondí a su pregunta. Lo miré a los ojos preguntándome cómo podía actuar como si todo fuera normal, como si no se hubiera tirado a Amanda ayer mismo en nuestro dormitorio.

—Estás empapada... —Me pasó las manos por la chaqueta—. ¿Has perdido el paraguas?

Tragué al tiempo que negaba con la cabeza.

Ryan sonrió.

—Bueno, vete a secarte. Da igual lo que te esté molestando, podemos comentarlo después de la cena, ¿vale? He pedido una pizza en el restaurante favorito de las niñas y ya está lista. —Me besó en la mejilla—. Ahora vuelvo.

Oí que me susurraba «Te amo» al oído antes de alejarse y desaparecer por el garaje.

En cuanto oí que aceleraba el coche por el camino, me volví hacia mis hijas.

—¿Mamá? —Ashley me miró con la cabeza inclinada a un lado—. ¿Qué te pasa?

Caroline también levantó la vista y frunció el ceño.

—¿Mamá? ¿Por qué nos miras así? —Miró a Ashley y negó con la cabeza—. ¿Por qué no dice nada?

—Necesito que las dos os vayáis a vuestra habitación. —Se me quebró la voz—. Tengo... Tengo que hablar a solas con vuestro padre cuando vuelva.

Ellos se miraron confusas, pero recogieron sus apuntes y me abrazaron antes de subir.

En el momento en que cerraban la puerta, cogí el sobre que guardaba en el interior de la chaqueta y me senté ante la mesa, pensando en cómo iba a presentarle las fotos a Ryan.

De repente, me vibró el móvil. Era un mensaje de texto de Amanda.

«¡Hola, Claire! Solo te escribo para recordarte que mañana por la mañana tenemos la clase de jazz. ¡Te recojo a

las nueve!».

¿Cómo podía decirlo en serio?

Arrojé el móvil al otro lado del salón, donde se hizo añicos contra una foto que colgaba en la pared. Herida, me levanté y saqué las pruebas fotográficas del sobre. Di vueltas por toda la planta baja, arrojándolas al suelo, y dejando un rastro desde el comedor a la cocina pasando por el salón.

La última foto era una de Amanda a horcajadas sobre el regazo de Ryan en el coche, del fin de semana pasado; estaban en el aparcamiento del bufete de abogados donde él trabajaba. Quería romperla en mil pedazos y obligarlo a tragar cada uno de ellos, pero oí la cerradura de la puerta del garaje.

—¿Dónde estáis todas? —le oí decir—. He vuelto.

Me apoyé en la mesa, tratando de calmar mis manos temblorosas.

—¿Ashley? ¿Caroline? ¿Claire? —Sus pasos sonaban cada vez más cerca—. ¿Es que ha entrado aquí un tornado mientras yo no estaba? —Por fin, llegó a la cocina.

—¿Qué pasa, Claire? —Dejó las pizzas en la encimera—. ¿Qué son todas estas fotos y por qué están tiradas por todas partes?

No respondí. Me quedé mirándolo mientras se inclinaba para recoger una de ellas, y lo estudié mientras se ponía blanco como el papel.

Me miró con una devastación y un horror absolutos.

—Claire, lo siento... ¿Podemos... podemos hablar?

Me encogí ante el recuerdo y me eché más agua en la cara.

No podía creerme que tuviera la audacia de presentarse ante mí e intentara mantener una conversación normal conmigo, actuando como si fuera capaz de decirle incluso qué hora era.

«¿Qué coño querrá?».

Sonó un golpe en la puerta, pero no respondí. No podía. Estaba temblando, y mis pensamientos se veían consumidos por la rabia y la ira.

«¿Por qué ha tenido que aparecer aquí? Sabe que lo odio...».

—¿Claire? —Jonathan estaba al otro lado de la puerta.

—¿Sí? —Salí del trance y abrí.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué tienes la cara mojada? —Cogió una toalla de un estante y me la apretó con suavidad contra las mejillas—. ¿Tienes fiebre?

—No..., estoy... —Vacilé.

—Si quieres, podemos anular la cita. —Me rodeó la cintura con el brazo y me llevó hacia delante—. Podemos ir otro día. Parece que no te encuentras bien.

—No lo estoy... Ryan acaba de estar aquí.

Se puso tenso de repente y me miró con los dientes apretados.

—¿Tu exmarido Ryan?

Asentí con la cabeza.

—¿Qué quería?

—No lo sé... Le he dicho que se fuera. No quería hablar con él.

—Bien. —Su mirada se volvió más tierna, pero me di cuenta de que estaba irritado—. ¿Cómo ha sabido dónde trabajas?

—No lo sé... —Caroline y Ashley sabían que no quería verlo ni en pintura, que no podían ni mencionar su nombre. Los pocos amigos en común que todavía manteníamos en Pittsburgh podían saber algunas cosas de mi nueva vida, pero siempre menudencias que no compartirían con él.

—¿Sabes por qué se ha molestado en venir a San Francisco?

Negué con la cabeza. Aquí no era bienvenido.

—Mmm... —Me abrazó y me besó el pelo—. Me voy a asegurar de que no vuelve a molestarte nunca.

Quise preguntarle «¿Cómo?», pero sabía que lo haría sin más. Me apoyé en él y suspiré mientras me guiaba al asiento del copiloto de su coche.

—Puesto que por fin has salido a tiempo del trabajo, ¿qué te apetece cenar?

—Aceleró y me miró.

—A ti.

—Eso es interesante... —Sonrió—. Podemos pedir algo.

Miró al frente y aceleró camino de la autopista, lo que me hizo sonreír, porque mi vida era perfecta en ese momento: todo lo que quería y necesitaba estaba sentado a mi lado en el coche.

Al mirar por la ventanilla, vi desaparecer la ciudad en la distancia, y traté de no pensar en la visita de Ryan, aunque no pude evitarlo.

Salvo los momentos en los que establecíamos los tiempos para ver a nuestras hijas, Ryan no me había molestado nunca desde que me había trasladado a vivir aquí. Sabía que no debía hacerlo, y yo no quería que mi doloroso pasado chocara con mi presente perfecto. Nunca.

«Tiene que ocurrir algo realmente serio para que él venga aquí... No, que se joda. Me importa un carajo lo que le pase...».

1.5

CLAIRE

ALGUNOS VERANOS ANTES...

—Claire, ¿no lo viste venir? —Mi vecina de al lado, Andrea, me dio una caja —. Tuvo que haber señales.

—No sé. Yo no vi ninguna... —Apreté los dientes.

—Lo siento. ¿Es que...?

—¿Es que qué?

—Amanda es una buena persona...

—¿Estás quedándote conmigo, Andrea? Te he pedido que me ayudes a meter las cajas en el coche, no que defiendas a esa...

Suspiró.

—Lo siento... Solo se me ocurrió que si hubieras sospechado algo...

—¿Sospechado qué?

—Que ellos estaban liados... —Puso las mantas de las niñas en el maletero y lo cerró—. Michael y yo pensamos que estaba pasando algo cuando llegasteis a la fiesta de Navidad el año pasado... Ellos estuvieron un montón de tiempo en el patio.

—Gracias, Andrea. —Traté de no poner los ojos en blanco—. Eso es justo lo que necesitaba saber en este momento. ¿Sabes qué? Podrías contarme algo más que me pueda hacer sentir todavía mejor.

Me abrazó con fuerza.

—Solo lo digo porque... Ryan nunca me ha caído bien, Claire. Siempre he pensado que tú podías aspirar a alguien mejor, mucho mejor. No me gusta lo que ha pasado, y si pudiera matarlos lo haría... —Se le quebró la voz—. Me gustaría que no te mudaras, pero está bien que vayas a San Francisco. Quiero que conozcas a alguien que te merezca de verdad.

Asentí y me alejé de ella lentamente. Intenté entregarle el cheque de dos mil dólares que me había entregado antes, pero se negó a aceptarlo y se alejó llorando.

Me obligué a tragar el nudo que tenía en la garganta antes de subirme al Audi Q7 con las niñas para salir a la carretera rumbo a mi nueva vida.

«Claire, tenías que ver las señales... Las señales...».

Y no lo había hecho. No había visto nada.

¿Cómo era posible que viera nada cuando Ryan era jodidamente maravilloso y perfecto?

¿Cuando Amanda era mi mejor amiga?

Mientras conducía por la autopista, atravesé infinidad de recuerdos: cumpleaños, citas, aniversarios, y en todos y cada uno de ellos Amanda y Ryan estaban a mi lado. Empecé a pensar en cosas más recientes cuando atravesé la frontera del estado, y luego encontré nuevos significados a un par de situaciones que jamás hubiera imaginado antes...

TRES MESES ANTES...

—¿Prefieres morirte al caer de un edificio o ahogarte en el océano? —Le lancé a Ryan un M&M's.

—Prefiero caer de un edificio.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Cuando mi cuerpo golpeará el suelo, me moriría al instante. Ahogarse lleva más tiempo. Además, no existe ninguna garantía de que encuentren mi cuerpo en el mar. Y quiero reposar en un ataúd después de mi muerte.

Asentí con la cabeza ante su lógica y levanté la mirada al brillante cielo azul.

Estábamos sentados en la hierba, en el Frick Park, disfrutando de un pícnic a solas. Habíamos ido a ese lugar una vez al mes desde que íbamos al instituto, desde que había admitido que estaba enamorado de mí y quería casarse algún día conmigo.

—Me parece bien. —Lo miré de nuevo—. Otra pregunta... ¿Qué es peor? ¿Poner los cuernos con un asunto emocional o con una mera relación física?

Hizo una pausa antes de responder, y luego me miró a los ojos.

—Es peor un asunto emocional. Es más fácil poner fin a una relación sexual, pero los sentimientos no desaparecen nunca, por mucho que te

esfuerces...

—Eso tiene sentido... Por lo tanto, supongamos que tu mujer tiene una aventura... ¿Prefieres que sea con un extraño o con tu mejor amigo?

—¿Qué?

—Que si prefieres perder a tu esposa por un extraño o por tu mejor amigo.
—Le lancé otro M&Ms.

—Dios, Claire..., ¿qué clase de pregunta es esa?

—Tú me las has hecho peores. —Me estremecí pensando en cuando me había preguntado si prefería follar delante de veinte personas o hacer que se corrieran tres hombres en privado.

Miró al lago y suspiró.

—Por nadie.

—No puedes responder eso. —Negué con la cabeza—. Es una de las reglas, ¿recuerdas? Elige.

—Creo que preferiría que fuera con un extraño. Sí..., con un extraño.

—¿En serio? ¿Es todo lo que vas a decir? Por lo general siempre razones tu elección. Ilústrame con tu lógica.

—Bueno, supongo que cualquiera de las dos opciones me dolería, es que...
—Se apagó su voz—. Con un extraño no tendría que sentirme además traicionado... Si perdiera a mi mejor amigo, no sé cómo iba a lidiar con ello, ni si lo superaría. Sería lo peor que podría hacerme un amigo...

—De acuerdo al cien por cien. —Me incliné hacia él y le besé en los labios—. ¿Sabes que se me ocurrió el otro día?

—Dime...

—Jamás hemos tenido la oportunidad de tener una boda de verdad.

—¿A qué te refieres?

Suspiré recordando lo pobres que éramos cuando decidimos casarnos. Había tenido que comprarme el vestido de novia en una tienda de segunda mano del barrio y pedirle a mi madre que me lo ajustara.

Ni siquiera habíamos tenido dinero suficiente para contratar un lugar para la recepción, y dado que había reformas en la iglesia, habíamos decidido celebrarlo en el patio de su madre. No quiero que me malinterprete nadie, fue el día más feliz de mi vida y nuestras madres lo habían decorado como si fuera a aparecer en una revista, pero no era así como debía haber sido.

—¿No te parece que sería genial que este año que celebramos quince años casados renováramos nuestros votos en una ceremonia de verdad? —pregunté

—. Bueno, espera. Tendría que ser cinco o seis meses después de la fecha.

—¿Por qué?

—Por Amanda. Quiero que sea de nuevo mi dama de honor, y tendrá que dar a luz primero.

Murmuró algo que no logré oír.

—Y en una iglesia de verdad, no en el patio de tu madre. —Sonreí—. Así Ashley y Caroline podrán también ser damas de honor. ¿O crees que no querrán?

—Les gustará el simple hecho de estar presentes. —Se acercó a mí—. Pensaba que siempre te había gustado nuestra boda. No sabía que...

—Oh, me gustó, pero no fue la boda de mis sueños, ya sabes.

—Para mí sí. —Me acarició la mano—. Solo quería casarme contigo, no me importaba dónde. Podría haber sido en el juzgado, me hubiera dado igual.

Noté que el corazón se me hinchaba mientras él apretaba los labios contra los míos.

En momentos pequeños como ese, apreciaba todavía más a Ryan. A pesar de que ahora ganaba diez veces más dinero que cuando nos casamos, siempre me consideraba la mejor parte de su vida y encontraba las palabras para que yo lo supiera.

—Espero que sea siempre así, Ryan... —Sonreí—. Siempre.

—¿El qué?

—Tranquilo. Fácil. Perfecto. Simplemente perfecto. —Lo besé.

—Y yo.

DOS MESES ANTES...

—¿Por qué estás planeando de nuevo un viaje al Canal de Panamá? —Amanda se ajustó el delantal alrededor de la cintura—. Te da miedo ir en avión.

—Iremos en un crucero, listilla. Y me he dado cuenta de que debemos empezar a planearlo ahora. Ya sabes que Ryan no tienen mucho tiempo libre. De hecho, cada vez está más ocupado.

Amanda se aclaró la garganta.

—Cierto. ¿Te apetecen galletas? Ayer hice tus favoritas. —Se acercó a la alacena y sacó una bandeja de galletas de chocolate y menta—. Creo que por fin he perfeccionado la receta de mi madre. ¿Sabes que todavía no me la ha dado? Es más terca...

—Ryan no me engañaría, ¿verdad?

—¿Qué? —Amanda arqueó una ceja—. ¿Qué acabas de decir?

—Eso, que Ryan no me engañaría, ¿verdad?

—¿Crees que te está engañando? —Frunció el ceño.

—No..., es que... No sé. Creo que he estado viendo demasiado programas de *Dr. Phil* o algo así. Cada pareja que llega allí con más de diez años de relación parece que se deshace por las infidelidades. Y muchos de ellos hablan de las señales que indican que puede estar ocurriendo, pero... Ryan solo está ocupado, ¿verdad? No puede ser eso.

—No, definitivamente no. No veas señales que no existen.

Suspiré.

—Siento haber sacado el tema. Ni siquiera sé por qué se me ha ocurrido.

—No te disculpes... Estoy segura de que todas las mujeres sienten dudas de vez en cuando sobre su matrimonio. Yo lo sé...

—¿Lo sabes? Pensaba que ahora todo os iba muy bien, en especial desde que estás embarazada. —Me incliné para coger una galleta de la bandeja.

—Las apariencias engañan. —Parecía a punto de llorar, como si la atormentara algo—. Barry es... No sé... Últimamente está diferente. Casi no me habla. Empezó a pasar hace unas semanas... Estábamos bien hasta que un día llegó a casa, entró en la cocina y se me quedó mirando durante mucho tiempo a los ojos. Desde entonces no es el mismo. No sé lo que puede... — Se interrumpió y abrió mucho los ojos.

—¿Crees qué podría ser? —Le di un mordisco a la galleta—. ¡Oh, Dios mío, están increíbles! Deberías dedicarte a venderlas. ¿Puedo llevarme a casa la mitad?

No me respondió. Se quedó en silencio, mirando la nada como si estuviera en trance.

—¿Amanda? —Agité la mano en el aire—. ¿Hola? ¿Amanda? ¿Dónde estás?

Negó con la cabeza y sonrió, nerviosa.

—Sí, lo siento... ¿Me disculpas un minuto? Tengo que hacer una llamada... Si el horno se apaga, ¿podrías sacar los bizcochos de chocolate por

mí? —Me tendió unos guantes térmicos y salió precipitadamente de la cocina antes de que pudiera responderle.

Cuando regresó, diez minutos después, fue como si ese episodio no hubiera ocurrido. Durante el resto de la tarde nos lo pasamos genial dedicándonos a nuestro pasatiempo favorito: la repostería.

—Prométeme que seguiremos así durante el resto de nuestras vidas, Amanda. —Sonreí mientras guardaba mis galletas favoritas en una bolsa—. Ashley y Caroline no quieren ni pisar la cocina, así que te voy a necesitar cada vez que me estrese.

—Claro —dijo—. Siempre estaré cuando me necesites. Pase lo que pase entre nosotras...

—¿Qué podría pasar para que no fuéramos amigas, Amanda?

Ella sonrió y cogió una galleta.

—Nada...

—En eso tienes razón. Ryan y tú sois mis apoyos, no te olvides nunca.

Se me caían las lágrimas cuando lancé las monedas al peaje. Mientras repasaba más recuerdos, me di cuenta de que no había señales, porque los dos se habían esforzado mucho para ocultarlas, y me habían dejado deliberadamente en la oscuridad.

Quizá las grietas habían sido fáciles de ver para alguien que estuviera fuera, pero en mi posición todo había estado completo.

Aceleré y subí el volumen de la música, tratando de ahogar los gritos que, por fin, estaba dejando salir. Le prometí a mi corazón que no volvería a permitirme ser tan confiada y vulnerable.

«Nunca volveré a tener tanta intimidad con un hombre..., nunca».

2

JONATHAN

—No quiero que Ryan Hayes se acerque a menos de diez kilómetros de mi prometida. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor.

—Por supuesto, señor Statham.

—Como desee, señor.

Todos los jefes de la unidad de seguridad personal asintieron con la cabeza.

—Quiero saber por qué está aquí este fin de semana, y, si continúa más tiempo, debemos encontrar la manera de que se largue de nuevo a Pittsburgh. Vivo o muerto.

—Señor Statham... —Greg me miró con los ojos entrecerrados.

Puse los ojos en blanco.

—Vivo o apenas muerto... Eso es todo. —Esperé a que desaparecieran antes de hundirme en la silla.

La noche anterior había estado demasiado enfadado para dormir, y por el aspecto que tenía Claire cuando se despertó, ella tampoco había descansado bien.

Por un lado, me alegraba que me hubiera contado que Ryan se había presentado sin invitación en la tienda, pero, por otro, estaba enfadado conmigo mismo. Si hubiera llegado unos minutos antes, me podría haber asegurado personalmente de que no volviera a molestarla otra vez.

Claire era mía. Punto. No tenía ganas de que él intentara volver a formar parte de su vida, o lo que cojones estuviera tratando de hacer ahora que ella era feliz. Había tenido que esforzarme mucho para reparar el daño que ese hombre le había hecho, había sido difícil ganarme su confianza y demostrarle que podía volver a ser amada, y no iba a permitir que ese capullo lo estropeará.

«Necesito beber algo...».

—Señor Statham. —Angela entró en el despacho sin llamar.

—¿Le pasa algo al intercomunicador?

—Tengo privilegios especiales. Además, estoy ocupándome de un tema de Hayley, así que va a ser un poco locura.

—¿Por qué estás ocupándote de algo de ella?

—Tiene una cita para desayunar. —Se encogió de hombros—. Lo que no es un problema: regresará dentro de dos horas. De todas formas, acaban de confirmar la entrega diaria de flores para la señorita Gracen, la reunión con Tecnológicas Flynn está programada para el mediodía y la entrevista con la organizadora de bodas y la señorita Gracen está fijada a las tres. Además, tiene también una cita con su madre y la psicóloga a las cuatro y media.

No había oído nada después de «cita para desayunar». Hayley no me había mencionado que estuviera saliendo con nadie desde hacía meses. Así que tenía que ser un error.

Negué con la cabeza y me obligué a creer que mi hermanita había dicho «cita» en lugar de «reunión». Por otra parte, había visto que Claire y ella se habían reído de algo en la cena, hacía unos días, y que ninguna de las dos parecía interesada en contármelo.

—Y el Foster City Center le ha otorgado el Premio Anual Humanitario. —Angela puso un sobre encima del escritorio—. Me han dicho que la ceremonia se adaptará a su horario. Sé que ya ha decidido el mes, pero ¿sabe ya la fecha concreta de la boda?

—Todavía no... —Me recliné en la silla—. Envíame un mensaje más tarde; creo que al final del día lo habremos decidido.

—Por supuesto, señor. ¿Necesita algo más de mí antes de que me ponga con asuntos ejecutivos?

—No, Angela. Gracias.

En cuanto salió del despacho, cogí el móvil y llamé a Corey.

—¿Sí? —respondió—. ¿A quién queremos acechar este hermoso día?

—¿Estás en las oficinas?

—Todavía no. Estoy desayunando. ¿Qué ha pasado?

—Necesito que me consigas un dossier en cuanto llegues.

—Tengo aquí la *tablet*, puedo hacerlo ahora. —Hizo una pausa—. ¿Nombre y fecha de nacimiento?

—Ryan Hayes. No sé cuándo nació. Es el ex de Claire.

—Me vale. Dame un momento... —Tecléo y murmuró algo para sí mismo, su ritual normal como *hacker*—. Bien, listo. Ya te he enviado todo, desde las tres bases de datos más completas que existen. Cuando vuelva, puedo

remontarme dieciséis años atrás.

—Gracias. No lo olvides.

Abrí el correo electrónico e hice una búsqueda superficial entre los documentos y el material de seguridad que me había enviado Corey. No pude encontrar nada que lo vinculara a San Francisco..., salvo Claire. Joder, Ashley y Caroline estaban en Arizona, y yo sabía que él era muy consciente de ello.

Estaba a punto de dejarlo ya cuando vi un correo electrónico invitándolo a una reunión de antiguos compañeros de secundaria en el salón Regency, en dos semanas. Algo que Claire no me había mencionado.

«Estimado alumno del Instituto Schenly, curso de 1991:

Me complace invitarte a la reunión anual en California. Como de costumbre, yo cubriré todos los gastos de viaje y estancia —solo por esto vale la pena ser director financiero de Disney, ¿verdad? Y sí, soy yo una vez más—. Dado que nos reunimos el año pasado en Anaheim y en Los Ángeles los años anteriores, he pensado que podríamos cambiar y hacerlo en San Francisco en esta ocasión.

Ahora bien, como de costumbre, si decides ayudar en la organización de la reunión, te enviaré un correo electrónico un par de semanas antes del evento para coordinar algunos aspectos del encuentro, pero tienes que estar dispuesto a dedicarnos por lo menos cinco horas diarias (sabéis lo importante que es esto para todos, y tenemos que asegurarnos de superarlos año a año). Si eres una de las personas que van a colaborar, podrás ayudarnos con el itinerario final y ser responsable de la creación de las bolsas de regalo para estas quinientas increíbles personas.

Si estás ocupado y tienes una vida (sí, James Klein, todos sabemos que eres una gran estrella del golf y tienes una agenda apretada), envíame tus preferencias de viaje y alojamiento (máximo, dos por persona) y los organizadores te enviarán los billetes una semana antes de la reunión.

¡Nos vemos dentro de unos meses!

Harrison Woods».

Miré la lista de asistentes que se habían inscrito y me di cuenta de que junto al nombre de Claire no había ninguna marca de verificación.

Llamé de nuevo a Corey.

—Corey, necesito otra cosa... Interceptar cualquier correo electrónico con respecto a un encuentro del Instituto Schenley de un tal Harrison Woods. Es director financiero de Disney.

—¿De Disney? ¿En serio?

—¿Puedes hacerlo?

—Su *firewall* puede ser un poco más difícil de romper —suspiró—, dame unos segundos...

—Si puedes conseguir alguno de los detalles de la reunión sería suficiente. Solo quiero una lista actualizada de participantes.

—Tendrás algo mejor..., ¿lo ves?

Miré la pantalla y vi una hoja de cálculo que contenía a cada miembro de ese curso y todos los reencuentros que habían tenido en California a lo largo de los años.

Claire no había asistido nunca.

—Corey, ¿todos los reencuentros fueron en California?

—Eso parece, lo que es una locura, porque el instituto está en Pittsburgh. Parece que toda la historia empezó en el décimo aniversario y luego se convirtió en un evento anual. El tal Harrison paga, literalmente, todo. Debe de suponerle una buena deducción de impuestos.

—Mmm..., vale, gracias.

Colgué y llamé a Ashley.

—Hola, Jonathan —respondió al primer timbrazo.

—Hola. ¿Estás ocupada?

—No. De hecho, acabo de abrir lo que me has enviado. Me has llamado porque tu intención era mandarme quinientos dólares y no trescientos, ¿verdad? No te preocupes. Sabía que era un error. Puedes enviarme el resto cuando...

Puse los ojos en blanco.

—Eso es más que suficiente para la semana. Te he llamado para hacerte una pregunta: ¿cuándo fue la última vez que hablaste con tu padre?

—Mmm... Hace un par de días, ¿por qué?

—Curiosidad... ¿Te mencionó por casualidad si iba a salir de Pittsburgh?

—No. Lo único que nos dijo a Caroline y a mí es que nos había comprado entradas para ir a ver un partido de hockey en invierno, algo raro, porque las dos odiamos ese deporte.

—Entonces, ¿sigue viviendo en Pittsburgh?

—Que yo sepa, sí. Y si estuviera pensando en mudarse, nos lo habría dicho a nosotras. Nos lo cuenta todo.

—Correcto. Bien, gracias por decírmelo.

—¿En serio que me las tengo que arreglar con trescientos dólares? ¿No te parece que es una cantidad extraña para una semana? Las primeras veces

vale, pero ahora se te está yendo de las manos.

—Adiós, Ashley. —Y le colgué.

Estaba a punto de llamar a Claire, pero se abrió la puerta en ese momento y allí estaba ella.

Iba vestida con un modelo blanco y corto, y unas plataformas cerradas de color gris. En el cuello llevaba el collar de perlas de tres vueltas que le había comprado el fin de semana anterior.

—¿Conoces la expresión «llamar antes de entrar»? —Arqueé una ceja.

—¿Acaso interrumpo algo privado? ¿Tienes a una mujer chupándotela por debajo de la mesa?

—Hoy no. —Me levanté y me acerqué a ella—. Solo lo hace cuando se siente muy feliz conmigo.

—Es muy feliz contigo. —Me rodeó el cuello con los brazos y me besó—. Sé que tenemos una cita con una organizadora de bodas, pero ¿podemos cancelarla? Quiero que sea otra.

—¿Has venido solo a decirme eso?

—He venido porque es la hora del almuerzo. Hablando de eso, si vas a seguir enviándome la comida todos los días, prefiero té dulce o limonada que Coca-Cola.

Sonreí y le besé el cuello.

—Tendré que cambiarlo mañana. ¿Cuántos minutos te quedan de descanso?

—Diez. —Miró al techo al tiempo que retrocedía—. ¿Eso es un no a lo de la organizadora de bodas?

—Es un tal vez, porque es la tercera persona que rechazas... ¿Acaso tratas de impedir la boda?

—¿Qué? Claro que no... Solo quiero que la boda sea perfecta. Y, de hecho, he estado leyendo algunos artículos sobre bodas multitudinarias y en la mayoría concuerdan en que el período de planificación ideal va de los seis meses al año.

—¿A dónde quieres llegar?

—Es que creo que deberías volver a considerar el límite de tiempo que me has dado, porque no es suficiente para todo lo que quiero hacer... Ya que afirmas que solo quieres hacerme feliz, deberías ser un poco más generoso cuando se trata de esto, sobre todo porque este día es el más importante.

—Claire... —me miró a los ojos directamente—, te lo voy a decir una última vez, y no lo pienso repetir. Tienes tres meses para organizar la boda.

Tres-me-ses. Punto. Y claro que quiero hacerte feliz, y dada la forma en la que gritas mi nombre cada noche, estoy seguro de estar haciendo un buen trabajo. Dicho esto, tienes noventa días. Y créeme, estoy siendo muy generoso.

—Jonathan...

—Si por mí hubiera sido, nos habríamos casado al día siguiente de proponértelo. Pero ya que insistes en tener una boda, tendrás que encontrar la manera de arreglártelas con ese tiempo. Si tienes problemas con doce semanas y un presupuesto ilimitado, o si intentas posponerla un puto segundo más, iremos ya al ayuntamiento y planearás la fiesta después.

Ella me miró con los ojos entrecerrados, y la estreché entre mis brazos.

—¿Por qué no me hablas de la reunión de tu curso que tendrá lugar en California? ¿No te parece que puede ser el motivo de que Ryan esté aquí?

—Ni se me ha ocurrido... —Negó con la cabeza—. La reunión siempre es en California, y él nunca me había molestado antes, así que...

—¿No quieres ir?

—No sé. No voy nunca.

—¿Por qué?

—Porque no quiero verlo a él ni a ella... No puedo soportar estar en la misma habitación que ellos. —Me dio un último beso y se alejó de mis brazos—. Tengo que volver al trabajo, así que nos vemos en casa. Y antes de que me lo preguntes, sí, estoy volviendo a rediseñar la sala esta semana. Nos vemos en la cena.

—¿A las seis?

—A las seis. —Sonrió mientras salía del despacho, y supe perfectamente que no iba a estar en casa a las seis. Nunca estaba.

Después de que se fuera, volví a examinar el dossier de Ryan. A pesar de que estaba en San Francisco dos semanas antes de la reunión, no era uno de los que colaboraba con la organización, y todavía no había respondido a la invitación en realidad, así que era evidente que no estaba en San Francisco por eso.

Había venido por otra cosa...

—Bien, Jonathan, Denise, hemos llegado a los últimos minutos de sesión. —La señorita Tate miró a mi madre—. Con toda sinceridad, ¿cómo ha ido hoy?

—Creo que estamos progresando —dijo ella mientras se ataba un pañuelo

alrededor del cuello—. Siento que estamos llegando a alguna parte.

—Estamos... —Suspiré—. Si sigues comportándote, incluso podría invitarte a la boda.

—¿Perdona? ¿Qué boda?

—A mi boda.

—¿Te vas a casar? —Abrió los ojos como platos—. ¿Con Claire?

—¿Supone un problema?

La señorita Tate dio unos golpecitos en el bloc de notas.

—Podemos retomar el tema en la próxima sesión. Nada de temas nuevos en los diez últimos minutos, ¿recuerdan?

—A ver si lo he entendido... —Mi madre pasó de ella—. Estás a punto de casarte ¿y no pensabas decírmelo?

—No creo que sea asunto tuyo.

—Jonathan, han pasado ocho meses. —Suspiró—. Me he disculpado contigo, he enviado a Claire muchísimas cartas y me gustaría tener una relación sana al menos con uno de mis hijos. No debería tener que suplicarlo.

—Miró a la señorita Tate—. ¿O debería hacerlo?

Hubo un silencio. No tenía ganas de entrar en una conversación profunda con ella. Me valía el lento progreso que teníamos, y no quería integrarla por completo en mi vida.

Me levanté y estreché la mano de la psicóloga.

—Como siempre, gracias por su mediación en estas sesiones, señorita Tate. Mamá, Greg está esperándote para llevarte a casa.

—¿Dos veces por semana es mucho pedir? —Mi madre parecía herida—. ¿No podemos al menos intentarlo?

—Hablaré con Claire al respecto y te lo diré la semana que viene.

—¿Con Claire? ¿Tienes que pedirselo a Claire? —Me miró con los ojos entrecerrados—. Sé que mi opinión no te importa mucho, pero...

—No me importa nada.

—Jonathan, déjame terminar por lo menos.

—No, no pienso hacerlo. No es necesario que opines sobre ningún aspecto de mi vida, y menos si está relacionado con Claire, porque no es de tu incumbencia. Lo que puedes es alegrarte por mí, seguir comportándote bien y, si todo va bien, asistirás a la boda. —Clavé los ojos en ella—. Acuérdate de lo que hiciste el año pasado, así que si intentas ponerte en contacto con ella sin mi autorización, no volveré a dirigirte la palabra.

—Jonathan, Denise... —La señorita Tate se levantó—. Creo que será mejor que pongamos fin a la sesión sin que se digan nada más. Los dos lo están haciendo bien y no queremos perder el terreno ganado hasta ahora, ¿verdad?

—Todavía sigues esgrimiendo esa basura del pasado contra mí. —Se burló mi madre—. ¿En serio? ¿Se trata de eso? Tenemos muchas cosas que arreglar, pero prefieres echarme en cara ese tema de Claire para mantenerme fuera de tu vida.

—Que te mantenga a distancia no tiene nada que ver con mi prometida. Nunca ha sido así.

—Entonces, ¿por qué me sigues tratando así? —Se levantó con la respiración agitada—. ¿Por qué actúas como un maldito crío? Ya te he dicho que lo sentía. Y por si acaso no te has dado cuenta, me he disculpado por ello cada día e incluso le he pedido perdón a tu novia..., perdón, a tu prometida, y le he dicho lo mucho que me gustaría poder borrar lo que hice. ¿Qué más quieres?

Sentía que iba a vomitar. Me estaba poniendo enfermo literalmente.

—Te trato así porque nunca has estado cuando te he necesitado. —Me puse en pie y la miré con los ojos entrecerrados—. Me las he arreglado solo. He madurado solo, siempre he cuidado de Hayley porque la dejaste a mi cuidado. Un niño cuidando de otro. ¿Por qué no te enteras?

—Hayley no tiene nada que ver con lo que hay entre tú y yo, Jonathan. Es culpa suya si no quiere reconciliarse conmigo, porque sabes de sobra que yo lo he intentado. No es más que otro aro que debo saltar, y ¿sabes qué?

—Vete a la mierda.

Palideció en cuanto dije eso, y durante medio segundo lamenté haberlo soltado, pero no lo suficiente como para quedarme.

—Mamá, señorita Tate, nos veremos la próxima semana, ahora no puedo lidiar con esto. —Salí del despacho y fui a la mesa de Angela.

—¿Señor Statham? ¿Todo va bien? —preguntó al levantar la vista.

—No... ¿Puedes llamar a Claire y decirle que voy a recogerla ahora para ir a cenar, por favor? Y añade que no es negociable.

—Sí, señor.

Pulsé el botón de bajada del ascensor y entré en cuanto se abrieron las puertas. No sabía todavía por qué seguía aguantando a mi madre, porque, sinceramente, no se merecía la menor consideración por mi parte después de lo que había hecho el año pasado.

Quizá en el fondo era piedad o vergüenza, pero me había prometido a mí mismo que no la perdonaría por completo hasta que reconociera de verdad, con plena comprensión, que casi había destrozado la vida de mi hermana, que le había hecho mucho daño, y que me había dejado a mí el reparar lo poco que podía.

2.5

JONATHAN

VERANO DE 1995

Suspiré al girar el tirador de la puerta del remolque y entré despacio en el interior.

—¿Dónde te has metido? —Mi madre estaba sentada, y dio una larga calada al cigarrillo—. Son las tres de la tarde y no te he visto el pelo en todo el día.

—Estaba en el colegio.

—¡Oh, cierto...! Bueno, ¿puedes entrar ahí y ocuparte de tu hermana? Lleva todo el día llorando y no puedo dormir. Solo sabe gritar.

Miré al pasillo y me di cuenta de que, una vez más, la puerta de la habitación que compartía con Hayley estaba cerrada para que ella no pudiera salir.

—¿Puedes firmarme esto? —Saqué un papel de la mochila y se lo entregué—. Las clases de preescolar comienzan la semana que viene. Tienes que llevar ese documento antes del lunes para que ella pueda asistir a clase.

—¡Uf, Dios, Jonathan! Las cosas, de una en una... ¿No puedes hacer primero lo que te he pedido? ¿Ocuparte de esa niña? —Mi madre tiró el papel al suelo y se hizo un ovillo en el sofá—. ¿Cómo puedes pretender que te firme un puñetero papel cuando ella está ahí gritando a todo pulmón? ¡Vete!

Me di cuenta de que iba a tener que imitar la firma de uno de sus talonarios. Y también tendría que inventarme una buena excusa, porque mi madre no iba a aparecer el primer día de clase de Hayley.

Jamás hacían nada por mi hermana.

Antes de que llegara al final del pasillo, noté un golpe en el hombro. Me di la vuelta y vi que mi padre me había lanzado una lata de cerveza desde el lugar en el que estaba sentado, junto a mi madre.

—Hay más en la nevera, chico —dijo—. Si no consigues que se calle, dale un poco. En veinte minutos estará durmiendo. Ayer funcionó perfectamente.

Me los quedé mirando durante un segundo, deseando despertarme de esa pesadilla y que volvieran a ser lo que eran antes, pero sabía que no iba a ocurrir. La situación había sido esta durante los dos últimos años, y no había vuelta atrás.

Giré el pomo de la puerta y, al entrar, vi a Hayley apretando una almohada contra su pecho al tiempo que se balanceaba adelante y atrás. Todavía no se había dado cuenta de que yo había entrado y seguía llorando y gritando.

—¡Mamá, por favor, déjame salir! ¡Déjame salir!

Con cuatro años, era más pequeña que otros niños de su edad, y a pesar de que era la viva imagen de mi madre, era la única persona de la familia que tenía el pelo rubio. No siempre había llorado tanto, pero solo así conseguía llamar la atención de nuestros padres. En cuanto se daban la vuelta y se interesaban por otra cosa, ella se ponía a llorar para que le hicieran caso.

—Hayley, deja de llorar. —Me acerqué y la cogí en brazos—. Está bien, ya está todo bien...

—¿Johnnie? —Me miró con los ojos llenos de lágrimas—. Me has dejado sola...

—Lo siento. —Le acaricié la espalda—. Tenía que ir al colegio, pero ya he vuelto.

—Pero al colegio vas todos los días, ¿por qué?

Suspiré mientras la abrazaba, consolándola hasta que dejó de sollozar. Miré por encima de su hombro y noté que no había mojado la cama. Menos mal, porque no tenía detergente, y no me apetecía ir a la lavandería bajo la lluvia.

Cuando me aseguré de que estaba bien, abrí la mochila y saqué lo que había sisado del almuerzo del colegio: dos manzanas, macarrones con queso, puré de patatas y un sándwich de pavo..., algo que para nosotros era casi una comida *gourmet*.

—Además, he traído algo especial. —Con aire misterioso saqué la última bolsita, que le había robado al profesor de mates, y ella gritó en cuanto vio el contenido.

—¡Fresas! —Cogió unas cuantas y se las metió en la boca.

—Ve despacio. De una en una o te atragantarás. —Esperé hasta que tragó las que se había metido en la boca—. ¿Has visto algo entretenido en la tele?

—*Barrio Sésamo*... Pero era un episodio que había visto antes y me sabía todas las canciones. El monstruo de las galletas tocaba el tambor.

—Qué divertido. ¿Cuál es tu canción favorita...?

—¡Consigue que se calle de una puta vez! —Mi padre irrumpió en la estancia—. Esa chica no tendrá voz cuando llegue a los diez años si sigue gritando así. ¿Has visto las llaves del coche?

—Están al lado de la tele.

—Bien. Vuestra madre y yo vamos a por pizza.

—¿Pizza? —A Hayley se le iluminaron los ojos y empezó a aplaudir—. ¡Pizza!

Él asintió y se inclinó para darle un pellizco en la mejilla.

—¿De qué la quieres, Hayley?

—¡De *pepperoni* con queso!

—Genial. La traeremos de eso. Jonathan, y tú, ¿de qué la quieres?

No respondí, me limité a negar con la cabeza.

—Vale, espero que te guste el *pepperoni* y el queso, porque es lo que quiere Hayley y es lo que vamos a traer.

—¡Ohhh...! —Hayley seguía aplaudiendo—. ¡No puedo esperar! Estoy deseando que volváis. Papá, ¿no puedo ir con vosotros? Te ayudaré a recoger la pizza. Por fa...

La sonrisa de nuestro padre se desvaneció y le dio unas palmadas en la cabeza.

—La próxima vez, nenita, ¿vale?

—Vale... —Hayley parecía triste cuando me miró—. ¿Esperarás conmigo? —susurró.

Mi padre se fue de la habitación mientras Hayley lo seguía a la sala. Estiró los brazos hacia mi madre para que la abrazara, pero no lo hizo.

—Volveremos muy pronto, Hayley —dijo mirándola.

Y dicho eso, se fueron, cerrando la puerta de la caravana con llave.

Regresé a nuestra habitación con un suspiro y cogí las bolsitas herméticas con la comida para dejarlas en la nevera. Sabía que nos vendrían bien esa noche.

—Johnnie, me encanta la pizza. A ti también, ¿verdad? —Hayley estaba sentada en el sofá y miraba por la ventana—. Es mi comida favorita.

Negué con la cabeza y saqué los deberes de la mochila. Cada quince minutos más o menos, observaba que Hayley seguía mirando por la ventana, esperando una pizza que no iba a llegar.

Después de tres horas de espera, por fin se quedó dormida. Iba a tener que llevarla en brazos a la cama y arroparla, pero no quería que se despertara con

hambre.

—¿Hayley? —La moví por el hombro—. Hayley, despierta.

—¿Ha llegado la pizza? —murmuró.

—No, no ha llegado. Pero es necesario que comas algo antes de acostarte. —Le di un plato de puré de patatas y macarrones que había calentado en el microondas—. Ten.

Ella arrugó la cara y negó con la cabeza.

—No lo quiero.

—Venga, Hayley. Cómetelo.

Cogió el tenedor con el ceño fruncido y picoteó en el contenido del plato con movimientos cortos y lentos. Cuando terminó, se acercó a donde yo estaba sentado y cogió el papel de color rosa brillante que yo le había dado mi madre hacía horas.

—Preees-co-laar de E-mo-ry —deletreó mirándome.

—Sí, Preescolar de Emory.

—¿Preescolar de Emory? —repitió con los ojos brillantes—. ¿Voy a ir a la escuela, Johnnie? ¡Cuando vaya aprenderé a leer de verdad!

—Ya veremos.

—Eso significa que sí. —Se levantó y me abrazó—. ¡Oh, estoy deseándolo! ¡Deseándolo!

Forcé una sonrisa y decidí cambiar de tema: no quería quebrar sus esperanzas.

—Hayley, vamos a ver una película. —La cogí de la mano—. ¿Cuál quieres ver?

—¿*La Cenicienta*?

—Vale. —Volvimos a entrar en la habitación y la acomodé debajo de las sábanas. Luego encendí el reproductor de vhs y puse la película, esperando a que se durmiera.

Cantó todas las canciones, animándome a mí a cantar también, y ya que me sabía las letras por las millones de veces que había visto antes la película, traté de no desafinar demasiado.

Cuando la malvada madrastra de Cenicienta la encerraba en el ático, se dio la vuelta para mirarme.

—Johnnie, tengo una pregunta...

—¿Qué?

—¿Eres mi ángel de la guarda?

—¿Tu qué?
—Mi ángel de la guarda... Elmo le dice a todo el mundo que tiene una mamá, un papá y un ángel de la guarda.
—¿Una especie de guardián?
Asintió con la cabeza y suspiré.
—No. No soy tu guardián. Solo tu hermano mayor.
—Pero haces todo lo que hace un guardián... Me arropas por la noche, me enseñas a leer, te ocupas de que coma...
—Duérmete, Hayley.
—Y cuando lloro, me abrazas hasta que paro... —Se dio la vuelta hacia mí
—. Eso es lo que hacen los guardianes, Johnnie, lo he visto en la tele...

UNA SEMANA DESPUÉS...

Era el primer día de Hayley en preescolar, y, para mi sorpresa, mi madre se había acordado de llevarla. Al acercarnos los tres a Emory, Hayley iba riéndose y aplaudiendo porque por fin iba a ir a la escuela de verdad, como la de la tele.

—¿No puede dejar de gritar de una puta vez? —Mi madre puso los ojos en blanco—. Es demasiado temprano para aguantar esta mierda.

—Lo siento, mamá... —Hayley me miró con una expresión triste, así que le acaricié la cabeza al tiempo que hacía una mueca para que sonriera de nuevo.

Entramos los tres en la escuela y esperamos a que nuestra madre rellenara los papeles y entregara la identificación. Cuando terminó, uno de los funcionarios nos llevó a una estancia llena de colores.

Hayley chilló y se soltó inmediatamente de nuestras manos para recorrer la habitación.

—Guau... —La profesora sonrió—. Creo que es la niña a la que más emocionada he visto en su primer día de clase. Soy la señorita Cole, y seré la maestra de Hayley este curso, señora Statham. Ya que han llegado temprano, ¿dónde le gustaría sentarse?

—¿Sentarme?

—Sí. Pedimos que al menos uno de los padres se siente con el niño el

primer día de clase de preescolar, para que la transición sea lo más fácil posible. No se preocupe: durante la siesta, los padres pueden comer y descansar.

—Es que... —Mi madre negó con la cabeza—. No me puedo quedar aquí todo el día... Tengo... un turno muy largo en el hospital... Hay muchas vidas en juego. Estará bien sola.

La señorita Cole nos miró confusa.

—¿No puede quedarse por lo menos un par de horas? Por lo general, dejamos que los niños se presenten e invitamos a los padres a zumo de naranja y magdalenas.

—No, no puedo. Lo siento. —Se encogió de hombros—. ¿No puede quedarse su hermano en mi lugar?

—Mmm..., no. ¿No tiene colegio también?

—Jonathan, ¿tienes colegio hoy? —Me miró y se rio—. Claro que tiene, pero es solo a dos manzanas. Puesto que están tan cerca, ¿no puede quedarse e ir un poco más tarde? Yo me quedaría, por supuesto, si fuera necesario, porque no quiero que esté sola durante su primer día... Si hubiera sabido algo al respecto, habría pedido el día, pero así, en el último momento...

La señorita Cole la miró con aprecio, como si se creyera de verdad las mentiras de mi madre.

—Veremos lo que podemos hacer, señora Statham. Gracias por ese trabajo tan duro que hace en el hospital.

Mi madre le tendió la mano y luego se acercó a Hayley para susurrarle algo al oído que hizo que su cara resplandeciera y que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—¿Señor Hermano Mayor? —La señorita Cole me entregó dos platos de papel—. Elige las sillas que quieras para ti y para tu hermanita, y luego coge los lápices de colores que encontrarás en la cajonera. Antes de la presentación, haréis un dibujo con vuestras cosas favoritas. Voy a llamar a tu colegio cuando vuelva; antes tengo que recibir a los demás alumnos.

Mi madre acarició de nuevo la cabeza de Hayley y levantó los pulgares antes de salir del aula.

—Os quiero muchísimo, Jonathan y Hayley —dijo con una voz falsa que no le había oído nunca.

Traté de mantener a Hayley distraída sugiriéndole cosas que podía dibujar en el plato, pero no pude dejar de notar que las lágrimas le resbalaban por la

cara cuando los demás niños se sentaron con sus padres, que los besaron y abrazaron en varias ocasiones.

—Aseguraos de que dibujáis también a vuestros padres o tutores en el plato de papel —aconsejó una sonriente señorita Cole.

Hayley se mordió el labio inferior e hipó varias veces, señal de que estaba a punto de comenzar otro de sus episodios de llanto. Antes de que fuera así, me incliné hacia ella.

—Hayley, ¿me puedes guardar un secreto?

Asintió sin dejar de hipar.

—¿Qué quiere decir «secreto»? —insistí.

—Que no puedo... decírselo a nadie.

—Eso es. —Le levanté la cara y le limpié las lágrimas con los pulgares—. El secreto es que sí, soy tu ángel de la guarda.

—¡Lo sabía! —Se tapó la boca—. ¡Lo sabía, Jonathan! —susurró—. Y no se lo voy a decir nunca a nadie. ¡Nunca! Te lo prometo.

Levantó el meñique para enlazarlo con el mío y sellar el trato, luego se levantó y me abrazó. Se puso a colorear el plato de nuevo y luego alzó la vista hacia mí.

—¿Puedes tú guardarme un secreto?

—Claro.

—Creo que papá y mamá no me quieren... —Parpadeó.

—No es cierto, Hayley. Claro que te quieren.

—No, no es cierto. No son como los demás padres que aparecen en la tele... No les importo, pero a ti sí. Johnnie, eres el mejor ángel de la guarda del mundo.

3

CLAIRE

Me quedé inmóvil en la silla. Estábamos en una de las empresas de *catering* más respetadas de San Francisco, Sweet Dolce, pero tenía que contenerme con todas mis fuerzas para no saltar sobre la mesa y arrancarle los ojos a la directora, por no comportarse como una profesional.

Se trataba de la señorita Hansen, y durante la última hora y media había coqueteado con Jonathan como si yo no estuviera presente. Nos había mostrado más de veinte ejemplos de frutas glaseadas, algo de lo que solo parecía importarle la opinión de Jonathan, por cómo bajaba las pestañas cada vez que le preguntaba «¿Qué le parece, señor Statham?». Pero lo peor era que los componentes del personal —todas mujeres— estaban en la sala, sin quitar ojo de cada uno de sus movimientos y frunciendo el ceño cada vez que yo decía una palabra.

—Y por último, esto es un ejemplo de fresas cubiertas con chocolate. —La señorita Hansen sonrió mientras sus ayudantes colocaban ante nosotros una fuente de chocolate de tamaño medio—. Las fresas están unidas en los bordes con azúcar glas, y los invitados pueden pinchar las fresas con chocolate que flotan en el segundo nivel.

—¿Con palillos? —preguntó Jonathan.

—Sí, señor Statham. —Ella asintió con la cabeza y se sonrojó—. Incluso podemos grabar su apellido en la madera para que sea todo más personal.

Puse los ojos en blanco al ver que sacaba una cajita de cristal con palillos, que le tendió a él mientras le preguntaba si le gustaban lo suficiente como para darles una oportunidad.

—Señorita Gracen —me miró por primera vez en el día—, ¿tiene alguna pregunta sobre algo? ¿Algo que quiera que le explique en profundidad?

—No. —Puse la mano izquierda sobre el brazo de Jonathan, mostrando a propósito el enorme anillo de compromiso—. Creo que está todo claro. Por favor, ¿podrían dejarme a solas con mi prometido unos minutos?

—Por supuesto. —Hizo una mueca burlona mientras miraba mi anillo, y

ordenó al personal que la siguieran al irse.

En cuanto salieron, cogí el tenedor y lo clavé en una fresa que luego sumergí en la fuente. Antes de que pudiera llevármela a los labios, Jonathan retuvo mi mano y se metió la fruta en la boca.

—Está muy buena. —Sonrió mientras me preparaba una—. ¿Qué te parece?

—Que está bien, pero podría estar mejor.

—¿Lo dices porque se ha pasado el rato coqueteando conmigo o porque lo crees sinceramente?

—¿La atención extra que te ofrecía cuenta a su favor? —Él sonrió—. A mí no me parece divertido, Jonathan.

—No estoy riéndome, Claire.

Hice una mueca burlona.

—En ese caso, deberías haber dicho algo...

—¿Algo como qué?

—Nada. —Miré al techo—. Me ha gustado conocer su opinión sobre la trufa blanca rellena de crema de mantequilla, y también la salsa de almendras caramelizadas, es algo diferente.

—¿Que te gustó qué? —Encerró mi cara entre sus manos—. ¿Estás celosa?

—No...

Me pasó los dedos por los labios.

—¿Estás segura? No tienes ninguna razón para...

—No estoy celosa. Solo que... me gustaría que cada vez que vamos a un lugar no haya una mujer que te mire boquiabierta o que intente ligar contigo como si yo fuera invisible.

Me acordé de la última vez que fuimos a un restaurante en el muelle. La camarera se sonrojó y se rio —¡se rio!— al verlo.

Estaba segura de que si él no hubiera pedido mi cena, ella no me habría preguntado. Porque cuando me decía «¿Más agua, señorita?» o «¿Puedo llevarme su plato?», lo hacía mirándolo a él.

—Podría decir lo mismo. —Me contempló con los ojos entrecerrados—. Los demás hombres te comen con los ojos, en especial cuando llevas vestido.

—Bueno, al menos no respondo a sus coqueteos. —Cogí un cruasán en forma de corazón y se lo tendí—. Los demás hombres ni me dirigen la palabra cuando estás cerca, y lo sabes... ¿Qué tal está el cruasán? ¿Te gusta la forma en la que los han colocado en la bandeja? ¿O crees que podría haber...?

Pegó los labios a los míos y me sentó en su regazo, lo que consiguió que me olvidara de todo lo que estaba a punto de decir.

—Para empezar —dijo abandonando mi boca—, yo no respondo a sus coqueteos, me limito a sonreír porque es de buena educación. En segundo lugar, la única razón por la que no te miro en estas entrevistas es porque sé que, si lo hiciera, te tumbaría encima de la mesa delante de todo el mundo. Y para seguir, hace ocho meses no podía conseguir que me acompañaras a un lugar público, y ahora me demuestras tu afecto todo el tiempo, lo que me encanta, por cierto, pero creo que estás celosa. De hecho, estoy seguro de que eres una mujer celosa.

—¿Qué? Yo no soy...

—Lo eres. —Me besó de nuevo—. Pero me gusta.

Negué con la cabeza, preparada para decirle exactamente por qué no era una mujer celosa, pero me levantó de su regazo y me puso sobre la mesa. Antes de que pudiera preguntar qué hacía, me bajó los tirantes del vestido, me desabrochó el sujetador y lo dejó caer sobre mi regazo.

—¿Quieres que te cuente por qué sé que eres una mujer celosa, Claire? —Sonrió mientras cogía uno de los palillos de madera, lo clavaba en una fresa y la mojaba en chocolate.

—Como no lo soy, será muy interesante escucharte...

—Mmm... —Movié la fresa sobre mis pechos, dejando que el chocolate goteara sobre mis pezones. Luego me la acercó lentamente a la boca—. Come.

La mordisqueé y tragué.

—Entiendo que el chocolate que ha goteado en mi piel demuestra que soy una mujer celosa.

—El año pasado te subiste a ese escenario y me besaste delante de todos porque estabas celosa de que Stacy fingiera ser mi novia; no querías que estuviera cerca de mí.

—No... Me subí para demostrarte que... —Me interrumpí cuando se inclinó para lamerme uno de los pezones.

—Creo que en el fondo esa es la verdadera razón por la que subiste: no querías que me tuviera. —Capturó lentamente el otro pezón y se pasó los dedos por el pelo.

—No es cierto... —murmuré.

Me miró a los ojos y sonrió. Luego sumergió un dedo en el chocolate y me

lo metió en la boca.

—Cuando hiciste eso en el escenario, quise follarte... —Esperó hasta que le dejé el dedo limpio—. Sin embargo, y a pesar de que no insistas en que no lo hiciste por celos...

Contuve la respiración cuando me empujó por los hombros hasta que mi espalda quedó pegada a la mesa.

—Hay más razones que demuestran que eres, claramente, una mujer celosa...

Gemí cuando subió el borde del vestido hasta mi cintura y se inclinó para besarme de forma ardiente entre los muslos.

—La verdadera razón por la que siempre vas como mi prometida a los eventos de la empresa no es porque trates de ser una buena novia... —Bajó la voz—. Es porque no quieres que otra mujer se acerque a mí. Y te aseguras de que saben quién eres porque siempre les enseñas la mano... ¿O he sacado conclusiones erróneas?

No dije nada. Me limité a morderme el labio mientras él estimulaba mi clítoris con la lengua entre una palabra y otra, dejándome completamente indefensa.

Se incorporó y cogió otra fresa, dejando que el chocolate caliente goteara sobre mi estómago. Mantuvo la mirada clavada en mí mientras me untaba el ombligo con ella.

—Le has dicho a Angela que te envíe un mensaje de texto cada vez que tengo una reunión con una clienta... —Hizo girar la lengua alrededor de mi piel sin soltarme los muslos—. Y siempre me llamas justo antes de esas entrevistas... O te presentas en mi despacho en cuanto terminan... —Me besó hasta el cuello—. ¿De verdad pensabas que no me había dado cuenta?

—Jonathan...

Soltó una risita por lo bajo y me besó la oreja.

—¿Sigues pensando que no eres una mujer celosa?

Intentaba no rendirme mientras él me besaba los labios y me acariciaba los pechos suavemente con las manos.

—¿Voy a tener que follarte para que confieses la verdad?

Negué con la cabeza y me bajó las piernas.

—Entonces, Claire, dime la verdad... Confiesa que te subiste a ese escenario porque estabas celosa.

—Vale, estaba un poco celosa...

—¿Un poco? —Sonrió mientras hundía los dedos en los pliegues de mi sexo.

Contuve la respiración cuando se puso a acariciarme el clítoris hinchado con el pulgar, y utilizó la otra mano para coger otra fresa bañada en chocolate.

—Mucho...

—¿Crees que si te follo en este momento gritarías muy fuerte? ¿Crees que las mujeres que están ahí fuera se darían cuenta de lo que pasa?

Jadeé y apreté las piernas a su alrededor.

—Por favor... Tenemos... —No quería correrme encima de esa mesa—. Tenemos otras citas...

Me miró con los ojos entrecerrados, pero poco a poco retrocedió y lamió la última gota de chocolate de mis pechos.

—Terminaremos esta noche.

Horas después, Greg condujo el coche a un pequeño centro comercial y redujo la velocidad al acercarse a los badenes.

—De acuerdo, Claire... —Jonathan soltó un suspiro de exasperación—. Es la última cita del día. Si no te gusta este lugar, tendrás que elegir uno de los otros ocho que hemos visto, porque no pienso dedicar ni un día más a esta mierda.

—¿En serio? Se trata de nuestra boda, ¿no quieres que sea perfecta?

—Ni siquiera tenemos que celebrar la boda, y lo sabes. Yo solo quiero casarme contigo, y cuanto antes, mejor.

Suspiré. Desde que había insistido en contratar una empresa de *catering* para la celebración, habíamos estado entrevistándonos con diferentes empresas. Aunque la mayoría eran buenas, ninguna me había dejado impresionada. O bien la ejecución era un poco burda, o bien la presentación no era lo suficientemente llamativa o bien el sabor dejaba que desear.

—Vale... —concedí—, trataré de no mostrarme muy crítica. La última no era mala, es que...

—¿Es que qué?

—Es que no eran como ese sitio de Pittsburgh, Stella's. Acostumbraba a recurrir a ellos para los eventos de la empresa y estaba genial. Era una empresa pequeña, pero la dueña hacía magia. Siempre se esforzaba todo lo posible para asegurarse de que los postres y *delicatessen* eran perfectos.

Además, jamás he comido nada tan delicado en mi vida. Creo que me pongo a compararlo, y claro...

Se acercó y me cogió la mano.

—Si tenemos que buscar un día más, no pasa nada. Quiero que sea la boda de tus sueños.

—¿Eso quiere decir que me darás un mes a mayores para planificarla?

—No. —Puso los ojos en blanco—. Y la próxima vez que me lo preguntes, te arrepentirás. —Me besó en la mejilla al tiempo que el coche se detenía—. Ni siquiera me lo vuelvas a insinuar, Claire...

Greg abrió la puerta trasera y me tendió la mano para ayudarme a salir.

—Señor Statham, señorita Gracen... —Se aclaró la garganta.

—Gracias, Greg. —Salí y miré el logo que pesaba sobre el pequeño edificio color crema. Era una rosa blanca y rosada con el nombre: «CATERING “FELICES PARA SIEMPRE”. DE UN CORAZÓN FELIZ A OTRO». Había pastelitos de color menta en los escaparates de la tienda, y cuando vi el reflejo de una *mousse* de vainilla en copas de champán, tuve la esperanza de que podría haber encontrado la empresa perfecta.

Jonathan me abrió la puerta, y entré con la boca abierta. Las paredes estaban pintadas con rayas blancas y plateadas que resultaban la combinación ideal con los expositores que había por doquier.

En el interior de ellos, se podían ver *macarons* de brillantes colores y tartaletas con un aspecto extraordinario. También había tartas de queso con fresas *baby* que parecían recién hechas.

—Ven..., mira esto. —Le señalé una fuente de chocolate blanco—. Mira cómo flotan las galletas, y todas con la letra S. ¿No es precioso? Han preparado a fondo la entrevista.

—Son muy creativos. Me gusta.

Me acerqué a la vitrina de los *hors d'oeuvres* dulces e inspeccioné el *cupcake* de cereza y los pastelitos en miniatura.

—Tengo un buen presentimiento con estos. —Sonreí—. La presentación es increíble, y ni siquiera hemos visto las frutas. Te apuesto lo que quieras a que son increíbles.

De repente, se abrieron las puertas francesas que había a la izquierda y salió una jovencita rubia que no aparentaba más edad que mis hijas.

—Buenas tardes —dijo después de aclararse la garganta—, señor y futura señora Statham. Bienvenidos a «Felices para siempre». La gerente está

concluyendo una llamada de última hora en este momento, pero me encantaría mostrarles nuestra galería hasta que ella pueda continuar personalmente.

Asentí y la seguimos a una enorme sala de espejos en las paredes y lámparas de araña en el techo.

—Aquí es donde exponemos nuestras creaciones con frutas. Como habrán visto, podemos servir bodas de hasta quinientas personas; más asistentes requerirían un cargo adicional, y solo podemos atender hasta dos mil debido a la licencia.

—Esto es increíble... —Cogí una pequeña escultura de hielo que contenía piñas en forma de paloma y galletas cubiertas de caramelo—. ¿Sabes qué? No necesito ver nada más. —Entrelacé los dedos—. Con esto me vale. Hagamos la reserva.

La chica se sonrojó.

—¿De veras? ¡Voy a avisar a mi jefa!

Jonathan me estrechó entre sus brazos y me besó.

—Por fin... ¿Qué más tenemos que hacer?

—Bueno, tenemos que asistir a la cita con el diseñador de las invitaciones esta noche... Luego tendré que programar un encuentro para el diseño del vestido, y también necesitamos que... —Vi por el rabillo del ojo un mostrador con galletas de chocolate donde ponía «Señora Statham»—. Dame un segundo. Tengo que probar una de esas...

Me acerqué y me metí una en la boca, y luego otra y otra.

«Dios, estoy en el cielo...».

Cuando me estaba comiendo la quinta, oí una voz ronca a mi espalda.

—¿Jonathan Statham? ¿El Jonathan Statham de Statham Industries? —dijo la mujer—. Mi marido y yo somos grandes admiradores de sus móviles. Permítame felicitarlo por su compromiso. Es un placer poder mostrarles nuestra exposición de postres y...

Traté de tragarme la galleta antes de darme la vuelta para saludarla.

—Para nosotros también es un placer. —Jonathan me rodeó la cintura con un brazo y me hizo girarme—. Le presento a mi prometida, Claire Gracen. Precisamente estaba diciéndome lo que le encanta...

—No quiero nada de aquí. —Noté que la cara se me quedaba sin sangre.

—¿Qué? —Jonathan arqueó una ceja—. ¿Pero no acabas de decir que...?

—¿Claire? —Amanda abrió los ojos como platos y movió la vista de

Jonathan a mí y luego retrocedió—. ¿Estás prometida? ¿Con él? Bueno, yo... Felicidades. ¡Guau! Yo... eh...

Dijo algo que me sonó parecido a «Espero que no permitas que nuestro pasado personal interfiera con los negocios...», pero lo único que pude hacer fue quedarme allí quieta y mirarla en estado de *shock*. No sabía si era mayor mi incredulidad o mi disgusto. Y cuanto más la miraba, más intentaba con todas mis fuerzas no lanzarme sobre ella y darle los golpes que se merecía.

No había cambiado mucho desde la última vez que la vi. Seguía llevando larga y suelta la melena de color castaño rojizo, y sus dulces ojos marrones conseguían que a cualquiera le resultara difícil creer que era una zorra.

—Solo trabajo a tiempo parcial —susurró—. No tienes que volver a verme si no quieres.

—No quiero. —La miré con los ojos entrecerrados—. No quiero trabajar con alguien que no sabe lo puta que eres.

—Claire, no te pongas así. Ha pasado mucho tiempo, y, si me dieras una oportunidad...

—Ya no estás embarazada, Amanda —siseé—, y todavía te debo una patada en el culo por lo que me hiciste. Te sugiero que cierres la boca y dejes que mi prometido y yo salgamos por la puerta sin decirnos ni una palabra más.

Se puso pálida y dio un paso atrás, permitiendo que pasáramos a su lado y nos marcháramos de la tienda. Me sorprendió lo entera que me había mantenido ante ella, porque en cuanto salimos, perdí la compostura.

—¿Qué coño ha sido eso?! —le grité a Jonathan—. ¿Ha pasado de verdad? ¿Trabaja ahora en San Francisco? ¿Por qué no se han ido ella y ese capullo a vivir a otro sitio? ¿Por qué mis hijas no me han dicho que se habían trasladado aquí? Podrían haberme advertido... Son lo suficientemente listas como para...

—Tranquila... —Me puso las manos en los hombros—. Nadie tenía ni idea. No se podía prever su presencia aquí. Siempre hemos creído que todavía estaban en...

—En Pittsburgh. ¡Que es donde Ryan y ella deben estar! ¿Qué coño pasa, Jonathan? ¿Los dos están aquí? ¿Por qué tengo que verlos la misma semana?

Me miró a los ojos como si estuviera a punto de decir algo, pero se limitó a estrecharme entre sus brazos y sostenerme contra su pecho.

—No quiero engañarte, siguen poniéndome enferma... —Se me quebró la

voz—. No puedo soportarlos, a ninguno de ellos. No puedo... Ahora soy feliz... y no quiero que nada interfiera en mi felicidad... No quiero pensar que siguen existiendo... —Continué negando con la cabeza, pero no dejé que se me cayera ni una sola lágrima. No quería.

Quería irme lejos, no volver a verlos, nunca.

—¿Podemos dejar la entrevista con el diseñador de invitaciones para más adelante? —Lo miré—. Solo quiero estar en casa contigo durante el resto del día.

—Por supuesto. —Me guio hasta el coche y me ayudó a entrar—. Hay una empresa de *catering* en Pittsburgh llamada Stella's —le dijo a Greg antes de juntarse conmigo en el interior del coche—. Concierta una cita con los responsables este fin de semana para que podamos hablar con ellos.

4

JONATHAN

Miré los informes de confirmación del viaje de la luna de miel, controlando el tiempo de cada vuelo y el historial de cada piloto. Claire llevaba mejor ahora ir en avión, pero siempre que no nos llevaba mi piloto personal, insistía en tener una copia del registro del comandante antes de subir a bordo.

Me había preguntado incesantemente a dónde íbamos a ir después de la boda, llegando incluso a negarse a mantener relaciones sexuales conmigo, sin conseguir nada. Quería que el viaje fuera una sorpresa, que le encantara cada segundo del trayecto.

—Todo parece en orden. —Le hice una seña a Hayley—. Gracias. Asegúrate de que Claire recibe una copia de los historiales de los pilotos en los próximos días.

—De nada. Se lo enviaré enseguida. —Recogió los documentos y los metió en una carpeta—. ¿Sabes? Sinceramente, jamás he pensado que llegarías a casarte.

—¿Por qué?

—¿Acaso no recuerdas que me vine a vivir contigo en cuanto comenzaste a levantar la empresa? Antes de que me fuera a la universidad... Todos los días había un desfile de mujeres entrando y saliendo de tu apartamento.

—No, no es así. —Suspiré—. Jamás andaba con mujeres cuando tú estabas cerca, y lo sabes.

—No las veía, cierto, pero me encontraba sus bragas debajo de los cojines del sofá, notitas en las que te decían lo increíble que había sido la noche... Incluso te dejaban recordatorios en plan: «La noche pasada fue la mejor de mi vida», «Nunca había echado un polvo así» o mi favorita: «Jonathan, llámame cuando quieras; dejaré lo que esté haciendo si eso significa follar de nuevo contigo».

—Hayley, fuera de mi despacho.

Se rio.

—He mirado por encima la cuenta Berkstrom. En vista de sus números,

creo que no deberíamos firmar con ellos, pero la junta piensa otra cosa, así que asegúrate de leer toda la documentación esta noche. Además, a las tres tienes una reunión con el departamento de contabilidad para discutir el gasto ejecutivo, y, ¡oh, sí!, ¿qué necesitas para asegurarte de que tienes el archivo de rescisión de esa cuenta internacional?

—Angela me informó al respecto hace horas porque tú no estabas aquí. Es el cuarto día consecutivo, ¿podrías explicarme la razón?

—Puedo llegar tarde.

—También puedes irte al paro.

Puso los ojos en blanco.

—¿También eres así de estricto con Ashley y Caroline? ¿Reciben el mismo tratamiento protector?

—Estás evitando mi pregunta.

—En efecto. —Sonrió y se pasó la melena rubia por encima del hombro—. También estoy pensándome poner una queja en recursos humanos sobre lo excesivamente duro que es el jefe conmigo, así que cuidadito...

—¿Podrías asegurarte al menos de que llegas a tiempo la semana que viene para la prueba del vestido? Claire se estresa mucho con los temas relacionados con la boda si hay retrasos.

—Llegaré temprano. Todavía no me creo que me haya pedido que sea su dama de honor... Me siento agradecida de que tú y tu locura me regaléis otra persona tan guay. De todas formas, ¿sabe lo loco que estás? ¿Le estás mostrando tu verdadero yo o lo demás para después del «sí, quiero»?

—Hayley...

—¿Señor Statham? —La voz de Angela llegó por el intercomunicador.

—¿Sí?

—Señor, ha llegado uno de sus asesores de seguridad. Dice que es urgente. ¿Le digo que espere a que termine la reunión con Hayley?

—No. —Negué con la cabeza—. Ya hemos terminado. Mándalo ahora mismo. Ah, y... Angela...

—¿Sí, señor Statham?

—¿Podrías encargarte de que la señorita Statham recibe una copia de la política que seguir con los empleados que llegan tarde y el modelo de reloj Cartier con los números más grandes que exista? Que se lo envíen todo esta noche.

—Sí, señor.

Hayley me miró con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos en un mohín.

—Eres lo peor...

—Yo también te quiero.

La miré mientras salía de mi despacho, y estuvo a punto de chocar con el segundo mando de seguridad de la empresa, Clive.

—¿Y Greg? —Le indiqué con un gesto que se sentara en una de las sillas que había delante del escritorio.

—Está entrenando a un nuevo miembro del equipo. ¿Prefiere que le informe él?

—No, da igual. ¿Qué pasa?

Sacó una cajita marrón del interior de su chaqueta y me la entregó.

—Esto ha aparecido delante de la tienda de la señorita Gracen esta mañana.

—¿Por correo?

—No. Estaba allí a las seis de la mañana. No hay dirección del remitente, y Correos no reparte por la noche. Creemos que las iniciales rojas «R. H.» corresponden a Ryan Hayes, el hombre al que estamos vigilando.

—¿Alguna información nueva con respecto a él?

—No, pero él sabe que estamos siguiéndolo, porque intenta darnos esquinazo. Sin embargo, hemos dado con una reserva en un edificio de oficinas a nombre de su empresa. Lo hemos encontrado dentro un par de veces, pero nunca pasa allí la noche. Siempre entra y sale. Todavía sigue pagando la hipoteca de una casa en Pittsburgh, así que suponemos que su estancia aquí es temporal.

—Gracias, Clive.

—Un placer, señor Statham. Le comunicaré cualquier otra información que descubramos.

Asentí con la cabeza y esperé a que abandonara mi despacho. Al instante, le hice saber a Angela que no quería ser molestado en la siguiente media hora.

Me quedé mirando la cajita marrón que Clive había puesto delante de mí, preguntándome por qué Ryan querría darle nada a Claire, y luego la abrí. Dentro había una foto enmarcada y una carta. La foto mostraba una imagen un tanto descolorida de Claire, Ryan y Amanda. Debía de tener unos diez años, pues su ropa se veía anticuada. Ryan tenía un brazo sobre los hombros de cada una de ellas y todos sonreían de oreja a oreja al tiempo que sostenían los pulgares hacia arriba.

En la parte inferior de la foto había una frase:

«¿Te acuerdas de esto?».

Irritado, desdoblé la carta y me puse a leerla.

«Estimada Claire:

Lamento haber aparecido sin avisar en la tienda la semana pasada, pero sabía que si me ponía previamente en contacto contigo, no querrías verme. Esa es también la razón de que no le haya dicho a Ashley y a Caroline que me iba a trasladar aquí hace seis meses, y les dije que tendríamos que suspender las visitas hasta el invierno. (Sí, a pesar de que nos quieren a los dos, su lealtad es para contigo).

Como ya te he dicho, tengo que hablar contigo a solas. Tú y yo, y nadie más. Es algo que prefiero no hablar por carta ni por teléfono, así que te agradecería que las cosas fueran como solían ser entre nosotros aunque solo fueran cinco minutos. Si pudieras ser capaz de quedar conmigo, te lo agradecería de verdad. Sé que en el fondo sigues sintiendo cariño por mí.

Tu primer amor, Ryan».

Releí las últimas líneas: «Sé que en el fondo sigues sintiendo cariño por mí» y «Tu primer amor», conteniéndome con todas mis fuerzas para no coger el teléfono y arremeter contra la vida de ese hombre. La sangre se me estaba calentando a niveles que no sabía que existían, y estaba a punto de explotar.

Cogí el teléfono y llamé a Greg.

—Señor Statham —repuso al instante.

—Por favor, dime que sabes exactamente dónde vive el exmarido de Claire y que no me lo dices para que no vaya a matarlo.

—Se lo digo, señor.

«Eso pensaba...».

—¿Sabes por qué está en San Francisco?

—Todavía estamos tratando de averiguarlo. Se lo comunicaré en cuanto me entere. ¿Eso es todo?

—No. Quiero que controléis el correo de Claire a partir de ahora. No debe recibir nada de Ryan Hayes ni de R. H., ni nada que no tenga remitente. Y quiero que me entreguéis todo lo que reciba para que pueda deshacerme personalmente de ello.

—Manipular el correo ajeno es un delito federal, señor Statham.

—Me importa un carajo. Hacedlo. —Colgué y miré una vez más la carta de

Ryan antes de meterla en la trituradora de documentos.

«Lo mataré...».

Comenzó a sonarme la alarma de la siguiente reunión, pero estaba demasiado ensimismado para meter la mano en el bolsillo y apagarla.

Permanecí sentado, todavía aturdido, enfadado e irritado. No podía creer que su exmarido tuviera el valor de ponerse en contacto con Claire —mi Claire— después de tanto tiempo.

Estaba a punto de cancelar todas las reuniones del día para ir al despacho de Corey y ordenarle que investigara a fondo, pero oí el tono especial que tenía en el móvil para Claire.

Saqué el móvil y empecé a leer su mensaje de texto.

«Todavía no me puedo creer que me envíes flores todos los días. ¡¡TODOS-LOS-DÍAS!! Estás como una cabra, pero disfruto de cada segundo a tu lado. Las flores de hoy son increíbles, me encantan. Te amo con todas mis fuerzas, Jonathan. Tu último amor, Claire :-))».

Y en ese momento la temperatura de mi sangre comenzó a enfriarse y el dolor que sentía en el pecho cedió un poco.

«Ya me encargaré después de Ryan...».

—¿Qué te parece este? —Corey sostuvo ante mí la mano de un maniquí y la movió despacio, para que pudiera apreciar el brillo de los diamantes bajo la luz.

Estábamos en la joyería Valenti's, y la dueña había cerrado para que pudiera elegir en privado la alianza de boda de Claire.

Saqué el anillo del dedo de plástico y lo sostuve ante mis ojos, negando con la cabeza.

—No, a Claire no le va a gustar.

—Cualquier mujer apreciaría una alianza de oro rosa con diamantes como garbanzos, cualquiera. Créeme, he estado con las suficientes como para saberlo. —Sonrió.

—Hablando de mujeres..., ¿no me has mencionado últimamente un trío? Estuviste con dos actrices, ¿verdad? No me has llegado a contar qué tal fue...

—Ni lo haré... —Se encogió de hombros—. Espera un momento, ¿por qué le vas a comprar a Claire otro anillo de diamantes? El de compromiso ya es

de dieciocho quilates, ¿no es suficiente?

—Quiero que su alianza sea especial, pues ella está personalizando la mía.

—Vale. —Miró al techo—. Debería haber adivinado que acabarías casándote con ella. Te quedaste prendado de ella desde el primer momento.

—No es cierto.

—Claro que no... —ironizó—. Es normal en ti llamarme a la una de la madrugada para decirme que has visto a una mujer en una fiesta, una mujer con la que ni siquiera has llegado a hablar, para que me ponga a seguir su rastro cuatro horas después.

—Fue seis horas después.

—Y eso hace que sea menos extraño, claro. —Sacó el móvil—. ¿Cuándo es exactamente la boda? Necesito asegurarme de que no tengo planes esa semana...

—Todavía no hemos fijado la fecha. —Vi dos bandas de diamantes; separadas eran bonitas, pero juntas podían resultar impresionantes.

Como si me hubiera leído la mente, Corey cogió los dos anillos y los dejó en el dedo de otro maniquí.

—¿Te vas a casar dentro de menos de tres meses y todavía no tenéis el día exacto? Cuando fue el baile de la salida a bolsa lo planificaste con seis meses de antelación, y ni siquiera querías ir.

—Nos reuniremos con la organizadora de la boda la semana próxima.

Corey arqueó una ceja, pero no añadió nada.

—¿Va todo bien, señor Statham? ¿Señor Walters? —La dueña de la tienda se acercó a nosotros—. ¿Han encontrado algo que les guste?

Puse la mano de plástico encima del mostrador.

—Quiero que el anillo sea una mezcla de esos diseños, soldados entre sí. Sin embargo, no quiero que sea demasiado ancho. Y quiero que aparezcan los grabados que hemos discutido antes.

—Por supuesto, señor Statham. Es un diseño precioso.

—Joder, me tengo que ir... —Corey abrió mucho los ojos mientras miraba su móvil, y comenzó a andar hacia atrás—. Segundo intento de hackeo del día. Te llamaré más tarde.

Lo miré mientras los guardias le abrían la puerta antes de volver a centrarme en los anillos.

—¿Qué me estaba diciendo, señorita Valenti?

—Que es un diseño precioso, pero tardará dos o tres semanas en quedar

perfecto. Llevará un montón de diamantes pequeños, y necesitamos tiempo para adaptarlos. Como de costumbre, los mensajes que graba para Claire me emocionan. —Sonrió—. Es muy afortunada de tenerlo.

—Puesto que también está diseñando mi alianza con ella, no coincidirán, ¿verdad?

Arqueó una ceja.

—¿Qué?

—¿Mi alianza se parece a la suya?

Deslizó las gafas desde la frente a la nariz y encendió la sTablet para desplazarse por la pantalla.

—Es posible que se parezcan, pero como no me ha pedido que la diseñe yo... No estoy segura.

«¿Qué...?».

—No ha reservado cita con usted.

Ella negó con la cabeza y me enseñó la *tablet*.

—Usted es mi mejor cliente. Siempre doy prioridad a todo lo relacionado con usted, y mi personal sabe que la señorita Gracen recibe el mismo tratamiento. Pero no me ha llamado nunca.

Entrecerré los ojos para ver la pantalla, con la esperanza de que el problema fuera la visión de la joyera y no que Claire no hubiera concertado una cita que se había comprometido a tener, pero allí no había nada. Todas las compras y las citas eran mías: la pulsera de Harry Winston, el collar del ancla, el de época con anillo a juego, el anillo de compromiso, varias joyas más para Ashley y Caroline y ahora la alianza.

—Puede haber recurrido a otra persona, señor Statham —sugirió.

«No conoce a nadie...».

—Cierto. Bueno, muchas gracias. Es un placer hacer negocios con usted, como siempre. ¿Tengo que pagarlo por adelantado?

—No. Es usted un cliente importante. —Me guiñó un ojo y se acercó a mí para acompañarme a la puerta—. En este caso haré el trabajo personalmente y lo llamaré para mostrarle los avances. Estoy deseando que llegue el día de la boda.

Le hice algunas preguntas personales, sobre sus hijos y algunos de sus colegas, luego le estreché la mano, comprometiéndome a entregarle una invitación en persona.

En cuanto salí, el aparcacoches me trajo el vehículo, y le di una propina al

tuntún. Estaba demasiado preocupado para contar el dinero.

Me senté detrás al volante, con la vista al frente.

¿Por qué Claire no estaba diseñando mi alianza? ¿Qué le pasaba? ¿Habría reservado ya de verdad la cita con la organizadora de la boda...?

Encendí el móvil y busqué el número de la empresa que iba a organizar nuestra boda.

—«Una boda de ensueño» —repuso una mujer—. Le habla Charlotte. ¿En qué puedo ayudarle?

—Necesito hablar con dirección inmediatamente.

—Mmm... —Hizo una pausa—. Bueno, en este momento estamos ocupados, pero si me da su nombre, nos pondremos en contacto con usted.

—Jonathan Statham.

Jadeó.

—Lo siento, señor Statham. Le paso de inmediato.

Sonó dos veces un timbre antes de que respondiera una mujer con la voz aguda.

—Soy la señorita Corwin. ¿Con quién hablo?

—Con Jonathan Statham.

—¡Oh, señor Statham! —Su voz se hizo todavía más aguda—. Estoy muy emocionada y honrada de que nos haya elegido para coordinar la boda. ¡Le prometo que será la boda del año! Va a ser el mejor evento que haya hecho en mi vida.

—¿Mi prometida ha reservado una cita con usted?

—Claro que sí. —Parecía confusa—. Tengo programado reunirme con ustedes dos... —Hubo ruido de papeles de fondo— el próximo jueves a las seis. Ya me ha contado algunos pequeños detalles, así que me reuniré con ella a solas el viernes para repasarlos. Pero los colores, la ubicación, la fecha..., lo decidiremos el jueves. ¡Estoy emocionadísima! ¡No veo el momento...!

—Ni yo... —Entrecerré los ojos al recordar la cajita que Ryan le había enviado a Claire y la foto, que seguía encima de mi escritorio—. De hecho, tengo algunas preguntas más...

5

CLAIRE

«A un lado, adelante... Atrás, al otro lado... En diagonal y adelante...».

Hundí la aguja en la pantalla, tratando de que las puntadas fueran lo más minuciosas posible. Llevaba todo el día encerrada en el despacho, cosiendo.

Una de mis pantallas para lámparas hecha a mano había aparecido en una revista de tirada nacional la semana pasada, así que me había visto obligada a contratar a tres personas más para atender todas las peticiones. Incluso había considerado cerrar la tienda al público durante un par de días para terminar, pero todos los miembros del personal se habían ofrecido a quedarse hasta tarde y ayudar.

—¿Señorita Gracen? —Se oyó la voz de Rita por el intercomunicador—. Lisa y Sam se van ya a casa y tiene a su prometido por la línea uno.

—Gracias. —Cogí el teléfono—. ¿Jonathan? Dime.

—Ven a casa.

—Lo haré en cuanto termine la última pieza. Me quedan doce parches que coser.

—Son las ocho, Claire. Vuelve a casa ya.

Suspiré.

—¿No puedes darme quince minutos más?

—No. Ven ya. —Colgó.

Puse los ojos en blanco mientras cogía de nuevo la aguja y la pasaba para la parte inferior. Me había equivocado antes al usar la tela y tenía que terminar el encargo para el cliente, que lo recogería al día siguiente.

«Ya se lo explicaré después a Jonathan...».

Cuando ya tenía medio trabajo hecho, hubo un ligero golpe en la puerta.

—Adelante —invité, todavía concentrada en el proyecto.

—Señorita Gracen. —La voz profunda de Greg me hizo levantar la vista—. El señor Statham se muestra inflexible, tiene que ir a casa ya.

—¿Ha pasado algo?

—Solo quiere que regrese a casa. —Mantuvo la puerta abierta e hizo un

gesto para que me levantara—. Es innegociable.

Con un suspiro, llamé a Rita para darle las gracias por quedarse hasta tan tarde, luego cogí la chaqueta y el bolso y salí a la tienda, donde le lancé las llaves para que cerrara ella.

Greg abrió la puerta trasera del coche y esperó a que me acomodara antes de ir a su sitio.

—¿Greg...? —carraspeé.

—¿Sí, señorita Gracen? —Me miró por el espejo retrovisor.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja para Jonathan?

—Desde que montó la compañía.

—¿Y siempre trataba igual a todas sus amigas? ¿Las obligaba a dejar de hacer lo que tenían entre manos solo porque quería verlas?

—No. —Él negó con la cabeza.

—Pero sí enviaba el chófer a las amigas más íntimas, ¿verdad?

—Señorita Gracen...

—Solo trato de mantener una conversación para dejar de pensar en el hecho de que él me ha ordenado que vuelva a casa. Eso es todo.

—Por supuesto. —Tomó el desvío a la autopista y subió el volumen de la música.

—Greg, ¿no va a responder a mi pregunta?

Suspiró.

—El señor Statham no me ha enviado nunca a recoger a una amiga.

«¿Qué?».

—¿Y cómo hacían cuando tenían una cita?

—Él mismo iba a recogerlas.

—¿Y las llevó a sus yates?

—Señorita Gracen... —dijo con firmeza—. Recuerdo que haya llevado algunas citas a alguno de los yates, pero, por lo que yo sé, la única mujer que ha estado en todos es usted. Con excepción de la hermana del señor Statham y de sus hijas de usted, que también son las únicas mujeres que han utilizado el avión privado. Usted, asimismo, es la única a la que ha enviado su chófer personal. También es la única mujer que ha llevado a su casa. Ahora, si no le importa, preferiría no hablar de mi jefe.

Asentí con la cabeza y me quedé quieta en el asiento, sin palabras.

Durante todo el tiempo que llevábamos juntos, siempre había pensado que Jonathan había mostrado su lado más tierno a otra persona. Saber que no

había sido así me hacía sentir más especial.

Cuando el coche se desvió del trayecto que me llevaría a casa, le di a Greg un toque en el hombro.

—¿No vamos a casa?

—El señor Statham me ha llamado hace unos minutos para decirme que la lleve a la pista de aterrizaje.

—¿Vamos a ir en avión a algún sitio? ¿Ahora?

—No me ha informado de nada más, señorita Gracen.

Media hora después, el coche entraba en el aeroclub privado y se detenía delante del avión de Jonathan.

Había unas veinte personas en los alrededores: la tripulación, algunos de sus contables y un par de hombres a los que no había visto nunca. Jonathan se paseaba por delante de ellos, moviendo la cabeza airadamente mientras les daba órdenes de algún tipo.

Greg abrió la puerta y me tendió la mano.

—Algo lleva molestándole todo el día —me susurró como advertencia al inclinarse hacia mí.

Asentí con la cabeza sin dejar de mirar la forma en la que Jonathan continuaba gritando a sus empleados cosas como: «¡Esto es inaceptable!», o «¿Cómo no me he enterado antes de esto?».

Intenté dar un paso atrás para volver al interior del coche, pero él miró por encima del hombro y sus ojos azules se encontraron con los míos.

Dejó de hablar de inmediato y clavó los ojos en mí antes de mirarme de arriba abajo. Luego se acercó para tomarme entre sus brazos.

Antes de que pudiera saludarlo, apretó los labios contra los míos y deslizó la lengua en el interior de mi boca, besándome hasta que ya no pude respirar.

—¿Por qué tienes tantos problemas para llegar a casa a las seis? —susurró con dureza—. Ya hemos hablado de esto muchas veces...

—Creo que se me olvida que tengo toque de queda.

—Es un acuerdo.

—Deberías haberlo puesto por escrito.

Se le dibujó una leve sonrisa en los labios y se inclinó hacia delante para besarme de nuevo, esta vez con más pasión. Me acarició la espalda con las manos y deslizó la lengua profundamente en mi boca.

Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que las veinte personas presentes nos miraban sin perder detalle y susurraban entre sí.

Me aparté de él sonrojada.

—No puedes besarme así delante del personal...

—Puedo besarte como quiera. —Me cogió la mano y me acercó al equipo—. Necesito tres asesores, un pasante y un administrativo. Despegamos dentro de cinco minutos.

Murmuró algo entre dientes mientras me guiaba hacia el avión. Como de costumbre, me miró a los ojos una eternidad antes de ayudarme a subir a bordo. Me indicó que me sentara y luego ocupó un asiento a mi lado.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

No me respondió.

—¿Podría decirle a mi equipo que se den prisa en decidir quiénes nos acompañan? —le preguntó a la azafata.

Unos minutos después, cinco integrantes de su equipo entraban en la cabina.

—¿No me vas a responder a la pregunta, Jonathan?

—No. Ponte el cinturón de seguridad.

Parpadeé, y él entrecerró los ojos, como si estuviera tentado de abrochármelo él mismo.

Traté de leer su expresión para saber lo que estaba pensando, pero permaneció estoico.

—Señor Statham —dijo la azafata mirándome a mí en vez de a él—. El piloto me pregunta si le gustaría que esperemos unos minutos para despegar o si...

Jonathan encerró mi cara entre sus manos.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza.

—Podemos despegar. —Me cogió la mano.

Cerré los ojos mientras la azafata recordaba a los presentes cómo abrocharse el cinturón, una vez que el avión cobró vida y se empezó a mover lentamente por el asfalto. Cuando subió en el aire, sentí que Jonathan me apretaba la mano y me besaba la mejilla.

Mantuve los ojos cerrados hasta que oí el familiar tintineo que significaba que podíamos movernos libremente por la cabina, y oí la voz del piloto por el intercomunicador.

—Todo bien, señorita Gracen.

Cuando eché un vistazo detrás de nosotros, me di cuenta de que el personal

estaba concentrado en las pantallas de los portátiles, ocupados en sus tareas.

—Jonathan... —Comencé a preocuparme en serio—. ¿Qué está pasando? Cuéntamelo...

Él me desabrochó el cinturón de seguridad y me hizo levantarme.

—Tenemos que hablar... ahora mismo. —Me condujo por el pasillo hasta el lujoso baño del avión.

Bloqueó la puerta, me apretó contra su pecho al tiempo que cogía algo del bolsillo.

—¿Qué es eso? —pregunté cuando puso ante mis ojos una fotografía en la que aparecía yo con Ryan y Amanda.

—¿De dónde has sacado eso?

—Uno de los guardias de seguridad la ha encontrado delante de la tienda esta mañana. Estaba dentro de una caja con las iniciales de Ryan, junto con una carta.

—¿Los guardias de seguridad comprueban mi correo?

—A partir de hoy, sí. ¿Dónde está hecha esta foto?

—¿Podemos discutir antes el tema de la manipulación postal?

—Claire...

—La hicieron en la primera reunión de antiguos alumnos del instituto.

—¿No me habías dicho que nunca fuiste a ninguna?

—Fui a la primera, la única que se celebró en Pittsburgh. —Pasé los dedos por el vestido negro suelto que lucía en la imagen, y también por la pulsera de oro igual a la que llevaba Amanda. Me estremecí al leer las palabras de Ryan... «¿Te acuerdas?».

—¿No significa nada para ti? —Me levantó la barbilla.

—No. —Negué con la cabeza—. En realidad es muy irónico que me envíe esta imagen, porque yo lo recuerdo muy bien. Muy, muy bien... —Hizo una pausa—. Al final hubo unos premios honoríficos para los que habían conseguido lo que decían en el anuario... Ryan y yo habíamos sido designados mejor pareja y los que más probabilidades teníamos de casarnos, y Amanda y yo habíamos sido elegidas como las mejores amigas.

—Lo siento.

—Eso forma parte del pasado. —Me encogí de hombros—. ¿Y la carta?

—¿De verdad piensas que iba a conservarla para que la leyeras?

—Claro que no... —Miró al techo—. Ahora, hablemos sobre esa inclinación por abrir mi correo.

—¿Qué pasa con eso?

—Bueno, para empezar, es ilegal. Y dos, Ryan no es una amenaza.

—Lo es cuando desea algo mío.

—No creo que sea el caso. Yo creo que solo quiere decirme algo, pero, sinceramente, no me importa lo que sea.

—Muy bien. —Me miró con los ojos entrecerrados—. No debería preocuparte nada relacionado con él.

—Es que no...

—Silencio... —Deslizó el pulgar por debajo del collar del ancla mientras me miraba—. Él ya no es nada para ti, y haré lo que sea necesario para mantenerlo alejado porque... —Me dio un beso ardiente— tú eres mía.

Me quedé en silencio.

—¿Algún problema al respecto?

—No...

—Si logra burlar la seguridad... —Me miró a los ojos al tiempo que deslizaba las manos alrededor de mi cintura—. Y si entra de nuevo en la tienda, o en algún otro lugar cuando yo no esté contigo, llámame lo antes posible.

Asentí con la cabeza y me dibujó el labio inferior con la lengua, antes de capturármelo entre los dientes durante unos segundos.

—Dime que si ocurre me llamarás.

—Sí..., te llamaré.

—Yo no comparto nada... —Me trazó la forma de los labios con la yema de los dedos—, y nunca lo haré, nunca.

No estaba segura de qué decir o de cómo responder cuando me miraba así. Así que me fijé en sus ojos profundamente azules y sentí que mi corazón latía a un ritmo nuevo.

—Era... ¿Era de esto de lo que teníamos que hablar? —Di un paso hacia la izquierda mientras me inclinaba para agarrar el pomo de la puerta, pero él me cogió la mano y me empujó contra la pared.

—No. No solo tenemos que hablar de esto. —Se inclinó y quitó la hebilla plateada que me sujetaba el pelo. Luego me pasó el pulgar por la mejilla al tiempo que murmuraba algo que no entendí.

Justo cuando estaba a punto de pedirle que me lo repitiera, el avión comenzó a sacudirse de un lado a otro, e, instintivamente, me apreté contra él con los ojos cerrados, preparándome para lo peor.

—Solo es una turbulencia, Claire —susurró. Pero el avión seguía moviéndose con tanta fuerza que me aferré a él, clavándole las uñas en el cuello.

El áspero ruido continuó acompañado por los traqueteos de las puertas de los armarios. Luego llegaron una serie de tintineos que indicaban que debíamos volver a nuestros asientos y abrocharnos los cinturones.

«Si nos estrellamos, no voy a sentir nada..., no sentiré nada...».

Respiré hondo varias veces y bajé la cabeza de Jonathan hacia la mía.

—Te amo.

No supe cuánto tiempo permanecí aferrada a él, pero después de haberme despedido en silencio de todas las demás personas que amaba, me di cuenta de que la turbulencia había pasado y que Jonathan seguía estrechándome entre sus brazos.

Hubo otro tintineo, pero, para asegurarme, conté hasta sesenta antes de abrir los ojos. Cuando mis ojos se encontraron con los de Jonathan, vi que sonreía de oreja a oreja con una ceja arqueada.

—Me alegro de que lo consideres divertido. —Puse los ojos en blanco y lo aparté para tratar de llegar a la puerta—. Estoy doblada de la risa, ¿lo ves?

—Basta... —Me bloqueó el paso y presionó algunos dígitos en un teclado, de forma que nos quedamos encerrados dentro. Luego buscó mis labios con los suyos—. No me reía de ti, Claire. Te miraba, porque hoy estás condenadamente guapa...

Vaciló, como si quisiera decir algo más, pero luego capturó mis labios inmovilizándome contra la puerta.

Gemí mientras se tomaba su tiempo para besarme, recorriendo con los dedos cada parte de mi pelo. Ni siquiera cerré los ojos para saborear la sensación.

No podía.

Los tenía bien abiertos cuando él me lanzó una mirada que decía que estaba a punto de follarme hasta dejarme sin sentido.

Sin interrumpir el beso, me deslizó los tirantes del vestido por los hombros y lo empujó hacia abajo, hasta dejarlo caer al suelo.

Mientras tanto, llevé las manos a su pantalón, le desabroché el cinturón y le bajé la cremallera para sentir lo dura que tenía la polla. Empecé a desabrocharle la chaqueta, pero me sujetó las manos y las inmovilizó por encima de mi cabeza.

Luego me pasó la lengua por la clavícula y entre los pechos, utilizando los dientes para desabrochar el cierre delantero del sujetador. Cuando por fin consiguió abrirlo, giró la lengua sobre mis pezones, alternando entre ellos hasta que murmuré su nombre.

Echándome la cabeza hacia atrás, me besó el cuello y me soltó las manos. Entonces, deslizó el pulgar por debajo del borde de las bragas y se deshizo de ellas lentamente.

Jadeé cuando puso una de mis piernas alrededor de su cintura mientras hundía la polla en mi interior. Luego me ordenó que le rodeara también con la otra pierna.

—Jonath...

—Shhh... —Me obligó a envolverle el cuello con los brazos y lo besé en la frente.

Me mordí los labios al notar que ahuecaba las manos sobre mis nalgas y empezaba a moverse despacio arriba y abajo. Me apretó la espalda contra la pared para bajar los dedos hasta la parte de atrás de los muslos, y me aferré a él cuando noté que latía en mi interior.

No hablamos, solo se oía el sonido de la respiración pesada y el roce de nuestra piel.

El avión se estremeció de nuevo y le abracé el cuello con fuerza a la vez que aceleraba el ritmo. Traté de no gritar, pero no podía evitarlo.

—Jonathan...

Me cubrió los labios con la boca y los apresó con los dientes sin dejar de hundirse en mí una y otra vez.

Yo murmuraba contra su boca, pidiéndole que me la liberara, pero eso solo hizo que me mordiera con más fuerza.

Cerré los muslos a su alrededor cuando los temblores me recorrieron de pies a cabeza, lanzándome en picado a un orgasmo.

«Joder...».

Me miró a los ojos diciéndome «Te amo», y explotamos juntos, abrazados; nuestros cuerpos convulsionaron de forma violenta mientras el avión trazaba un giro notable en el cielo.

—Te amo, Claire —jadeó contra mis labios—, te amo. —Me besó la cara una y otra vez mientras yo le decía que también lo amaba.

Nos contemplamos durante un buen rato, mientras me acariciaba la mejilla con la palma de la mano. En cuanto se me normalizó la respiración otra vez,

Jonathan dio un paso atrás, con nuestros cuerpos todavía entrelazados, y se sentó junto a la pequeña ventanilla.

Traté de levantarme de su regazo, pero me mantuvo inmóvil mientras me besaba los labios.

—Nunca tengo suficiente de ti. —Me acarició la espalda con las manos—. No sabes lo mucho que significas para mí...

—Yo siento lo mismo que... —Mis palabras se quedaron interrumpidas con un beso ardiente y apasionado. Cuando por fin se apartó de mí, intenté terminar lo que iba a decir, pero se me había quedado la mente en blanco.

No supe cuánto tiempo nos quedamos así sentados, pero lo siguiente que sentí fue que se retiraba lentamente de mi interior y me recolocaba en su regazo.

—Creo que ya hemos hecho todo... —murmuré.

—¿Todo?

—Con respecto al sexo.

—No, no lo hemos hecho todo. —Me apretó el culo, pasando un dedo entre las nalgas—. He creído que era mejor dejar algo para la luna de miel.

Abrí los ojos como platos, en estado de *shock*.

—Además, se me ocurren un montón de sitios en los que me encantaría follarte.

—Deberías hacer una lista.

—La haré. —Me levanté con cuidado.

—¿Vas a decirme de una vez a dónde vamos?

—A ver al único notario del que me fío. —Se levantó y recogió el vestido del suelo—. No es capaz de subirse al *jet* ni que lo maten, así que vamos a Los Ángeles.

—¿Para qué tenemos que ver a un notario?

—No has firmado los papeles que te envié.

Suspiré.

A principios de semana, Jonathan me había enviado una caja con algunos títulos de propiedad de casas y yates, así como varios títulos de acciones. Me los habían entregado dos de sus guardias de seguridad con una nota:

*«Quiero compartir todo lo que tengo contigo antes de casarnos.
Jonathan».*

—¿Por qué tienes tanta prisa? —pregunté.

—¿Por qué tú no la tienes?

—Porque soy práctica. ¿No te parece que tiene más sentido esperar hasta que lleve tu apellido antes de que sea copropietaria de todo lo que te ha costado tanto ganar?

—No, a menos que pretendas no casarte conmigo. —Su voz era firme—. Dado que decidiste no firmar los papeles cuando te dije, que era el momento en el que el banco miraba hacia otro lado, necesitamos firmarlos ante testigos y un notario.

«Oh...».

—Lo siento... No sabía que era por eso.

—Y cuando terminemos de firmar esos contratos, iremos a un hotel.

—¿Vamos a pasar la noche en Los Ángeles?

—Sí, con la coordinadora de la boda.

—¿Qué? Pensaba que habíamos quedado con ella la semana que viene. Todavía tengo que revisar algunas revistas y catálogos para asegurarme de que tengo todo lo que quiero.

—Lo haremos ya, Claire. Ya. Siento como si estuvieras retrasándolo todo, y si es así, quiero saber por qué. —Parecía esperar a que yo le dijera algo, pero negué con la cabeza—. Si no es así, necesito que me convenzas de que estás tan decidida como yo a casarte. —Me acercó a su pecho—. Puedes volver a reunirte con ella la semana que viene para depurar los detalles, pero quiero que esta noche decidamos la fecha y el lugar.

—Estoy tan decidida como tú a casarme, Jonathan...

—Demuéstramelo.

—Vale, a ver si lo he entendido bien... —La organizadora de nuestra boda se paseó por la *suite* del hotel mientras se daba toquitos en el labio.

Se llamaba Paris Corwin y era la mejor del país en su trabajo. Había sido contratada por cientos de celebridades, atletas, superestrellas, e incluso había asesorado la realización de una boda real.

Impecablemente vestida con un traje gris oscuro y una blusa de color crema, llevaba cortado el pelo castaño al estilo *bob*, lo que encuadraba su cara en forma de corazón.

—¿Quiere que la ceremonia se celebre al aire libre, frente al mar, pero no quiere que el lugar sea accesible al público? —Me miró—. ¿Y no quiere que

sea en una playa?

—Exacto.

—¿Y quiere que la recepción sea en una instalación cubierta a poca distancia del lugar de la ceremonia, pero tiene que haber techo de cristal?

—Correcto.

Se quitó las gafas y se frotó la frente.

—Y tiene que ser en San Francisco...

—Lo preferiríamos... —intervino Jonathan.

—Bueno, vale..., debo ser sincera. Puede que tengan que renunciar a algunas cosas si no quieren cambiar nada.

—¿A qué cosas? —Arqueé las cejas. Llevaba mucho tiempo imaginando mi boda y no quería renunciar a nada.

—Bueno... —Se acercó a la pantalla del proyector, al otro lado de la estancia. Apagó las luces y activó el mando a distancia—. Esta foto es de The Shores Resort, es un complejo junto a la playa, con un gran salón de baile con el techo de cristal.

Hizo clic otra vez y apareció otra imagen.

—Se trata de La Santa María Resort. En ella hay una hermosa zona al aire libre cerca de la playa, pero no hay arena, sino hierba, que es lo que desea, pero el salón de baile no tiene el techo de cristal, aunque las paredes son acristaladas y tienen seis metros de altura.

Uno de los miembros de su equipo se acercó y me entregó una carpeta blanca.

—Dentro de ella encontrarán complejos similares del mismo tamaño —explicó la señorita Corwin—. Son caros, pero a todos les falta una de las cosas que buscan.

—¿Tienen grandes escalinatas para ir al salón de celebración? —Miré a Jonathan—. Quiero entrar tras subirlas, justo antes del primer baile.

—Todas las páginas con un marcador rosa tienen escalinatas. Los demás lugares son escaleras con medidas estándar.

—Vale. —Suspiré—. Déjeme ver... —Abrí la cubierta y pasé algunas páginas con rapidez. Todos eran lugares preciosos, pero ninguno tenía todo lo que yo quería, lo que había soñado.

—¿Qué tal este? —Jonathan señalaba una página en la que venían los datos de un castillo histórico, cerca de la playa. Era precioso, con rocas bañadas por el sol, grandes escalinatas de mármol, pero el salón de baile no poseía el

techo de cristal y la zona al aire libre para la ceremonia tenía más tierra que hierba.

Negué con la cabeza y cerré la carpeta.

—Lo siento, pero no es lo que quiero... No quiero renunciar a nada. Y si nos vamos a otra ciudad, ¿tenemos más posibilidades de conseguirlo?

—Sí, señorita Gracen. Sería posible. Le enseñaré varias opciones. —Sacó un *pendrive* del bolsillo y lo enchufó en un ordenador portátil—. Empecemos por Los Ángeles.

—Señorita Corwin —la interrumpió Jonathan—. En su equipo hay un buen plantel de arquitectos, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Me aseguraré de que la glorieta que ambos quieren se construye siguiendo sus deseos.

—En realidad... —Me cogió la mano y la besó—. Quiero que construyan el lugar que mi prometida desea partiendo de cero. Denle todo lo que quiere.

Hubo un silencio.

Un silencio ensordecedor.

Todos abrieron los ojos como platos, incluida yo, y algunos palidieron.

Lo miré en estado de *shock*.

—No, eso es una locura —susurré—. No es necesario.

—Es como comprar un coche. Nada importante. —Me besó y volvió a concentrarse en la señorita Corwin—. Tiene una semana para encontrar un sitio apropiado para la construcción en San Francisco, y debo tener el presupuesto en el escritorio el lunes, así como una lista de los permisos de construcción necesarios. ¿Cuánto tiempo llevará construirlo todo?

La mujer parpadeó.

—Son necesarias entre ocho y diez semanas una vez que concedan los permisos, señor. —Tomó la palabra otro miembro del personal—. Es posible que tuviéramos que colaborar con otra empresa, pero dependiendo de la altura del edificio, necesitaríamos donar espacio libre a la ciudad. Para eso se necesitan meses..., a veces incluso años...

—Yo me ocuparé de eso. —Jonathan ni se inmutó—. ¿Qué más?

—Mmm..., bueno... —La señorita Corwin recuperó lentamente la compostura—. Ahora tenemos que hablar sobre aspectos más intrincados. ¿Qué combinación de colores tiene en mente para ese día tan especial?

Jonathan me miró.

—Es que... —Todavía trataba de asimilar el hecho de que iban a cumplir

mi sueño a medida—. Estaba pensando en blanco y champán como los principales colores, con toques rosados, marfil y amarillo pastel por todas partes. Sin embargo, nada demasiado recargado; quizá un toque sutil de color en las molduras de los pasillos o en las decoraciones de la cena, nada que apoque los colores principales.

—Suenan bien, señorita Gracen. —Asintió con la cabeza—. Podemos afinar más detalles la semana que viene, pero solo para ir haciendo números... —Sacó el bolígrafo—. ¿Quién será su madrina?

—Tendré dos, mis hijas. Ashley y Caroline.

—¿Y cuántas damas de honor?

—Tres: mis mejores amigas, Sandra y Helen, y la hermana de Jonathan, Hayley.

—Gracias. —Lo anotó—. Señor Statham, ¿quiénes serán su padrino y sus testigos?

—Corey Walters será mi padrino, y serán dos testigos.

—Muy bien. Les enseñaré unas muestras de color la semana que viene. Ah, y mientras busco la ubicación para levantar el escenario, ¿podría mantenerme informada sobre el vestido? Siempre queremos que algunos de los arreglos florales coincidan con la vestimenta de la novia, si es posible.

—Ya has encargado el vestido, ¿verdad? —Jonathan me apretó la mano.

—Todavía no. Iré de compras este fin de semana con mi madre.

Jonathan arqueó una ceja, pero la señorita Corwin siguió hablando.

—¿Puedo suponer que los padrinos llevarán esmoquin negro, señor Statham?

—Sí.

—¡Genial! Bueno, ahora tengo que concentrar todos mis esfuerzos en encontrar el lugar idóneo, si no tienen ninguna pregunta más... —Nos miró a uno y a otro, esperando que añadiéramos algo—. El lunes tendrá el presupuesto, señor Statham. Y, señorita Gracen, nos vemos dentro de poco.

Los dos nos levantamos para estrecharle la mano, agradeciendo a todos los miembros del equipo el tiempo que nos habían dedicado.

Le ayudamos a recoger las carpetas y la acompañamos al vestíbulo.

—Espérame aquí —me pidió Jonathan mientras la acompañaba a la limusina que estaba esperando a la señorita Corwin.

En cuanto el vehículo se alejó, él se acercó a mí y me rodeó con los brazos.

—Por favor, dime que no has dicho en serio lo del vestido de novia.

—¿Qué?

—¿No encuentras lo que buscas? Enséñame una foto y me encargaré de que lo confeccionen.

—No... —Miré al techo—. Sinceramente, todavía no sé cómo será. Iré a buscarlo este fin de semana.

—El fin de semana pasado me dijiste que habías ido a comprar el vestido.

—No, no lo hice.

—Sí. —Me miró con los ojos entrecerrados—. De hecho, fue la razón por la que llegaste tarde a casa el viernes pasado. —Sacó el móvil y buscó entre los mensajes—. «Viernes, a las seis menos diez. Jonathan, llegaré tarde a cenar esta noche. Tengo una cita a última hora en una tienda de vestidos de novia. Te prometo que esta vez elegiré uno. Claire». —Arqueó una ceja, esperando una respuesta.

—Vale..., tenía una cita, pero no era en una tienda de vestidos de novia.

—¿Me mentiste?

—No podía decirte la verdad porque... tiene que ver con nuestro aniversario.

—Entonces, ¿me mentiste? —Me acercó más a él.

—Jonathan, era una cita en una consulta. Después del aniversario, te mostraré el ticket con la fecha para que veas que no estoy mintiéndote. Tengo algo planeado.

Jonathan parpadeó. Luego me miró a los ojos un buen rato sin decir nada.

—¿Qué se supone que estás haciendo? ¿Es algún tipo de juego? —Sonreí—. ¿El primero que pestañee se comportará como un adulto durante el resto de la noche?

—Sí, futura esposa... —Me apretó la cintura—. Vamos a jugar a un juego. Se llama «Jonathan va a enseñar a Claire una lección muy intensa sobre las consecuencias de mentirle...».

6

CLAIRE

Me quedé quieta en el centro de una plataforma, intentando no mirar al techo con todas mis fuerzas. Estaba en una tienda de vestidos de novia, contando pacientemente los minutos hasta que llegara el momento de que Greg me llevara de vuelta a casa.

El vestido que estaba probándome lo había seleccionado mi madre, así que seguro que tenía un aspecto horrible; me lo había probado de todas formas para que no se enfadara.

—Por favor, no alejes a Jonathan como hiciste el año pasado. —Me subió la cremallera del vestido—. Estuve a punto de pegarte. De hecho, debería pegarte en este momento para asegurarme de que no vuelve a ocurrir.

Puse los ojos en blanco y me miré en el espejo.

—Fue hace más de ocho meses.

—No importa cuánto tiempo hace. Si a mí me persiguiera un atractivo y ardiente multimillonario como te perseguía él a ti, habría aceptado salir con él desde el primer momento. ¡Dios!, seguramente hasta me habría acostado con él la primera noche.

—Gracias, mamá. —Negué con la cabeza al tiempo que miraba el escote del vestido con el ceño fruncido—. Creo que algún día le daré el mismo consejo a Ashley y a Caroline. De todas formas, no sé si me gusta este vestido. Creo que a él tampoco le gustará, tiene demasiados abalorios por la parte superior.

En realidad todo él era abrumador. Me cubría cada centímetro de piel desde el cuello hacia abajo: manga larga, cintura plisada y abalorios suficientes para que estuvieran entretenidos todos los niños de una guardería durante una semana.

—Bueno, tiene un aspecto tradicional —aseguró—. Con algo tradicional siempre se acierta. Estoy segura de que Jonathan apreciaría mi punto de vista.

—¿Estás loca? —Helen entró en la sala y echó a mi madre al instante—. No quiero faltarle al respeto, señora Gracen, pero se trata de elegir un vestido

diseñado este siglo, preferentemente en esta década.

Mi madre resopló y fue de nuevo a la tienda. En cuanto desapareció, Helen puso unos vestidos nuevos en el bastidor.

Miré una de las etiquetas con el precio y contuve una exclamación: setenta y ocho mil dólares. Sabía que a Jonathan no le importaría lo que costara, pero los precios de esa tienda era demasiado elevados.

—¿No estás encantada? —Helen me hizo salir de mi ensimismamiento.

—Claro que sí. —No pude reprimir una sonrisa: soñaba cada noche con nuestra boda.

—Eso es bueno. Porque deberías. Y para celebrar que vas a casarte con la persona correcta, te voy a organizar una despedida de soltera irrepetible. Estoy ultimando los detalles, así que si quieres que venga alguien, dímelo. Y asegúrate de que saben que todo corre de mi cuenta.

—¡Oh, no! —Me puse el vestido por la cabeza—. En realidad yo no...

—¿Tú no qué?

—Creo que no quiero despedida de soltera. Prefiero pasar ese tiempo con Jonathan... Prescindamos de ella.

—Claire... —Se llevó las manos al pecho—. Estás a punto de casarte. Lo que significa que durante el resto de tu vida, durante toda tu vida, solo vas a poder experimentar con una polla. Una-polla.

—Helen...

—¿Sabes lo deprimente que resulta? ¿Recuerdas que el día que nos dijiste a todas que te había propuesto matrimonio me puse a llorar? No eran lágrimas de felicidad. Eran de tristeza porque me sentí realmente mal por ti. No importa lo bueno que sea un hombre en la cama: no es suficiente como para que quisiera dormir con él durante el resto de mi vida.

—¿Vas a decir algo interesante en los próximos minutos?

—Te estoy montando la despedida de soltera más brutal de todos los tiempos, a pesar de las ridículas advertencias de tu prometido.

—¿De las qué?

—Sí, Jonathan se puso en contacto conmigo. —Sonrió—. Además, me envió un correo electrónico con unas pautas que quiere que siga, algo sobre no dejar que la fiesta se ponga demasiado caliente, ya sabes. Quiere que no haya más de cinco hombres, y que ninguno se acerque a menos de un metro de ti. —Miró al techo—. Pero ¿sabes qué? Va a ser brutal, caliente, habrá pollas por todos lados, y ¡joder!, acabarás encantada. Ahora, date la vuelta

para que te ayude a ponerte el siguiente vestido.

Me giré al tiempo que negaba con la cabeza.

Durante las horas siguientes, me probé un vestido tras otro, pero no me enamoré de ninguno de ellos. Algunos eran demasiado sencillos y otros demasiado recargados. Pero lo peor era que cada vez que me ponía un nuevo vestido tanto Helen como mi madre lo criticaban como si yo no estuviera presente. Luego la discusión se centraba en cuál de las dos tenía mejor gusto.

—Señora Statham..., es decir, señorita Gracen, ¿ha mirado ya en la exposición? —Una de las dependientas se llevó un vestido—. Todos los vestidos de esa parte son exclusivos.

—Eso no me importa. —Suspiré—. ¿De qué precio son?

—Asequibles, desde noventa mil dólares.

«¡Noventa mil!».

Quería negarme, pero mi madre y Helen se morían por verlos, así que seguí a la mujer a una sala totalmente blanca.

Solo había dos expositores con vestidos, pero ocupaban toda la pared. Parecía que los habían organizado por talla, porque no había otra clasificación posible. Estaban cubiertos con protectores de plástico y todos tenían una etiqueta de color rosa colgando en un lado.

La encargada me rodeó con la cinta métrica, que extendió de un lado a otro de mis hombros y pechos antes de sostenerla brevemente en mis caderas.

—¿Qué tipo de ropa suele usar en su día a día? —preguntó—. Uno en el que solo tenga que hacer unos recados.

—Por lo general algo sencillo; un color de fondo, formas básicas y escote en V.

—Entiendo..., ¿y cuando sale a una cita?

—Depende...

—Centrémonos en la última cita. ¿Qué tipo de vestido llevó? Y, si no le importa que se lo pregunte, ¿dónde fue?

Me sonrojé al pensar en la última cita con Jonathan.

—Fue en un viñedo, y se trataba de un vestido *nude* de encaje con un escote bajo.

—Cierto. Ya ha mencionado antes que prefiere falda de organza, escote con forma de corazón y entallado con corsé... —Repasó algunas de las perchas antes de elegir un vestido—. Este es su vestido. Se lo garantizo.

—¿Por qué está tan segura?

—Soy la mejor. —Sonrió mientras me conducía de vuelta a la sala de pruebas—. Ya me dirá...

Sinceramente, no quería probármelo, pero regresé al probador y me interpuse entre Helen y mi madre.

—¿Podrías ayudarme como favor final? Luego podremos ir a tomar algo antes de ir a casa.

—¿Y el resto de las compras? —Mi madre frunció el ceño—. Jonathan me aseguró que podría comprarme lo que quisiera. ¿No llevas tú su tarjeta de crédito?

—Sí... —Puse los ojos en blanco—. Le diré a Greg que te recoja y te traiga mañana.

Permanecí inmóvil mientras Helen y ella me ayudaban a entrar en el largo vestido de seda. No me molesté en mirarme en el espejo, así que fueron ellas las que colocaron cada centímetro de tela. Yo solo quería acabar de una vez y regresar a casa.

Esperaba que empezaran a discutir sobre si les gustaba o no, pero ambas me contemplaban en un aturdido silencio.

—¿Eso es bueno o malo? —pregunté.

—Es perfecto. —A Helen le brillaron los ojos—. Estás divina, Claire...

—¿No te gustaría probarte un velo a juego? —dijo mi madre con los ojos llenos de lágrimas.

Asentí con la cabeza e incliné la cabeza hacia abajo para que pudieran recogerme el pelo y colocarme el velo.

—No te mires todavía. —Helen sonrió—. Permite que les pida a las dependientas alguna joya.

Esperé a que regresara, y luego traté de quedarme lo más quieta posible mientras me ponía un collar de Harry Winston en el cuello. Traté de echar un vistazo por encima del hombro, pero mi madre me sujetó la cabeza y aprovechó para ponerme unos pendientes de diamantes.

Me llevaron al salón principal de la tienda, donde estaba el espejo de mayor tamaño, y me ayudaron a subir a otra plataforma. Cuando dieron un paso atrás, noté que tenían las mejillas llenas de lágrimas.

Por el rabillo del ojo, vi que las dependientas susurraban entre sí al tiempo que movían la cabeza en señal de aprobación.

No podía esperar más.

—¿Puedo darme la vuelta para mirarme en el espejo?

—Sí —dijeron al unísono.

Me giré despacio y contuve la respiración al ver mi reflejo.

«Oh, Dios mío...».

El vestido era impecable, de una perfección absoluta.

Era un modelo sin tirantes con escote con forma de corazón, que quedaba embellecido con una fina hilera de cristales de color blanco y plata. La parte superior del patrón se ajustaba como un corsé de época, antes de caer en una falda larga, llena de ondas de organza preciosas que fluían desde mis caderas hasta los pies y continuaba en una larga cola que cubría la plataforma.

El velo era sencillo, pero impresionante. Tenía ligeros detalles de encaje alrededor de los bordes y el extremo me rozaba la parte baja de la espalda.

Me giré para mirar por encima del hombro, y noté que las joyas complementaban a la perfección las gotas que brillaban en el velo.

Aunque no quería llorar, se me habían empezado a caer las lágrimas. De repente, todo parecía más real. Estaba a punto de casarme.

—Esto es... —Tenía un nudo en la garganta—. Este es el vestido que quiero.

Todas las presentes aplaudieron, y la encargada se acercó para entregarnos una copa de champán helado a cada una.

—Felicidades, señorita Gracen —dijo—. Avisaré a la modista para que compruebe que no es necesario adaptarlo.

—Voy a ser sincera —Helen subió a la plataforma y me abrazó—: en realidad no tengo los ojos llenos de lágrimas. Es algo que no ha pasado nunca.

Reprimí una sonrisa mientras asentía.

—No me creo lo guapísima que estás, Claire. Es increíble... —Mi madre se secó los ojos con un pañuelo de papel—. Jonathan no podrá apartar los ojos de ti cuando aparezcas por el pasillo. —Se llevó la mano al pecho y empezó a llorar de nuevo—. Por favor, no lo estropees, ¿vale?

Sonreí cuando al día siguiente apareció en mi despacho un nuevo ramo de flores de parte de Jonathan. Era una serie de tulipanes de diferentes tonos de blanco, rosa y amarillo, combinados con orquídeas salvajes que se habían colocado aleatoriamente entre ellos.

Cogí el sobre que las acompañaba y lo abrí.

«Cinco lugares en los que me gustaría follarte:

5. En un concierto lleno de gente.

4. En un cine abarrotado.

3. En la sauna de casa.

2. Sobre el capó del Bugatti.

1. Encima de la mesa de juntas.

Llámmame en cuanto salgas de la última reunión.

Con amor.

Tu futuro esposo».

Me reí y me guardé la nota en el bolsillo.

—Ya puedes decirle a la cita de las diez que pase, Rita —dije por el intercomunicador.

Me acerqué a la puerta y la abrí, esperando ver a un anciano y a su esposa, pero allí estaba...

—¿¿Ryan??

—Nunca te hubiera imaginado decorando casas, Claire. —Se quitó el sombrero al tiempo que pasaba junto a mí—. Pero supongo que cuando estás prometida con un millonario cambian tus prioridades. ¿Diseño de interiores? ¿En serio? —Se burló—. Creo que puedo adivinar a qué corresponde la otra C de C&C's.

—¿Qué parte de «Lárgate» y de «No te quiero cerca» no entiendes? ¿Follar con Amanda te ha hecho perder audición?

—Siempre has sido una listilla. Me encantaba que fueras así.

—Está claro que no lo suficiente. ¡Lárgate!

Suspiró.

—¿Sabes lo complicado que es adaptarse a una ciudad nueva? Pues es todavía más si te vigilan y siguen unos seguratas a todas partes. —Negó con la cabeza—. ¿Acaso te sientes amenazada por mí?

—Ve-te-de-a-quí.

—Me iré. —Se acercó—. Pero antes vamos a hablar. Siéntate.

—Me sentaré después de que te vayas.

—¿No me puedes dedicar ni cinco segundos?

—Te he dedicado mucho más. —Me acerqué a la puerta y la abrí—. Además, no hablo con gilipollas, no entiendo su idioma.

—Me lo debes, Claire. Por favor, escucha. Por el respeto que puedas sentir por mí... o al menos por nuestras viejas promesas. Nunca se olvida uno de su

primer amor.

—A menos que te abandone por tu mejor amiga. La gente nunca lee la letra pequeña.

—Claire.

—¡Señor Hayes! —De repente, Greg estaba a mi lado—. Es mejor que no intercambie ni una sola palabra más con la señorita Gracen. No es bienvenido en esta propiedad privada.

Noté que los ojos de Ryan se apagaban al tiempo que negaba con la cabeza, mirándome como si se sintiera herido.

«¿Qué coño le pasará?».

—Tiene cinco segundos para desaparecer, señor Hayes. —Greg entrecerró los ojos y Ryan salió del despacho, mirándome mientras lo escoltaban otros dos guardias de seguridad.

—Ya he notificado al señor Statham esta intrusión. —Greg parecía preocupado—. El señor Hayes nos despistó y logró venir en taxi. Mis más sinceras disculpas, señorita Gracen. No volverá a ocurrir. ¿Está bien?

—Sí, estoy bien —mentí.

Odiaba a Ryan con cada fibra de mi ser, pero solo había visto esa mirada de dolor en sus ojos dos veces mientras estábamos casados: una vez cuando nos desalojaron del primer apartamento en el que vivimos porque llevábamos tres meses sin pagar el alquiler. Y otra vez cuando tuve que renunciar a mi baja de maternidad cuatro semanas antes de lo establecido.

«Se trata de algo muy serio...».

—¿Señorita Gracen? —Greg me sacó de mi trance.

—¿Sí?

—El señor Statham me pregunta si debería venir. —Sostenía el teléfono pegado a la oreja—. Quiere también saber si prefiere volver a casa antes.

Negué con la cabeza.

—No, dile que estoy bien. Iré a su despacho después de las tres.

El asintió y le repitió el mensaje a Jonathan por el móvil antes de dejarme sola.

Con un suspiro, me acerqué al escritorio y me hundí en la silla. Moví la cabeza, esperando que así pudiera eliminar cualquier pensamiento sobre Ryan de mi mente, pero no pude porque encima del escritorio había un sobre blanco. Un sobre que no había antes.

Lo agarré y me di cuenta de que, posiblemente, Ryan lo había dejado allí

antes de que lo escoltaran a la salida. Sabía que no debía abrirlo, que debía limitarme a romperlo y seguir con mis citas...

Me venció la curiosidad.

«Claire:

Te he enviado fotos y cartas todos los días, pero ayer por la noche me di cuenta de que lo más seguro es que no hayas recibido ninguna. Por lo tanto, he pensado que esta vez será mejor que te la entregue en persona.

No he venido aquí para provocarte problemas ni para interferir en tu nueva vida, en la que parece que, por cierto, te va bastante bien...

Amanda y yo nos mudamos aquí hace seis meses, pero decidí no decírselo a las chicas para poder hablar antes contigo, pensando que lo habrías superado ya.

Me gustaría hablar contigo delante de una taza de café. Dime dónde y te juro que solo te entretendré unos segundos. ¿De verdad crees que iba a provocar todo este problema si no tuviera que decirte algo importante?

Por favor, llámame para que podamos vernos.

Tu primer amor, Ryan.

P. D.: Siempre has sido preciosa, pero ahora estás increíble.

P. D. 2: Sé que una parte de ti todavía me ama».

JONATHAN

LUNES, 1 DE SEPTIEMBRE

«Uno no puede evitar enamorarse...».

Al menos, es lo que me sigo diciendo.

Estoy sentado al final de la mesa, en la sala de juntas, y trato de aparentar que quiero estar aquí. Acabo de volver a tener sexo con Claire mientras estaba enfadado, y estoy empezando a desear haberme quedado con ella durante el resto del día para asegurarme de que envía de una vez las putas invitaciones.

¿De verdad importa tanto si el papel es blanco o de color marfil? ¿Si tienen detalles de encaje o perlas? ¿Si hay cuatro o cinco tipos de letra diferentes?

Me sentía muy inquieto porque ella me había hecho pasar la noche en blanco para ayudarla a elegir entre cientos de sobres... «¿Color crema sin líneas? ¿Blancos con el borde más oscuro? ¿Cualquiera de los dos colores

con el borde sombreado?».

También se pasó dos horas esta mañana repasando los sellos que irán en la parte de atrás, un lugar que nadie mirará.

«El sello blanco le dará a nuestra boda un aire más elegante, pero el plateado dirá que es un evento de alto nivel. Uno dorado será demasiado, creo... Espera, ¿y si hacemos algo personalizado? ¿Quizá sellos blancos con las iniciales en plata y oro?».

—¿Señor Statham? —Uno de mis asesores de confianza se aclaró la garganta—. ¿Ha oído lo que he propuesto sobre un nuevo paquete de beneficios para todos los empleados?

—Claro. —Sonrío, y pone los ojos en blanco.

La reunión versa sobre los beneficios conyugales para los empleados de Statham Industries, pero sé que esto es un intento velado para forzarme a firmar un acuerdo prenupcial.

Los miembros de la junta están nerviosos porque saben que en el momento en que me case con ella le pertenecerá por derecho un veintiséis por ciento de la empresa, lo que será, junto a la mía, la parte más grande de acciones en manos de una persona. No confían en ella porque no ha crecido con una cuchara de plata en la boca, porque piensan que será algo que se volverá contra mí cuando se seque la firma en el certificado de matrimonio.

Pero yo no soy de esa opinión. Confío completamente en ella.

Es cierto que me pone a prueba como nadie, pero es real, frustrantemente real, y eso es lo que más me gusta de ella.

7

JONATHAN

—¿De verdad crees que no te voy a despedir porque eres de la familia? — Miré a Hayley con los ojos entrecerrados al tiempo que negaba con la cabeza. Llevaba días llegando tarde a las reuniones, haciendo un trabajo mediocre y pidiéndole a mi secretaria que la justificara casi todos los días.

—Creo que no me despedirás porque tu prometida no te lo permitirá. — Sonrió.

—¿Qué te hace pensar que Claire tiene control en mis decisiones con respecto a la empresa?

—Porque es así. —Se rio—. Señor Statham, de verdad, no estoy dejando el trabajo de lado, pero todavía me estoy ajustando a trabajar en la Costa Oeste... Y, para ser francos, repetí todos los informes unas horas después de que me lo indicaras. Estás siendo muy duro conmigo porque soy tu hermana, y lo sabes.

—Vale. —Cerré la carpeta—. ¿Quién es el hombre?

—¿Qué hombre?

—El que te ha convertido en una idiota que lloriquea en cada reunión de la junta. El que te dice que estoy siendo muy duro contigo, blablablá... Te puse una cláusula de ochenta mil dólares de bonificación en el contrato solo por presentarte a trabajar todos los días. Estoy seguro de que es una muestra de que estoy siendo muy indulgente contigo.

—¿Me acabas de llamar idiota?

—Tienes cuarenta y ocho horas para volver a preparar la presentación de esta mañana. Y ya que no quieres decirme quién es ese hombre, lo averiguaré y luego...

—Tendrás unas palabras con él, es decir, le arruinarás la vida. ¿De verdad te preguntas por qué no te cuento con quién estoy saliendo?

—¿Así que estás saliendo con alguien?

Suspiró y se levantó.

—¿Necesitas algo más de mí? Tengo que repetir una presentación muy

larga por una ridícula petición del jefe. En las oficinas dicen que es un imbécil.

—Un imbécil brillante y atractivo.

Miró al techo mientras salía de mi despacho.

Cogí el móvil para llamar a Corey y ponerlo a investigar la vida de mi hermana, pero antes de hacerlo vi un extraño sobre de color rojo en la parte superior del correo. Dejé el teléfono a un lado y lo cogí, notando que no tenía remitente y destinatario, solo un sencillo «Para el señor Statham» en la parte delantera.

«¿Serán las invitaciones de las que me habló Angela? ¿Habrás conseguido entradas para Claire y para mí?».

Abrí el sobre y saqué un papel blanco de lo más normal.

«Señor Statham:

A pesar de que me divierta que se sienta amenazado por mi presencia en San Francisco, debería tener en cuenta que soy abogado y que puedo presentar cargos contra usted por los siguientes delitos: acecho, manipulación postal y ser un idiota. Bueno, esto último no es en realidad un delito, pero cuando lo sea, tendré preparada la documentación para hacer la denuncia.

Ya que parece disfrutar de las cartas que le envío a Claire, he pensado que le gustaría recibir una para que se sienta especial.

Disfrute del día.

Ryan Hayes».

Estrujé el papel en una bola y luego lo lancé a la basura.

No me sentía amenazado por él, en absoluto.

Si me acusara de estar irritado, no podría negarlo. Ni de estar cabreado.

El hecho de que fuera abogado no significaba nada para mí. Tenía el número del fiscal del estado en mi agenda y un equipo de abogados muy bueno a mi disposición que harían que él quedara al nivel de un estudiante de secundaria.

«Espero conocer a este hombre en persona muy pronto...».

Las patéticas cartas que le enviaba a Claire seguían llegando con la puntualidad de un reloj, aunque ahora eran más cortas. «¿No podemos vernos para tomar una taza de café?», «¿No dispones de cinco minutos? Es todo lo que pido, Claire...», «Una vez fuimos amigos...».

Antes de que pudiera llamar a Greg para preguntarle si había novedades,

sonó la voz de Angela por el intercomunicador.

—¿Señor Statham?

—Dime, Angela.

—Ha llegado su madre. ¿Está disponible para hablar con ella?

Vacilé.

—Claro...

Me recosté en la silla y la observé entrar en el despacho, con una expresión cabizbaja. Por alguna razón, estaba triste, y no era una emoción que acostumbrara a asociar con ella.

—No parece estar bien. —Arqueeé la ceja—. ¿Qué te pasa?

—Dejando a un lado el hecho de que mi única hija sigue sin reconocer mi existencia, tengo que pedir permiso a la secretaria de mi hijo cuando quiero verlo.

Suspiré.

—¿Qué quieres?

—Mmm... Estaba de compras en el mercado y... se me ocurrió que quizá podría apetecerte venir a mi casa a cenar esta noche. Haré tu comida favorita.

—¿Y sabes cuál es mi comida favorita?

—Pasta Alfredo con pollo a la pimienta, para ser exactos.

—No recuerdo que cocinaras cuando era niño, así que no sé si me gusta. Agradezco la oferta, pero tengo planes con Claire para celebrar nuestro aniversario. Además, el jueves es el día de la cena en familia.

—En ese caso... Bueno, eso es... lo único que quería. Gracias por dejarme entrar.

—Espera un segundo —le dije antes de que se diera la vuelta. Metí la mano en el escritorio y buceé en el montón de sobres—. He hablado con Claire al respecto y..., y ella quiere que sepas que no te guarda rencor por lo que le hiciste el año pasado.

—Entonces, ¿puedes perdonarme oficialmente ahora?

—No. —La miré fijamente y rodeé el escritorio para entregarle un sobre—. Pero quiero que asistas a la boda. Sería bueno que estuviera al menos uno de mis padres biológicos.

Se le iluminaron los ojos mientras pasaba los dedos por la S grabada en la solapa. Luego retiró lentamente la invitación del interior y se quedó quieta mientras la leía.

Esperaba que dijera algo negativo o que me preguntara cuándo habíamos

pensado entregarle la invitación, pero solo dio un paso adelante y me abrazó con fuerza.

—Lamento haber sido una madre tan horrible cuando eras niño, Jonathan —dijo entre lágrimas—. Lo siento de verdad. Sé que para ti no significa nada, pero estoy orgullosa de lo que has hecho con tu vida a pesar de lo jodido que lo tuviste para empezar. Y me alegra que hayas decidido casarte. Nunca te había visto tan feliz.

Miré sus ojos empañados, tratando de no dejarme atrapar por sus débiles disculpas.

Me abrazó una última vez y dio un paso atrás para sacar una pequeña caja azul del bolsillo de la chaqueta.

—Ayer fui a una sesión de rehabilitación, y todas las mujeres hablaban de lo mucho que lamentaban haberse perdido los cumpleaños de sus hijos cuando eran pequeños.

—¡Basta!

—No..., sé que me he perdido todos tus cumpleaños y acontecimientos importantes, pero... Ten. —Me puso una caja en la mano y salió corriendo de mi despacho sin mirar atrás.

Dejé la caja en el escritorio y la miré sin saber qué hacer. Tuve la tentación de tirarla y de olvidar que me la había entregado; sin embargo, por mucho que odiara todo lo que me había hecho en el pasado, no podía negarle que ahora estaba tratando de hacer bien las cosas.

Desenvolví lentamente la caja de color azul, y vacilé antes de sacar la tapa.

Se trataba de un reloj plateado de Audemar Piguet con una nota manuscrita.

«Jonathan:

He sido una madre terrible durante toda tu vida, y todavía ha sido peor lo que le hice a tu prometida el año pasado... Sin embargo, quiero que sepas que soy consciente de los errores que he cometido; si alguna vez me permites volver a entrar en tu vida, no volveré a actuar así... Asimismo, sé que no tengo mucho tiempo para hacer bien las cosas, pero agradeceré cada segundo que decidas compartir conmigo de ahora en adelante...

Te merecías mucho más de lo que te di.

Mamá».

«Uff...».

Sentí que un punto del corazón se me debilitaba y fundía, era la misma

parte que no me permitía apartar a esa mujer de mi vida, sin importar las veces que jodiera las cosas.

Corrí al ascensor privado para bajar al aparcamiento. Una vez allí, fui hacia su coche y le impedí cerrar la puerta.

—¿Qué te parecería hacer la pasta en mi casa esta noche? —suspiré—. Podemos cocinar juntos.

Mi madre miró la cocina, pasando los dedos por las encimeras de granito.

—Tienes una casa muy agradable, Jonathan. Es preciosa...

—Gracias. —Serví un vaso de vino y se lo ofrecí—. ¿Puedes beber alcohol?

Negó con la cabeza.

—Perdona. —Dejé el vaso y me acerqué a la nevera—. ¿Zumo de arándanos, naranja o manzana?

—Arándanos.

—Tomaré lo mismo. —Llené dos vasos y me senté enfrente de ella en la barra del desayuno.

Durante la última hora y media habíamos hablado sobre la receta de pasta con pollo Alfredo, pero sin intercambiar frases personales, solo comentarios del tipo: «Siempre pongo más queso en la pasta después de que esté cocida...» o «Nunca utilizo ajo prensado».

Eran palabras vacías que no significaban nada, y flotaba en el aire un silencio incómodo, un silencio que revelaba que todavía no teníamos confianza entre nosotros.

Mientras tomaba un sorbo de zumo, decidí darle una oportunidad.

—¿Qué tal te va en el nuevo trabajo? Ahora estás en Saks Fifth Avenue, ¿verdad?

—¡Oh, no! Lo dejé después del primer día. —Se rio.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No sigo tanto la moda como para mantenerme al día cada semana de todas las tendencias. Ahora trabajo en un salón de belleza, maquillando y depilando cejas.

—¿Y te gusta?

—Mucho. —Sonrió—. Sé que no necesito el dinero, pero se me da realmente bien y me encanta ver la reacción de la gente después de que yo le... —Su brillante sonrisa se atenuó un poco—. Claire no viene a cenar

porque yo estoy aquí, ¿verdad?

Miré el reloj.

—En realidad debería llegar en cualquier momento. Su ayudante me dijo que iba a llegar tarde. Yo no he hablado con ella, así que no he tenido la oportunidad de decirle que venías.

—Oh..., bien, muy bien. Puedes decirle que mi pasta es diez veces mejor que la tuya cuando llegue.

Puse los ojos en blanco y se rio.

—¿Porque tú le echas orégano?

—Porque tiene mejor sabor, y lo sabes.

Lo sabía, y había apuntado todo lo que ella había utilizado para poder usarlo la próxima vez.

Dado que Claire seguía sin llegar una hora más tarde, le conté a mi madre que si supiera que iba a tardar tanto podría haberles dicho a Ashley y Caroline que vinieran desde Arizona. Mientras seguíamos hablando, me di cuenta de que, por primera vez en mi vida, me sentía a gusto con ella, incluso aunque solo habláramos de tonterías.

—Gracias por invitarme, Jonathan. Ha significado mucho para mí. —Se detuvo delante del coche con los ojos llenos de lágrimas—. Espero que no sea la última vez...

Di un paso adelante y la abracé.

—No lo será. Nos vemos la próxima semana en la terapia.

Asintió y se metió en el coche. Esperé a que recorriera el largo camino hasta la salida antes de entrar de nuevo en la casa.

Estaba guardando la pasta sobrante cuando se me ocurrió mirar el reloj de cristal que colgaba en la pared.

«Tiene que ser un error..., ¿estará en hora?».

Saqué el móvil para comprobarlo y vi que el reloj marcaba la hora correcta.

Claire me estaba poniendo a prueba... una vez más.

8

CLAIRE

Entré en el garaje a las nueve y media. No había pensado que la última cuestión pendiente me llevaría tres horas, y no sabía que el segundo ramo de flores que me llegó en el día lo había enviado Ryan.

Hasta que cerré no me di cuenta de que la notita de color rosa que colgaba de los tallos no era de Jonathan. Pero antes de irme me había asegurado de tirar hasta la última rosa al contenedor y la nota por el retrete. Aun así, no se me iba de la cabeza lo que ponía:

*«¿Es necesario que te envíe flores todos los días para que me prestes atención?
Habla conmigo, Claire.
Ryan».*

Me estremecí solo de pensarlo. Se me ponía, literalmente, la piel de gallina. Encendí el teléfono y vi que Jonathan me había enviado varios mensajes de texto mientras iba a casa.

«¿Dónde estás, Claire?».

«Claire, llámame...».

«Hace una hora que llamé a la tienda y no estabas allí, ¿estás bien? ¿Por qué no respondes al teléfono?».

Era jueves, lo que significaba que tocaba cena familiar, y, además, era nuestro aniversario. Jonathan llevaba toda la semana hablando de ello, haciéndome el amor todas las noches durante horas mientras me decía lo feliz que le hacía que lleváramos juntos tanto tiempo.

Lo llamé sin obtener respuesta.

Le envié un mensaje preguntándole si estaba en casa, pero tampoco me respondió.

Cuando salí del coche, miré hacia el lugar donde estaba aparcada la colección de coches de Jonathan, y noté que el Aston Martin no estaba allí.

«Vaya...».

Imaginé que eso significaba que se había ido y todavía tenía tiempo para prepararlo todo. Fui directa al comedor, decidida a encender algunas velas y preparar unas copas con champán. Pero cuando accioné el interruptor no se encendió la luz.

Lo volví a intentar un par de veces sin que la acción tuviera ningún efecto. Entonces, de repente, se encendieron y apagaron.

—Buenas noches, querida. —Jonathan estaba sentado en el extremo de la mesa, sonriendo—. Me alegra ver que llegas a casa a las seis, como prometiste... Por un momento he pensado que te habías olvidado de que es nuestro aniversario.

—Hoy me has enviado un centenar de flores, ¿cómo iba a olvidarlo? —Miré a mi alrededor y me di cuenta de que había preparado champán y que había también una enorme bandeja de fresas con chocolate.

Había también unas largas velas rojas esperando a que alguien las encendiera, y, justo delante de mí, en el lugar que solía ocupar en la mesa, había una cajita plateada con mi nombre.

Se levantó de la silla y se acercó a mí sin apartar la vista ni un segundo de la mía.

—Claire, ¿sabes lo que más me gusta de ti?

—¿Solo es una cosa?

—Son varias. —Dio un paso atrás y me besó la nuca, lo que me calentó la piel—. Pero lo que más me gusta es lo terca que eres. Nunca puedes atenerte a lo que acordamos. Es más, yo creo que ni siquiera lo intentas.

—Las nueve y media es muy tarde, ¿no? ¿Te puedes creer que algunas personas incluso llegan a casa después? Me pregunto cómo es su vida...

—Fuiste tú la que sugirió las seis. —Cogió una silla y me la puso delante—. Siéntate —ordenó con la voz firme.

—Jonathan, ¿estás tratando de intimidarme? ¿El día de nuestro aniversario?

—Claire, siéntate.

Entrecerré los ojos y crucé los brazos, esperando a que dejara de mirarme como si quisiera estrangularme.

—No me siento intimidada en lo más mínimo.

Sonrió y apretó los labios contra los míos.

—Pues deberías...

Abrí mucho los ojos y me senté en la silla. Lo miré mientras encendía las altas velas que había colocado por toda la estancia; luego cogió la botella de champán y las copas y se acercó a mí. Mantuvo los ojos clavados en los míos mientras abría la botella y servía el líquido espumoso.

—Por el terco amor de mi vida. —Se apoyó en la mesa con una copa en la mano—. El año próximo celebraremos nuestro aniversario de boda, pero, por ahora, vamos a brindar por...

—El día que nos dijimos por primera vez que nos amamos —susurré.

Me besó en la mejilla y me indicó que terminara el contenido de la copa. Sonrió mientras se bebía hasta la última gota.

—He hecho la cena. —Se inclinó hacia delante y me volvió a besar en la mejilla—. ¿Te gustaría cenar?

—¿Hay otra opción?

—Siempre la hay —me cogió de la mano para que me levantara de la silla —, pero, por tu bien, te aconsejo que comas algo antes.

—Jonathan... —No lograba adivinar sus pensamientos. Tenía algo en mente, algo que yo quería saber de forma desesperada. Yo misma me había dicho de camino a casa que no perdiera la cabeza, pero en cuanto encendió las luces había mojado las bragas.

—¿Sí, Claire? ¿Decías algo?

—Sí, claro. Tengo que ir a cambiarme de ropa antes de cenar. Ahora vengo.

—Estás en tu casa. Con que te quites el impermeable es suficiente. De todas formas, no estarás vestida mucho más tiempo.

Di un paso atrás.

—Solo quiero estar cómoda. Tardaré diez segundos. —Traté de pasar junto a él, aunque me agarró por la cintura y me quitó el impermeable. Se quedó boquiabierto en el momento en que cayó al suelo.

Noté que sus ojos se paseaban por mi cuerpo escasamente vestido mientras trataba de contener la sorpresa. Me puso las manos en los hombros, mirándome de arriba a abajo. Luego cogió aire y me miró con los ojos entrecerrados.

—Por favor, dime que te has desnudado en el garaje y que nadie más te ha visto así.

Suspiré.

Llevaba una pieza de lencería negra a juego con el sujetador que

transparentaba las bragas de encaje con el lazo de seda que tenía a cada lado. El conjunto se completaba con ligas y medias de red con una costura que subía por la parte de atrás de las piernas, el complemento perfecto para los *stiletto*s de color rojo brillante.

—¿Claire? —Parecía estar intentando controlarse—. Necesito que me respondas en este momento...

—No es lo que piensas.

—Será mejor que no. —Me miró otra vez de pies a cabeza—. ¿Acaso alguien más tenía que verte así hoy?

—Sí, pero...

—¿Quién?

—El instructor. He estado yendo a... clases.

—¿Sobre la mejor forma de desviar la conversación?

—No... Clases de baile... erótico...

Parpadeó.

—Ha sido idea de Helen. Dijo que me ayudaría a ser más agresiva y a decirte lo que quiero en cada...

Se quedó un rato en silencio y luego curvó los labios en una leve sonrisa.

—¿Cuánto tiempo llevas aprendiendo?

—Cuatro meses... Iba a enseñarte mis avances más adelante.

—¿A enseñarme qué?

Me sonrojé. A pesar de que Jonathan y yo manteníamos relaciones íntimas —muy íntimas—, podía ponerme nerviosa cada vez que hablábamos de sexo sin estar en la cama.

—¿No quieres bailar para mí? —Apresó con el puño mi cola de caballo.

—Después de la cena... Antes tengo que cambiarme.

—Me parece que no. —Me cogió de la mano y me condujo hasta el salón.

Había fuego encendido en la chimenea, y la luz era allí más tenue.

—¿Dónde quieres que me siente? —Me miró, sonriente.

—¿Estás riéndote de mí?

—Claro que no. —Me besó—. Es que me has sorprendido mucho. Dime dónde quieres que me siente.

—Allí... —Señalé un sillón de color burdeos que había en una esquina.

Se acercó sin soltarme la mano.

—¿Puedo tocarte mientras bailas?

Negué con la cabeza.

—Lo haré de todas formas.

Le solté la mano y dio un paso atrás.

—Dame tu móvil.

Cuando me lo entregó, lo encendí. Había cambiado el fondo de pantalla y vi que ahora había una foto de nosotros dos. Puse mi cuenta de correo para poner la canción con la que entrenaba, un consejo que me había dado mi instructor.

Me tomé mi tiempo para aflojarle la corbata, y me la puse en el cuello. Le desabroché los botones de la camisa mientras movía la cabeza de un lado a otro cada vez que trataba de besarme.

Una vez que le quité la camisa, me la puse y volví a abrochar los botones, tratando de ignorar las ardientes miradas que me lanzaba, que me daban ganas de detenerme para dejarme llevar por las promesas de sus ojos.

Suspiró cuando busqué con las manos sus duros abdominales y apreté la boca contra sus pectorales.

—Claire... —Me sentó en su regazo de tal forma que podía sentir cómo se endurecía su polla dentro del pantalón. Luego encerró mi cara entre sus manos y acercó sus labios a los míos para besarme, aunque me moví de nuevo.

—No puedes tocarme... —Le apreté los labios con un dedo sin apartar la mirada de sus ojos—. Tampoco tienes permiso para hablarme. Lo único que puedes hacer es quedarte ahí sentado y mirarme. —Pasé la mano por el enorme bulto que pugnaba contra la bragueta—. Y si lo haces así, puede que te deje follarme.

Sonrió al tiempo que arqueaba una ceja, sin moverse del sillón, follándome ya con los ojos.

9

JONATHAN

Miré cómo Claire se apartaba de mí mientras se soltaba el pelo y se lo echaba hacia atrás.

En unos segundos comenzó a sonar la canción que Claire había seleccionado en el móvil, y unos vibrantes sonidos flotaron suavemente en la habitación.

Se subió la corbata por encima de la cabeza y movió las caderas de forma seductora. Luego se la llevó al pecho, retorciéndola entre las manos y mantuvo los ojos fijos en los míos. Golpeó el suelo con ella, mordiéndose el labio.

—¿Es difícil para ti dejarme a mí el control?

—Tú no tienes el control —repuse sonriendo.

Se puso la mano en la cadera, pavoneándose hacia mí, y se inclinó.

—Era una pregunta retórica, Jonathan —me susurró al oído—. ¿Necesitas un diccionario para que consultes lo que significa esa palabra?

Alargué la mano para sentarla en mi regazo, pero ella fue hacia atrás para darme un masaje en los hombros al tiempo que me besaba la nuca. A la vez, bajó las manos hacia mi torso.

Justo cuando estaba empezando a acostumbrarme a sus suaves caricias, apartó las manos y volvió a ponerse delante para desabrocharse la camisa muy despacio. Cuando llegó al último botón, separó los lados jugando para mostrarme un atisbo de aquella ropa interior negra que parecía tener grabada la palabra «Fóllame». Repitió esa acción por lo menos seis veces, hasta que se la quitó y la arrojó al otro lado de la estancia.

Cuando la canción llegaba a la segunda estrofa, se dejó caer al suelo y levantó las piernas hacia el techo. Luego las separó formando una V antes de volver a juntarlas y apretarlas contra el pecho. A continuación rodó sobre sí misma.

Con una seductora sonrisa, se sentó sobre los talones mientras se pasaba las manos por los pechos como si quisiera exprimirlos, con los ojos cerrados.

Estaba tratando con todas mis fuerzas de no levantarme y sujetarla, de mantener las manos apretadas mientras ella continuaba sonriéndome y moviéndose por el suelo.

—¿Te pasa algo, Jonathan? —Se levantó y arrastró una de las sillas del comedor hasta ponerla delante de mí—. Por lo general no estás tan tranquilo... —Se sentó en la silla, de espaldas a mí, e hizo girar la cabeza, sacudiendo el pelo hacia todas partes. Luego se inclinó hacia atrás y, usando las manos, se recogió la melena. Antes de que me diera cuenta, se había dado la vuelta y se arrastraba hacia mi regazo.

Le acaricié las caderas con las manos, pero ella me las cogió y las movió con el mismo ritmo con el que comenzaba a hacer ondular la pelvis contra mí, estimulando mi polla a propósito.

—He pensado en esto hoy, en el trabajo... —Me susurró al oído.

Estaba perdiendo el control, a Claire esto se le daba jodidamente bien.

Se echó hacia atrás para separar más las piernas.

—Me imaginaba cómo me ibas a follar cuando terminara. No sabía si lo haríamos conmigo encima. —Gimió mientras se contoneaba con más fuerza—. ¿Contra la pared? ¿En tu regazo?

«Voy a follarte como nunca te han follado antes...».

Acercó los labios a los míos como si fuera a besarme, pero se apartó con rapidez y se incorporó para acercarse a la pared. Apretó la espalda contra ella al tiempo que estiraba los brazos hacia arriba, retorciendo y girando las caderas con el ritmo de la música, consciente de lo que sus movimientos provocaban en mí.

Me incliné hacia delante, tendiéndole la mano, pero me la apartó de una patada.

—No he terminado todavía. —Entrecerró los ojos y me dio la espalda, y luego inclinó el culo hacia mi cara.

«Ya no aguanto más esta mierda...».

Me puse en pie y la apreté contra mí, aunque ella se liberó y me empujó para que cayera de nuevo en el sillón. Antes de que pudiera decirle que el baile había terminado y sentarla en la barra, se arrodilló entre mis piernas y me bajó la cremallera de los pantalones.

La canción se repetía ya por tercera vez, pero no hizo ademán de impedirlo, pues estaba concentrada en mí. Cuando hubo abierto la bragueta, se retiró algo del interior del sujetador —una especie de botellita—, y me embadurnó

la polla con lo que fuera antes de empezar a frotármela con las manos, lo que me hizo cerrar los ojos y gemir.

Lo siguiente que sentí fueron sus labios húmedos en la punta, su lengua trazando círculos alrededor.

—¡Dios, Claire...! —Me pasé los dedos por el pelo mientras me introducía más profundamente en su boca, llevándome al borde del clímax.

Antes de correrme la aparté, y la miré a los ojos con completo respeto. La besé en los labios mientras la cogía en brazos para llevarla al otro extremo de la habitación. La puse sobre la barra y le separé las piernas antes de rasgarle las bragas de encaje.

Gimió mientras le besaba los muslos de arriba abajo, mientras la cogía por los tobillos y me ponía sus piernas encima de los hombros. Antes de que pudiera coger aire, le chupé el clítoris y le pasé la lengua entre sus pliegues, estimulándola más cada segundo.

—Ahhh... Ahhh... Jonathan... —Se retorció, tratando de incorporarse, pero la empujé hacia abajo.

La besé en los labios húmedos e hinchados como si le estuviera besando la boca, hundiendo mi lengua en su interior sin dejar de moverla. Cada vez que ella gritaba, le besaba el clítoris, pero no apartaba la boca.

Le empezaron a temblar las caderas, y noté que respiraba con dificultad, gimiendo mi nombre mientras se acercaba al orgasmo. Sonriendo, subí hasta ella en la parte superior de la barra y le rompí el sujetador.

Se incorporó y me miró con confusión.

—¿Por qué...? ¿Por qué...? ¿Por qué has parado? —jadeó.

Parpadeé, y le hice dar la vuelta para ponerla a cuatro patas. A continuación, el apreté el pelo con las manos y tiré de ella hacia atrás mientras me hundía en ella sin piedad, escuchando los gritos de placer que salían de su boca.

—Joder..., Jonathan...

—Eres jodidamente preciosa, Claire... —Le besé el hombro al tiempo que le tiraba del pelo con más fuerza todavía—. Y eres mía...

Moví las manos a sus pechos y se los apreté con dureza, retorciéndole los pezones mientras embestía contra ella una y otra vez.

Gritó más fuerte mientras se iba hacia delante, casi colapsando, por lo que me retiré y le di la vuelta.

Volví a deslizarme en su interior mirándola a los ojos.

—Te amo... —Noté que se tensaba a mi alrededor mientras me rodeaba el cuello con los brazos—. Dímelo tú también... —La penetré de forma lenta y medida, observándola mientras perdía el control—. Dímelo tú, Claire.

—Te amo... Te amo con toda mi alma... —gritó aferrándose a mí mientras nos corríamos a la vez.

Su pecho subía y bajaba con rapidez, y respiraba con dificultad.

Me incliné para apretar los labios contra los suyos, ahogando sus murmullos. Le besé cada rincón de la cara y le di un largo y ardiente mordisco de amor en el cuello.

Cuando por fin su respiración se ralentizó, me retiré de su interior y la cogí entre mis brazos.

—¿Estás bien? —Le aparté el pelo húmedo de la frente.

Asintió.

—Deberías haberme dicho que ibas a clase, no me habría molestado tanto que llegaras tarde a casa...

—Es que quería darte una sorpresa... ¿Te ha gustado?

—Me ha encantado... —Le besé de nuevo los labios y la puse en mi regazo—. Y ahora voy a follarte en todas las posiciones que has mencionado durante el resto de la noche.

Me desperté solo cuando me estiré en la cama, tratando de abrazar a Claire. Pero ella no estaba, había desaparecido. Justo cuando estaba a punto de ir a por ella, entró en el dormitorio con una bandeja en la que llevaba el desayuno.

—¿Alguna vez me vas a decir por qué el desayuno está esperándonos como por arte de magia todas las mañanas? —Dejó la bandeja encima de la mesilla de noche.

—No.

—¿Tienes contratada una empresa de *catering* o algo así? —Cogió una tostada—. Por eso nunca me dejas hacer el desayuno, el almuerzo o la cena...

—¿Se supone que eso es una pregunta?

—¿Piensas responderme?

La tendí de nuevo en la cama y la besé en los labios.

—Algún día...

Trató de levantarse, pero la inmovilicé y la besé en el cuello.

—Espera... Tenemos que hablar... —murmuró.

—¿De qué? —pregunté sin dejar de besarla.

—Voy a ir al ginecólogo la semana que viene, quiero intentar tener otro bebé. Uno que sea tuyo.

—¿Perdona? —Me senté y la miré con los ojos entrecerrados—. ¿Qué acabas de decir?

Se echó a reír.

—Quería estar segura de que me prestabas atención. Era una broma.

—Por favor, no vuelvas a hacerlo.

Apoyó la cabeza en la almohada.

—No quiero volver a tener sexo hasta después de la boda. El otro día estaba pensando y...

Mi mente no había procesado nada más allá de esa primera frase. Vi que movía los labios, pillé alguna palabra como «íntimo», «especial» y «verdadero», pero lo único que se me había quedado grabado era lo que había dicho al principio.

—¿Qué opinas? —dijo después.

—¿Qué opino sobre qué?

—Sobre lo de practicar la abstinencia hasta que nos casemos.

—Ni hablar.

—¿Por qué?

—Porque no tiene sentido, maldita sea. Porque no te he pedido que seas mi esposa para no poder follar contigo. No, punto.

Suspiró.

—Quiero que la primera vez que lo hagamos casados sea especial.

—Será especial. —Le pasé la mano por el muslo—. Muy especial.

—Quiero que sea como la primera vez...

—La primera vez te follé en una cocina. ¿A qué te refieres, Claire?

—Sabes de sobra a qué me refiero. —Se sentó y me besó—. No quiero tener sexo hasta que estemos casados —dijo despacio—, creo que será bueno para nosotros. Que pondrá a prueba el compromiso que sentimos el uno por el otro.

La miré en silencio, conmocionado. No me podía creer que, después de la noche increíble que habíamos pasado, estuviera proponiéndome eso. Ni siquiera entendía que me pidiera hacer algo así.

Negué con la cabeza.

—No puedo...

—¿No puedes o no quieres?

—Las dos cosas.

—Jonathan...

La cogí entre mis brazos, tan cerca que estábamos con la boca y los ojos a la misma altura.

—Claire, soy adicto a ti —susurré contra su boca—. Un puto adicto. No pasa ni un segundo sin que piense en ti. Ni un segundo... Cuando están poniendo las cuentas en mi mesa, me pregunto cómo te irá en la tienda, me pregunto si vas a reírte o solo a sonreír cuando recibas la nota con las flores. No sabes lo difícil que es para mí quedarme en mi despacho cuando me escribes un mensaje a mediodía, ni te haces una idea de lo que me cuesta contenerme cuando no estás en casa a las seis y tienes una reunión esa tarde.

Contuvo el aliento mientras me pasaba la mano por el pelo.

—Me obligo a alejarme cada vez que se separan nuestros caminos —susurré de nuevo—, porque estar sin ti durante un segundo me resulta insoportable. Por lo tanto, si soy completamente sincero sobre lo que me estás pidiendo, te diría que no, no puedo.

Hubo un espeso silencio entre nosotros y, antes de que ella abriera la boca, supe lo que me iba a decir.

—Me haría muy feliz que hicieras esto por mí, que al menos lo intentaras... Llevo un tiempo pensando en ello, y es algo que quiero que hagamos...

—Claire... —Negué con la cabeza y suspiré, deseando tener delante al idiota que le hubiera puesto esa idea en la cabeza—. Si me muestro de acuerdo, si me comprometo a llevar a cabo esa ridícula idea, quiero que sepas que no cederé hasta que estemos casados.

—Me siento muy honrada.

—No importará cuánto me lo ruegues, porque me lo vas rogar, y lo sé mejor que tú misma, no tendremos sexo hasta después de pronunciar los votos.

—Muchas gracias. —Sonrió y me dio un beso, y tuve que reprimirme para no sentármela en el regazo.

—Dado que vamos a tener una tarde muy aburrida... —Cogí la cajita plateada de la mesilla de noche y se la di—. Anoche no tuviste oportunidad de ver tu regalo de aniversario.

—Tampoco tú recibiste el resto de los tuyos. —Señaló una extraña gasa blanca en su pie izquierdo—. Mira mi piel...

Arqueé una ceja antes de despegar la cinta adhesiva y la gasa. No había nada debajo..., pero eso me dejó paralizado.

—Me he quitado el tatuaje. Llevo meses recibiendo sesiones de láser... —susurró—. No quiero que mi pasado forme parte de nuestro futuro.

Miré su pie desnudo mientras pasaba los dedos por el lugar donde estaba antes la fecha de su divorcio. Luego la miré a los ojos, sin decir nada, esperando que ella pudiera entender lo que eso significaba para mí.

Suspirando, la abracé.

—Ahora abre la caja.

Sonrió al tiempo que tiraba de la cinta plateada, tomándose su tiempo. Luego levantó la tapa y leyó en voz alta la nota que yo había incluido allí.

—«Te he adorado desde la primera vez que te vi, te he amado desde que te conocí, y te amaré durante el resto de mi vida. Jonathan».

Pasó los dedos por las palabras unas cuantas veces, y luego contuvo el aliento mientras sacaba el collar de diamantes de la caja.

Había pensado mucho qué regalarle por nuestro primer aniversario, dado lo que significaba, pues habíamos llegado más allá de lo que imaginábamos: ya no se fijaba en nuestra diferencia de edad ni le importaba que la gente supiera que era mía. De hecho, nunca había visto a Claire más feliz, y decía la palabra «siempre» incluso más que yo.

—¿Cuánto te ha costado esto? —susurró.

—Eso no importa. Contigo siempre vale la pena. —Le cogí el collar de las manos, una cadena de diamantes que brillaba de forma infinita con la palabra «Amor» grabada por dentro—. Le voy a agregar la misma palabra a tu otro collar en una cuenta. Y quiero añadir una nueva todos los años.

Sonrió y luego negó con la cabeza.

—No te dije nada tal día como hoy, Jonathan... ¿Por qué es nuestro aniversario entonces?

—¿De qué hablas?

—La primera vez que me dijiste que me amabas fue en aquel *jacuzzi*, y yo no te lo dije hasta meses después..., en aquella conferencia.

Suspiré y la abracé.

—Lo dijiste en sueños esa noche. Más de una vez... y sigues haciéndolo ahora...

Se sonrojó.

—¿Dónde te van a llevar tus amigas en la despedida de soltera? ¿Por qué

todavía no he recibido la invitación?

—Porque no estás invitado. —Se rio—. No me han dicho a dónde vamos a ir, pero creo que será a Las Vegas. Helen sigue hablando de perseguir la suerte. ¿Dónde será la tuya?

—En Las Vegas.

—Eso no quiere decir que nos veamos mientras estemos allí.

—Pues yo creo que sí. —Sonreí—. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Una semana. Tengo que encontrarme con ellas en el aeropuerto esta noche.

—¿Vas a ir en un avión comercial? ¿Con gente que no conoces?

Asintió.

—Interesante. —La empujé sobre la cama—. Bueno, ya que no podemos mantener relaciones sexuales, tengo que hacer una cosa antes de irme...

10

CLAIRE

Estaba sentada en el asiento trasero de la limusina pasando los dedos por el collar nuevo. Solo podía pensar en la forma en la que me miraba Jonathan la noche anterior mientras bailaba, en la forma en la que me había besado cuando terminé.

—¿Hay alguna razón por la que lleves puesta esa sonrisa idiota desde hace media hora? —Helen arqueó una ceja.

—¿A qué sonrisa te refieres?

—A la sonrisa «estoy bien follada». —Puso los ojos en blanco—. La conozco muy bien. Y ¿qué me dices de esos chupetones? —Se inclinó para tocarme las marcas rojas que tenía en el cuello.

—¿Chupetones?

—Ese idiota te ha marcado a fondo, ¿verdad? Porque vas a estar inaccesible una semana y quiere que todos los demás hombres sepan que no estás disponible, ¿eh? ¡Es ridículo!

Me reí y miré por la ventanilla mientras nos acercábamos a la pista de aterrizaje donde un avión tenía un letrero encima de la puerta: «ÚLTIMO FIN DE SEMANA DE CLAIRE EN LIBERTAD».

Helen me había dicho que había comprado pasaje en primera clase para el vuelo, pero Jonathan la había llamado horas antes, insistiendo en que usáramos su avión.

—Claire, ¿llevas el pasaporte? —Helen me miró antes de que Greg abriera la puerta.

—¿Para qué lo necesito?

—Porque cuando uno se va fuera del país, necesita un pasaporte para salir y volver a entrar. Por favor, dime que lo llevas encima.

—¿Fuera del país? Pensaba que íbamos a Las Vegas.

—¿A Las Vegas? ¿De verdad, Claire? Si allí fui el año pasado... De hecho, vamos a Costa Rica.

—¿Qué?

—¿Por qué crees que he presumido tanto de ello? Quiero que experimentes la juerga total. Vamos. —Me arrastró hacia el avión.

—Pero le he dicho a Jonathan que íbamos a ir a Las Vegas.

—Se suponía que él no tenía que saber nada. Es tu despedida de soltera, Claire. Lo que pase en Costa Rica queda en Costa Rica, a menos que él tenga un visado para entrar en Estados Unidos y yo quiera tenerlo a mi disposición durante un par de semanas. —Me guiñó un ojo al tiempo que me hacía un gesto para que subiera al avión.

Di un paso para entrar en el aparato con una inspiración profunda y pasé junto a dos carritos con botellas de licor. En el primer asiento había un enorme ramo de lirios blancos con una tarjeta, que leí con una sonrisa.

«Estimada futura esposa y bailarina exótica:

No me parecen demasiado atractivas las próximas dos semanas de tortura, pero espero que disfrutes tu despedida de soltera —no demasiado, no nos pasemos—. Durante esta semana, estaré en la suite del ático en el Caesar Palace de Las Vegas por si necesitas algo.

Tu futuro esposo y sobrecogido admirador, Jonathan.

P. D.: Te amo».

Luego me di cuenta de que había algo más en el sobre, un blíster con cuatro pastillas rojas y un Post It:

«Para que puedas dormir en el camino de ida y vuelta.

Jonathan».

—Bienvenidas a bordo, señoras —oí que decía Helen mientras unas risitas agudas inundaban la cabina.

Cuando me giré, me encontré cara a cara con unas buenas amigas, Kimberly y Bobbie Jo, tan maquilladas y bien vestidas que parecían un anuncio del *Cosmopolitan*, algo lógico, pues las dos habían sido modelos. Helen las había conocido un par de años antes que a mí, y siempre se jactaba de que las había ayudado a demandar a Maybelline por millones de dólares.

Todavía recordaba el día que las conocí, aquella vez que me había atrevido a ver desnudo a un completo extraño y me animaron a rozarme contra su polla... solo para que comprobara si era tan grande como parecía. Afirmaban que era el primer paso para superar lo de Ryan, para que viera que había algo

mejor.

«No puedo estar sola con ellas tres durante una semana... ¿Dónde demonios está Sandra?».

—Me alegro de veros de nuevo. Ahora vengo. —Sonreí y me escapé al cuarto de baño.

Al instante saqué el móvil para llamar a Sandra.

Su teléfono sonó seis veces antes de que descolgara.

—¿Hola? —susurró.

—Dime que estás camino del avión. El vuelo sale dentro de media hora.

—Ohhh, no... Lo siento mucho, Claire.

—¿Estás diciéndome en serio que no vas a venir a mi despedida de soltera?

—No lo he hecho a propósito. Estaba preparada para salir esta mañana, pero... ¡me he comprometido! —gritó—. Michael me lo ha pedido y mañana salimos para Francia. ¿Te lo puedes creer? —Se oyó la voz de un hombre de fondo—. Espera, espera... Sí, es Claire. Dame diez segundos.

«¿Diez segundos?».

—Lo siento de verdad, Claire. Te lo compensaré, te lo prometo. Iremos a tomar una copa en cuanto vuelva.

—No puedes dejarme sola con Helen y sus amigas... No puedo enfrentarme a todas juntas.

—También son tus amigas, Claire. —Supe que estaba mirando al techo—. Quizá si las vieras más a menudo no estarías tan nerviosa.

—¿Crees que estoy nerviosa?

La comunicación se interrumpió.

«Uff...». Negué con la cabeza.

—¿Sexo telefónico? —preguntó Bobbie Jo abriendo la puerta. Se pasó las largas trenzas castañas por encima del hombro—. ¿Es eso?

—Bobbie Jo, la puerta estaba cerrada.

Se encogió de hombros.

—Cuando hacía campañas por el extranjero y nadie hablaba inglés a mi alrededor, me gustaba llamar a casa para follar por teléfono.

—No estaba teniendo sexo telefónico, sino que estaba hablando con Sandra.

—No es necesario que me des explicaciones. Si yo estuviera comprometida con Jonathan Statham, también tendría sexo con él de cualquier forma posible y en cualquier momento. Apuesto a que folla como un campeón.

«Oh, Dios mío...».

—¿Claire? ¿Bobbie Jo? —gritó Helen desde la cabina—. Estamos a punto de tomar los primeros chupitos de la noche.

Me levanté y seguí a la modelo fuera del cuarto de baño, recordándome a mí misma que el viaje solo duraba una semana y que, a pesar de que eran mujeres salvajes, no permitiría que me llevaran a hacer algo que molestara a Jonathan.

—Aquí tienes, Claire. —Kim me dio dos chupitos—. Pareces mucho más feliz que la última vez que te vi, el año pasado. Es como si brillaras.

—Gracias.

—Si yo estuviera acostándome todos los días con un millonario, es probable que también brillara... —Helen cogió la botella de vodka y llenó los vasos—. Hablando de eso, ¿Corey sigue solo?

Puse los ojos en blanco antes de beberme los chupitos. Me asaltó la repentina sensación de que iba a tener que estar borracha toda la semana.

Helen volvió a llenarlos con rapidez y luego alzó el suyo.

—Por los hombres con pollas enormes, el sexo infinito y los últimos días de Claire como mujer soltera.

Todas nos reímos y bebimos de nuevo antes de que la azafata nos pidiera que ocupáramos nuestros asientos.

Cuando me senté, envié a Jonathan un mensaje de texto: «Pasaremos la semana en Costa Rica. Te amo», y me tomé dos de las pastillas que me había dado. Antes de que me diera cuenta, estaba dormida.

—¿Cómo se pronuncia el nombre de este lugar? —suspiró Kim.

—Península Pa-pa-ga-yo —silabeó Bobbie Jo.

—Yo seguiré diciendo «Costa Rica».

Me di la vuelta en la toalla y miré a lo lejos. La península Papagayo era uno de los lugares más hermosos que hubiera visto. Las aguas que rodeaban la costa eran azules como el cielo, la vegetación que se veía detrás del complejo se extendía a lo largo de kilómetros y las playas eran de fina arena blanca.

Llevábamos allí tres días, pero habían resultado más relajados de lo que pensaba.

Cuando llegamos, fuimos a una opulenta cabaña privada de seis dormitorios y cuatro cuartos de baño situada casi sobre el mar. Helen me había dado un folleto y me había dicho que eligiera lo que quería hacer.

Me sorprendió incluso que me hubiera pedido opinión, pero yo había

optado por hacer vela, *puenting* y una caminata de siete kilómetros por un sendero de la selva. Además de relajarnos en la playa y de beber innumerables chupitos para pasar el tiempo, también habíamos hecho *snorkel*, habíamos montado en kayak y habíamos estado de turismo. Sinceramente, esperaba que el resto de la semana fuera igual.

Bobbie Jo me dio un golpe en el hombro.

—¿Estás ya lo suficientemente relajada para tener un poco de diversión o tenemos que hacer otra actividad recreativa? ¿Quizá ver más pájaros tropicales?

—Era una caminata por la selva. Y los pájaros eran preciosos.

—Y aburridos. —Miró al techo—. Durante el resto de la semana vamos a salir todas las noches, porque me niego a hacer más recorridos turísticos. A partir de mañana, te vas a arreglar como si no tuvieras pareja, a bailar como si estuvieras soltera y sin compromiso, porque todavía no estás casada. Así que vas a actuar como si estuvieras sola.

—Estoy de acuerdo. —Kim se levantó y me cubrió con su sombra—. No pienso tener más mierdas al aire libre, estoy harta de playa y siestas... Y no quiero que te pases la noche hablando con Jonathan.

—No me he pasado las noches hablando con Jonathan...

Las dos se cruzaron de brazos y me miraron con intensidad.

—Solo lo llamo una vez al día —dije a la defensiva.

—¡En estos momentos está en Las Vegas! —gritó Kim—. ¡En Las Vegas! Está disfrutando a tope.

—Yo también me estoy divirtiendo.

Entre las dos me obligaron a levantarme y me llevaron a la orilla, rodeándome con sus brazos como si estuvieran sosteniéndome. Luego me empujaron hacia una ola que se acercaba.

—Vamos a seguir haciendo esto hasta que te despiertes y te des cuenta de dónde coño estás. —Kim se rio—. No vuelvas a llamar a Jonathan, ¿vale? Helen lleva semanas planeando este viaje y quiere que aproveches el tiempo. Por eso se ha ido a la habitación; está planeando lo que haremos esta noche.

—Se ha ido a la habitación con un camarero medio desnudo...

Las dos se echaron a reír y se unieron conmigo en el agua.

—Es posible que ella sí se aburra de llevar tres días haciendo actividades al aire libre. —Bobbie Jo se encogió de hombros—. Pero esta noche todo eso cambiará, ¿de acuerdo?

Más tarde, esa misma noche, Helen se puso el vestido, sonriente.

—Ahora soy miembro oficial del club de las bien folladas. El polvo de hoy entra en mi lista de los diez mejores.

—Pensaba que no llevabas la cuenta.

—Y no lo hago, pero, sin embargo, valoro lo que tengo. —Se rio y me entregó un enorme margarita de fresa—. ¿Preparada para iniciar oficialmente la despedida de soltera?

—No vamos a hacer locuras, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. —Puso los ojos en blanco—. Date prisa y bébetelo ya, que va a llegar la primera sorpresa.

—Espera..., ¿Bobbie Jo y Kim no vienen con nosotras? ¿Por qué han desaparecido después de ir a la playa?

—Bebe de una puta vez, Claire.

Suspiré y me tomé la copa en tres grandes sorbos, aunque me estremecí al notar lo cargada que estaba.

—Bueno, y ahora... —Me ayudó a levantarme y me puso una venda alrededor de los ojos—. Da un paso adelante... Y otro... Otro más... Vamos, anda...

No sabía dónde demonios me llevaba, pero media hora después seguíamos andando.

—Gracias —le dijo a alguien mientras me empujaba hacia delante.

Una ráfaga de aire fresco me dio en la cara, y noté en los pies la moqueta del interior de un edificio. Seguí sus instrucciones hasta que, de repente, me cogió por los hombros y me mantuvo inmóvil. Se aclaró la garganta antes de quitarme la venda de los ojos, y cuando me di cuenta, estaba en medio del salón de un *spa*. A nuestro alrededor solo estaban Bobbie Jo y Kim, que me saludaban desde el otro lado de la habitación.

—Antes de que podamos dar inicio a la verdadera fiesta, Kim y Bobbie Jo van a darte el cambio de imagen que necesitas.

—¿Qué? No quiero cambiar de imagen. —Agité el anillo delante de su cara—. Y es evidente que tampoco lo necesito.

—Claire... —chasqueó la lengua al tiempo que negaba con la cabeza—, qué dulce, ingenua y tonta eres. Estás cometiendo el error número uno de las mujeres casadas y todavía no has pasado por el altar. Ningún hombre quiere volver a casa mes tras mes y encontrarse con la misma mujer. Tienes que cambiar de vez en cuando. Mantener su interés, hacerle recordar por qué está

contigo... —Se rio—. Personalmente, me encantan tu estilo y tu pelo, pero llevas el mismo peinado desde hace cuatro años y medio, así que ha llegado la hora de un cambio. Además, dudo mucho que puedas caer en mejores manos que las de dos *top models*.

—¿No te vas a quedar a mirar? —pregunté al darme cuenta de que daba un paso atrás.

—Claire, hay un *spa* vaginal al final del pasillo. Un tratamiento que se supone que me tonifica las paredes del sexo y que me hará disfrutar del placer diez veces más. ¿Dónde crees que voy a estar?

—Eres una amiga pésima.

—Yo también te quiero. —Me empujó hacia Kim y Bobbie Jo—. Por favor, no la asustéis demasiado. Es muy inocente.

Me espantó la forma en la que se rieron.

—Siéntate aquí. —Bobbie Jo me condujo hasta un sillón—. Claire, tienes una simetría perfecta. No sé si te lo había dicho antes.

—Muchas gracias.

—No, no, no... Estaba hablando sobre ti, no contigo. Esto es un trabajo. —Cogió una pinza y se acercó a mis cejas—. Mira, Kim, estas cejas no están en consonancia con su forma natural. Tenemos que arreglarlo ahora, para que cuando se case estén perfectas.

—Tienes razón... ¿Y su pelo? ¿Qué hacemos con ese color...?

Me aclaré la garganta.

—No sé. Me gusta mi pelo rojo.

Kim levantó una mano al tiempo que me miraba.

—Conocemos la belleza, Claire. Hemos trabajado con los mejores estilistas, hemos salido con los hombres más guapos y follado con ellos. Sabemos perfectamente lo que estamos haciendo.

—Puede seguir siendo rojo, pero hay que darle más volumen... Mucho más. —Bobbie Jo me miraba como si fuera un proyecto imposible—. Estaba pensando en algunos reflejos dorados.

—Y una mascarilla facial hidratante...

—Y un baño de barro...

—Y un profundo proceso exfoliante...

Las dos siguieron sugiriendo un tratamiento tras otro, hablando de mí como si no estuviera sentada justo delante de ellas.

Entonces, apareció un camarero como por ensalmo con una bandeja llena

de copas de champán. Cogí dos y las vacié lo más rápido que pude.

—¿Claire? —Bobbie Jo me tocó la barbilla—. Estamos tratando de averiguar qué color les iría mejor a tus labios... Dime una cosa, cuando le haces una mamada a Jonathan, ¿te lo tragas o lo escupes?

El champán salió volando cuando comencé a toser.

—¿Perdona?

—Se lo traga... —Kim se rio y me ayudó a ponerme de pie—. Bien por ti, Claire. Las que lo escupen son unas rajadas.

«Dios...».

Bobby echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¡Eres una pecadora!

Me llevaron a un lavacabezas y, durante la hora siguiente, dejé que me dieran al menos diez tratamientos de proteínas distintos. Cuando terminaron, se turnaron para cepillarme el pelo, ahora de color otoño según ellas, prometiéndome que Jonathan me echaría un polvo brutal en el mismo momento en el que viera mi nueva y mejorada imagen.

Había renunciado a protestar ante cualquiera de sus sugerencias; había aceptado todos los «Sabemos lo que estamos haciendo» y sus «Estás en las mejores manos», incluso cuando insistieron en que permitiera que me extendieran un potingue de marisco en la cara. No, no me molesté en decirles que odiaba el marisco, solo contuve la respiración.

—Bueno, ahora relájate... —Kim enfocó un secador de vapor caliente hacia mi pelo—. Esta es la parte más importante. Es en lo que nos tenemos que fijar. En que quede follable.

Mientras Kim bromeaba, peinándome y dándole forma a mi melena, Bobbie Jo se puso a aplicarme el maquillaje, exigiéndome que apretara los labios cada pocos segundos.

De repente, el móvil comenzó a vibrar, y lo saqué del bolsillo.

Aunque tenía la esperanza de que fuera Jonathan, se trataba de un número que no reconocí. Y era un mensaje de texto.

«He oído que estás de vacaciones en Costa Rica; debe de ser muy agradable...

En cuanto regreses, tenemos que hablar.

No pienso aceptar un no por respuesta, así que estate preparada.

Ryan».

—¿Es de Jonathan? —suspiró Kim.

—Mmm, no... —Borré el mensaje—. No es de Jonathan, sino de un número equivocado. —Cerré los ojos y me quedé inmóvil mientras continuaban trabajando, tratando de no pensar en Ryan ni en el tema del que me quería hablar.

«¿Cómo ha conseguido mi número?».

—Vale, todo listo... —Kim parecía contenta—. Ahora ha llegado el momento de ayudarla con el vestido. —Me puso de nuevo la venda en los ojos y me condujo a otra estancia.

Durante lo que me parecieron horas, Bobbie Jo y Kim me vistieron y desnudaron, literalmente, hasta que llegaron a un acuerdo sobre lo que debía llevar.

—Date la vuelta, preciosa... —Bobbie Jo me quitó la venda de los ojos y me dio la vuelta—. ¿Qué te parece?

«Guau...».

No me reconocía.

Mi pelo lucía ahora un tono de rojo mucho más profundo y brillante, con reflejos dorados y color miel, y estaba peinado en rizos sueltos, con un estilo ondulado que estaba considerando usar en la boda.

Bajé la vista al vestido blanco que habían elegido para mí, y me sentí desnuda, expuesta, como nunca antes con un vestido.

Bobbie Jo arqueó una ceja.

—¿No te gusta el vestido?

—No, es que es... Un poco...

—¿Un poco qué?

Negué con la cabeza mirando el borde, que apenas me rozaba el muslo, y la tela que se entrecruzaba en la parte delantera, exponiendo la piel de debajo de los senos.

—Un poco de putón...

—¡No es de putón! —se rio Kim—. Es sexy. Y todos los hombres te van a mirar esta noche.

—Me voy a casar.

—Pero no tienes que parecer casada. —Bobbie Jo puso los ojos en blanco—. Esta noche la recordarás con aprecio y nostalgia a partir de ahora, porque vamos a asegurarnos de que nunca la olvides...

11

CLAIRE

Me apoyé en el hombro de Kim cuando salimos del tercer pub que pisábamos esa noche. Tenía los pies entumecidos de tanto bailar y me dolía la garganta por la cantidad de alcohol que me habían obligado a beber.

No habíamos estado incluidas en «La lista» de ninguno de los pubs en los que habíamos estado, pero Bobbie Jo y Kim habían desplegado sus encantos, es decir, habían frotado sus pechos contra los porteros que controlaban las entradas y coqueteado con los guardias de seguridad, por lo que pudimos entrar en todos y conseguir copas gratis.

—Helen, ¿este es el último? —Arrastré las palabras al fijarme en que nos deteníamos delante de un edificio de color negro donde no había cola—. No sé... No estoy segura de si puedo... aguantar más esta noche...

Miró al techo.

—Sí, es el último pub. Bueno, en realidad no es un pub, es... —Me puso las manos en los hombros para sostenerme—. Este es el lugar al que quería traerte desde que me dijiste que estabas prometida. Sinceramente, odio que cualquier amiga mía se case, pero ya que quieres seguir ese camino, no dejes que ese sentimiento te agüe lo que he planeado...

«¿Por qué está actuando como si casarse fuera la mayor mierda del mundo?».

—Es tu vida, y tú sabes cómo quieres vivirla. —Fingió secarse una lágrima del ojo—. Pero, por favor, hazme un favor y déjate llevar durante el resto de la noche. No juzgues ni te preocupes por nada. ¿Me lo prometes?

Asentí con la cabeza.

—Dímelo en voz alta, Claire.

—Te lo prometo.

—¡Genial! —Abrió la puerta y entramos.

Atravesamos dos pasillos poco iluminados, en los que se podía oír el estruendo de la música procedente de otra estancia. El ambiente era más espeso y caliente a cada paso, y empecé a sudar.

Al doblar la esquina, un guardia musculoso se levantó y cruzó los brazos, bloqueando la puerta metálica que había a su espalda.

—Nombre —dijo con firmeza.

—Claire Statham —soltaron las tres al unísono.

Parecía que era un todas a una mientras él se preguntaba por qué estábamos allí, y luego nos abrió la puerta.

—Que tengan una buena noche, señoras.

Sentí que me empujaban al interior del local, y cuando me di cuenta de lo que estaba viendo, me quedé boquiabierta.

«Jonathan me va a matar...».

La sala era enorme. No se distinguían las paredes porque un humo rojo se filtraba desde el suelo al techo. Sin embargo, lo que sí se veía claramente era que había hombres medio desnudos por todas partes. Y por «medios desnudos» quería decir que solo les cubrían unos apretados calzoncillos blancos y una sonrisa. Y ya que estaban sudando, se podía ver todo.

En el extremo opuesto había un enorme escenario negro, donde algunos bailarines de ambos sexos se retorcían unos contra otros como si estuvieran teniendo sexo. Llamaba la atención la gente que había al pie del escenario, lanzándoles billetes y bragas.

La barra, que quedaba a la derecha, estaba hecha de vidrio y se extendía hasta una pared que no podía ver. Encima del mostrador brillaban en neón la palabra «CORRIDAS», y un montón de camareros preparaban las copas detrás de la barra.

Estaba a punto de preguntar dónde coño estábamos cuando un dios negro se puso delante y nos entregó una pequeña bolsa de terciopelo a cada una.

—Señoras, bienvenidas al «Club del pecado». —Sonrió y Bobbie Jo alargó la mano para ahuecarla sobre su polla.

—No lleva relleno —dijo guiñándome un ojo.

—Nadie lo lleva aquí. —Esbozó una sonrisa todavía más grande—. Por favor, síganme a su mesa. Tienen una reserva en la sala vip.

Negué con la cabeza al tiempo que me daba la vuelta para marcharme, pero ella me empujó hacia delante y me hizo atravesar la habitación y subir un tramo de escaleras. La mesa que nos habían asignado estaba justo encima de la pista de baile, enfrente del escenario.

El dios griego sacó un boli de... alguna parte y nos invitó a ocupar nuestros asientos.

—Normalmente hace más fresco aquí arriba que abajo —comentó—, pero si tienen demasiado calor, hay un sitio para «enfriarse» detrás de la puerta —añadió mientras indicaba una con un letrero: «PARA REFRESCARTE DESPUÉS DE LAS CORRIDAS»—. ¿Qué quieren tomar, señoras?

—Yo quiero agua —dije—. En una botella.

—No le hagas caso —intervino Kim—. Para empezar, tomaremos unos chupitos de semen.

—Y también una ronda de sexo en la playa. —Helen lo miró de arriba abajo—. Con dos botellas del mejor vodka y una jarra de zumo de naranja para compartir.

Él lo anotó todo y se alejó, pero antes Bobbie Jo le dio una palmada en el culo, riéndose.

—Creo que me voy a llevar a alguien nuevo a la *suite* esta noche.

Negué con la cabeza mientras abría la bolsita de terciopelo que nos habían entregado en la puerta. En el interior había condones con notitas («Para mayor placer de su corrida»), un vibrador minúsculo, esposas, una venda y lubricante. Muchísimo lubricante.

«¿Qué cojones es esto?».

Se me cayó la bolsita debajo de la mesa y miré la escena que se desarrollaba debajo de mí, en la pista de baile. Uno de los hombres medio desnudos estaba proporcionando a su pareja un buen baile, que ella parecía disfrutar demasiado, pues se aferraba a su espalda y jadeaba, gritando como si estuviera...

«¡Oh, Dios mío...!».

Me levanté.

—Helen, no pienso quedarme aquí. ¿A dónde me has traído?

—Al Club del pecado, ¿no se lo has oído decir al hombre de la puerta cuando llegamos? Claire, relájate. Cada persona de este lugar sabe que estás a punto de convertirte en la señora Statham y que estás fuera de los límites. Como mucho, tendrás un baile en tu regazo.

—No quiero.

Puso los ojos en blanco mientras dejaban las bebidas sobre la mesa.

—Damas y caballeros —dijo una voz profunda por los altavoces, ahogando la frenética música *techno*—. La pista de baile permanecerá cerrada durante dos horas para que realicemos el programa previsto «Todo para sus ojos». Por favor, ocupen sus lugares mientras preparamos el lugar.

—¡Vale, espera! —Kim empujó cuatro chupitos de semen hacia mí—. Creo que es necesario que te los tomes. Es preciso que estés algo borracha antes de que comience el espectáculo.

—¿Qué tipo de espectáculo es?

—Es una escena. Nos mostrarán diferentes posiciones sexuales, y tú necesitas algunas nuevas que añadir a tu lista.

—Tu lista de polvos —puntualizó Bobbie Jo—. Venga, bebe para que podamos bailar, Claire. Ya.

Suspiré antes de beber el primer chupito entre sus aplausos y gritos, aunque hice una mueca por lo amargo que era.

—¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! —gritaron entre palmas mientras me los bebía todos. En cuanto acabé, me pusieron una copa en la mano.

Di unos sorbos, y, antes de que me diera cuenta, estaban arrastrándome a la pista de baile.

La habitación giraba a mi alrededor y todo se desdibujaba de tal manera que no estaba segura de si lo que mis ojos me mostraban era cierto: un oficial de policía medio desnudo se frotaba contra mí, mis caderas se mecían al compás mientras intentaba mantener el equilibrio. Helen se contoneaba a la vez contra dos hombres, y Bobbie Jo y Kim estaban haciendo un sándwich con otro dios griego, al que manoseaban por todos lados.

Con el rabillo del ojo vi que la gente hacía cola en un barra diferente. Allí no había botellas de alcohol ni copas, sino cadenas, cuerdas, látigos y otras cosas metálicas que no reconocí. Me fijé en un par de clientes que compraban una larga cadena plateada, y arqueé una ceja al ver que eran conducidos al exterior de la sala, a través del humo, por uno de los guardias de seguridad, con destino a un sitio que, seguramente, no quería conocer.

Mareada y confusa, me liberé poco a poco del sudoroso abrazo del desconocido para dirigirme a la sección vip. Miré el móvil y vi que había recibido un mensaje de texto.

«Tu cambio de imagen es jodidamente sexy. Estoy deseando verte en persona. Llámame en cuanto vuelvas a la habitación».

Me sentía demasiado aturdida y desorientada para pensar siquiera en hablar con él. No quería tener que contarle nada sobre este lugar. «Ni en sueños».

—Claire, ¿estás bien? —Kim me puso la mano en la frente—. Te he visto

bailando con el poli, ¡estoy orgullosa de ti! ¡Estás aprendiendo muy bien! —
Se sentó y me entregó una botella de agua.

—Helen no me ha mentado, ¿verdad? ¿Es el último lugar de la noche?

—Sí... Sin embargo, puede ser que tú y yo regresemos solas. —Señaló la esquina donde, en ese momento, Bobbie Jo deslizaba la mano en el interior del calzoncillo del bombero y Helen se frotaba contra varios hombres a la vez.

Negué con la cabeza mientras daba lentos sorbos de agua, saboreando cada gota fría. Justo cuando estaba terminándomela, un *sheriff* con el trasero desnudo me quitó la botella y se sentó en mi regazo.

—¡Oh, Dios, no! ¡No! ¡No! —grité—. ¿Por qué está desnudo? ¿No podría llevar al menos un calzoncillo?

—No te preocupes —dijo él, sonriente—, tus amigas me han dicho que sea muy suave contigo.

—¿Qué? —Cerré los ojos mientras él bailaba contra mí. Gruñía al tiempo que se sujetaba a mis hombros.

—Seguro que tu novio no te hace esto...

Cuando por fin abrí los ojos de nuevo, se había ido y todo el mundo había regresado a la zona vip. Las luces bajaron en intensidad mientras las palabras «TODO PARA SUS OJOS» brillaban encima del escenario.

—Creo que es suficiente por una noche. —Me levanté—. Ha sido divertido, pero creo que debería regresar.

Helen tiró de mí hacia abajo.

—Estate quieta, Claire. Hemos pagado cuatro horas más, y vamos a disfrutar hasta el último segundo. Además, el *DJ* acaba de anunciar que el grupo de baile va a perrear antes de que empiece el espectáculo.

—¿Perrear? ¿Quiero saber lo que es?

Bobbie Jo se levantó y se inclinó ligeramente, poniéndome el culo delante de la cara. Luego apoyó las manos en el suelo y empezó a mover el trasero arriba y abajo, cada vez más cerca de mí.

—Perrea, perrea... —Bailó unos segundos más antes de erguirse entre risas—. Ahora, imagínate haciéndoselo a hombres empalmados que solo lleven encima unos calzoncillos ajustados... Es el cielo...

—Suena emocionante —dije con ironía, mirando al techo mientras ella me servía un vaso enorme de vodka. Ya no quedaba zumo de naranja. Lo rechacé y apreté los dientes al sentir náuseas. En ese momento, otro grupo de

hombres se subió al escenario con unos *slips* negros que no dejaban nada de sus enormes pollas a la imaginación, y comenzaron a moverse con ritmo *techno*.

Se agachaban igual que había hecho Bobbie Jo, perfectamente sincronizados. Bueno, en lugar de menear el trasero, lo que veíamos moverse eran sus miembros, que casi rozaban el suelo.

Luego se frotaron las manos por sus pechos, sudorosos y cincelados, mientras guiñaban un ojo a las mujeres del público. Después, uno a uno, se pusieron a perrear en solitario, y poco a poco se quitaron los calzoncillos.

Un «¡Oh-Dios-mío...!» colectivo resonó en el aire.

Estaba segura de que mi boca estaba abierta como la que más ante la pura perfección de sus cuerpos deliciosamente sudorosos, por la enormidad de sus...

Negué con la cabeza para ignorar esos pensamientos y rocé el hombro de Helen.

—¿De verdad era imprescindible este espectáculo de sexo?

—Por supuesto que sí... Todavía tenemos que... ¡Oh, Dios mío! —Miró el reloj—. Aún no has disfrutado del masaje: tenemos que conseguirlo antes del cierre. Estaba incluido en el paquete. —Señaló la barra.

—¿Un masaje? ¿En serio, Helen? ¿Eres consciente de lo que significa la frase «Estoy a punto de casarme»? Significa que no puedo actuar como si siguiera soltera. ¿Quién demonios ha elegido este club?

—¿Has oído algo, Bobbie Jo? —me ignoró—. ¿Y tú, Kim? Juraría que todas oímos que alguien aseguró que se dejaría llevar antes de salir esta noche.

Bobbie Jo negó con la cabeza.

—No me entero de nada. Pero ¿ves a ese hombre que hay en el borde del escenario? —Se humedeció los labios—. Dios... Me encantaría lamer el *piercing* que tiene en el pezón, y su pecho, y su... todo.

Kim y Helen le lanzaron una mirada de hastío.

—De todas formas... —suspiré—, a Jonathan no le gustaría saber que me ha tocado otro hombre, y menos si se trata de un profesional medio desnudo que me da un masaje...

—Claire... —Helen puso los ojos en blanco—. Yo nunca, nunca, te sugeriría que hicieras algo que pueda volver loco a tu celoso y dominante novio. Lo único que has hecho esta noche es bailar, beber y experimentar el

frívolo baile en el regazo de un *boy*.

—Estaba desnudo.

—Casi no te ha tocado. Y ¿sabes qué?

—Buenas noches, señoras. —Un dios griego con un bronceado perfecto se detuvo ante nuestra mesa—. ¿Quién va a disfrutar de un masaje esta noche?

No supe qué decir. Era la perfección absoluta, incluso más atractivo que los hombres a los que habíamos visto en el escenario.

Helen lo contempló boquiabierta durante unos segundos antes de mirarme otra vez.

—A pesar de la perfección que posee este hombre..., dejé específicamente claro que: a) tu masajista debía ser homosexual, b) debía ser un masaje de vapor, por lo que él apenas te tocaría. Y créeme, él no te desea... No nos desea a ninguna. Una pena...

Parpadeé antes de volver a mirar a Don Perfecto.

—Tengo novio —aseguró, encogiéndose de hombros y tomándome de la mano—. No te voy a hacer daño. Además, solo durará quince minutos.

Tomé otro trago antes de seguirlo de mala gana.

Se presentó como Sean mientras me guiaba por dos pasillos a oscuras hasta una habitación que me dio un miedo cerval. Allí había látigos, cadenas colgadas del techo y unas velas rojas cuya cera derretida había caído al suelo. Además, vislumbré un sinnúmero de artilugios metálicos que sobresalían de las paredes.

Me puse a buscar una camilla, y vi que estaba en la esquina.

—¿Es la mejor habitación disponible para un masaje? —pregunté.

—¿Algún problema?

—No, es que... ¿La gente viene de verdad aquí a hacer estas cosas? —Tiré de unas esposas que colgaban de la pared—. ¿Este es un club de sexo?

—¿Y lo piensas ahora más que ahí fuera? —Me indicó que me acercara a la camilla—. Pero para responder a tu pregunta, sí. Mi ex utiliza el BDSM para excitarse. Le encanta.

—¿Y el dolor?

—No seas cerrada de mente. —Parecía ofendido—. Lo que gusta a la gente es la delgada línea que separa el placer del dolor. Mira, ven aquí. —Me apretó de cara a la pared y me puso los brazos por encima de la cabeza para sujetarlos con una cuerda—. Te voy a enseñar algunas cosas que podrás practicar con tu novio. ¿Esto te duele?

—No.

Tensó la cuerda, y las cerdas me erosionaron la piel.

—¿Y ahora?

—Sí.

—Bien, muy bien...

—¿Bien?

Asintió y dio unos pasos atrás.

—Por tanto, en este momento en el que tienes los brazos suspendidos en el aire y no posees control total de ti misma, envías energía a tu pareja.

—Estoy segura de que a él le encantaría... —murmuré.

—Mmm... ¿Y si añadimos esto? —Levantó mi cuerpo del suelo unos centímetros. Luego me separó las piernas y me puso unos pesos en los tobillos—. ¿Qué sientes ahora?

—He bebido un montón esta noche... Sinceramente, no sé si esto está ocurriendo de verdad o no.

Se rio y se acercó a una mesa, donde desenvolvió un paquete negro.

—Vendemos *kits* de placer en la tienda del piso de arriba, pero sabiendo que estás a punto de ser la señora Statham, voy a encargarme de que recibes alguno de forma gratuita. —Acercó la caja hasta mí y me enseñó un vibrador muy artístico con varios juguetes más pequeños—. ¿Estarías dispuesta a probar algunas de estas cosas más atrevidas en casa? —Sean cerró la caja y señaló con un brazo el resto de la habitación.

—¿Es que tengo cara de borracha?

Sonrió y me pellizó la mejilla.

—Creo que más que otros días. Voy a por el vapor y la botella de agua aquí al lado. Te desataré cuando vuelva. Espero que esos diez segundos te convenzan para que lo pruebes, ¿vale?

Me reí de su entusiasmo y negué con la cabeza mientras se alejaba.

Miré a mi alrededor de nuevo, preguntándome por qué jamás había dudado de Helen cuando me prometió una fiesta por todo lo alto. Se había superado a sí misma, y la semana todavía no había terminado.

Traté de mover las piernas y llegar al suelo, pero no sirvió de nada. Solo había pasado allí unos segundos, pero sentía que se me estaban durmiendo. Dada la cantidad de alcohol que corría por mis venas, supe que acabaría desmayándome si no me bajaban pronto.

«Mañana voy a tener una resaca descomunal...».

Luché para mantener los ojos abiertos mientras el calor de las velas me hacía sudar. Me habría gustado que al menos me hubiera atado más cerca de la puerta, o que al menos me hubiera dejado enfrente de ella, para poder sentir el aire.

—¡Sean! —grité.

Oí que se abría la puerta y suspiré, aliviada.

—Mira, Sean. No es necesario que me des ningún masaje. Esto no me gusta nada, y no pienso mentirte. Además, empiezo a no sentir las piernas.

—¿Te pone esta clase de mierda, Claire? —La voz de Jonathan hizo que el corazón se me acelerara.

—¿Jonathan? —Noté que me besaba la nuca—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Me besó de nuevo apretando los labios contra mi piel, haciendo caso omiso a la pregunta. Cuando me pasó las manos de arriba abajo por los costados, sentí que estaba sonriendo.

—Por lo tanto, había algo de verdad en lo que le contaste al terapeuta sobre nuestros problemas de intimidad, ¿verdad? ¿No te sientes plenamente satisfecha con el sexo normal?

—Sexo tradicional —puntualicé, y oí que se reía.

—Últimamente estoy aprendiendo muchas cosas sobre ti, futura esposa... En primer lugar, me cuentas que vas a recibir lecciones de baile erótico después del trabajo, y ahora que te va la sumisión... ¿Más deseos que quieras contarme antes de que nos casemos? ¿En qué gastas dinero extra los fines de semana?

Miró al techo.

—¿Podrías darte prisa y desatarme, por favor?

—¿Quieres que te desate? ¿Por qué iba a hacerlo? —Me besó en la abertura que el vestido tenía en la espalda. Luego, aseguró con más fuerza las cuerdas que me sujetaban las muñecas.

—¿Qué estás haciendo?

Dio un paso hacia mí.

—¿Estabas a punto de dejar que te tocara otro hombre?

—¿En serio no me vas a desatar?

—Me da la impresión de que estabas a punto de que alguien tocara lo que es mío... —Dio un paso para ponerse delante y me besó en los labios al tiempo que deslizaba las manos por debajo del vestido—. ¿Es así como

sueles vestirte cuando no estoy contigo? Este vestido lo deja todo a la vista... Es lo mismo que estar desnuda...

—Desátame ya, Jonathan.

—No pienso hacerlo. —Me besó de nuevo—. Ya no sé quién eres, Claire... —susurró.

Solté un suspiro, pero no tuve oportunidad de decir nada más porque me cerró los labios con los dedos.

Mientras me miraba, me rodeó la cintura con el otro brazo.

—Me importa una mierda si el masajista es gay. A ti no te va a dar masajes nunca otro hombre. Jamás. ¿Queda claro?

Asentí con la cabeza.

—Pues dilo.

—Queda claro.

Se me quedó mirando unos segundos más antes de soltarme. Luego se acercó a la mesa y cogió la caja que Sean había abierto. Luego se puso a mi espalda mientras murmuraba algo para sí mismo que no pude comprender.

Traté de darme la vuelta para ver lo que estaba haciendo, pero no fui capaz. No podía mover las piernas, y las cerdas de la cuerda comenzaban a hacerme daño de verdad.

De repente, noté que me besaba los hombros al tiempo que me rodeaba con un brazo para apretarme los pechos.

—¿Has disfrutado de la semana de abstinencia? —Parecía estar divirtiéndose.

—Ha sido la mejor semana de mi vida.

—¿En serio?

—Sí. Ha sido tan divertida que no creo que quiera volver a tener sexo nunca más.

Soltó una risita por lo bajo mientras me echaba la cabeza hacia atrás tirándome del pelo, hasta que pude verlo.

—Pues yo creo que las últimas noches han sido las peores de tu vida...

Yo no dije nada. Mantuve una leve sonrisa en la cara mientras lo miraba a los ojos.

—Creo que te pasas las horas dando vueltas en sueños, deseando que yo estuviera allí y te ayudara a aliviar el dolor que sientes entre los muslos. —Bajó la voz—. Y sé que te despiertas cada mañana intentando abrazarme... —Me tiró un poco más del pelo y apretó los labios contra los míos para

besarme al revés—. Porque yo también trato de abrazarte a ti...

Se me aceleró el corazón cuando me levantó la cabeza.

—Por favor, desátame...

Él no respondió, así que se lo volví a pedir..., sin respuesta.

—¿Jonathan? —lo llamé de nuevo, tratando de verlo, pero noté que apretaba un vibrador contra mí.

—¿Tienes uno en la maleta? —me susurró al oído.

«Sí».

—No.

—¿Segura? —Me mantuvo sujeta con la otra mano—. El que tienes de color púrpura había desaparecido de tu cajón el otro día...

—¿Estabas planeando usarlo tú mismo mientras yo no estaba? ¿Has estado esperando pacientemente la oportunidad?

Noté el vibrador contra el estómago cuando me pegó a él, haciendo que sintiera su polla dura contra la piel.

—Pensaba que habíamos acordado que nada de masturbarnos... —Me mordió el hombro con suavidad—. ¿Me has estado engañando con el vibrador?

Me quedé sin voz cuando su otra mano subía por mi costado hasta las muñecas atadas. Entonces empezó a frotar la palma contra la cuerda, rozándome la piel.

—Jonathan..., eso duele...

Continuó la fricción, lo que hizo que las cerdas me dañaran poco a poco la carne. De repente se detuvo.

Entonces, oí un traqueteo por encima de mí, el áspero sonido de dos metales deslizándose uno sobre otro. A partir de ese momento, mi cuerpo se fue inclinando lentamente hacia la derecha, y giré hasta que me quedé boca abajo, con los dedos casi rozando el suelo. Cuando levanté la vista y vi a Jonathan entre mis piernas, tragué saliva.

—¿Qué vas a hacer?

Me quitó las bragas y deslizó la lengua entre mis piernas, haciéndome gemir.

Él hizo caso omiso a mis gemidos, y levantó una extraña botella sobre mí. La apretó para que una cálida llovizna cayera por todo mi cuerpo.

Cerré los ojos cuando la sangre se precipitó a mi cabeza, mientras él inclinaba la suya para deslizar la lengua en mi interior. Empecé a relajarme

cuando estableció un ritmo tortuoso, metiendo y retirando la lengua en mí, frotándola contra mi clítoris, besando mis pliegues empapados...

Noté que mis entrañas se estremecían, pidiéndole más, pero él se detuvo.

En el momento que levanté la vista hacia él, confusa, anhelando que continuara, Jonathan se rio y cogió algo de la mesa.

Antes de que pudiera decirle nada, me golpeó el culo con un látigo de cuero con bastante fuerza.

Grité, y me dio de nuevo. Y otra vez más.

—Sinceramente, ¿es esto lo que te gusta? —Puso la punta del látigo entre mis piernas, frotando mis labios hinchados—. No voy a darte la vuelta hasta que me digas la verdad... ¿Es esto lo que te gusta?

No respondí. Solo gemí mientras dejaba caer el látigo al suelo y apretaba la polla contra mí.

Me preparé para que me controlara utilizando el sexo que tanto necesitaba..., solo tenía que arquear las caderas, pero me agarró por la cintura y me mantuvo inmóvil.

—Claire, ¿sabes lo difícil que me resulta no follarte ahora? —Frotó su polla contra mí una y otra vez, pero no me penetró.

Yo arañé el suelo para dejar salir parte de la frustración, tratando de no gritar; no lo conseguí.

—Por favor, Jonathan...

Deslizó dos dedos en mi interior, y gimió al notar lo mojada que estaba. Poco a poco, se puso a meterlos y a sacarlos, haciendo que los dos gimiéramos de nuevo ante cada penetración.

Negué con la cabeza y me mordí el labio, rogándole que me diera la vuelta y me follara, pero respondió a cada una de mis peticiones con un beso contra el interior de los muslos.

Continuó torturándome con los dedos, y mis pensamientos comenzaron a nublarse cuando noté unos familiares temblores que me recorrían de pies a cabeza.

—Ohhh... Dios... —Comencé a tener convulsiones, estaba a punto de correrme, pero no me lo permitió. Me dio la vuelta y me miró a los ojos.

Sosteniendo el vibrador contra mi clítoris, acercó la cara a la mía.

—¿Cómo quieres correrte? —susurró.

«Quiero que me folles...».

—No puedo leerte la mente —mintió, sonriente—. ¿Cómo quieres correrte?

—Quiero que me folles.

—¿Con la boca?

—Con la polla... Ahora, por favor.

—No creo que fuera especial que tuviéramos sexo en este momento... —
Mi interior continuó vibrando con tortuoso placer a pesar de que alejó el
vibrador—. No nos haría sentir intimidad...

—Por favor... —Supliqué mirándolo a los ojos, y me di cuenta de que
estaba a punto de ceder. Traté de arquearme hacia delante para poder besarle
los labios, para poder convencerlo de lo mucho que lo necesitaba, pero él dio
un paso atrás.

—Después de que nos casemos. —Me besó en la punta de la nariz y se
recolocó los pantalones, dejándome jadeante y frustrada. Me quitó los pesos
de las piernas y me desató la cuerda que me rodeaba las muñecas.

Caí sobre él y le pedí que me llevara de vuelta a mi habitación, pero él me
levantó para ponerme sobre la mesa, boca abajo. Ni siquiera me molesté en
preguntarle por qué. Me sentía demasiado frustrada.

Cerré los ojos, prometiéndome a mí misma que iba a tardar en hablar con
él, pero de repente, sentí unas piedras calientes en el centro de la espalda.

—Habla conmigo... —susurró.

—¿Sobre qué? ¿Sobre la frustración sexual?

—Si es lo que quieres...

Suspiré.

—¿Has visto a mis amigas o no saben que estás aquí?

—No. —Me masajé los costados—. Están demasiado borrachas para
prestar atención a nada. Le dije a Greg que las llevara a la casa para que no se
desmayaran en el club.

—Qué bueno eres...

Me puso más piedras calientes en la espalda.

—Gracias.

—¿Y tu despedida en Las Vegas? ¿O es que resultaba tan aburrido que
sentiste la necesidad de venir a estropear la mía?

—No he estropeado la tuya. —Me besó el pelo—. Lo estaba pasando bien
en Las Vegas, pero recibí una intrigante y atractiva imagen del cambio de
imagen de mi novia mientras estaba en un pub.

—No recuerdo haberte invitado a mi fiesta cuando te lo envié.

—La invitación estaba implícita. —Me apartó los nuevos mechones más

claros de la cara—. No quería esperar a llegar a casa para verte así.

—¿De verdad? Porque yo creo que es porque no eres capaz de estar más de tres días sin tocarme.

—Cuatro. Tengo algo de moderación.

Puse los ojos en blanco.

—No pienso volver a beber tanto... —Sentí que retiraba las piedras—. Ni siquiera sé cuántos chupitos he tomado. Ah, y ya que no hay secretos entre nosotros, he bailado con muchos hombres esta noche. ¿Y sabes qué? Me ha gustado tanto como me dijo Helen...

—Shhh... —Suspiré cuando empezó a apretarme la espalda con las manos—. Cállate, Claire.

—No... Me has dicho que hablara... —Cerré los ojos—. Si puedes entrometerte en mi fiesta y negarte a satisfacerme, bien puedes escucharme...

—Bostecé—. Deja que te lo cuente todo... —Sus manos eran demasiado buenas para ser de verdad— sobre...

Todo se volvió negro.

Cuando me desperté, me di cuenta de que estaba en mi *suite*. El sol ascendía lentamente al otro lado de mi ventana, y Jonathan estaba a mi lado, vestido y ahuecándome la almohada. En la mesilla de noche había tres botellas de zumo de naranja, un frasco de paracetamol y una nota:

«Disfruta del resto de la semana en Costa Rica, futura esposa».

—¿Te vas? —Tenía la garganta seca.

Él asintió con la cabeza y me besó en la frente.

—Tus amigas se despertarán pronto. Estoy seguro de que querrán hablar de anoche contigo. Dile a Helen que me envíe la factura de la villa y de todo lo que se hayan gastado esta semana. Se lo pienso pagar.

—Vale... ¿Puedes darte una ducha conmigo antes de marcharte?

—Claro. —Sonrió y deslizó los brazos por debajo de mis rodillas y mi cuello para levantarme. Y me llevó al cuarto de baño, donde me dejó en el suelo.

Mientras me metía en la ducha y abría el agua, decidí que iba a seducirlo y hacer que me diera un poco de placer.

Había tenido razón hacía unas horas; las últimas noches habían sido

horribles. Mi cuerpo anhelaba el suyo a todas horas; sufría tanto por su contacto que no sabía cómo sobreviviría sin él.

«No sé cómo le he podido pedir que tuviéramos un período de abstinencia..., ¿en qué estaría pensando?».

Se unió a mí debajo del agua humeante y me pasó los dedos por el flequillo mojado.

—Me encanta tu pelo así, ¿ha sido para nuestra boda?

Asentí con la cabeza.

—A cambio de una fiesta en uno de los yates este invierno. Ya les he dicho que sí.

—¿Y si ahora me niego?

—Soy la copropietaria, no importa lo que digas.

Sonrió de tal forma que no me molesté en perder un segundo más. Apreté los labios contra los suyos y lo besé profundamente al tiempo que usaba las manos para darle un masaje en la polla.

Antes de que pudiera decirme que me detuviera, me agaché y la capturé con la boca, haciendo que entrara y saliera con fuerza.

Lo miré mientras se la rodeaba con la lengua y vi que parecía sorprendido, pero aun así me alzó y me besó.

Mientras el agua seguía cayendo sobre nosotros, mantuvo los labios unidos a los míos y me rodeó la cintura con los brazos.

Sentí su erección contra el estómago.

—Por favor... —murmuré, pero continuó besándome de forma intensa y apasionada. Su lengua se enredó con la mía y le mordí el labio inferior cada vez que trataba de alejarse de mí.

Cuando me soltó, yo estaba sin respiración. Me dio la vuelta hacia la pared, me sujetó por las caderas y me colocó de forma que facilitara la penetración.

Gemí cuando me abrazó y me acarició los pechos, cuando me besó la espalda.

—¿Seguro que quieres esto? —susurró.

—Sí...

Me aferró las caderas con más fuerza y apretó la polla contra mí. Luego me deslizó una mano entre las piernas, gimiendo al alcanzar mi clítoris hinchado.

—No sabes las ganas que tengo de follarte, Claire... —susurró—. No te haces una idea... Disfruta del resto de la semana.

De repente, me soltó y salió de la ducha.

Ahugué un grito al tiempo que me apartaba de la pared.

—¿Qué?

Más frustrada que nunca, cerré el grifo y me envolví en una toalla. Al regresar al dormitorio, me crucé de brazos al ver que estaba volviendo a vestirse.

—¿Te vas?

Sonrió y se subió la cremallera de los pantalones.

—¿No vamos a tener sexo?

—Claro que sí. —Se acercó y me besó en la mejilla—. Después de que nos casemos.

Abrí la boca para hablar, pero apretó los dedos contra mis labios.

—Te iré a recoger al aeropuerto cuando regreses. Quiero llevarte a un sitio después de que te asientes de nuevo en el trabajo. —Me dio un beso en la frente—. Te amo, Claire.

Miré al techo.

—Dímelo tú —dijo.

—Hazme... —comencé, lanzándole una mirada seductora.

Sonrió y me acercó a él.

—Cuando me comprometo con algo, sea lo que sea, no incumplo mis promesas. Puedes seguir tratando de tentarme, algo que, por cierto, se te da muy bien, pero te he hecho una promesa y no voy a romperla. Ahora... dímelo tú.

—Yo también te amo.

Me besó una última vez, y lo observé mientras salía por la puerta lateral. Me miró por encima del hombro cada pocos segundos mientras me sonreía, por lo que esperé hasta que desapareció de mi vista.

De inmediato, corrí a la maleta en busca del vibrador, para poder poner fin a esa frustración por mí misma. Abrí el bolsillo donde sabía que lo había dejado, pero no estaba allí. En cambio, había una servilleta doblada con una nota.

«Sin trampas, futura esposa. Lo volverás a tener después de la boda. :-))».

Maldije en voz baja mientras iba a la cocina, donde Bobbie Jo, Kim y Helen me miraban con una expresión de horror.

—¿Has traído a alguien a casa? Y no se te ocurra mentir, porque todas

hemos oído voces esta mañana —me acusó Helen—. Claire, no es propio de ti. ¿En qué estabas pensando?

—¿Qué? ¿Creéis que he engañado a Jonathan?

—No importa lo que creamos. —Bobbie Jo se levantó y se me acercó—. Vale. Sin duda podemos solucionarlo... Sé que te hemos dicho que te dejaras llevar, pero se suponía que no debías dejarte llevar por completo... ¡Te vas a casar con el puto Jonathan Statham! No es necesario que experimentes con otro hombre nunca más.

Helen negó con la cabeza, pues evidentemente no estaba de acuerdo con la frase final, pero siguió mirándome con expresión de preocupación.

—Esta semana no iremos a más discotecas. —Kim entrelazó los dedos—. Podemos beber lo que queramos, pero nos ceñiremos a las actividades que estábamos haciendo antes. Incluso te llevaremos a renovar el guardarropa... Jonathan no se enterará de nada. Tu secreto está a salvo con nosotras.

12

CLAIRE

Me senté en el Starbucks, presumiendo de bronceado con un vestido de color gris claro que las chicas me habían elegido el último día de viaje. Era corto, tenía un profundo escote en V y se adaptaba perfectamente a mis curvas. Era el tipo de modelito que le encantaría a Jonathan, o, por lo menos eso esperaba que hiciera cuando me viera esa noche, en la cita que teníamos.

El día que me recogió en la pista de aterrizaje, me había dicho que quería llevarme a un lugar especial. Me había dejado recordatorios en forma de notas en el armario, en el bolso e incluso en el coche:

«Esta noche tendrás la mejor cita que hayas tenido nunca».

«No..., no he cerrado de nuevo el Golden Gate..., pero si quieres que lo haga solo tienes que decirlo...».

«Estoy deseando verte después, pues esa es siempre la mejor parte del día».

—¿Señorita Gracen? —Mi importante cliente se aclaró la garganta, arrancándome de mi ensimismamiento—. ¿Es todo o tengo que firmar algo más?

—Lo siento. Le diré a mi secretaria que le envíe una copia del contrato mañana por la mañana. Lisa..., es decir..., señorita Kane, ¿alguna otra duda?

—No, en absoluto. —Se levantó—. Gracias por tomar un café conmigo..., ha sido una experiencia diferente.

Me reí para mis adentros mientras la veía salir de la cafetería.

Por culpa de mi equipo —que no había logrado apagar el aire acondicionado durante la semana que había estado fuera—, el sistema de ventilación de la tienda se había estropeado, por lo que había tenido que reprogramar todas las citas del día fuera del despacho.

Miré la agenda para asegurarme de que no tenía ninguna otra reunión pendiente a lo largo del día, cuando, de repente, me empezó a sonar el móvil.

Era Ashley.

—Hola, Ashley.

—Soy Caroline —dijo en tono burlón.

—Caroline, estás usando el móvil de Ashley, ¿cómo voy a saber que eres tú? —La imaginé encogiéndose de hombros y mirando al techo.

—A Ashley y a mí nos gustaría saber por qué no nos has invitado a tu despedida de soltera. Vamos a estar en la boda, y vamos a ser tus damas de honor, ¿recuerdas?

—Porque no podéis perder una semana de clases, y mis amigas pensaron que no era apropiado que vinierais. Y después de haber estado allí, os aseguro que esa decisión era correcta.

—Correcta... De todas formas, solo te llamo para decirte que hemos recibido tu correo electrónico. Nos encanta, y creemos que a Jonathan también le encantará.

—No le habéis dicho nada, ¿verdad?

—No... —suspiró—. A pesar de que, por raro que parezca, hemos hablado más con él que contigo estos últimos días.

—¿Qué? ¡No es cierto!

—Claro que es cierto. Nos llama y manda mensajes todos los días.

—¡Y nos envía regalitos todos los lunes! —gritó Ashley.

—Lo siento... —Me di cuenta de que tenían razón. En los últimos tiempos solo había estado pendientes de ellas un par de veces a la semana, pero porque pensaba que era lo que querían—. Lo haré mejor. Lo prometo. Os llamaré más a menudo.

—No, no, no... —Caroline chasqueó la lengua—. Con que nos envíes regalitos nos vale. En realidad, ahora que sacamos el tema..., Jonathan incluye trescientos dólares a la semana en las cajas, además de otras cositas. Ahora que las dos sabemos que no eres millonaria pero que ganas lo suficiente para darnos doscientos dólares semanales sin inmutarte, estábamos pensando que...

Colgué y les envié un mensaje de texto con un «Os quiero».

Cuando empecé a recoger mis pertenencias, estaba riéndome sola. De repente, noté que algo rozaba la mesa y levanté la vista. Ryan estaba sentado delante de mí, con una expresión de suficiencia.

—Un día ocupado, ¿eh? —preguntó—. Has quedado con muchos clientes...

—¡Que te den! —Me puse de pie para marcharme, pero me agarró por el codo—. Por favor, Claire. Dame solo dos minutos... Nada más.

Lo miré a los ojos, a esos iris verdes y grises que tanto me gustaban antes, y percibí un mundo de dolor. Quería marcharme... Sabía que debería haberme marchado, pero la expresión de sus ojos me hizo sentir pena por él.

—Dos minutos.

—Gracias. —Esperó a que me sentara y deslizó una taza de café hacia mí—. ¿Jonathan Statham te hace feliz?

—Sin duda no me hace llorar. —Entrecerré los ojos—. Los dos minutos no son para discutir.

—¿Todavía eres incapaz de mantener una charla conmigo?

—¿Con el cabrón de mi ex?

Suspiró.

—Vale, Claire..., si estas últimas semanas he estado tratando de quedar contigo es porque... Amanda está enferma...

—¿Y? —Me encogí de hombros.

—¿Y?

—Sí. ¿Y qué? ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Está fatal, Claire. —Parecía que le dolía decirlo y, por un segundo y medio, me sentí mal por ella, por los dos—. Y quiere hablar contigo...

«¡Qué!».

—¿Por qué?

—Porque eras su mejor amiga... Su única amiga...

—Tenemos otras amigas en común. ¿Por qué no habla con ellas?

—¿Quién es ahora una cabrona?

Me puse en pie para salir de allí, pero me volvió a agarrar del brazo y se aclaró la garganta.

—Por favor, Claire, lo siento mucho. No quería decir que... —Parecía que él quería que me volviera a sentar, pero permaneció de pie—. ¿Acaso no sabes que todos nuestros amigos comunes están de tu lado?

—¿En serio? Me pregunto por qué...

—No te estoy pidiendo que os pongáis a ver películas juntas, ni nada de eso, no te pido que volváis a ser las mejores amigas la una de la otra. Solo te pido, en nombre de mi esposa...

—¿De tu esposa? Todavía no me puedo creer que lo digas sin sentir una pizca de culpa. Es asqueroso.

—Te pido por favor que la veas. Incluso que comáis juntas la próxima semana. Es uno de sus últimos deseos y estoy intentando que cumpla todos.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? —Me burlé y lo dejé allí sentado. No podía creerme que tuviera el morro de actuar como si les debiera algo a Amanda o a él, que tuviera la audacia de pedirme que hiciera algo por ellos.

Salí del Starbucks y abrí el paraguas para ir hacia mi coche bajo la lluvia torrencial. Mientras abría la puerta, sentí unas manos fuertes en los hombros que me obligaron a girarme.

—Ahórrame esta sobreactuación estúpida y deja de ser tan jodidamente infantil, Claire. —Ryan se metió debajo del paraguas y me cogió por los brazos.

—¿Perdona? —Abrí los ojos como platos. No se estaba comportando como el Ryan que conocía desde hacía años; ese Ryan no me hubiera agarrado así.

—Ryan..., yo...

—Todavía me debes veinte segundos —siseó—. Veinte putos segundos, y voy a aprovechar hasta el último de ellos. ¿De verdad piensas que casarte con un millonario significa que no te tienes que volver a preocupar de nada? ¿Crees que ahora eres mejor que antes? Pues no lo eres.

—Sin embargo, tú crees que ser un cabrón sí te convierte en algo mejor, ¿eh? Déjame en paz. —Levanté la rodilla con intención de darle un golpe en las pelotas, pero me agarró la pierna y se la subió hasta la cintura, donde la sujetó con rigidez.

—¿En serio, Claire? ¿Estabas tratando de hacer lo que creo?

—¿Salvar a la raza humana de que tengas más hijos bastardos?

—¿Cuándo te has convertido en una zorra? —Tenía las pupilas dilatadas—. ¿Todavía sigues sintiendo esa amargura por lo que pasó entre nosotros? ¡Hace cinco años ya! Es evidente que te ha ido bien —dijo mirando mi anillo de compromiso.

—Aparta las manos de mí, Ryan.

No se movió, sino que aumentó la presión sobre mi brazo y mi pierna.

—Escúchame, Claire —dijo lentamente.

Consideré la idea de escupirle a la cara, pero por alguna razón no pude reunir suficiente saliva.

—Amanda y yo nos hemos mudado aquí para que fuera más cómodo ir al St. Francis.

«¿Al hospital?».

Asintió con la cabeza como si hubiera leído mis pensamientos.

—Ahora mismo está trabajando en el *catering* para no pensar a todas horas en el próximo tratamiento... —Suspiró—. Tiene un tumor en el cerebro, un tumor maligno. Hemos venido aquí para que nos den una segunda opinión e intentar probar un nuevo tratamiento, porque ninguno de los médicos de Pittsburgh nos da una solución... —Se le quebró la voz—. Solo... Solo quiere verte otra vez, porque... Nunca tuvo la oportunidad de decirte todo lo que quería que supieras.

—¡Se estaba acostando contigo a mis espaldas! ¡No hay nada más que hablar! —Traté de zafarme de nuevo, pero me apretaba con demasiada fuerza—. Mira, sinceramente, no le deseo mal alguno, y como ser humano espero que funcione cualquier tratamiento que pruebe. En lo personal, vosotros dos no existís para mí, y su enfermedad no tiene nada que ver conmigo. Por lo tanto, espero que me dejes marchar y que vuelvas a la maravillosa vida que te has construido con Amanda. Te he dado más de veinte segundos, no esperes más.

—Era tu mejor amiga, ¡joder!

—«Era», igual que también yo era tu mujer. Es curioso lo mucho que significan tres putas letras, ¿verdad?

Se le puso la cara roja, y parecía a punto de perder los nervios, pero se inclinó más cerca de mí, así que teníamos la nariz y los ojos a la misma altura.

—Claire, deja de fingir que no te importa. Te importa, lo veo en tus ojos.

—¿Es que tú también estás mal de la cabeza? Por favor, dime que tienes programadas algunas citas con el psicólogo infantil, me han dicho que ahora te regalan chuches. ¿Las gominolas de cereza siguen siendo tus favoritas?

—Solo tienes que hablar con ella cinco minutos. No te vas a morir por ello.

—Sí, claro que sí. Ahora, por favor...

Oí que se rompía un cristal al lado de mi oreja derecha, que se oía un ruido sordo por encima de la lluvia. Volví la cabeza y vi a Jonathan, que estaba debajo de un paraguas negro, sosteniendo un lirio blanco, el único que no había caído al suelo.

Bajé la pierna de la cintura de Ryan, pero él seguía agarrando el brazo y me apretaba contra el coche. Traté de recuperar el aliento mientras buscaba qué palabras decirle a Jonathan, las que le hicieran comprender que lo que estaba viendo era solo un enorme malentendido. Pero la forma en la que me miraba

me decía que no se iba a creer nada de lo que le contara.

La expresión de su cara era de enfado, confusión, dolor... Me miró de arriba abajo: el vestido ajustado, la postura de Ryan, la escasa distancia que nos separaba.

—Quítale las putas manos de encima. Ahora mismo. —Su voz era más fría que nunca.

Ryan bajó las manos de inmediato, y me dirigió una sonrisa malévola. Parecía estar a punto de decir algo grosero.

—Si valoras tu vida, Hayes —dijo Jonathan antes de que Ryan pudiera soltar nada ofensivo—, te sugiero que desaparezcas de mi vista antes de que te la quite.

Ryan clavó los ojos en él antes de levantar la vista al cielo, pero salió de debajo de mi paraguas. Lo vi desvanecerse entre la lluvia por el aparcamiento. Luego me volví hacia Jonathan de nuevo, que no había apartado los ojos de mí y me miraba como si acabara de romperle el corazón.

Se inclinó para recoger el sobre blanco de encima del jarrón roto; luego se acercó a mí lentamente y puso el lirio que sostenía y la carta encima de mi coche.

Entrecerró los ojos y abrió la boca para hablar, pero no dijo nada.

—Jonathan... —Leí el dolor en sus ojos—, te lo puedo explicar... Sabes de sobra lo que siento por...

Se alejó antes de que pudiera terminar la frase.

Corrí al despacho de Jonathan y me detuve ante el escritorio de Angela. Había tratado de alcanzarlo en el aparcamiento unos minutos antes, pero se me había escapado.

—¿Señorita Gracen? —Me miró—. ¿Está bien? ¿Quiere que alguien le traiga ropa seca? ¿Quizá una taza de café?

Negué con la cabeza. Estaba empapada de pies a cabeza, pero me sentía demasiado afligida para sentir algo.

—Quiero hablar con Jonathan.

Suspiró y se miró las manos.

—No acepta citas imprevistas.

—¡Mierda, Angela! Está aquí y lo sabes. Dile que estoy aquí. Ahora.

Descolgó el teléfono.

—¿Señor Statham...? Es que... Sí, señor... —Colgó el teléfono—. Me ha

dicho que se verán en casa.

Tragué saliva y saqué el móvil del bolsillo para llamarlo por enésima vez desde que había salido de Starbucks. Ni siquiera lo dejó sonar; cortó la llamada.

—Angela, por favor... —Sabía que ella era la única llave de su puerta—. ¿No podrías dejarme entrar para que trate de hacerlo razonar?

—Lo siento, señorita Gracen. No puedo permitirme el lujo de perder este trabajo. Me ha dado órdenes muy claras. —Sacó una libreta del cajón de arriba—. Sin embargo, puedo asegurarme de que recibe cualquier mensaje que quiera entregarle y conseguir que lo lea.

Sentí que se me caían las lágrimas por la cara y asentí con la cabeza mientras le agradecía el gesto. Garabateé un mensaje, que firmé con un «Te amo», y luego me fui a casa, sola.

Y seguí yendo a la misma casa vacía durante el resto de la semana.

JONATHAN

JUEVES, 18 DE SEPTIEMBRE

No podía decir nada.

13

JONATHAN

Miré por la ventana de mi despacho, observando la espesa lluvia que caía sobre la ciudad. Por más que intentaba racionalizar lo que había visto en el aparcamiento, no podía evitar mi dolor.

Mi corazón se había roto al encontrarla con otro hombre, pero cuando me di cuenta de que se trataba de él, de su exmarido, prácticamente me quedé destrozado.

«¿Por qué no me ha llamado?».

Sabía que debía haber alguna explicación lógica, algún tipo de razón, así que descolgué el teléfono para llamarla, pero tenía ya una llamada en espera.

—¿Sí?

—¿Señor Statham? —Era la aguda voz de la señorita Corwin.

—Buenas tardes, señorita Corwin. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Sí... Mmm... Le he dejado varios mensajes a su prometida, pero no me ha devuelto las llamadas. Estaré en San Francisco durante las próximas semanas, así que ¿podría enviarme su secretaria una invitación? Le di mi correo electrónico a la señorita Gracen, pero seguramente se ha olvidado de mandármela.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo le pidió que le enviara la invitación? —Sabía muy bien que habíamos elegido una. De hecho, habíamos hecho diez, por si acaso quería añadir el lugar de la recepción.

—Mmm... Bueno, se lo pedí la noche que vino a Los Ángeles, ¿recuerda? Y la llamé hace dos semanas.

—¿Y no la ha recibido?

—No... —Su voz era comedida—. Lamento estar causándoles problemas...

—No hay ningún problema. Se la enviaré yo personalmente.

—Gracias.

Colgué y llamé a Milton. Me lo cogió al primer timbrazo.

—Voy camino de tu despacho, Jonathan. No hay necesidad de que actúes como si realmente te importaran mis informes financieros en este momento.

—No te llamo por eso.

—Claro que no. ¿Qué deseas?

—¿Has recibido por correo la invitación de la boda?

Hubo un repentino golpe en la puerta y me acerqué a abrir.

—¿Prefieres seguir hablando por teléfono? —Milton entró bruscamente en mi despacho—. No me sorprendería nada que fuera así.

—¿Has recibido la invitación de la boda?

Se encogió de hombros.

—No.

—¿Seguro?

—Sí, pero no es necesario que tenga una para estar presente, ¿sabes?

Negué con la cabeza.

—No... Solo me preguntaba si...

Me pidió que le dejara unos minutos para organizar los archivos y se sentó ante la mesa. Mientras tanto, envié el mismo mensaje de texto a cinco personas de quienes le había dicho personalmente a Claire que les enviara la invitación, pues le había dado la dirección y todo, y esperé a que me confirmaran si la habían recibido o no.

Sus respuestas llegaron al instante. «No». «No». «No». «¿Necesito una invitación? ¿En serio?». Y «No».

¡Qué coño...!

Preparé un correo para que Angela llegara al fondo del asunto, pero mientras estaba en ello, me entró un *email* con la etiqueta «Urgente» de la diseñadora de la tarta.

Para: Jonathan Statham

De: Tartas elegantes

Señor Statham:

Me llamo Jacqueline Russell, y soy la gerente de «Tartas elegantes». Después de la conversación mantenida con su novia hace dos semanas, quería asegurarme de que han cancelado el pedido que incluye: una tarta de boda de cinco pisos, una tarta de bodas de tres pisos y una tarta de aniversario personalizada.

Dado que su nombre es el que aparece en el contrato y es su firma la que tenemos, vamos a necesitar que verifique esta información.

*Lamentamos profundamente no trabajar con usted en un día tan especial.
Atentamente.
Jacqueline R.*

La cabeza me daba vueltas. No podía creerme esto.

—¿Jonathan? ¿Jonathan? —Milton se aclaró la garganta—. ¿Dónde estás?
Negué con la cabeza y suspiré.

—Aquí.

—Vale. —Milton me entregó una carpeta—. Ahí dentro verás que he hecho un listado con tus activos, así como con las cuentas bancarias nacionales y extranjeras, y la tasación de las futuras ganancias de la empresa. Como se puede ver claramente, el nombre de la futura señor Statham no parece por ningún lado, porque... no ha contribuido a obtener ninguna de esas...

—Me pareció que era una buena estrategia. —Puse los ojos en blanco.

—Lo es. Angela me ha informado de que has cancelado todas las citas que tienes con el abogado esta mañana. ¿Es cierto?

—Sí.

—Bueno, quizá no lo hayas pensado bien... Así que voy a ayudarte a atar cabos: tu valor neto a partir de este trimestre es de casi diez billones de dólares. Tu valor neto. Vivimos en California, el estado del cincuenta por ciento.

—Milton...

—Eso significa que, si alguna vez te divorcias, tu ex tendría derecho, automáticamente, a más de cuatro billones de dólares. Si seguís casados durante más de diez años y tus ingresos continúan creciendo como en el pasado, es posible que acabes cediendo más bien siete u ocho billones. ¿Lo entiendes bien?

—Sí.

—Me alegro de oírlo. Le diré al abogado que vuelva.

—Milton, no voy a hacer un acuerdo prenupcial.

Me miró boquiabierto.

—Pensaba que estabas de acuerdo conmigo.

—No puede haber ningún acuerdo prenupcial si no me caso...

—¿Qué? —Contuvo el aliento—. Hace apenas dos semanas estabas aquí hablándome del lugar de la boda...

No le contesté.

—¿Jonathan?

Suspiré.

—Te llamaré esta misma noche para repasar el error en el archivo maestro que has mencionado en la reunión de esta mañana. Tengo la sensación de que necesitaremos algo más que un equipo de contabilidad para resolver esto.

Abrió la boca para hablar, pero luego negó con la cabeza. Cogió la carpeta de nuevo y me dio una palmada en el hombro antes de salir de mi oficina.

Tan pronto como se cerró la puerta, me recosté en la silla y cerré los ojos.

«No me puedo creer esta mierda... ¿En qué cojones está pensando Claire?».

No quería sacar ninguna conclusión sobre la boda, sobre mi matrimonio con Claire, pero teniendo en cuenta el tema de la tarta de boda, de la invitación, y lo que había hecho durante la última semana, no sabía qué pensar.

Al principio, no quería creer que estaba viendo a Ryan y a ella en el interior del Starbucks. Me negué a creerlo. Por lo tanto, había conducido por el aparcamiento diciéndome que Claire —mi Claire— me habría llamado en el mismo segundo que Ryan se acercara a ella. Como me había prometido.

Decidí que mis ojos me estaban jugando una mala pasada, por lo que aparqué el coche. Con las flores a remolque, fui al Starbucks, pero entonces vi que Ryan la apretaba contra su coche al tiempo que le subía una pierna alrededor de su cintura, con los labios a escasos centímetros de su boca.

Por mucho que lo intentara, no podía borrar esa imagen de mi mente...

No había pasado por casa en toda la semana, y no tenía planes de pisarla pronto. Estaba demasiado enfadado con ella para tenerla cerca. Cuando rompió conmigo el año anterior y siguió su camino separada de mí durante tres meses de mierda, estuve muy furioso. Me había enfurecido y no encontraba consuelo en nada. Pero esto último..., para esto no tenía palabras.

¿Qué parte de «No comparto» no entendía? ¿Qué parte de «Llámame lo antes posible si aparece Ryan» era tan difícil de comprender?

Me había enviado numerosos mensajes de texto para disculparse, tratándome de explicar su versión de los hechos al tiempo que me rogaba que volviera a casa, pero no le había respondido. Dejé que cada una de sus llamadas fuera a parar al buzón de voz.

No, no quería hablar con ella en ese momento. No quería hablar con ella nunca más.

—¿Señor Statham? —La voz de Angela sonó de repente en el intercomunicador.

—¿Sí?

—Es la señorita Gracen...

—No estoy.

—Señor, está delante de su puerta.

—No-estoy-aquí. —Apreté los dientes—. ¿Está claro?

—Sí, señor.

Esperé durante una hora, hasta estar seguro de que Claire se había marchado, y luego salí. Me detuve delante del escritorio de Angela.

—¿Mi prome... ? —me interrumpí. Casi había dicho «mi prometida»—. ¿La señorita Gracen ha dejado alguna nota?

—Sí, señor. —Me entregó una página doblada por la mitad y regresé al despacho.

Sopesé si debía o no lanzarla a la basura con todas las demás, pero al final decidí abrirla.

«Jonathan:

Sé que estás muy enfadado conmigo, pero, por favor, dame la oportunidad de explicarte lo que viste el viernes pasado... Lo siento, no debería haber permitido que llegara a pasar, y no es lo que piensas. Te lo prometo.

Te amo a ti, y solo a ti, y me gustaría que volvieras a casa...

Tuya.

Claire».

Estrujé la carta hasta formar una bola y la lancé a la basura. Respiré hondo mientras negaba con la cabeza, tratando de pensar en lo que tenía que hacer para quitarme eso de la cabeza.

Volví a llamar a Angela.

—¿Sí, señor Statham?

—¿Está reunido el equipo de seguridad ahora mismo?

—Sí, señor.

Suspiré.

—Toma nota: quiero las filmaciones de las cámaras de seguridad interior y exterior del Starbucks de la Powell Avenue el lunes pasado, entre las cuatro y las siete de la tarde. Y quiero también el audio. En el momento que Corey salga de la reunión, dile que ponga a ello a su mejor equipo.

—Lo haré, señor. ¿Eso es todo?

—No. —Apreté los puños—. Quiero que Corey entre en el archivo de

Smith & Hayes Associates, de Pittsburgh, y obtenga una lista completa de los clientes del señor Hayes. Quiero el nombre de cada cliente con el que trabajó antes de que fuera asociado, incluso quiero saber para quiénes trabajó cuando era un puto pasante. También necesito un listado de todos los bufetes de abogados de Pittsburgh, grandes, pequeños, independientes... De todos, hasta el último de ellos.

—Me aseguraré de que lo hace. Mmm... ¿Quiere seguir enviándole flores a la señorita Gracen esta semana? Hay que decidir como mucho en media hora si todavía quiere enviarle algo.

Me quedé en silencio.

—¿Señor Statham? ¿Eso es un sí o un no?

Cerré los ojos y traté de olvidar lo ocurrido la última semana. Nunca había dejado de enviarle flores a Claire. Ni siquiera cuando estaba en Costa Rica, cuando había llamado a una floristería local para asegurarme de que tenía un nuevo ramo cuando se despertara cada mañana.

No enviarlas me parecía incorrecto —me dolía—, y a pesar de que me había destrozado el corazón la semana anterior, no me atrevía a interrumpir esa costumbre.

Suspiré.

—Es un sí, Angela... Pero sin notas, solo las flores.

14

JONATHAN

—No pareces demasiado bien. —Hayley empujó hacia mí una botella de agua por encima del escritorio—. Y en la reunión de esta mañana apenas has hablado. ¿Te encuentras bien?

—No.

—¿Ahora te has venido a vivir al despacho? No has movido al coche en toda la semana y ni siquiera has quedado anoche para cenar con Claire.

No respondí.

Suspiró y rodeó el escritorio hacia mí.

—Mira, sé que no es un asunto de mi incumbencia...

—No lo es. ¿Has roto ya con tu novio secreto? Me he dado cuenta de que tu trabajo ha mejorado de una forma increíble...

Miré al techo y abrí la botella de agua.

—¿Señor Statham? —dijo Angela por el intercomunicador—. Corey ha llegado para la reunión que tenían prevista a las tres. ¿Le digo que la cita con Hayley se está alargando?

—No, ya hemos terminado. Dile que entre.

Hayley me abrazó sonriente.

—Jonathan, no me he pasado horas probándome vestidos de dama de honor para nada. Será mejor que hables con ella y arregles este problema. Adoras a Claire, y lo sabes.

—Adiós, Hayley.

—Yo también te quiero. —Se levantó y fue hacia la puerta, donde se cruzó con Corey.

En ese momento, lo supe. Con meridiana claridad... La forma en la que se iluminaron los ojos de Hayley mientras él le sostenía la puerta abierta, la manera en la que él casi se inclinó para besarla, pero se contuvo y se limitó a sonreír.

«¡¿Qué-puta-mierda...?!».

Esperé hasta que se cerró la puerta, hasta que Corey se sentó ante mi

escritorio, justo enfrente de mí.

—En fin... —Se aclaró la garganta—. Bueno, sobre la cuenta Meyer, estaba pensando que podríamos investigarlos a fondo un poco más antes de que llegemos a un trato con ellos. ¿Qué te parece?

—¿Estás tirándote a mi hermana?

—¿Qué? ¿De qué demonios hablas?

—La respuesta es sí o no. ¿Estás-tirándote-a-mi-hermana?

—Es que... No se trata de eso.

—¿Sí o no?

Suspiró.

—No..., no...

—¿Entonces? ¿Te la vas a tirar?

—Jonathan, tío... No se trata de lo que estás pensando.

—Por tu bien, espero que no. —Lo miré con los ojos entrecerrados—. ¿Cuándo cojones pensabas contarme algo al respecto?

—Quería hacerlo desde hace semanas, pero sabía cómo ibas a reaccionar... Lo que tengo con Hayley no tiene nada que ver con las relaciones que he tenido en el pasado. Y si me dieras un segundo, te lo podría explicar.

No podía escuchar nada de lo que me estaba diciendo. Lo único que quería era romperle los huesos de la cara, empujarlo por la ventana y ver cómo caía hacia una muerte segura. No me importaba cuánto tiempo llevaran tonteando ni por qué. Por mi parte, no era suficiente para Hayley, fuera mi mejor amigo o no. Sobre todo porque su lista de ligues era el cuádruple de larga que la mía.

—Jamás le haría daño —añadió—. Lo juro.

—Vete de aquí.

—Tío, no te pongas así. Solo...

—Solo puedo enfrentarme a un puto tema a la vez, así que deberás perdonar que no quiera hablar con el tipo que está a punto de follarse a mi hermana y destrozarle el corazón. Vete ya. —Me di la vuelta en la silla y esperé hasta que oí que se cerraba la puerta.

«¿Esto está ocurriendo de verdad?», me pregunté.

Cogí el teléfono y llamé a.

—¿Sí, señor Statham?

—¿Acaso la señorita Gracen ha enviado un mensaje a todas las personas que forman parte de mi vida para pedirles que me hicieran tan desgraciado

como fuera posible esta semana?

—Mmm... No, señor. No que yo sepa.

—¿Podrías comprobarlo?

—Sí, señor. ¿Todavía sigue en pie la cita de esta tarde con la diseñadora de la alianza?

—No sé... Cancellala, por favor. —Colgué y suspiré. Había llamado el día anterior a la señorita Valenti para preguntarle si Claire había pasado para diseñar mi alianza, y —sorpresa, sorpresa—, no lo había hecho.

Había bromeado con ella cuando me reveló que había asistido a clases de baile erótico, diciéndole que ya era la Claire que conocía, y también cuando estuve con ella en aquella celda de BDSM. Pero ahora que la preparación de nuestra boda se estaba yendo a la mierda y que su exmarido quería colarse en su vida de nuevo, podía decir sinceramente que ni siquiera la reconocía.

No actuaba como la Claire a la que yo amaba...

Me di la vuelta en la cama tratando de abrazar a Claire, y me maldije a mí mismo por hacerlo. Hacía semana y media que no nos veíamos o hablábamos. Y seguía llamándome por teléfono cada hora en punto.

Yo seguía durmiendo en la *suite* del despacho, leyendo las notas que me dejaba. La que me había enviado el día anterior:

«Eres el único amor de mi vida.

Por favor, escúchame.

Claire».

O la que me había dejado ese mismo día:

«Echo de menos las notas que me enviabas con las flores...

Eso era lo que las hacía especiales...».

Casi podía ver su expresión cuando recibía las flores sin nota: literalmente la imaginaba meneando la cabeza mientras trataba de no llorar. Por mucho que me doliera pensar que sufría, no podía consolarla, porque yo también estaba herido.

Suspiré y miré el reloj: eran casi las tres de la madrugada. A pesar de que seguía muy herido, se me ocurrió que cuando me llamara de nuevo querría contestar.

Justo a las tres sonó el teléfono, y me lo llevé a la oreja.

—¿Sí? —Traté de ocultar el dolor de mi voz.

—Hola, Jonathan. —Era Caroline.

—¿Caroline? Hola, ¿qué tal?

—Estoy bien. Ashley y yo queremos ir a casa este fin de semana para cenar con vosotros, si os parece bien... Nos hemos cansado un poco de la comida del campus.

—Perfecto. Voy a... a encargarme de todo. ¿Algo más?

—No... ¿Tú piensas que Ash y yo somos idénticas de verdad o solo iguales?

—¿A qué te refieres?

—¿Cuánto tiempo tardaste en averiguar quién era quién después de conocernos por primera vez?

—Una semana. —Me reí—. ¿Por qué?

—Me vale. Le pediré a Ashley que se presente por mí a los exámenes de estrategia física.

—¿Perdona? —La oí contener la respiración y supe que no había querido decir la última frase en voz alta—. ¿Vas a correr el riesgo de que te expulsen? ¿Es lo que acabo de oír, Caroline?

—¡¿Qué?! No, es que...

—Tienes diez segundos para decirme qué demonios está pasando. Y no te atrevas a mentirme.

Suspiré.

—Me perdí las dos primeras semanas de clase porque me quedé dormida... Salí todas las noches y, ya sabes, es física. Lo que mejor se me da. O eso creía... Y no puedo acceder al programa de vuelo con menos de una B.

—¿Y?

—Esto no es física normal... Es un curso de estrategia. No se trata de cuántos temas superas, sino de cuáles pasas. Al parecer, los problemas que elija para resolver son los dos puntos que valen... —Se le quebró la voz—. Solo hay cuatro pruebas este semestre, y no he superado la primera. Es terrible. Tengo que sacar una A en cada una de las restantes para obtener una media de B.

—¿Esto significa que Ashley lo está haciendo bien?

—¡Ja! ¿Estás de coña? —Se rio—. Claro que lo está haciendo bien. Estrategia es lo que mejor se le da. Tiene la puntuación más alta de la clase...

Ha tratado de ayudarme, pero no lo entiendo...

Suspiré y negué con la cabeza antes de decirle lo decepcionado que me sentía de que se le hubiera ocurrido pedirle a Ashley que hiciera trampa por ella, y lo mucho que me molestaba que no se estuviera tomando en serio la universidad. Le aseguré que le buscaría un profesor particular, pero que tendría que comprometerse a sesiones de veinte horas semanales, por la noche, en vez de ir a fiestas. Sabía que era la única forma de que se lo tomara en serio.

Me pareció que estaba intentando no llorar, pero me di cuenta de que no iban por ahí los tiros.

—¿Cuándo empezarán esas clases? —preguntó.

—Esta noche. Le diré a Greg que vaya a buscarte. Y te ayudaré yo mismo.

—Vale..., gracias. —Soltó un sollozo antes de colgar.

La llamada de las cuatro de Claire fue puntual como un reloj, pero, aunque quería cogerlo, no pude. En lugar de eso, encargué el chocolate caliente favorito de Caroline, pedí a una tienda de golosinas cercana que enviara un *catering* de golosinas a la oficina. Me puse a pensar en problemas de estrategia física para no hacerlo en Claire.

Un poco después de las ocho, oí que llamaban a mi puerta.

—Un segundo. — Dispuse unas cuantas calculadoras sobre el escritorio y abrí.

Era Claire... Y Caroline... Y Ashley.

—Hola, señoras —las saludé, evitando mirar a Claire. Supe que había estado llorando por la forma en la que se había maquillado y peinado el pelo, sobre la cara, pero no me atreví a decirle nada.

—Que tenga una A en estrategia no quiere decir que no quiera ir en avión privado, Jonathan. —Ashley cogió un poco de chocolate—. Me duele que no me hayas llamado, ¿es que ya no me quieres?

Puse los ojos en blanco y les señalé el escritorio.

—Empecemos, ¿vale?

Mientras Caroline sacaba los libros, me permití seguir a Claire con la mirada hasta el sofá, donde se tendió y apoyó la cabeza en el cojín. Mientras resolvía los problemas con las chicas, se fue acurrucando, mirándonos sin decir palabra.

Como de costumbre, Ashley y Caroline aprendieron pronto. Resolvieron las ecuaciones con rapidez y preguntaron lo que no entendían.

A Caroline le llevó un rato —cinco horas— comprender por fin lo que estaba haciendo mal, pero le puse un problema tras otro para asegurarme de que no se le olvidaba.

—¡Por fin! Mira que te ha llevado tiempo entenderlo... —Ashley sonrió a su gemela—. Creo que tenemos que hacer esto otra vez el fin de semana próximo. ¿Sabes cuántas fotos he subido a Twitter de las dos en el *jet* privado? Espera a que la gente vea que lo podemos hacer todas las veces que queramos...

—Vuestra modestia nunca deja de sorprenderme. —La miré negando con la cabeza y se levantó—. Caroline, ¿ahora puedes arreglártelas sola?

Asintió.

—Sí, muchas gracias...

—De nada. Mañana por la noche te habré conseguido un profesor particular. Greg está esperándoos abajo para llevaros a la pista de aterrizaje.

Me abrazaron a mí y a su madre antes de salir del despacho, haciendo que se me hinchara el corazón. Todavía no estaba acostumbrado a tener una familia, pero me gustaba la sensación... Me gustaba mucho.

En cuanto oí el tintineo de los ascensores, me di la vuelta y miré a Claire fijamente. Entrecerré los ojos tratando de hablar, pero no pude.

Todavía no tenía nada que decirle.

Entré en la *suite* y me tendí en la cama. Esperaba que se quedara dormida en el sofá y esperara para hablar cuando yo estuviera listo, pero noté que se acostaba en la cama, a mi lado.

—Por favor, déjame que te lo explique —susurró.

No dije nada.

—Estaba a punto de salir del Starbucks cuando se presentó allí. Se sentó en mi mesa y me pidió dos minutos. No quería, y te juro que no iba hacerlo... hasta que vi la mirada que tenía en sus ojos.

—¿Y?

Respiró hondo.

—Le permití que me dijera lo que quería que supiera, y cuando me dijo que Amanda tenía una enfermedad terminal..., me sentí muy mal, pero me fui de allí de todas formas. Después me siguió hasta el coche y nos pusimos a discutir. Intenté darle un rodillazo, pero él...

—¿Todavía sientes algo por él, Claire? —Por fin me di la vuelta para mirarla—. No me digas lo que crees que quiero oír. Dime la puta verdad. A

pesar de que te arrancó el corazón de tal forma que tuve que luchar para recomponértelo, a pesar de que te engañó con tu maldita mejor amiga y te hizo sentir desgraciada durante años, ¿todavía sigues sintiendo algo por él?

—¡No! No, te lo prometo. No siento nada por él.

—¿Estás segura? ¿Existe una razón por la que todavía no hayas diseñado mi alianza? ¿Por qué las invitaciones que me juraste que enviaste hace semanas no han llegado al buzón de ninguno de mis amigos? O mejor todavía: ¿puedes explicarme por qué las tartas que elegimos han sido canceladas hace dos semanas y decidiste no decirme nada?

—Jonathan...

—¿Cuál es el puto problema, Claire? ¿Por qué estás sabotando la boda que me rogaste que querías tener?

—No estoy sabotando nada, nunca lo he hecho... Eso es algo que no puedo explicarte en este momento, pero en lo que respecta a Ryan, no es posible que pienses que yo...

—En el momento en el que él se sentó en tu mesa, en Starbucks, o cuando decidiste que ibas a charlar con él, ¿no se te ocurrió que deberías haberme llamado inmediatamente? No le perteneces. No tienes ninguna obligación con él y no le debes nada. Eres mía, y esta es la última vez que te lo voy a decir, Claire. Mía. No de él. Ni de nadie más. —Apreté los dientes—. ¿Todavía no entiendes lo que eso significa?

—Sí... —murmuró.

Miré al techo y me levanté de la cama.

—Tengo trabajo. ¿Quieres que Greg te lleve a casa cuando venga?

—No..., quiero estar aquí, contigo.

—Vale. —Saqué una manta y la arropé. Luego le entregué el mando a distancia—. Buenas noches.

Entré en el despacho y saqué una botella de whisky. Me serví un vaso, me lo bebí y luego me serví otro.

«¿Por qué es tan condenadamente exasperante? ¿Por qué todavía tiene el poder de llegar a mí así?».

Me senté detrás del escritorio y me puse a comprobar los números de venta del último producto de la compañía. Luego encendí el portátil y vi el vídeo de Starbucks que me había hecho llegar el equipo de seguridad y que todavía no me había atrevido a abrir.

—Jonathan... —La dulce voz de Claire me hizo levantar la vista.

—¿Sí, Claire?

—¿Vas a quedarte aquí sentado y a seguir enfadado conmigo toda la noche?
—Se le quebró la voz—. ¿O vamos a hablar de todo lo que sea posible para solucionar este problema?

No respondí, solo me la quedé mirando.

—Vale. —Se encogió de hombros mientras las lágrimas resbalaban por su cara—. Me registraré en el hotel Fairmont durante el resto de la semana, porque no puedo vivir sola en nuestra casa. Si quieres hablar conmigo, allí estaré... Y si quieres cancelar la boda porque crees sinceramente que elegiría al cabrón de mi ex antes que a ti o que puedo tratar de arruinar deliberadamente el día más especial de nuestras vidas..., entonces... —Ni siquiera ella podía terminar la frase.

Me miraba muy dolorida, y tuve que contenerme con todas mis fuerzas para no levantarme y consolarla, para no rodearla con los brazos y decirle que pasara la noche conmigo. Sin embargo, mi corazón estaba hecho un lío, y ella no había respondido a ninguna de mis preguntas sobre las invitaciones y la tarta.

Por fin, asintió lentamente con la cabeza.

—Espero que nos veamos pronto en el hotel —dijo antes de salir de mi despacho con los ojos llenos de lágrimas.

15

CLAIRE

Me desperté en medio de la noche y pensé en Jonathan, por lo que me di la vuelta para ver si por fin había venido al hotel, pero no estaba allí.

Salí arrastrándome de la cama y fui a la sala de la *suite*, con la esperanza de verlo allí, pero lo único nuevo era una nota de la dirección del hotel.

*«Gracias por elegirnos como hogar temporal, señora Statham.
Esperamos que siga contando con nosotros en futuras estancias».*

Suspiré: había estado demasiado triste para darme cuenta de que no me había registrado formalmente. En cuanto llegué, un botones me había ayudado a salir del coche y el director del hotel me había acompañado en persona a mi habitación, sin hacerme ninguna pregunta.

«¿Así que puede llamar al hotel pero no a mí?».

Miré a mi alrededor y vi que me había enviado otro ramo de flores, igual que había estado haciendo el resto de la semana. Pero no había ninguna nota. Nada.

Fui al cuarto de baño y, de inmediato, abrí el agua caliente. Iba a necesitar un buen baño de burbujas para volver a dormirme. Me desnudé y me metí en la bañera, donde me hundí, dejando que me cubriera el agua. Luego me senté, aturdida.

Sabía que Jonathan tenía muchas razones para pensar que había algo extraño en los preparativos de la boda, pero debía saber que nunca permitiría que Ryan volviera a formar parte de mi vida, por la razón que fuera. Por otra parte, cada vez que pensaba en la imagen que debíamos de haber presentado en el aparcamiento, se me encogía un poco el corazón.

«Menudo cabrón...».

Una parte de mí quería averiguar dónde estaba Amanda, verla y darle a Ryan otra cosa en la que centrarse, pero no quería volver a enfrentarme a mi pasado; ver a mi exmarido ya había sido suficiente.

El agua caliente me cubría el pecho y rozaba el collar que me había regalado Jonathan, por lo que cerré el grifo con el pie. Antes de que supiera qué hacía, estaba llorando de nuevo con intensidad.

La semana anterior, durante la cual él no había pisado nuestra casa, había sido la peor semana en años. No podía dormir, no podía comer, y cada vez que lo llamaba y él ignoraba mis llamadas, sentía que no podía respirar.

Jonathan lo era todo para mí, y saber que no confiaba en mí, que no quería hablar conmigo, me resultaba demasiado doloroso.

Me había dolido todavía más saber a través de Ashley y Caroline, que me habían llamado para hablar sobre los últimos paquetes que habían recibido, que él había hablado con ellas todos los días de la semana pasada.

—Nos ha contado que vuestra primera cita fue en el Golden Gate. ¿Por qué no nos lo contaste entonces?

—Nos estuvo hablando de ello durante horas, deberías haberlo oído.

—Está muy tenso cuando habla de la boda últimamente... Estoy segura de que tiene una sorpresa para ti.

—¿Podrías decirle que nos vuelva a llamar por videoconferencia mañana por la noche? Y dile que lo queremos; estaremos fuera de cobertura durante todo el día.

Me pasé una esponja por todo el cuerpo y decidí acortar el baño de burbujas... Necesitaba salir a correr en ese mismo momento.

Me puse de nuevo la bata y cogí el teléfono de la habitación.

—Recepción... —respondió una mujer—. ¿En qué puedo ayudarla, señora Statham?

—Soy la señorita Gracen.

—Lo lamento, señorita Gracen; ¿en qué puedo ayudarla hoy?

—¿Hay tienda de regalos o alguna *boutique* en el hotel?

—En efecto, señora. La tienda de regalos cuenta con *souvenirs* de la ciudad y cosas para comer, y en la *boutique* puede encontrar tanto trajes de baño como ropa de temporada. ¿Le gustaría que cerremos para que pueda comprar a su gusto?

—Oh..., no, no es necesario. Me preguntaba si podrían facilitarme un chándal de talla mediana. Pónganlo en la cuenta de la habitación.

—Enseguida, señorita Gracen. —Y esperó a que yo colgara.

Me recogí el pelo de cualquier manera y me lavé la cara con agua fría para ver si se me descongestionaban un poco los ojos. Si no hubiera sido por eso,

podría haber parecido feliz en ese momento.

Antes de que pudiera volver a hundir mi cara en agua fría, llamaron a la puerta. Me aseguré el cinturón de la bata y corrí a abrir.

—Buenas noches, señorita Gracen. —El botones me entregó cinco bolsas negras—. No sabíamos en qué color le gustaría más, así que le traemos uno de cada tono.

—Muchas gracias. —Antes de cerrar le entregué una propina.

—Un poco más abajo, a unos dos kilómetros, hay un parque con caminos para corredores. ¿Quiere que uno de los chóferes la lleve allí, ya que está lloviendo?

—No, está bien... Solo voy a dar un paseo..., y tengo paraguas. Muchas gracias. —Sonreí mientras cerraba la puerta.

No me importaba que lloviera. Necesitaba aire fresco. Además, no tenía ganas de estar con nadie. Quería estar sola.

Me puse el chándal y unas zapatillas deportivas que me había traído Greg a principios de semana. Cogí mi paraguas favorito y busqué una lista de reproducción en el móvil. Luego cogí la llave de la habitación antes de salir.

De pronto, sonó otro golpe en la puerta. En el fondo deseaba que fuera Jonathan, pero sabía que solo sería otro ramo de flores, así que me acerqué para abrir.

«¿Ryan?».

—Claire, ¿podemos hablar?

Le cerré la puerta en las narices y me alejé. Luego pensé que la puerta debía de haber rebotado, porque lo sentí a mi espalda.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le espeté.

—Por favor, escúchame... —Tenía la voz llorosa—. Claire, ¿podemos... podemos comportarnos como seres civilizados durante cinco minutos?

—¿Hemos pasado de cinco segundos a cinco minutos? Por favor... —Traté de pasar por delante de él, pero me puso las manos en los hombros.

—No quiere morir sabiendo que todavía la odias... —Me miró con los ojos entrecerrados—. No es necesario que sea verdad, pero podrías decirle que la perdonas.

—Siempre mintiendo, ¿eh, Ryan? —Tenía peor aspecto del que le había visto nunca—. Hace cinco años, me hubiera gustado morir felizmente casada contigo. Sin embargo, no siempre conseguimos lo que queremos, ¿verdad? Dile que se joda, o mejor aún, ¿por qué no le dices a una de sus amigas que te

la chupe delante de ella y así podrá sentirse exactamente como me sentí yo?
—Lo dejé en la sala y me precipité a la habitación de al lado, desde donde había acceso al pasillo.

Luego descorrí la cadena de la puerta y la abrí. Mientras corría hacia los ascensores, le envié un mensaje a Greg con el código de emergencias, y luego me puse a presionar el botón de llamada frenéticamente, esperando que apareciera una de las cabinas antes de que llegara Ryan.

—Nunca fuiste así, Claire —me dijo mi ex al doblar la esquina—. ¿Qué te ha pasado?

—Creo que algunas personas sacan lo peor de ti. ¿Realmente te parece tan sorprendente que me comporte como una zorra con alguien que me engañó como tú?

Entrecerró los ojos mientras se acercaba a mí, y me empujó contra la pared por los hombros.

—Si quieres ser una zorra sin corazón durante el resto de tu vida, me parece bien, y si quieres casarte con ese idiota con el que te has prometido, también, pero lo que no vas es a faltarme al respeto. Antes que de él has sido mía, y sé cómo coño eres. Vas a venir conmigo a ver a Amanda, te guste o no. Ahora mismo.

Traté de luchar contra él, apartarlo; le golpeé en el pecho con los puños, le di rodillazos, pero él se mantuvo inmóvil.

—Claire... —dijo en otro tono de voz—, por favor, yo solo...

—Deja de joderme la vida, Ryan —solté con rabia, entre lágrimas—. ¡Ya me has hecho suficiente!

—Son solo cinco minutos... ¿No puedes dárselos?

—¡No! —Respiré hondo varias veces, tratando de no gritar—. Tengo una nueva vida, y no quiero que Amanda y tú forméis parte de ella. No quiero veros más. Sois la más baja escoria, y que ahora esté enferma no cambia nada lo que me habéis hecho. Cuando la veas, dile que la he perdonado. Dado lo bien que se te da mentir, no creo que te resulte tan difícil.

—Mira... —De repente, me soltó—. Sé que no sientes sinceramente lo que dices.

Me impulsé hacia delante y corrí hacia la escalera de servicio, con la esperanza de que se diese por vencido y me dejara en paz.

Atravesé la puerta, y, cuando estaba en mitad de un tramo de escaleras, sentí que me agarraba el brazo y me lo retorció con rudeza.

—¡Ayuda! ¡Socorro! —grité tan fuerte como pude, pero él no se inmutó en absoluto.

Me apretó el brazo con más fuerza y me acercó a su cuerpo.

—He cambiado mucho en los últimos años... —Parecía poseído, y empezaba a hacerme daño de verdad—. No te puedes imaginar cuánto, Claire. Podemos hacer esto por las buenas o por las malas, tú eliges...

Le di un empujón con el otro brazo para alejarme de él. Sus ojos se oscurecieron y siseó entre dientes. Sorprendido, me soltó y me empujó con fuerza. Traté de apoyarme en la pared, pero no pude. Perdí el equilibrio y noté que caía, y caía, y caía, hasta que todo se volvió negro mientras me dolía todo el cuerpo.

16

CLAIRE

—¿Señorita Gracen? —dijo una voz suave—. ¿Señorita Gracen? ¿Puede oírme?

Gemí y abrí un poco los ojos, aunque los cerré de nuevo ante la luz brillante que incidía en mis pupilas.

—¿Sabe dónde está?

Mantuve los ojos cerrados. No podía hablar.

—¿Podría alguien ponerle una vía nueva?

—Dejen el monitor fuera, por favor.

—¿Llevaba un móvil cuando la trajeron? ¿Alguna otra cosa además de su identificación?

A mi alrededor había ruidos chirriantes y sonidos eléctricos que se hacían más molestos cada segundo que pasaba.

Sentí un dolor agudo y punzante en el brazo derecho, y me obligué a abrir los ojos. Una enfermera estaba clavándome una aguja.

Volví a oír la suave voz que me había hablado antes.

—Está en el St. Francis, en la unidad de cuidados intensivos. ¿Vale, cariño?

Me hizo más preguntas sobre cómo me sentía, cosas como si veía en color, pero yo solo podía preguntar qué había ocurrido.

—¿Puede sentir eso? —fue lo último que me preguntó antes de que a mi alrededor todo se volviera negro.

—¿Señorita Gracen? —La suave voz familiar me despertó.

Asentí y abrí los ojos. Esta vez era capaz de mantenerlos abiertos y ver a la mujer que se dirigía a mí, una joven morena con una diadema de color rojo brillante y una etiqueta con su nombre —doctora Phillips— en la que el nombre estaba envuelto en dos corazones.

—¿Siente algo en este momento? —Me tocó la frente.

Traté de mover la cabeza, pero algo me estaba inmovilizando el cuello.

—No... —murmuré.

—Muy bien. Voy a mantener la morfina durante un par de días, y luego le prescribiré algún medicamento para el dolor que pueda tomar en casa. Ha sido muy afortunada; solo tiene una conmoción cerebral y esguinces graves repartidos por todo el cuerpo.

—¿Cómo? —grazné.

Arqueó una ceja al tiempo que sacaba un portapapeles de debajo del brazo.

—Que se ha torcido los dos tobillos, se ha dislocado el hombro izquierdo y tiene una contusión en el interior del brazo. Asimismo, tiene un esguince severo en el cuello y conmoción cerebral. No es demasiado para haberse caído por las escaleras. Como le he dicho, es muy afortunada.

Parpadeé. Estaba demasiado aturdida para decirle algo inteligente en este momento.

Rodeó la cama hasta un lugar donde no podía girar el cuello para verla, y luego volvió a entrar en mi campo de visión y me entregó el móvil.

—Tuve que ponerlo en silencio porque no dejaba de sonar. ¿Quiere que avise a alguien? ¿A su prometido, quizá? —Me miró con intención el anillo de compromiso.

Me tomé mi tiempo para tocar la pantalla y escribir el nombre de mis hijas antes de devolverle el aparato.

—Bueno, lo haré ahora mismo... —Sonrió y marcó el número—. ¿Podría hablar con Ashley, por favor? No, soy... No, yo... Mmmm, tu madre está en el hospital. Mmm, no, ahora no puede hablar, pero quiere que sepas que está bien... Cálmate, tranquila... Bueno, sí... Quería que te llamara a ti o a tu hermana para que supierais... Está en el St. Francis, habitación cincuenta, ala este. Muy bien, cariño. Adiós.

Me ahuecó la almohada y me devolvió el teléfono.

—¿Aviso a alguien más?

Le tecleé el nombre de mi madre, por lo que ella la llamó y le dejó un mensaje de voz. Después, le pedí por escrito que le dejara a Rita un mensaje para que me relevara esta semana. A continuación, le indiqué que se pusiera en contacto con Greg —que al parecer llevaba toda la noche en la sala de espera—, y esboqué una sonrisa, para que supiera que eso era todo.

—¿No quiere que llame a su prometido? —preguntó, aclarándose la garganta.

Miré la pantalla del móvil y me desplazé por las llamadas perdidas: Greg, Greg, Greg, Ryan, Greg, Greg, Greg, Ryan... Había un par de llamadas de la

tienda, pero nada de Jonathan.

Escribí «No» en la pantalla y se lo enseñé.

—Vale... Entonces, volveré a verla en breve, señorita Gracen. Si desea cualquier otra cosa, límitese a presionar el botón azul del mando a distancia y una de las enfermeras acudirá enseguida.

Sonrió de nuevo y salió de la habitación.

Había oído la lista de mis heridas, pero me parecía algo irreal, sobre todo porque no podía sentir nada. Tenía el cuerpo tan insensible que apenas podía sentirme la lengua cuando me humedecía los labios.

Confusa, levanté la mano ante mi cara y me quedé mirando el minimando a distancia gris que tenía agarrado. Solo disponía de cuatro botones: «Avisar a la enfermera», «Televisión», «Volumen» y «Luz».

Presioné el botón «Televisión» y mantuve presionado el botón «Luz» hasta que esta desapareció de la habitación. La pantalla se iluminó con el canal de HGTV, donde estaban emitiendo uno de mis programas favoritos de reformas.

Me quedé en la cama durante horas, observando cómo remodelaban un patio tras otro, hasta que ya no pude mantener los ojos abiertos.

—¿Crees que quiere gelatina?

—No creo..., jamás la toma.

—¿Y el pollo?

—Podríamos pedirle a la enfermera que le traiga más.

Abrí los ojos a tiempo de ver cómo Ashley y Caroline se tomaban la gelatina verde a cucharadas. Traté de sentarme, pero Caroline contuvo el aliento mientras negaba con la cabeza.

—Quieta. Acabarás haciéndote daño. Se supone que no te debes mover.

Asentí con un suspiro y me aclaré la garganta.

—¿Cuándo habéis llegado?

—Anoche. Jonathan se encargó de nuestro traslado después de que habláramos con la enfermera.

—Nos ha instalado en el Marriot que hay enfrente.

«¿Él sabe que estoy aquí y no está a mi lado?».

—¡Oh..., Dios mío! —Me dolía la garganta—. Bueno, es genial.

Se miraron, y como si se hubieran leído la mente, Ashley me sirvió un vaso de agua y Caroline me colocó la almohada para que pudiera sentarme y beber.

—La abuela está de camino —comentó Ashley—. Hablamos antes con ella, pero no te despertamos... ¿Te duele?

—No...

—Nos han dicho que tienes que quedarte aquí unos días más, y que tendrás que llevar cabestrillo durante un par de semanas.

—Dicen que te pondrás bien en el tiempo que te lleva recorrer el pasillo...

«Como si pudiera andar por el pasillo...».

—A mí también me lo han dicho.

—¿Sí? —Caroline sonrió—. Bueno, cuando te sientas mejor, quizá puedas aclararle las cosas a Jonathan, parece pensar que le mienten, y quiere que te hagan todas las pruebas del mundo.

Me entraron ganas de reírme, pero me habría costado demasiado. En ese momento, nada referente a Jonathan Statham me parecía divertido.

—Vamos a la cafetería. —Ashley me miró a los ojos—. Podemos pedirte lo que quieras... ¿Quizá un poco de sopa?

—No, gracias.

—Creo que, de todas formas, pediremos un poco.

—Estoy contigo —intervino Caroline—, está demasiado cansada para saber lo que quiere.

Puse los ojos en blanco mientras salían de la habitación y, antes de poder apagar las luces, vi a Jonathan de pie en la puerta.

Aparté la vista de él para mirar al frente y apreté el botón de la tele en el minimando a distancia. En ese momento prefería ver un programa sobre cómo mezclar pintura que hablar con él.

—Claire... —Me llamó en voz baja.

No le respondí. No podía creerme que hubiera ignorado todas mis llamadas durante dos semanas y que no me hubiera llamado después de no saber nada de mí durante dos días.

—Claire, ¿hoy estás mejor? —Tenía la voz ronca.

Subí el volumen.

—¿No quieres hablar conmigo?

—Te he estado llamando durante dos semanas. —Mantuve la mirada clavada en la pantalla—. Es evidente que quería hablar contigo.

Lo oí acercarse y noté el roce de su mano en mi mejilla.

—Te he llamado. Lo hice en cuanto vi que no tenía noticias de ti a la hora en punto, como habías estado haciendo... Y no respondiste.

—No, no lo has hecho. —Cerré los ojos—. No es necesario que me mientas. Admite que eres un puto egoísta y que lo único que quieres es seguir haciéndome sufrir.

—¿Perdona?

—Ya me has oído. —Ignoré el dolor de garganta—. Puedo entender que te hayas cabreado conmigo por haber hablado con Ryan, puedo, de verdad. Y lamento haberte hecho daño hablando con él. Fue un error por mi parte y no debería haberle dedicado ni un segundo de mi tiempo, pero eso pasó la semana pasada, y no he sabido nada de ti durante los siete últimos días. ¿Qué coño te pasa?

—Claire...

—Incluso Ryan me ha llamado desde que estoy aquí, ¡el cabrón de Ryan! Y al parecer es culpa suya. —Noté que le ardían los ojos—. No lo he devuelto la llamada y no lo haré nunca, pero... ¡Tú no me has llamado desde que me han ingresado en el puto hospital! Jonathan, llevo aquí dos días y... —Traté de no llorar—. Pero... ¿no te diste cuenta de que me pasaba algo cuando dejé de llamarte de repente? ¿Eh? ¿O es que solo puedes centrarte en tu ira? ¿Incluso cuando tu prometida está en el hospital?

Suspiró y abrió la boca para hablar, pero lo interrumpí.

—¿Cuánto tiempo más me ibas a dejar sola en el hotel? ¿Cuánto tiempo más ibas a seguir enviándome flores —señalé el ramo de rigor— y haciendo caso omiso de mis llamadas?

—Claire...

—¿Quieres saber por qué nadie ha recibido las malditas invitaciones de boda? —No me importó que cada vez tuviera los ojos más entrecerrados—. Porque no me gustan las invitaciones en papel, Jonathan. No eran nuestras..., así que pensé en hacer algo diferente. Por eso, llamé a todos los invitados y les di la información necesaria, como fecha y lugar de celebración, les comuniqué que no estábamos enviando invitaciones formales, y que recibirían algo unas semanas antes de la boda... Les dije que no te contarán nada porque quería que fuera una sorpresa...

—Ahora soy consciente, Claire. Pero escúchame...

—No. ¿Sabes la cantidad de tiempo que me ha llevado diseñar quinientos colgantes? ¿Quinientos colgantes que juntos forman un colgante enorme con nuestras iniciales? ¿Lo sabes? ¿De verdad?

Suspiró.

—Con respecto a la tarta de boda... No es que me haya arrepentido de nada. Sinceramente, no sé qué coño ha pasado con eso, porque yo solo quería cancelar una... ¿Y, de verdad, crees que esperaría hasta el último minuto para diseñar tu alianza? ¿En serio? Pero no quería recurrir a Valenti's, quería encargarlo en un lugar elegido por mí. Pero tú ni siquiera quieres escucharme. No me das la oportunidad... —Se me quebró la voz—. No me puedo creer que seas tan egoísta... De hecho, ni siquiera te quiero aquí. Vete... Y dile a Greg que venga, así podré darle las gracias por estar pendiente de mí. Lleva en la sala de espera todo el tiempo, que es donde deberías haber estado tú.

Había dolor en sus ojos cuando me arropó.

—Vete, Jonathan. En ese momento solo quiero tener cerca gente que se preocupe por mí de verdad...

—Claire, llegué al hospital antes que tú. —Lo dijo en voz baja—. Estaba esperándote cuando te trajeron...

«¿Qué?».

Traté de no parecer sorprendida, pero me di cuenta de que me había leído la mente.

—Iba camino del hotel Fairmont para hablar contigo y arreglarlo todo, porque estar sin ti, esté enfadado contigo o no, me sigue resultando insoportable... Cuando estaba a veinte minutos, recibí una llamada de mi equipo de seguridad para decirme que te habían empujado por las escaleras.

—No tengo ninguna llamada perdida tuya —dije con firmeza.

—Estaba usando el móvil de Greg, el mío se había roto.

—¿Por accidente?

—Greg nunca hace nada por accidente. —Miró al techo—. Estaba intentando ponerme en contacto con algunas personas para matar a Ryan y arrojar al mar su cuerpo. Por cierto, huyó una vez que llegaron los médicos, después de decir que no era su intención hacerlo, que había sido un accidente...

—Le pegué... No debería haberlo hecho.

Apretó los dedos contra mis labios.

—He estado allí sentado desde que estás en esta habitación. —Señaló una esquina que no era capaz de ver porque no podía mover el cuello—. Les he dicho que no me iba a marchar a menos que vinieras conmigo.

—¿Estabas presente cuando le dije a la enfermera que no te llamara?

Asintió con la cabeza y me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y por qué no dijiste nada?

—Estaba en estado de *shock*. —Parecía herido—. No podía creerme que hubieras dicho eso..., que no fuera la primera persona a la que quisieras llamar.

—Lo siento.

—No deberías.... —Me pasó el pulgar por la mejilla—. Me lo merecía —susurró—. Lo siento, Claire. Esto no debería haber ocurrido nunca...

Nos miramos a los ojos el uno al otro, sin decir nada más. Entonces recordé lo que me había dicho antes.

—¿Cómo supo tan pronto el equipo de seguridad que me había caído por las escaleras? —pregunté—. ¿Tenías a alguien siguiéndome?

—Siguiéndote no, protegiéndote. —Me cogió de la mano—. Al parecer estaban tomando café cuando Ryan fue a verte...

—¿Están siempre vigilándome?

No respondió. Se limitó a pasar los dedos por el cabestrillo que tenía en el brazo izquierdo y negó con la cabeza.

—Lamento que no fueran capaces de evitar esto... Nunca debería haber permitido que Ryan se acercara a ti.

—¿Los has despedido?

—Allí mismo. —Me besó en la frente—. Hablaremos de todo esto más tarde. Ahora descansa.

—¿Podrías preguntarles a los médicos cuánto tiempo más voy a estar aquí? El entumecimiento está comenzando a desaparecer.

—Unos días más. —Me miró con pesar—. Pero no vamos a centrarnos en eso. Prefiero saber por qué no te presentaste el miércoles a la cita con la organizadora de la boda.

—Pensaba que la habías suspendido.

—¿Por qué pensabas eso?

—Recibí una llamada de tu parte anulando la reunión con el abogado, y dado que no te presentaste a la anterior el otro día...

—Cancelé la cita con el abogado porque querían que firmara un acuerdo prenupcial, no porque no quiera casarme contigo. —Negó con la cabeza—. Y dado que tú no te presentaste en el lugar a tiempo... Y podrías haber llegado tarde porque estuve esperando más de una hora... —Sonrió—. Te he hecho una promesa, y da lo mismo si estoy cabreado contigo o no: sigues siendo el

terco amor de mi vida... ¿Todavía sigues queriendo casarte conmigo, Claire?

—Sí...

Se inclinó y me besó la mejilla.

—¿Quieres posponer la boda? —Me miró de arriba abajo—. ¿Hasta que estés mejor?

—No.

Arqueó una ceja.

—No quiero prolongar más la espera, y cuatro semanas es tiempo de sobra para recuperarme.

Sonrió mientras me besaba en la frente.

—No has cambiado nada en la última reunión con la señorita Corwin, ¿verdad?

—En realidad sí. —Sonrió—. Pero han sido solo un par de cosas.

Me puse alerta.

—¿Qué par de cosas?

—Detalles de la forma del salón de baile, del material del suelo, de la iluminación...

—Básicamente todo, ¿no?

—Creo que sí. —Me besó de nuevo la mejilla—. Ese día no tenía mucha ayuda.

—Jonathan, me dijiste que podía elegirlo todo. Tenía las ideas perfectas para la recepción, y ahora has ido y... No puedo creérmelo. ¿Es que tienes que controlarlo todo? —Gemí cuando se acercó a apagar el televisor—. No había terminado de verlo, y tampoco hemos terminado de hablar sobre nuestra boda. ¿No puedo ponerme en contacto con ella por teléfono para que pueda explicarme lo que has cambiado y asegurarme que todo va bien?

—No. —Apagó la luz.

—¿No puedes al menos darme algunos detalles tú? No es que no me fíe de tu gusto, pero... —Sentí que sus labios cubrían los míos con suavidad, con ternura, como si quisiera ser lo más cuidadoso posible.

—Duerme, Claire.

17

CLAIRE

DOS SEMANAS DESPUÉS...

Atravesé la habitación lentamente, ignorando el leve dolor en el pie derecho mientras le suplicaba a mi cuerpo que siguiera en movimiento.

«¡Un poco más...! ¡Un poco más...!».

Di cinco pasos más y me derrumbé en el sofá cuando llegué a él.

La fisioterapeuta aplaudió antes de darme un vaso de agua.

—Muy bien, señorita Gracen. —Estaba radiante—. Han sido dos horas de entrenamiento. Va a recorrer el pasillo con facilidad. ¿Su prometido le deja esforzarse un poco más ahora que está en casa?

«No...».

Le dije que sí, pero Jonathan no me dejaba mover un dedo. Se había tomado vacaciones en la empresa para poder atender todas mis necesidades. Incluso había organizado que construyeran una réplica de la *suite* nupcial en la planta baja del lugar elegido para la recepción de la boda, para que pudiera usar la silla de ruedas, algo que, en realidad, no iba a necesitar ni por asomo.

Había tratado de convencerlo de que no me dolía, y de que no necesitaba que me atendiera un fisio, pero se había negado a escucharme y a dejarme ir a trabajar. Mi personal venía a casa durante todo el día, y trabajábamos allí. Además, cuando tenía una cita con un cliente, lo recibía en la piscina.

En cuanto a los ejercicios que me recomendaban hacer en casa, siempre estaba dispuesto a ayudarme. Aunque tuviera que acompañarme mientras daba vueltas durante una hora por la habitación sin esbozar una mueca de dolor o cuando lloraba durante medio día porque no era capaz de mover el hombro derecho, se mostraba paciente y alentador.

—Sinceramente, ¿cuánto tiempo tardaré en volver a correr? Y ya que estamos, ¿podrías dejarle al señor Statham una nota diciéndole que puedo moverme sin esa maldita silla de ruedas? No me deja moverme por casa.

Sonrió y sacó una libreta del bolsillo.

—Claro. Es posible que dentro de cuatro meses puedas hacer *jogging*... Con respecto a correr... —Negó con la cabeza—. Ya iremos hablando de eso. Te voy a dar una nueva tabla de ejercicios.

Me sonó el móvil y me lo llevé a la oreja, sin mirar quién me llamaba. Jonathan acostumbraba a llamarme cuando terminaba la sesión de fisio.

—Dame unos minutos más —le dije—, están dándome la tabla de ejercicios.

—Claire... —Era Ryan.

Colgué.

El móvil sonó de nuevo y respondí, pensando que ahora sí era Jonathan.

—Por favor, no me cuelgues, Claire. —Era el cabrón de mi ex otra vez—. Estoy... Siento mucho haberte empujado. Nunca fue mi intención hacerte daño... Por favor, créeme.

—No pienso creerte. Y espero que estés muy lejos, porque hay un montón de gente buscándote.

Suspiró.

—Solo quiero que sepas que Amanda se está recuperando bien de la operación. —Se interrumpió—. La segunda fase fue hace una semana, y aunque era muy arriesgada, está funcionando bien.

—Bien, mejor para ella y para ti. Trata de no empujarla por la ventana. Adiós. —Y corté la comunicación.

Cuando me llamó, no respondí. Luego insistió dos veces más antes de que, finalmente, yo silenciara el móvil.

Estaba a punto de llamar a Jonathan para decirle que estaría en el jardín, pero Ryan me envió un mensaje de texto.

«Una de tus empleadas ha mencionado que recibes tratamiento en el St. Francis... Ella también, habitación 2323. Yo no estaré por allí, por lo que no tendrás que verme ni hablar conmigo..., pero ve a saludarla. Es todo lo que te pido».

No estaba segura de qué me había hecho cambiar de opinión, pero pensé que no estaría mal hacerle una visita, que no me vendría mal ver cara a cara a la mujer que había alterado mi vida de una forma tan drástica.

Las luces brillantes y las paredes grises desencadenaron en mí recuerdos del pasado, cuando Amanda se había pasado el verano en la cama y yo tenía que llevarle sus ositos de peluche y entretenerla con chismes de lo que se había

perdido en el instituto.

Siempre me dolía verla conectada a tantos tubos, pero jamás había dejado que la preocupación se me notara en la cara. Siempre le había dicho que esa sería la última vez, que nunca volvería a estar en esa habitación de nuevo, y después de que nos graduáramos juntas en el instituto, había pensado que esas frases eran ciertas.

—¡Siguiente! —La mujer que estaba en el mostrador me indicó que diera un paso adelante—. Necesito su carnet de identidad y el ticket del aparcamiento para verificarlo. Si ha llegado en autobús, tendría que mostrarme otra identificación.

Le enseñé mi carnet de identidad y la ficha de terapia.

—Señorita Gracen, ¿a quién quiere ver?

—A Amanda Meadows. Es paciente de oncología.

—¿Amanda Meadows? —Negó con la cabeza mirando la pantalla.

—Lo siento. —Me aclaré la garganta—. Amanda Hayes. Meadows era su apellido de soltera.

Asintió y rellenó una tarjeta verde que me entregó posteriormente.

—Las horas de visita no pueden prolongarse más allá de las nueve a menos que los médicos de planta le den un permiso especial. No pierda su identificación, le devolveré el carnet cuando me la devuelva. Su amiga está en el piso veintitrés. ¡Siguiente!

Me puse el bolso al hombro y me acerqué lentamente a los ascensores, respirando profundamente.

«¿Por qué estoy haciendo esto? No le debo nada».

Antes de que pudiera dar marcha atrás, se abrieron las puertas del ascensor y me obligué a entrar. Pasaron varios minutos antes de que llegara al vigesimotercer piso, ya que fue como si el ascensor se detuviera en todas las plantas y fuera entrando y saliendo gente concentrada con sus móviles.

—Veintitrés... —Anunció el sistema por los altavoces con un zumbido, y me adelanté para salir.

Bajé la vista a la identificación que me habían dado, donde estaba escrito el número de habitación de Amanda, y fui hacia la izquierda. Cada habitación tenía un número encima de la puerta.

«Habitación 2323».

Apoyé la frente en la puerta, obligándome a no poner una mueca al ver su nombre, Amanda Hayes, en una tarjeta junto al número, escrito con tinta roja.

Llamé cuatro veces sin obtener respuesta, así que me encogí de hombros, decidida a alejarme, pero en el último momento oí un débil «Adelante».

Vacilé, sin saber si debía enfrentarme o no a ella.

Por fin, giré el pomo y avancé hacia delante. Cuando asomé la cabeza, sus ojos se encontraron de inmediato con los míos.

Me quedé paralizada, sorprendida por su espantoso aspecto. Tenía la piel pálida, los ojos amarillentos y su pelo había desaparecido. No se parecía nada a la mujer con la que me había encontrado en el *catering*.

Miré a un lado de la cama y vi una peluca de cabello castaño en la mesilla de noche.

—¿Claire? —dijo con la voz ronca mientras se sentaba lentamente—. Nunca he llegado a creer que vinieras a verme...

—Ni yo. —Mantuve las distancias—. He oído que la operación ha salido bien.

Asintió con la cabeza.

—Así es.

—Bueno, me alegro por ti... —Desvié los ojos a los arreglos florales que había en el alféizar de la ventana. Se trataba de rosas rojas; las mismas que me enviaba Ryan cuando estábamos casados.

—¿Quieres sentarte? —Se aclaró la garganta—. Si no estás muy ocupada, es que...

—En realidad sí que lo estoy. —Di un paso atrás—. Ni siquiera estoy segura de por qué he venido. Te deseo lo mejor, y sé que estarás bien en el futuro... Adiós, Amanda. —Me di la vuelta para alejarme.

—¡Espera! —Me detuvo con un grito gutural que parecía surgir del fondo de sus pulmones.

Me detuve, y la miré por encima del hombro.

—Por favor, escúchame... Si una parte de tu corazón, por pequeña que sea, puede perdonarme lo que nos hice, a nosotras, a nuestra amistad..., lo apreciaría muchísimo. Trato de arreglar mi vida y ser más positiva, así que me gustaría poder hacer borrón y...

—¿Borrón y cuenta nueva? —Me di la vuelta poco a poco—. ¿Es eso lo que quieres decir?

Asintió débilmente con la cabeza.

—No quiero que esto siga pesándome en mi conciencia... Hay días que la mera idea de lo que te hice... me hace sentir tan enferma que no puedo

soportarlo y tengo que vomitar, literalmente, y lloro hasta que me quedo dormida... Hace años, y todavía no me lo puedo creer. Quiero que sepas que lo siento de verdad, Claire, que lamento todo lo que pasaste por mi culpa. — Hizo una pausa—. Sé que no podemos volver a ser amigas, a pesar de que me encantaría... Aunque sí quiero ser capaz de tener la conciencia tranquila de nuevo, de pasar un año entero sin despertarme en medio de la noche pensando en lo que pasó...

Respiré hondo, tratando de tragarme la amargura que había sentido hacía años, el desagradable sabor de la traición. Pero seguía allí, tan agrio como siempre. Estuviera enferma o no, seguía siendo una zorra...

Me acerqué a su cama y la miré directamente a los ojos, presa de la tentación de apretar la bolsa de oxígeno hasta que rogara que parara.

—Debería pesarte en la conciencia todos los días —dije entre dientes—. Cada puto día. Cada vez que mires sus malditos ojos, esos de los que solía hablarte, ¿recuerdas? Grises en verano y verdes en otoño. Cada vez que esté sobre ti y tengas que ver el tatuaje que tiene en el pecho donde pone «Claire», ese que no se puede quitar porque tiene justo debajo una queloide, deberías sentirte como una mierda. No mereces tener la conciencia tranquila, Amanda, jamás conseguirás por mí un borrón y cuenta nueva. Nunca.

—Claire...

—No. —No quería darle la oportunidad de responderme—. Quiero que sepas que estoy comprometida con el hombre de mis sueños, el hombre perfecto. Es todo lo que puedo desear en un hombre, y mucho más de lo que Ryan puede llegar a ser. Y a pesar de que tenía que apartarme de Ryan para encontrarlo, no me merecía perderlo de esa forma, que me lo arrebatara mi mejor amiga.

—Lo siento.

—Amanda, arruinaste mi vida. Y no fue cosa de una vez, estuvo ocurriendo durante meses. ¡A mis espaldas! ¿Cómo podías vivir entonces contigo misma? ¿Cómo podías estar conmigo y sonreírme sabiendo que después... ?

—No podía mirarla sin enfadarme, y de repente, noté que me temblaba la mano de forma espasmódica—. Pasabas el tiempo conmigo sin sentir ni un maldito remordimiento, fingiendo que no estaba pasando nada. Pero durante todo ese tiempo ¡tú lo sabías! Sabías lo que pasaba y no me dijiste...

Antes de que pudiera arrearle la bofetada del siglo, sentí que alguien me agarraba la muñeca desde atrás y me sujetaba el brazo. Jonathan.

Vi que Amanda entrecerraba los ojos, como si todavía esperara que mi mano impactara con su mejilla, y luego me volví para enfrentarme a Jonathan.

Arqueó una ceja y me miró. La expresión de su cara era de confusión, incertidumbre, decepción.

—Vete de aquí, Claire. —Me limpió una lágrima de la cara—. Ahora.

Ni siquiera me molesté en volver a mirar a Amanda. Quería recordar la cara que tenía hacía unos segundos durante el resto de mi vida.

«Zorra cobarde».

Salí y fui al cuarto de baño de señoras que había al lado. Frustrada, me incliné sobre el lavabo para lavarme la cara con agua.

—En serio, no tenía intención de empujarte... —Ryan se aclaró la garganta, sobresaltándome, y me obligué a darme la vuelta.

—Ryan, mantente lo más alejado posible de mí. No estoy de humor para más mierda, y ya me has causado suficientes problemas. Vete a consolar a tu esposa. —Di un paso hacia él, pero me agarró por el codo y me apretó contra la pared.

—Escúchame... —Tenía los ojos llenos de lágrimas—. No esperaba que vinieras a verla, pero te lo agradezco. Me da igual que la perdones... o no, creo que haber venido significa mucho para ella... Y para mí.

—Necesitas ayuda profesional... —Traté de alejarme, pero él me retuvo contra la puerta.

—Para que lo sepas, Claire, lo que teníamos ella y yo solo era lujuria. Con el tiempo se transformó en amor, pero...

—Sinceramente, me importa una mierda lo que concierne a vosotros. No sé cómo decírtelo ya, pero ojalá pudieras... —Le miré los brazos y luego la puerta—. Suéltame para que pueda irme.

—No hasta que me escuches.

Suspiré. Si no hubiera tenido las piernas tan rígidas, habría intentado liberarme y correr hacia la puerta, pero sabía que no habría podido escapar de él.

—Ryan... —Suspiré de nuevo para resultar más enfática—. En esta ciudad hay sacerdotes por todas partes, y están dispuestos a escuchar tus problemas de forma gratuita. Búscate uno, porque yo no tengo tiempo.

—Me gustaría tener otra oportunidad contigo, Claire.

La tierra se abrió bajo mis pies y perdí la capacidad de hablar. Estaba

impactada, volada, disgustada.

—Ya me has oído... —Acercó la cara a la mía—. Otra oportunidad para ti y para mí. Sería todo tan fácil... Lo sé porque siempre fue así. Cuando te perdí, me sentí vacío —continuó—. No tenía ni idea de que ibas a recogerlo todo y largarte como lo hiciste. Es decir, que te dijera que siempre había sentido algo por Amanda no quería decir que hubiera dejado de sentirlo por ti. Solo era... un punto difícil de mi vida. Pensé que al menos hablaríamos del divorcio, pero tú... Lo presentaste al día siguiente. No lo esperaba...

—Ryan... —Apenas logré hablar—. Basta. Basta ya.

—Todo fue tan rápido... Unos meses después te habías mudado aquí y me habías echado de tu vida como si fuera...

—¿... un ser patético, asqueroso y sin valor?

—Estabas enfadada. —Me apretó el pulgar contra los labios—. Y tenías todo el derecho del mundo a estarlo... Pero la gente comete errores, Claire... He intentado que todo funcione con Amanda, e hice lo correcto al casarme con ella, pero... durante el primer año y medio solo podíamos hablar de lo culpables que nos sentíamos por lo que te habíamos hecho a ti.

Intenté empujarlo con todas mis fuerzas. No quería oír el resto de esa mierda, no me importaba.

—Sabes que no quería empujarte escaleras abajo... —dijo mientras me cogía la barbilla—. Y a pesar de lo que me ha hecho tu novio, que ha conseguido que me despidan y que esté en la lista negra para que no me contrate ningún bufete de Pittsburgh, creo que tú y yo podríamos reconstruir lo que teníamos. Tengo bastante dinero ahorrado, y te lo entrego todo. Amanda está hablando ya de divorcio por quinta vez, y creo que eso significa que por fin... ¿No lo ves? Nuestras vidas eran perfectas sin él, por eso debemos volver a estar juntos. Sé lo mucho que me has echado de menos, porque yo también te he añorado...

Sentí que mis ojos se abrían todo lo que podían. Era doloroso verlo así, pero por alguna razón no podía apartar la vista.

—Lo que teníamos era especial... —Me acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Era algo que no he vuelto a sentir. Y durante todos estos años, he deseado poder volver atrás en el tiempo y cambiar lo que ocurrió.

Lo siguiente que vi fue un puño impactando contra su mejilla. Tardé unos segundos en darme cuenta de que era Jonathan, y que estaba golpeándolo con tanta fuerza, con tanta rabia, que oí como si se le fracturara algún hueso.

Ryan trató de defenderse, moviendo los puños en el aire, pero Jonathan le golpeó directamente en el ojo y lo estrelló contra la pared. Pensé que entonces Jonathan lo dejaría en paz, que permitiría que Ryan se fuera con un ojo ensangrentado o la mandíbula rota. Pero se acercó y le dio puñetazos en las costillas una y otra vez hasta que Ryan se deslizó hasta el suelo, pidiéndole que se detuviera. Todavía no convencido, Jonathan se puso sobre él y le golpeó la cara varias veces más, hasta que mi ex no pudo decir ni una palabra más.

Me llevé las manos al pecho, jadeando ante lo que veía: Ryan se había acurrucado en posición fetal, con los ojos cerrados por la hinchazón, manchando el suelo de sangre.

Tranquilo como siempre, Jonathan se acercó al lavabo y se remangó la camisa. Luego se tomó su tiempo para lavarse las manos. Cuando terminó, cogió una toalla de papel y se las secó como si no acabara de darle a alguien una paliza brutal.

Me miró a los ojos mientras sacaba el móvil.

—¿Greg? Sí, estoy en el vigesimotercer piso, en el cuarto de baño de señoras. ¿Podrías enviar a alguien que ayude al señor Hayes a llegar a urgencias, por favor? Sí, necesita ayuda de inmediato. —Hizo una pausa—. Acompañaré a Claire a dejar la identificación y nos reuniremos en el garaje contigo. Sean llevará mi coche a casa. Gracias.

Cuando interrumpió la llamada, me rodeó la cintura con el brazo y salimos del cuarto de baño. No nos dijimos nada, y tampoco nos miramos.

No supe qué hicimos al llegar a la planta baja ni el tiempo que tardó en recuperar mi carnet de identidad, pero lo siguiente que supe era que estaba sentada en el asiento trasero de la limusina, mirando las calles por la ventanilla.

Cuando nos acercábamos a la autopista, me giré para enfrentarme a Jonathan.

—Casi lo has matado.

—Te ha puesto las manos encima. —Me miró con los ojos entrecerrados—. Tiene suerte de que no lo haya hecho.

Tragué saliva mientras seguía sentada en silencio a su lado, todavía en estado de *shock* por la escena que se había desarrollado en el cuarto de baño delante de mí. No sabía que Jonathan era capaz de golpear a alguien de esa manera. Me había parecido poseído, obsesionado... Parecía capaz de matarlo,

como decía.

—¿De verdad has hecho que lo despidan... y que esté en la lista negra de todos los bufetes de Pittsburgh? —susurré.

—No, está en la lista negra de todo el país.

Silencio.

—No habrás golpeado a Amanda... —tenía la voz temblorosa—, ¿verdad?

—Nunca he golpeado a una mujer, Claire. —Me miró a los ojos—. Solo le dije que no estabas interesada en volver a verlos, y que no quería que mi futura esposa tuviera una mala noche debido a su interferencia. —Levantó mi mano y me pasó el pulgar por los nudillos—. He pagado su operación, ya que las cosas podrían ponerse feas para ellos dado que Ryan no tiene trabajo, y también me haré cargo de la factura del hospital de él por las lesiones que le he causado.

Estaba segura de que leyó el miedo en mis ojos, porque me cogió la cara entre las manos y apretó los labios contra los míos.

—Iré a por cualquiera que te haga daño, Claire. A por cualquiera.

Asentí y dejé que me estrechara contra su pecho, que me acariciara la espalda con la punta de los dedos.

—No tendrás que preocuparte por ellos nunca más.

18

JONATHAN

—¿Existe alguna razón por la que acabo de recibir una llamada de un hombre que dice que le has roto la nariz en el cuarto de baño del hospital? —Milton entró en mi despacho—. Por favor, dime que es una broma.

—Bueno, no le he roto la nariz, solo la mandíbula.

—Vale, y también le has roto las costillas y la clavícula. Estoy seguro de que se alegra de que abandonarás la pelea.

—Ya he pagado la factura del hospital, e incluso la terapia posterior. Ha pasado más de una semana, ¿acaso quiere demandarme?

—Claro que quiere demandarte, Jonathan. ¡Es abogado! ¿Qué cojones pensabas que iba a hacer?

Me encogí de hombros.

—Me haré cargo de todo. ¿Deseas hablar hoy de algo interesante?

Miró al techo y me entregó una carpeta.

—Estas opciones de acciones serán puestas hoy a nombre de tu esposa. Ya he añadido un acceso a todas tus cuentas personales y tendrá acceso libre el día que firméis la licencia de matrimonio... Pleno acceso a todo tu dinero... A todo tu...

—¿Algo más?

—Sí. —Sacó una cajita del bolsillo y me la entregó—. Felicidades. Es una pluma, por si se te ocurre la improbable idea de cambiar de opinión en los próximos días. También hay un regalo para Claire. Me gusta más de lo que supones.

—Muchas gracias. Nos veremos en la boda. —Me reí cuando salió de mi despacho.

Justo cuando estaba a punto de seguir su ejemplo, Corey entró y cerró la puerta, mirándome con los ojos entrecerrados.

—¿Sí? —pregunté, observándolo de la misma forma—. ¿Algún problema, señor Walters?

—Sí. Hay un puto problema.

—Me parece una frase muy recargada, ¿no crees?

—Greg no va a ser tu padrino en la boda, Jonathan. Lo seré yo, y si tienes un problema con que...

—Tengo un problema con eso.

—Greg no es tu mejor amigo.

—Greg no está tirándose a mi hermana.

—Ni yo. —Sus ojos se convirtieron en rendijas—. Me gusta mucho Hayley. Muchísimo. Joder, incluso es posible que la ame. Y mira que yo no tengo demasiado claro lo que significa esa puta palabra, pero con ella todo es diferente. No es como las demás mujeres con las que he estado.

—¿No es como las demás mujeres con las que has estado en tu vida, o solo con las que has estado este año? Te has tirado a más de cincuenta mujeres en los nueve últimos meses.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabe ella?

No me respondió, pero su expresión lo decía todo.

—No soy el protector de Hayley —le dije, negando con la cabeza—. No puedo decirle qué debe hacer o con quién no debe salir, pero la conozco bien. La has protegido durante algunos de esos años, y ahora... Sin duda puedes darte cuenta de por qué no me parece bien que se comprometa con un hombre que: a) no es capaz de comprometerse con una mujer, b) se tira a todas las que puede y c) no quiere ataduras. Nunca. ¿Quieres que crea que has cambiado de repente porque has tenido algunas conversaciones con el corazón en la mano con mi hermana? ¿Y todo porque ella no se ha metido en tu cama como todas las demás mujeres del mundo?

—Jonathan... —Parecía sincero—. Nunca te he hablado de las mujeres con las que estaba porque no me importaban. Nunca me he preocupado por ninguna de ellas ni por sus sentimientos. Pero Hayley me importa. Siempre he...

Un espeso silencio flotó en el aire entre nosotros, y por mucho que quisiera golpearlo como había hecho con Ryan, no podía hacerlo. No quería admitirlo, pero había visto un cambio en Hayley, y ella era la que más importaba en esta ecuación.

Claro, seguía siendo la misma empleada terrible de siempre, pero ahora parecía más feliz. No lanzaba risitas falsas, y sus sonrisas hacían que se me hinchara el corazón. Su felicidad parecía obedecer a un cambio real.

«No me lo puedo creer...».

—Corey... —Mantuve la voz firme—. Como le rompas el corazón a mi hermana, como seas responsable de una miserable lágrima suya, te asesinaré. Y entonces lo vas a sentir de verdad...

Parpadeó antes de sonreír.

—¿Cuánto tiempo has estado pensando ese discursito?

—Toda la semana. ¿Le he puesto demasiado énfasis?

—No, ha estado bien. —Parecía impresionado—. Ha sido la última frase la que me ha dejado confuso. La próxima vez, dila más despacio para que suene más amenazadora. La has pronunciado demasiado rápido.

—Lo de asesinarte lo decía en serio.

Asintió y se acercó a mí moviendo la mano.

—No pienso hacerle daño. Bueno, dime dónde está la caja con los anillos que tiene que llevar el padrino este fin de semana.

—Debería estar en tu casa. Angela la ha enviado esta mañana.

Claire y yo recorrimos el jardín del hotel de la mano. Nos casaríamos al día siguiente, y aunque habíamos estado con unos y otros todo el día, casi no nos habíamos hablado.

Esa mañana habíamos probado una selección final de los dulces de Stella, habíamos escuchado un par de pruebas de canciones de la orquesta que había contratado y habíamos revisado el espacio, recién construido, donde se celebraría la recepción de la boda.

Ella había querido entrar a echar un vistazo al lugar del enlace antes de la ceremonia, pero no la dejé; quería que fuera una sorpresa.

—¿Crees que van a recordar lo que he dicho sobre los pétalos de flores? ¿Lo que quiero que se vea en el pasillo? —preguntó.

—Estoy seguro de que se acordarán. —La llevé hacia mí.

—¿Y las fundas de las sillas? Les indiqué que quería que fueran atadas, pero nadie parecía prestarme atención.

—Seguramente porque era la décima vez que se lo decías. Son profesionales.

Suspiró.

—Quiero que sea la boda perfecta...

—Lo va a ser. —Me incliné para besarla en los labios, pero se apartó de repente de mí.

—Basta —se rio Helen—. Dios, vais a acabar conmigo. Ya os veréis en la boda. A partir de entonces, tendréis toda la eternidad para vosotros. Ha llegado la hora de los tratamientos de *spa*, Claire.

—¿Ahora mismo? —parpadeó.

—Sí, ahora mismo. —Se la llevó lejos de mí, y Claire me lanzó un beso.

Sonreí mientras se lo devolvía antes de que desapareciera de mi vista. Estaba impaciente por que llegara el día siguiente.

19

CLAIRE

No podía dormir.

El corazón me latía acelerado en el pecho, y, a pesar de que el aire acondicionado estaba a tope, estaba sudando. No podía dejar de pensar, sonriente, en todo lo que me esperaba al día siguiente, en la forma en la que mi vida cambiaría cuando me convirtiera en la señora Statham.

Nerviosa, salí de la cama y fui al cuarto de baño. Empapé una toalla en agua fría y la apreté contra mi cara, procurando no tocar los extraños parches blancos que Bobbie Jo y Kim me habían puesto en las cejas.

Los tratamientos del *spa* que habíamos disfrutado por la tarde habían sido más profundos que los de Costa Rica, y no me habían permitido decir ni una sola palabra sobre cualquiera de ellos. Ni siquiera me habían permitido ver a Jonathan cuando se presentó en la *suite* con flores, alegando que ver al novio la noche antes de la boda daba mala suerte.

Me miré en el espejo y suspiré. No me acostumbraba a dormir sin Jonathan a mi lado.

Había decidido tomarme un poco de vino para relajarme cuando oí unos suaves golpes en la puerta. Me puse la bata y eché un vistazo por la mirilla.

«¡Jonathan?».

Abrí la puerta.

—¿Qué haces aquí? —susurré.

—Necesito hablar contigo.

—¿Quieres suspender la boda?

—No.

—Entonces no deberías estar aquí. Vete.

Puso los ojos en blanco.

—Ven a dar una vuelta conmigo.

Negué con la cabeza.

—Se supone que no debes verme hasta la boda.

Sacó unas gafas de sol y una gorra de béisbol del bolsillo.

—Entonces no te veré. Tenemos que hablar.

Me puse las gafas de sol y la gorra en la cabeza antes de salir de la habitación.

Me cogió de la mano y me llevó por el pasillo hasta el ascensor, manteniendo la mirada al frente. Cuando llegamos a la entrada, un botones trajo su coche y nos abrió las puertas.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Al lugar donde vamos a celebrar la boda.

—¿Por qué?

—Porque tenemos que verlo juntos antes de mañana. —Esperó a que me abrochara el cinturón de seguridad antes de acelerar hacia la noche.

Media hora después, detuvo el coche encima de los adoquines y me ayudó a caminar por ellos. Me deslizó el brazo alrededor de la cintura para entrar en el lugar donde la señorita Corwin y su personal estaban ocupados con detalles de última hora.

La mujer arqueó una ceja al vernos entrar.

—¿Ustedes dos no deberían estar en la cama? —Sonrió—. ¿Por separado?

Jonathan me besó en la mejilla.

—Queríamos echar un último vistazo juntos para comprobarlo todo.

Ella asintió con la cabeza y nos acompañó por el pasillo, donde otro miembro de su personal estaba ultimando un arreglo floral de más de tres metros de altura.

—La ceremonia será al otro lado de esa puerta, ¿recuerdan? Y la sala donde celebraremos la recepción está a la derecha. En realidad... —Sacó un trozo de papel del bolsillo—. Este es un plano a escala, pueden verlo ustedes mismos, aunque tendrán que marcharse dentro de tres cuartos de hora como muy tarde. No quiero que los fotógrafos puedan captar imágenes suyas.

Nos reímos mientras avanzábamos por el pasillo.

Quería llegar a la sala de la recepción, para poder estudiar los cambios que él había introducido, pero me abrazó, haciéndome suspirar.

—Eso lo verás mañana —me aseguró.

Cuando salimos a la oscuridad exterior, vi cientos de sillas blancas marcadas con señales en color marfil, rosado y otros colores pastel, así como una glorieta blanca preciosa cerca del borde de la hierba recién plantada.

—Ven aquí. —Jonathan me condujo por el pasillo hasta la glorieta. Me indicó que me sentara en un banco y suspiró—. Quiero que veas esto antes de

que te lo entregue mañana, porque a partir de entonces, no quiero que te lo quites nunca.

Metió una mano en el bolsillo y sacó una caja de joyería que me tendió. Negué con la cabeza, rechazándola.

—Eso da mala suerte... Tienes que ver tú la tuya antes. —Metí la mano en el bolsillo de la bata y le puse la cajita encima del muslo.

La estudió durante un buen rato, y luego la abrió y se quedó quieto. Por fin, me acerqué y sostuve la alianza ante la luz.

—«Mi último amor, mi alma, mi todo» —leyó en voz alta, haciendo que contuviera la respiración.

Sonrió mientras sostenía el anillo en la palma de la mano; era una banda de platino con dos delgadas hileras de diamantes diminutos, con una C y una J grabadas y entrelazadas en un sello central.

—Es preciosa, Claire... —susurró con la voz ronca—. Lamento haber pensado que no querías diseñarla. —Negó con la cabeza y dejó la alianza de nuevo en la caja—. Mira la tuya.

Me volvió a entregar la caja abierta, y tuve que contener el aliento en el momento en que vi las piedras preciosas que brillaban en la noche. Introduje el dedo en la caja y lo pasé por los diamantes blancos y azules que estaban dispuestos en forma de ola. Entre ellos, flotaban las palabras «Señor y señora Statham», y en el interior de la banda había otra frase: «Para siempre tuyo, mía para siempre».

Sentí que me caían las lágrimas por la cara y metí los dedos por debajo de las gafas de sol para secarlas.

—Quiero leerte mis votos. —Me besó la mejilla húmeda.

—Pensaba que habíamos quedado en que no escribiríamos votos...

—Estos quería que los escucharas solo tú. No son apropiados para decirlos en público. —Sonrió y me limpió una lágrima de la mejilla—. ¿Por qué estás llorando?

—No estoy llorando.

—Jamás aprenderás a mentir bien. —Me limpió nuevas lágrimas y se inclinó hacia delante como si fuera a besarme, pero se contuvo—. Claire Gracen..., la primera vez que follamos...

—¿En serio?

—Claro que no. Solo quería asegurarme de que estabas escuchándome. —Sonrió—. Cuando te conocí y me rechazaste, sinceramente pensé que estabas

loca, que no era posible que no quisieras salir conmigo. Se me ocurrió que estabas jugando a hacerte la difícil, pero entonces, volviste a rechazarme en el trabajo... Cuando por fin me diste la oportunidad de mostrarte como era, en un tiempo limitado, nada menos, y casi no me hablaste..., supe que eras especial.

»Y cuanto más tiempo pasábamos juntos, dejando a un margen el sexo increíble, no pude evitar enamorarme de ti... Sé que no creías que pudieras tener una segunda oportunidad en el amor, y que te molestaba nuestra diferencia de edad, pero quiero que sepas que jamás he pensado en los años que nos separan ni un segundo, y que nunca... Por favor, si ocurriera alguna tragedia entre hoy y mañana, quiero que sepas que antes de ti no conocía el amor, y que eres, sin duda, el amor de mi vida.

Me temblaba el labio inferior, y ya no intentaba siquiera reprimir las lágrimas.

—Eres la mujer más hermosa que he conocido en mi vida, y estoy deseando poder decir oficialmente que eres mía para siempre... —Apretó un dedo contra mis labios—. Nunca te haré daño ni te traicionaré, ni permitiré que nadie lo haga.

—Jonathan... —Ahora sí estaba llorando. Todo esto era demasiado intenso.

—Pienso seguir enviándote flores todos los días, porque son ellas las que te merecen, porque haría cualquier cosa por ti..., y prometo amarte, apreciarte y follarte hasta dejarte sin aliento durante el resto de nuestras vidas.

Sorbí por la nariz y solté una risita.

—Esos votos son preciosos... Sobre todo la última frase.

—Esa fue la más difícil de escribir. —Me besó en la frente—. Te amo, Claire.

—Yo también te amo. —Me inclinó hacia él para besarlo, pero me detuvo poniéndome las manos en los hombros—. Mañana... —susurró en voz baja.

Suspiré.

—¿Vas a decirme dónde vamos a ir de luna de miel?

Negó con la cabeza y, levantándose, me tendió la mano. Luego me enlazó con el otro brazo por la cintura para mostrarme la rosaleta que había importado del sur.

No nos dijimos una palabra más. Solo dejamos que nos envolviera el familiar silencio que tanto nos gustaba a ambos.

Después de una última mirada al cielo y de pedir deseos a las estrellas, me

dio un beso en la frente y me llevó de vuelta al hotel. Cuando llegamos al ascensor, me sonrió y miró debajo de las gafas de sol.

Al cabo de unos segundos, cuando se abrieron las puertas, me invitó a salir para acompañarme a la *suite*.

—Nos vemos mañana... —Me puse de puntillas y lo obligué a bajar la cabeza. Me moría por que me besara en los labios, aunque solo fuera una vez.

—Hasta mañana, futura esposa —dijo en voz baja, besándome la mano—. Deberías entrar en tu habitación antes de que te arrastre a la mía y me olvide de que mañana nos casamos.

Le besé en la mejilla.

—Buenas noches, futuro esposo.

Me despertaron unos fuertes golpes en la puerta.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —Me puse una bata encima del pijama y abrí la puerta.

Eran Helen y Sandra.

—Estás llegando tarde a maquillarte. —Sandra negó con la cabeza—. Bobbie Jo y Kim han estado llamándote dos horas. ¿Te has quedado despierta hasta tarde?

Negué con la cabeza.

—¿Te han entrado las dudas? —Helen arqueó una ceja.

—¿Qué? ¡Claro que no!

—Bien. —Me arrastró hasta una silla y me hizo sentarme—. Dado que se ha hecho tarde, les diré a las chicas que lo haremos todo aquí. Sandra, ¿puedes llamar al servicio de habitaciones y decir que traigan el desayuno de Claire? No queremos que se desmaye durante el gran día.

Sandra asintió y desapareció en el dormitorio.

Las horas siguientes fueron un borrón vertiginoso: Bobbie Jo y Kim se ocuparon de peinarme y maquillarme a la perfección, aplicando suaves capas de sombra de ojos y recogíendome el pelo en un moño desenfadado que dejaba sueltos algunos rizos sobre los hombros.

Hayley se acercó con la liga que me había diseñado para mí personalmente, mientras mi madre y mis hijas admiraban el vestido, que pensaban que era perfecto, cuando llegó un enorme ramo de flores blancas a mi habitación.

Iba a coger la tarjeta plateada que había entre los tallos, pero Sandra me la arrebató.

—Veamos lo que el señor millonario tiene que decirle a su novia el día de su boda. —Abrió el papel y se aclaró la garganta, como si fuera a leerlo en voz alta, pero luego se echó a llorar.

—Aggg... —Helen miró al techo—. Dame eso... «Para mi futura esposa: Hoy es el primer día del resto de nuestras vidas. Con excepción del día que te conocí (el día que entraste en mi vida), ningún otro volverá a significar tanto para mí como hoy. Eres la razón de mi felicidad, y tienes las llaves de mi alma. Te amo, Claire. Date prisa y ven ya».

Todas las presentes soltaron un suspiro colectivo y se secaron las lágrimas, incluso Helen. Mientras se pasaban los pañuelos de papel, me escabullí para responder a la persona que llamaba a la puerta.

Era la madre de Jonathan.

—Hola... —Miré la copa de vino tinto que llevaba en la mano, con la esperanza de que no fuera a hacer lo que yo pensaba que pretendía.

Me vio mirando el vaso y lo echó hacia atrás con rapidez.

—Lo siento... Es zumo, no vino. Yo nunca tomo... —Hizo una pausa—. ¿Tienes algo prestado, Claire?

Abrí mucho los ojos y empecé a sentir pánico.

—No..., no creo. ¡Oh, Dios mío! Eso me puede dar muy mala suerte. No me puedo creer que no lo haya pensado. —Me llevé la mano al pecho.

—Ten. —Se quitó un pasador de marfil con una perla del pelo—. Mi madre lo llevó en su boda y yo en la mía. He pensado en prestártelo, porque..., bueno, ya sabes... —Su mirada era sincera, pero parecía como si estuviera pensando que yo lo rechazaría.

—Gracias, señora Statham. —Le tendí la mano para coger el pasador, pero ella alejó la suya lentamente.

—Permíteme... —dijo, indicándome que agachara la cabeza—. Haces muy feliz a mi hijo, Claire... Después de todo lo que ha pasado, merece serlo, y me alegro de que sea contigo.

Sentí que me ponía el pasador en el pelo, y cuando estuve segura de que había terminado, me erguí de nuevo. La miré durante un buen rato, plenamente consciente de que todas mis amigas estaban mirándonos, a la espera de saltar sobre ella si intentaba hacer alguna locura.

En lugar de despedirme, sonreí y la abracé con fuerza.

—Gracias por mi «algo prestado». Estoy deseando que empecemos de nuevo mirando hacia el futuro.

Sollozó mientras me devolvía el abrazo.

—Yo también, Claire. Es decir, señora Statham.

—¿Preparadas? —Sandra se aclaró la garganta—. La limusina está abajo, y los padrinos ya han llegado, según me dice la organizadora. ¡Vámonos!

Noté un nudo en la garganta.

Todo era perfecto, absolutamente perfecto.

No había ni una nube en el cielo, y los diez arcos estaban cubiertos por completo por rosas blancas y amarillas, presentando una imagen elegantísima sobre el césped. Los largos vestidos de las damas de honor, las bandejas con champán, las brillantes lámparas de araña más allá...

En el momento en que mi madre y la de Jonathan salieron por el pasillo, sentí que me temblaban las manos. Casi se me cayó el ramo al ver que Sandra y Helen las seguían. Luego fue el turno de Ashley y Caroline.

La señorita Corwin buscó un pañuelo de papel en el bolsillo y se secó los ojos con él.

—Usted no puede llorar, señorita Gracen... Respire hondo varias veces...

—Esperó a que siguiera sus instrucciones—. Casi es la hora...

—Por favor, recibamos a la novia... —dijo una voz profunda, y se oyó el crujido de las sillas.

Cuando comenzaron a sonar las primeras notas de *Angels*, de Robin Thicke, el corazón casi me explotó.

Di un paso adelante y me quedé paralizada.

«Respira, Claire... Respira...».

Estaba temblando, estaba demasiado nerviosa.

Cuando la canción llegó a la mitad del primer verso, todavía no había dado un paso más.

—¿Señorita Grace? —La señorita Corwin abrió mucho los ojos—. ¿Señorita Grace?

—No puedo respirar...

Le vi decir unas palabras en el micro que llevaba oculto en la manga, y la música se desvaneció de repente. Me puso las manos en los hombros y me miró a los ojos.

—Señorita Gracen, este va a ser el día más feliz de su vida.

—Eso ya lo sé...

—Se va a casar con el hombre de sus sueños... En realidad, se casa con el

hombre de los sueños de todas las mujeres.

Solté una risita tonta.

—Puedes hacerlo... —Bajó la voz—. Y será mejor que empieces a andar, porque él me ha dicho que va a venir aquí si tarda más de tres minutos en verte al final del pasillo.

No pude reprimir la risa.

—Preparadas... —dijo de nuevo a su manga.

Se sacó una barra de brillo de labios del bolsillo y me aplicó una última capa.

Angels comenzó a sonar una vez más, y ella me dio un leve empujón.

Tragué saliva al tiempo que daba varios pasos inestables hacia delante, tratando de concentrarme en la melodía del piano. Cuando comencé a oír los coros, ya estaba cerca del último arco de flores, y pude ver a los invitados de pie.

Respiré profundamente una última vez y recorrí los últimos pasos hasta el principio del pasillo, donde cientos de pétalos de color blanco, amarillo y rosa formaba una letra S perfecta.

Mientras avanzaba, percibí diferentes murmullos de la multitud: «Impresionante...», «Preciosa...», y clavé la vista en el frente. Luego me puse a contar los pasos, uno, dos, tres, cuatro, pero cuando mis ojos se encontraron con los de Jonathan, no me importó nada más. Nada era relevante.

Después de mirarme a los ojos, bajó la vista y me recorrió de arriba abajo mientras yo me aproximaba por el pasillo. Hubiera jurado que le leí en los labios «Eres condenadamente preciosa...».

Entonces, él bajó un escalón de la glorieta como si fuera a salirme al encuentro en el pasillo, pero Corey lo sujetó por el hombro para detenerlo.

Sonriendo, cerré los ojos y di los últimos pasos hasta el altar. En cuanto me tuvo al alcance, me cogió las manos y me ayudó a subir a la glorieta.

Durante los siguientes segundos, desapareció todo lo que nos rodeaba, y me sentí como si fuéramos las únicas personas del mundo.

Quería susurrarle «Te amo», y me di cuenta de que eso no expresaría todo lo que sentía, así que me quedé mirándolo a los ojos, dejando que el silencio hablara por mí.

—Pueden sentarse. —La voz del pastor nos sacó del hechizo. El hombre esperó un par de minutos antes de volver a hablar—. Queridos hermanos...

Jonathan me pasó un brazo alrededor de la cintura para acercarme a él y besarme hasta dejarme sin sentido.

El pastor se aclaró la garganta y le dio un toque en el hombro.

—¿Señor Statham...? —Los invitados se rieron—. Todavía no hemos llegado a esa parte...

—No me importa —susurró contra mi boca, pero se alejó poco a poco, cogiéndome las manos.

—Vamos a intentarlo de nuevo... —bromeó el cura—. Queridos hermanos, estamos aquí reunidos para ser testigos de...

Yo no escuchaba ni una sola palabra de lo que estaba diciendo. Lo cierto era que estaba demasiado perdida en los increíbles ojos azules de Jonathan, que parecía reprimirse con todas sus fuerzas para poder esperar a la parte en la que por fin le permitirían besarme.

De repente, Ashley me dio un leve golpe en la espalda y la miré por encima del hombro.

—El anillo... —Me lo entregó y me di la vuelta.

El pastor nos dio instrucciones para que intercambiáramos los anillos y luego le pidió a Jonathan que repitiera sus palabras.

—Yo, Jonathan Statham —dijo sin dejar de cautivarme con la mirada—, te tomo a ti, Claire Gracen, como esposa para amarte y respetarte desde hoy en adelante...

—... en lo bueno y en lo malo —siguió el pastor—, en la riqueza y en la pobreza...

—... en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la más riqueza...

El cura puso los ojos en blanco.

—... para amarte y cuidarte... —Se secó la frente—. Jonathan Carter Statham, ¿quieres a Claire Alice Gracen como tu legítima esposa?

—Sí, quiero.

Cuando fue el turno de Jonathan de escucharme repetir las palabras, sentí que las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Se inclinó hacia delante y me las secó, mirándome fijamente mientras yo repetía los votos.

—Claire Alice Gracen, ¿quieres a Jonathan Carter Statham como tu legítimo esposo?

Miré a Jonathan directamente, y me di cuenta de que parecía nervioso, como si esperara que yo fuera a decir que no.

—Sí, quiero.

El pastor sonrió y cerró el libro.

—Por el poder que me confiere...

Jonathan me encerró la cara entre las manos y me besó como no me habían besado antes, con ternura, dibujando mi lengua con la suya como si estuviéramos solos.

—... señor y señora Statham. —El pastor ni siquiera trató de interrumpirnos.

Los aplausos y vítores formaron un rugido ensordecedor, pero no nos apartamos. Jonathan me estrechó con más fuerza todavía.

—Te amo —susurró—, Claire Statham. Y siempre lo haré. —Me volvió a besar de una forma digna de un desmayo y, por fin, me soltó.

Antes de que pudiera decirle que yo también lo amaba, él me cogió entre sus brazos y me llevó por el pasillo. Los fotógrafos immortalizaron cada paso, pidiéndonos que posáramos, pero estábamos demasiado ocupados mirándonos a los ojos.

Cuando nos acercamos a la construcción, la señorita Corwin se interpuso delante de nosotros.

—¡Es el momento de las fotos! Señor Statham, por favor, señora Statham... Él parpadeó.

—Señor Statham... —La mujer se cruzó de brazos—. Ambos estuvieron de acuerdo en hacer las fotos justo después de la ceremonia. En el futuro les gustará que haya sido así, créanme.

Jonathan suspiró y me dejó en suelo con suavidad.

Durante la siguiente media hora, hicimos varios posados con los invitados a la boda, yo entre las damas de honor con los vestidos color champán, y él con los padrinos de traje de etiqueta negro.

También nos vimos obligados a posar juntos para algunas series de fotos, y la señorita Corwin tuvo que obligar a Jonathan a alejarse de mí cuando tuvieron que retratarme en solitario.

—De acuerdo, tortolitos... —La señorita Corwin nos llevó a la *suite* nupcial personalizada—. Tomen un respiro antes de la cena, se acerca la hora del cóctel... ¿Cuánto tiempo necesitan para estar preparados para la recepción?

Jonathan me miró de arriba abajo.

—Dos horas.

—¿Qué? No pueden tener esperando a la gente tanto tiempo.

—Dos-horas.

—Sí, señor... Mmm..., ya se me ocurrirá algo... —Salió de la habitación y cerró la puerta de inmediato.

Él se acercó a mí y me apoyó contra la pared.

—Jonathan...

—Shhh... —Me miró a los ojos fijamente y me inclinó la barbilla para llegar a mis labios—. Señora Statham..., no se imagina las cosas que he querido hacer con usted. —Me besó tan a fondo que se me debilitaron las rodillas, y cada nervio de mi cuerpo volvió a la vida al instante.

—Jonathan, quiero ir a la recepción... —dije sin aliento.

—Después. —Se puso a mi espalda y me bajo la cremallera del vestido—. He esperado demasiado tiempo para esto...

Me quedé quieta mientras me desnudaba lentamente, bajándome el vestido hasta que formó un charco blanco y esponjoso en el suelo.

Me pasó las manos por el corsé de satén, dedicándose a desatar muy despacio cada uno de los ganchos. Cuando la prenda estuvo en el suelo, se inclinó hacia mi cintura y cogió el borde de mis bragas con los dientes para tirar de ellas hasta que se unieron con el resto de mi ropa en el suelo.

Luego se incorporó y me miró a los ojos, mientras me decía en silencio que lo desnudara.

Feliz de obedecerlo, le deslicé la chaqueta por los hombros y le desabroché los pantalones, lo que me demostró que estaba más que dispuesto para hacer el amor conmigo. Le abrí la camisa poco a poco, y también se la bajé por los brazos.

En cuanto su vestimenta cayó al suelo, me cogió en brazos y me llevó hasta el sofá de cuero, donde me tumbó con ternura. Cubrió mi cuerpo con el suyo y, aunque llevaba semanas esperando ese momento, vaciló. Luego me rozó los labios con los suyos mientras me miraba a los ojos.

—Eres mía, Claire... —susurró—. Dime que eres mía...

—Soy tuya.

Me cogió las manos con una de las suyas y las mantuvo por encima de mi cabeza mientras hundía su polla en mí, empujando cada centímetro más y más dentro hasta que estuvo completamente enterrado en mi cuerpo.

Nos quedamos así durante varios segundos, mirándonos el uno al otro mientras nuestros cuerpos se acoplaban por primera vez desde hacía semanas. No me podía creer lo bien que me sentía al tenerlo dentro, pues hacía

demasiado tiempo que estaba sin él.

Jadeé cuando se puso a empujar dentro y fuera, mientras me cubría el pecho con besos calientes y me hacía retorcerme debajo de él.

—Silencio, Claire.

—No puedo... —Me solté de su mano y le rodeé con los brazos, arañándole la espalda cuando aceleró las embestidas.

—He echado de menos esto... —Su boca buscó de nuevo la mía y recompensó cada uno de mis gemidos con un beso más profundo—. No sabes cuánto...

Se hundió en mí una y otra vez al tiempo que me acariciaba la cara sin romper nunca el contacto visual conmigo.

—Me voy a... Me voy a... —Cerré los ojos y grité cuando las oleadas de placer atravesaron mi cuerpo. Me estremecí de nuevo en el momento en el que se corrió dentro de mí y se derrumbó sobre mi pecho.

Deslizó las manos a mis caderas y nos dio la vuelta para que yo quedara encima de él.

Mientras luchaba para recuperar el aliento, me acarició la espalda desnuda.

—¿La boda ha sido todo lo que querías? —murmuró.

—Sí... —suspiré.

—¿Estás segura? Podemos volver a hacerlo de nuevo hasta que sea perfecto.

—Ha sido perfecta...

—No sabes lo preciosa que estabas cuando has aparecido al final del pasillo... He tenido que reprimirme para no tumbarte en la hierba, delante de todo el mundo.

—No te habrías atrevido... —aseguré, sentándome de golpe.

Él arqueó una ceja de tal manera que ni siquiera supe por qué lo había dudado. Lo habría hecho.

—¿Podemos ir ahora a la recepción?

—No. —Me pasó las manos por el estómago.

—¿Por qué?

—Porque hace semanas que no follamos, y todavía nos queda una hora. Así que vamos a aprovecharla al máximo. —Tiró de mí para besarme.

Cuando por fin aparecimos en la sala de la recepción, después de que lo hubiéramos hecho tres veces más, se me llenaron los ojos de lágrimas.

Siempre me había imaginado que la celebración sería en un espacio blanco, con sutiles estallidos de colores pastel, pero había cambiado, para mejor: las mesas estaban cubiertas con manteles de color marfil claro y centros de mesas de rosas, que se complementaban a la perfección con las brillantes luces que colgaban del techo. Nuestro nombre, «Señor y Señora Statham», aparecía grabado con letras cursivas de color negro en el centro de la pista de baile, y el mostrador con los dulces me pareció todavía más bonito y grande de lo que había imaginado; era una serie de enormes espirales escalonadas y ocupaba toda la pared.

—Damas y caballeros, den la bienvenida a los recién casados, el señor y la señora Statham —bramó el *DJ*.

Miré a Jonathan —que estaba de pie al otro lado de la enorme escalinata—, y lentamente bajó al mismo tiempo que yo hasta la pista de baile.

Para no recorrer solos los últimos escalones, se acercó a mí y me cogió de la mano, insistiendo en llevarme hasta la pista.

Una vez allí, me rodeó la cintura con los brazos y me dijo al oído que me quería una y otra vez.

Las luces de la sala comenzaron a desvanecerse mientras un suave foco brillaba sobre nuestras cabezas. Mientras le rodeaba el cuello con los brazos, la orquesta comenzó a tocar despacio los acordes de una canción que yo no conocía.

—¿Has cambiado la música? —susurré.

—Sí.

—¿Qué canción es? —pregunté, tratando de recordar dónde había oído antes esa melodía.

Él no respondió, limitándose a sonreír mientras me guiaba al ritmo de la música.

Apoyé la cabeza en su pecho y escuché las notas con atención.

—«Por fin... —me canturreó Jonathan al oído con un tono perfecto—, mi amor ha llegado...».

El corazón se me aceleró de nuevo cuando me di cuenta de que era la letra de *At last*, de Etta James.

—«La noche te miraba...» —siguió cantando con una hermosa voz de barítono.

—El que me dijo que no sabía cantar... —dije, mirándolo con lágrimas en los ojos.

—Yo te dije que no cantaba. —Me besó—. Jamás he dicho que no supiera hacerlo. —Me apretó la cabeza contra su pecho y continuó desgranando toda la canción para mí, hasta besarme con intensidad cuando sonó la última nota.

Cuando las luces se encendieron de nuevo, me puse de puntillas y le pregunté si podíamos irnos ya de luna de miel, pero negó con la cabeza.

—Querías una boda perfecta, Claire. Y tenemos que pasar por todas las etapas de «una boda perfecta». —Me hizo recorrer la estancia, dándole la bienvenida a cada invitado.

Posamos para las fotos con amigos y familiares, nos reímos mientras cortábamos juntos la tarta de tres pisos, y seguimos disfrutando cuando llegó el momento de que me quitaran la liga.

Cuando el *DJ* empezó a pinchar música para bailar, Jonathan me llevó al balcón, donde nos esperaba una pequeña mesa. Movié mi silla para que me sentara y luego disfrutamos de la cena que nos habíamos perdido antes en tres platos.

Comimos en completo silencio, mirándonos el uno al otro y sonriendo cada vez que nuestros ojos se encontraban.

Cuando terminé el postre, me hizo levantarme y me llevó hacia él.

—¿Preparada para marcharnos?

—Sí...

Asintió con la cabeza e hizo una señal a alguien a quien yo no podía ver. Luego pasamos a la sala de la recepción, y el *DJ* anunció que nos íbamos.

—¿De verdad quieres que nos tiren arroz mientras nos vamos?

—Es la forma perfecta de poner fin a una boda...

—Vale. —Me besó y esperó a que la señorita Corwin hiciera salir a los invitados al exterior.

—¿Señor y señora Statham? —Nos hizo un gesto—. Por favor, síganme.

Recorrimos el pasillo tras ella hasta la puerta de entrada al local cogidos de la mano. Cuando nos hicieron la señal convenida, salimos al exterior por una larga alfombra blanca, donde recibimos una lluvia de arroz y vítores.

Greg abrió la puerta de la limusina, y Jonathan me cogió en brazos para ponerme en el interior.

En cuanto se cerró la puerta, sus labios cubrieron los míos y sus manos me recorrieron de pies a cabeza. Me incliné hacia delante para arrancarle la camisa, murmurando entre dientes al tiempo que él deslizaba la mano hacia la espalda de mi vestido.

Estaba tirando la camisa sobre el asiento cuando oí una serie de explosiones en lo alto.

Lo detuve de inmediato.

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué? —Intentó seguir besándome.

—Eso sonido... Parecen fuegos...

—Son fuegos artificiales —me interrumpió con firmeza, abandonando mis labios para sonreír.

Como si pudiera leerme la mente, me sentó en su regazo y me cubrió con su chaqueta. Luego bajó la ventanilla y vimos cómo nuestros nombres se escribían en el cielo nocturno con chispas de colores. «Claire... Jonathan... Señor y señora Statham... Juntos para siempre... Hasta el final...».

—¿Voy a querer saber cuánto te ha costado?

—Probablemente no. —Sonrió mientras se pasaba los dedos por el pelo, ahora alborotado.

Vimos los fuegos artificiales hasta que terminaron, hasta que lo único que quedó en el cielo fueron las estrellas. Y en ese momento nos fuimos al avión.

Volvió a colocarme el vestido antes de abrir la puerta, pero yo lo retuve por el hombro antes de que se apartara.

—Espera..., ¿no podrías decirme ahora a dónde vamos? Necesito asegurarme de que mi equipo tenga una idea de dónde estoy las próximas dos semanas... Solo por si hay una emergencia y tienen que ponerse en contacto conmigo... Sé que me has dicho que se supone que no debo mover un dedo, pero...

—Para empezar, vamos a estar fuera cuatro semanas, no dos. —Me sostuvo la cara entre las manos para mirarme fijamente—. En segundo lugar, tu personal no tiene permitido ponerse en contacto contigo. Bajo ningún concepto. Ninguno de los dos va a trabajar, y si surge una emergencia, te enterarás cuando volvamos. Para seguir, vamos a visitar ocho países diferentes, y sabrás cuáles son cuando estemos allí. Y para finalizar, ya que siempre has querido visitarlo... Atravesaremos el Canal de Panamá en un yate para volver.

Lo interrumpí con un beso y me puse a llorar.

—Vamos... —Me indicó que bajara del coche y subiera las escalerillas del avión.

No me estremecí cuando el avión rugió por la pista, ni cerré los ojos cuando

ascendimos por el aire. Mantuve la mirada fija en la suya y sonreí hasta que el piloto dijo aquellas palabras: «Señora Statham, puede desabrocharse el cinturón, todo despejado».

Cuando la azafata nos sirvió una botella de champán, Jonathan me cogió la mano.

—Entonces, señora Statham..., ¿la primera vez como pareja casada ha sido especial para ti?

—Sí..., las cuatro veces...

—Mmm...

—¿Sabes que el sexo se espacia después del matrimonio? ¿Que después de los seis primeros meses aproximadamente termina la fase de luna de miel y se está tan ocupado que, a veces, hay que programar el sexo...?

Sonrió y se desabrochó el cinturón de seguridad con la otra mano.

—Claire Statham... —Me sentó en su regazo—. ¿Qué te hace pensar que tú y yo vamos a tener ese problema?

—Es lo normal. Así funcionan las cosas. Ahora que estamos casados, no lo haremos tan a menudo.

—Vamos a follar todos los días.

—No, escucha...

—Todos-los-días.

Sonreí.

—Eres encantador cuando hablas así...

—Soy consciente de ello. —Sonrió y me retiró de su regazo antes de levantarse—. Mi esposa adora que le diga guarradas, pero no lo quiere admitir.

—Parece que es demasiado estirada para ti.

Miró al techo y me llevó a la habitación privada del fondo del avión. Buscó mis labios en cuanto bloqueó la puerta.

—Para que conste, señora Statham, la fase de luna de miel no terminará nunca para nosotros.

—Eso no lo puedes asegurar.

—Shhh... —Me besó con ternura—. Ha sido una tortura no poder hacerte el amor durante semanas, Claire. He estado a punto de volverme loco. No puedes imaginarte lo mucho que te deseaba en tu despedida de soltera... ¿Sabes lo que ha sido dormir a tu lado sin poder...? Pero ahora que sé lo que se siente al estar contigo otra vez, puedo garantizarte que no pasará un día en

el que no haga el amor contigo.

—¿Es otro de tus tratos?

—No. —Sonrió mientras me llevaba a la cama. Me bajó la cremallera del vestido—. Es una promesa.

EPÍLOGO

CLAIRE

UN AÑO DESPUÉS...

Me quedé quieta ante el espejo del cuarto de baño con unas tijeras por encima de la cabeza. Me aseguré de mantener los cabellos tensos y luego me puse a contar.

Una... Dos...

—Claire, ¿qué haces? —Jonathan entró en la estancia con una ceja arqueada.

—Me he visto dos canas.

—¿Y?

—Quiero deshacerme de ellas.

Puso los ojos en blanco, me quitó las tijeras de la mano y las dejó de nuevo en el cajón. Me rodeó la cintura con un brazo para llevarme al salón.

—Todos los hombres de mi familia han tenido canas a los treinta y cinco. —Sonrió—. Debes dejarte las canas para que podamos estar a la par.

—Solo lo dices para que me sienta mejor...

—Es cierto. A la familia de mi madre le empiezan a salir a los treinta años. Estoy seguro de que pronto me pasará a mí también.

—Estoy segura de que seguirás estando atractivo con el pelo gris, Jonathan.

—Es que a mí todo me hace parecer muy sexy.

Me reí cuando me entregó una caja de adornos de Navidad. Dado que habíamos pasado la última en el extranjero, quería celebrarla de nuevo en casa. Según parecía, nunca había disfrutado una Navidad de verdad, así que había insistido para que fuera la primera que pudiera compartir con Hayley y su madre.

—Oye, mamá... —Ashley entró en la estancia con una bandeja de *brownies* quemados—. He seguido las instrucciones al pie de la letra, e incluso he utilizado el recipiente correcto. ¿Qué diablos me ha pasado?

Salí y miré la cocina con un suspiro.

—¿Y tú sacas buenas notas?

—¿Qué?

Negué con la cabeza.

—¿A qué temperatura lo has puesto?

—A trescientos grados.

—¡A trescientos! ¿No te había dicho que siguieras las instrucciones?

—Cuando Caroline necesita que el agua hierva lo antes posible, la pone al doble de temperatura, y eso reduce el tiempo a la mitad. Treinta minutos a ciento cincuenta grados equivale a un cuarto de hora a trescientos. Son matemáticas básicas. Deberías saberlo. —Negó con la cabeza y luego miró a Jonathan encogiéndose de hombros—. Está claro que la masa estaba caducada. Iré a comprar más...

Abrí la boca para decirle algo, pero Jonathan me cogió entre sus brazos y me besó.

—Aprenderá. Mi madre echará una mano esta noche.

Suspiré antes de devolverle el beso.

Me puse a colgar adornos en el árbol y sentí, literalmente, cuándo Caroline entró en la habitación.

—¿Sí, Caroline? —La miré por encima del hombro.

—Acabo de enterarme de que Ashley y yo hemos puntuado para entrar en la práctica de la FAA. Los vuelos de demostración serán en mayo. El día 14, exactamente.

—¿Y?

—Te lo digo ahora porque tenemos que reservar tiempo en tu agenda con seis meses de antelación si queremos que estés presente. Siempre estás trabajando.

—¿Qué? ¡No es cierto!

—Eh... No estaba quejándome. —Sonrió—. Solo te lo decía para que... Espera, ¿para qué te lo digo siquiera? Llamaré a tus dos secretarias y me aseguraré de que añaden las citas a tu horario. —Sacó el móvil del bolsillo al tiempo que se iba de la habitación.

Negué con la cabeza mientras soltaba un suspiro. Por mucho que yo no quisiera admitirlo, tenía razón: los diseños de C&C's estaba haciéndose un nombre importante, creciendo más de lo que nunca había podido soñar. La expansión estaba siendo tan salvaje que había abierto tiendas en el extranjero durante el año anterior. Statham Industries se había convertido por su parte en un gigante, más poderoso que todos los competidores de Jonathan juntos, por

lo que estaba considerando la posibilidad de tomarse una excedencia para pasar más tiempo conmigo.

De hecho, cuando nos despertábamos cada mañana para ir a trabajar, me besaba y me susurraba: «Dilo», esperando que le pidiera que renunciara, casi rogándome que lo hiciera.

Por un lado, no estaba segura de si quería que lo hiciera, incluso aunque solo fueran seis meses. Estaba muy nervioso por los cambios que estaban ocurriendo en su empresa, con todos los productos nuevos que lanzaría el año siguiente, y no quería que pensara que no lo había notado.

Por otra parte, a pesar de que nuestra vida sexual era increíble —no podía recordar ni un solo día en el que no hubiéramos mantenido relaciones sexuales al menos una vez—, no nos veíamos tanto como queríamos. A menos que Ashley y Caroline llegaran a casa de visita o nos dieran una sorpresa, los dos trabajábamos muy duro durante toda la semana, y solo podíamos compartir tiempo durante los fines de semana.

No quiero malas interpretaciones: Jonathan seguía teniendo pequeños detalles conmigo para que supiera que pensaba en mí; multitud de flores, regalos, cenas y el hogar perfecto, en el que cocinaba para mí. Sin embargo, pasaba más tiempo en el trabajo que con él, y eso me dolía a veces.

—¿En qué estás pensando? —Jonathan me levantó la cara hacia él.

—Nada... ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, siempre puedes.

—¿Alguna vez me contarás lo que pasó de verdad con la demanda que Ryan presentó contra ti?

—¿Estabas pensando en tu ex?

Miré al techo.

—Nunca me lo has dicho...

Me dio un beso en la frente y sonrió.

—Presentó cargos contra mí por asalto y agresión.

—¿Y?

—Y tengo los mejores abogados del mundo —me recordó con una sonrisa.

—¡Jonathan!

Suspiró.

—Pues le enviaron una copia de la cinta de seguridad en donde se ve que te empuja por las escaleras... —Apretó los dientes—. Con una nota en la que le decían que retirara los cargos o iríamos por las malas... Así que retiró las

reclamaciones... Aunque yo presenté cargos igualmente.

Abrí mucho los ojos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque podría haberte matado... —Se pasó los dedos por el pelo—. Al final, arreglamos las cosas de mutuo acuerdo fuera del juzgado. No volverás a verlo.

El tono de su voz me decía que no quería seguir hablando del tema.

Tampoco yo quería saber más.

Me cogió de la mano y me llevó al sofá.

—Ahora dime lo que estás pensando de verdad.

—En que quiero que cojas una excelencia de seis meses...

—¿De verdad quieres que haga eso, Claire? —Me miró a los ojos—. Lo haré sin dudar.

Miré el fuego que ardía en la chimenea, los calcetines de color rojo brillante que colgaban de la repisa de ladrillo y el enorme retrato de familia que colgaba junto al enorme árbol de Navidad. Me di cuenta de que deseaba que ese tipo de eventos familiares se produjeran con más frecuencia, pero no quería que tuviera que ser un día de fiesta para él, ni tampoco para conseguir más tiempo a solas.

—Sí...

—Tienes que hacer lo mismo..., me niego a compartirte...

Asentí con la cabeza, devolviéndole el beso.

—Me cogeré un descanso durante seis meses, pero tú tendrás que pedirlo de un año.

—¿De un año? ¿Por qué?

—Porque alguien tiene que quedarse en casa para cuidar del bebé.

—¿Qué? —Me miró con los ojos entrecerrados—. ¿De qué bebé hablas?

—Del nuestro.

—Esa broma ya no me pareció graciosa la primera vez. —Me miró el abdomen—. Tienes las trompas ligadas.

—¿Lo están?

—Claire...

—Jonathan... —me burlé de él.

—Estuvimos de acuerdo en que no queríamos niños, y que incluso aunque los quisiéramos, que no queremos, corres un riesgo demasiado alto al quedarte embarazada.

—¿Entonces...?

—Entonces necesito que seas completamente sincera conmigo en este momento, porque estoy a punto de llamar al médico para que te haga la puta prueba la mañana de Navidad. ¿Estás embarazada?

—¿Tú qué crees?

—Creo que es necesario que me respondas. Ahora.

—¿Y si no lo hago?

—No me pongas a prueba, Claire. —Me miró a los ojos fijamente, rogándome que le respondiera—. Dímelo.

Me eché hacia delante y lo besé. Luego me puse de pie.

—Tenemos que terminar de decorar el árbol antes de que llegue tu madre.

—¿No piensas responderme?

—¿Hay alguna razón por la que tengamos cinco árboles de Navidad en casa? ¿No te parece un poco excesivo?

Se levantó y se acercó a mí para rodearme la cintura, encerrándome entre sus brazos.

—Tienes dos segundos para decirme la verdad.

Parpadeé y negó con la cabeza.

—Claire Statham... —me solté lentamente, pero antes de que pudiera regresar a la cocina, me levantó del suelo y me cargó sobre su hombro—, tú y yo sabemos que te voy a arrancar la verdad. ¿Por qué lo haces todo tan difícil?

—No lo estoy haciendo difícil. Solo estoy cubriendo la cuota «debo frustrar a Jonathan» diaria.

Se rio mientras me llevaba a nuestro dormitorio, donde me lanzó sobre la cama.

—Voy a darte una última oportunidad de responder a mi pregunta, Claire.

—¿Y qué pregunta era? Creo que se me ha olvidado.

Curvó los labios con ironía, y cubrió mi cuerpo con el suyo.

—Créeme, en el momento en que te la haga, estoy seguro de que recordarás la respuesta.

AGRADECIMIENTOS

¿Por dónde empezar?

Hasta el verano pasado no tenía ni idea de lo que eran los lectores cero ni las reseñas de los blogs, ni de anunciar que vas a anunciar una portada nueva. Ni siquiera tenía una página de autora en Facebook. De verdad. Sin embargo, de alguna forma, los lectores dieron conmigo, y entonces descubrí qué eran todas esas cosas extrañas, y obtuve más seguidores de los que podía imaginar. (También me di cuenta de que los blogs de libros están por todas partes! :-)).

Tamisha Draper y Tiffany Neal, ¿podemos fingir que no os habéis vuelto locas por este libro? ¿Es suficiente ya, por favor? ¿No? ¿Porque ya me estoy volviendo loca yo con los tres siguientes? Sí..., de verdad, ¿eh?

Tamisha, gracias por leer esta novela una y otra vez —por imprimirla todas las veces que fue necesario— y por ir al día con la locura que acompaña las lecturas cero en mi caso: llamadas telefónicas, un sinfín de hilos de correo electrónico; capítulos que decido cambiar, literalmente, unos minutos después de leerlos; tener que obligarme a sentarme para escribir una escena de sexo porque me siento «demasiado nerviosa» para que salga bien, etcétera, etcétera... Sin duda no es tarea para débiles de corazón, y valoro de verdad tu hermosa amistad y tu apoyo.

Tiffany, una vez más, gracias por ser la mediadora entre el dramatismo extremo —es decir, yo— y el secreto dramático —Tamisha, aunque ella no lo admitirá—. No sé cómo agradecerle que hayas leído el manuscrito innumerables veces, colgándome el teléfono cuando hacía demasiadas preguntas (risas) y sugiriendo cambios que consiguieron que esta historia resultara todavía mucho mejor. Tamisha y tú sois increíbles, y no puedo quererlos más.

Sé que el resto de este año y del siguiente van a ser una locura con las publicaciones que tengo previstas, y realmente espero que sigáis conmigo en cada paso del camino. (Sí, Tiff, ¡Beyleigh tiene que formar parte también!).

Bobbie Jo Malone Kirby y Kim Kimball son dos locuelas apasionadas por los libros... Por lo tanto, esto va a parecer un peloteo indecente, pero tengo mucho que decirles: os quiero muchísimo. Sois las dos primeras blogueras

que os pusisteis en contacto conmigo, y os debo gran parte del éxito que tuvo la primera parte de esta novela, *Mi jefe*. Desde que me disteis protagonismo en vuestro blog, acaparando esa nota semanal vuestra, son muchas las lectoras que se han contagiado de vuestra locura, de vuestra obsesión por los chicos cachondos que tienen —codo-codo, guiño-guiño— cosas interesantes y libros sorprendentes. La mayoría de los nuevos libros de mi Kindle son recomendaciones tuyas. Sinceramente, no creo que este hubiera sido posible sin vosotras dos; bueno, no habría existido, ya que me obligasteis a escribirlo... Todavía no me puedo creer que me convencierais para crear este libro. De verdad, no puedo agradeceros lo suficiente que fuerais mi paño de lágrimas cuando las cosas se pusieron difíciles y que me dijerais que siguiera el camino que me dictaba el corazón. :-). Gracias, Bobbie Jo, por ese título jodidamente increíble y por la necesaria llamada telefónica que cambió «el accidente» para mejor. ¿Cuándo iremos a las montañas? No, espera... a Nashville... :-) Gracias, Kim, por el firme apoyo, por leer más de una vez, y por las innumerables fotos de Gandy, que siempre me hacen sonreír. ¡¡Os adoro!! Ahora solo falta que podamos ir juntas a algún sitio y tomar esos chupitos tan necesarios que tenemos pendientes. ¿Alguien se anima a ir a Costa Rica?

Para el grupo de BBE. ¡Oh, Dios! ¡Vuestros *fanarts* me hacen ponerme de rodillas! ¡Repetidamente! No, en serio, muchas gracias, tanto por «los *fanarts* de mierda» de este libro y por no permitirme que publique una historia que no sea increíble. P. D.: Me gustaría aprovechar este momento para recordaros que he recibido la única A (A ++, realidad) en vuestras lecturas veraniegas. :-) ¡Viva el increíble dúo anónimo! ¡Os adoro!

Jacqueline Russell (Jacqueline's Reads), en primer lugar, gracias por darle una oportunidad a *Mi jefe*, y por aceptar todos los cambios de fecha de publicación de *Mi jefe otra vez*. Sé que dices que no soy difícil, pero yo sé que lo soy, gracias por aguantarme de todos modos. Aprecio mucho que no me dieras ninguna opinión «castradora» sobre los primeros borradores y que me ayudaras para mejorar el ritmo. Me siento honrada de que hayas sido la organizadora del *tour* literario de este libro, y todavía más de que leas las versiones no revisadas. Eres un alma valiente por ello, pues sé que tienes una lista de libros pendientes de un kilómetro de altura, y no son muchas las blogueras que se atreven siquiera a leer un libro inédito más de una vez. Sin duda seguiré tu consejo y miraré «hacia arriba» en el próximo libro y no

esperaré a los «Y si...», «Es que...» o «Mira lo que he hecho...». (Risas). No te olvides de decirle a tu marido que te he dado las gracias por indicarme eso de los DVD/VHS. En serio, ¿quién más se hubiera fijado en algo por el estilo? :-))

Stephanie Locke, del Blog «Rude Girl Book Blog», gracias por los maravillosos consejos que me has dado a lo largo del trayecto. Los aprecio de verdad, y seguramente te pediré más muy pronto.

Lisa Kane, de «Three Chicks and Their Books», gracias por compartir mis libros y leerlos (a la velocidad de la luz).

Kristine y Kristy, de «Book Addict Mumma»; Jennifer Mitchell, de «Two Sassy Chicks»; Nicole Blanchard, de «Miss Construed Reviews»; Debra, de «Book-Enthusiast», y todas las chicas de «The Dirty Hoes Book Blog», ¡¡¡GRACIAS!!! Me siento honrada de estar en vuestro radar, y todavía más por el apoyo que me habéis demostrado.

A cada bloguera que ha leído mi trabajo —lo adorara u odiara—, ¡gracias! ¡Gracias! Siempre estaré en deuda con vosotras, y pensaré la manera de pagaros por todo lo que hacéis. (En serio, hay que hacer algo).

Jennifer Williams, sigues siendo la mejor hermana en el mundo, y siempre lo serás. Te agradezco que creas en todo lo que escribo. (¿Cuántas veces tenemos que tener esta conversación?).

Jay Williams y William Ray Edwards II, gracias por respetar de nuevo mi zona e interrumpirme de forma aleatoria para darme vuestra opinión sobre Bane en *The Dark Knight Rises*.

A mis padres, LaFrancine y William Edwards, gracias una vez más por creer en mí. ¡Significa mucho más de lo que podéis pensar!

A mis amigas, a las que admiro desde la lejanía, Alonna Grigsby, Nadira Williams, Aster Teclay, Ashley Warren, Tanisha Hill, Sherbrina Pastor, Christina Royster, Courtney Johnson, Angelica Harris, Vince Cunningham, y Karleic Ellison.

A mi compañero en Memphian Justin Timberlake. Una vez más, la experiencia 20/20 me ayudó a escribir este libro! ¡Eres increíble!

Para Colleen Hoover, Jamie McGuire, Abbi Glines, Arianne Richmonde, Theresa Ragan, Mimi Strong, Shanora Williams, Abria Mattina, Alice Tribue, Laura Babcock Dunaway y muchas más autoras *indie* a las que admiro y respeto. Os sigo religiosamente y aprendo más y más de vosotras cada día... Sí, he llegado a un límite espeluznante, pero mola... :-)

Por último y no menos importante, GRACIAS a todos los lectores increíbles que leen este libro hasta el final. Espero que hayáis disfrutado del resto de la historia de Claire y de Jonathan, y espero que mis personajes ocupen un lugar muy especial en vuestro corazón. ¡Sois los mejores lectores que una autora podría pedir!

Con amor.

Whit

P. D.: Os reto a que me preguntéis sobre una trilogía... Os reto...

A mis adorables lectores:

Gracias por dedicar el tiempo necesario para leer este libro. Espero que os entretuviera a fondo y que hayáis disfrutado de la lectura tanto como yo de la escritura.

Si tenéis tiempo, por favor, dejad un comentario en Amazon, o cualquiera de las demás plataformas de distribución. O enviadme un correo electrónico a whitgracia@gmail.com, y os daré las gracias personalmente. Si no os ha gustado... ¡podéis guardaros la opinión! (Risas). Es broma, no dudéis en contármela también, así podré mejorar en el próximo libro.

Me siento eternamente agradecida por que me hayáis dedicado vuestro tiempo, y espero que volváis a invitarme a ello en mi próxima publicación.

Con amor.

Whitney Gracia Williams

CONTENIDO EXTRA:
BIOGRAFÍA DE LA AUTORA
Y FICHA DE *Mi JEJE OTRA VEZ*

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



WHITNEY G. (1988, Tennessee, Estados Unidos) es una optimista de la vida obsesionada con los viajes, el té y el buen café. Es autora de varias novelas best seller incluidas en las listas de *The New York Times* y de *USA Today*, y cofundadora de The Indie Tea, página que sirve de inspiración para autoras de *indie* romántico.

Cuando no se encuentra hablando con sus lectores a través de su página de Facebook, la podremos encontrar en su web, en su Instagram, en Twitter... Pero si no la vemos en las redes, es porque está encerrada trabajando en una nueva y loca historia...

Mi jefe otra vez es la quinta novela de Whitney que publicamos en nuestra colección Phoche, después del éxito de *Una noche y nada más* (2017), *Turbulencias* (2017), *Carter y Arizona* (2018) y *Mi jefe* (2019).

Web: whitneybooks



FB: [@AuthorWhitneyG](https://www.facebook.com/AuthorWhitneyG)



TW: [@Whitgracia](https://twitter.com/Whitgracia)



IG: [whitneyg.author](https://www.instagram.com/whitneyg.author)



SINOPSIS



Claire Gracen tiene por fin la vida que siempre ha querido: una carrera profesional que adora como diseñadora de interiores; un hombre, Jonathan Statham, el que fue su amado y descuido jefe, que está dispuesto a hacer todo lo que ella desee y amigos que conocen el verdadero significado de la palabra «amistad».

Cuando ella y Jonathan empiezan a preparar la boda de sus sueños para formalizar su compromiso de amor eterno, Claire se da cuenta de que el doloroso pasado que

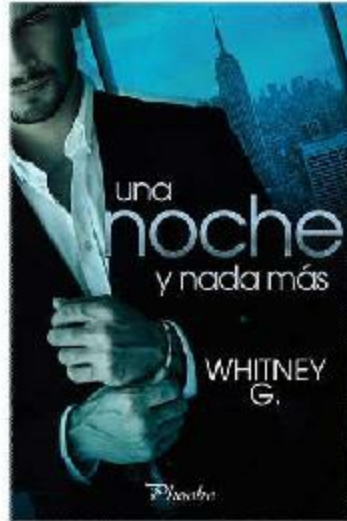
había dejado atrás está mucho más encima de lo que pensaba, y la duda parece querer instalarse en su perfecta vida junto a Jonathan.

Para Claire, Jonathan es el prometido perfecto, ¿pero será un marido perfecto? Para Jonathan, algunas conductas de Claire en la recta final hacia su enlace hacen que se llene de preguntas: ¿Claire está poniendo a prueba su amor... o en realidad es ella quien debería estar bajo esa sospecha? Las dudas empiezan a poblar cada vez más el sendero hacia el altar de Claire y Jonathan, y los problemas parecen crecer a cada día que pasa.

Pero no por nada Jonathan ha sido todo un jefe tanto dentro como fuera del ámbito laboral, tanto dentro como fuera de la cama de Claire..., y eso, junto con el amor que se profesan, es algo que está por encima de todos los problemas...

**OTROS TÍTULOS
DE LA AUTORA
EN PHOEBE ROMÁNTICA**

UNA NOCHE Y NADA MÁS WHITNEY G.



Me llamo Andrew Hamilton y soy uno de los mejores abogados de Nueva York. No puedo perder mi tiempo con relaciones románticas, por lo que cubro mis necesidades saliendo con mujeres que conozco de forma anónima a través de una web de ligues.

Tengo un gusto muy particular: rubias y curvilíneas, que a ser posible no sean unas jodidas mentirosas (aunque eso es otra historia).

Mis reglas son muy sencillas: una cena. Una noche. Sin repeticiones.

Se trata solo de sexo. Ni más. Ni menos.

Por lo menos se trataba de eso hasta que conocí a «Alyssa». Yo pensaba que era una abogada con la que intercambiaba opiniones jurídicas a altas horas de la noche, alguien con quien hablar...

Pero, de repente, se presentó en mi bufete para una entrevista...

Y todo cambió.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Una noche y nada más



TURBULENCIAS WHITNEY G.



Poséeme...

Bésame con fuerza...

Tómame una y otra vez...

Al principio fue lo de siempre: chico conoce chica, chico conquista chica, chico se acuesta con chica.

Nuestra historia debería haber terminado justo después de la primera vez, cuando cada uno se fue por su lado.

Pero nos volvimos a encontrar... en otras circunstancias. Unas circunstancias prohibidas.

Y ninguno de los dos fue capaz de resistirse.

Las reglas eran sencillas, la pasión puro escándalo, y nuestros corazones estaban a salvo...

Sin embargo, cuando algo lo consume todo, algo que es tan seductor como irreprimible, arriesgas todo lo que tienes para seguir disfrutándolo, incluso aunque esté destinado a estrellarse y arder.

Pero así somos nosotros.

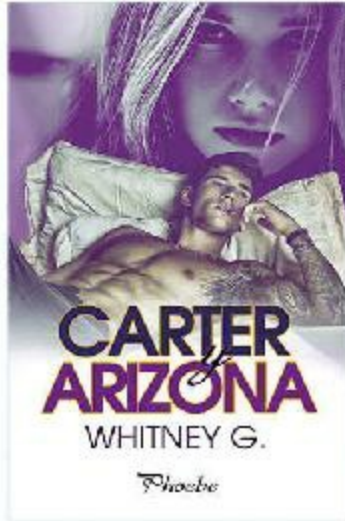
Así es nuestro amor imperfecto.

Lleno de turbulencias...

Captura en el código
los primeros capítulos de
Turbulencias



CARTER Y ARIZONA WHITNEY G.



Solo amigos.

Solo somos amigos.

No, en serio. Arizona es solo mi mejor amiga...

Arizona Turner y Carter James son amigos inseparables desde los nueve años. Se lo han contado siempre todo el uno al otro y se han apoyado en todas sus «primeras veces». Y, por supuesto, han sido mutuo paño de lágrimas cuando las relaciones que han mantenido con otras personas han fracasado...

Pero a lo largo de los años, a pesar de todo lo que han pensado los demás

sobre ellos y su amistad, jamás han traspasado la línea.

Nunca se les ha ocurrido.

Nunca han querido...

Hasta que una noche todo cambió.

Así que quizá ahora...

Solo amigos.

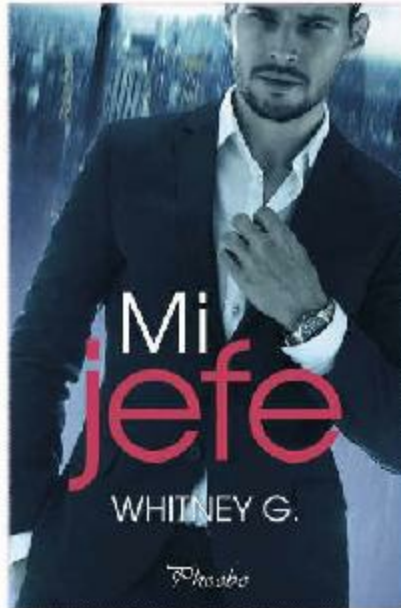
Solo somos amigos.

O eso seguiré diciendo hasta que averigüe si Carter sigue siendo «solo» mi mejor amigo.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Turbulencias



MI JEFE WHITNEY G.



La carrera de Claire Graceen como directora de marketing no podía ser más meteórica, y, además, estaba felizmente casada con el hombre del que había estado enamorada desde la adolescencia; su vida era perfecta...

Espera... ¡No! Era satisfactoria y asombrosa, pero un día se dio cuenta de que todo era mentira, una mentira en la que su mejor amiga y su marido la habían engañado de la peor forma posible. Para superar la ruptura y la decepción, Claire se obliga a hacer un cambio de aires: nuevo trabajo, nueva ciudad, nuevas amigas...

Es entonces cuando capta el interés del hombre más sexy que haya conocido nunca, Jonathan Statham. Jonathan es diferente a todos los hombres que han pasado por su vida: es dominante, está acostumbrado a conseguir lo que quiere, cuando quiere y como quiere, y no está dispuesto a aceptar un no por respuesta... Pero, a pesar de la innegable química que hay entre ellos, Claire lo intenta rechazar... porque es más joven que ella.

Sin embargo, la vida da muchas vueltas, y poco después descubre que Jonathan es el fundador de la empresa donde ella trabaja. Su jefe.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Mi jefe

